



BREVE HISTORIA DE MÉXICO

**DE HIDALGO A CÁRDENAS
(1805-1940)**

Jan Bazant

DIÁLOGO ABIERTO



Jan Bazant nació en Checoslovaquia donde estudió Leyes y posteriormente economía en la American University en Washington. Ha sido investigador y profesor en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, es autor de numerosos artículos y estudios y de dos monografías, *Los bienes de la Iglesia en México. Aspectos económicos y sociales de la Revolución Liberal (1856-1975)*, obra que recibió el Premio de Historia Fray Bernardino de Sahagún, y *Cinco haciendas mexicanas. Tres siglos de vida rural en San Luis Potosí*.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Breve historia de México

18-00000-18

Jan Bazant

Breve historia de México
De Hidalgo a Cárdenas (1805-1940)

Título original: *A concise history of Mexico*

Traducción: Héctor Acosta

Primera edición en Coyoacán: 1994

Segunda edición: 1995

Portada:

Nonoi Lorente

Ilustración: José María Villasana. *Jueves Santo en La Concordia*, 1889

Reservados todos los derechos conforme a la ley

© EDICIONES COYOACÁN S.A. de C.V.

Av. Hidalgo 47-2. Colonia del Carmen

Delegación Coyoacán. 04100 México D.F.

Teléfonos: 659 71 17 y 659 79 78. Fax: 658 42 82

ISBN 970-633-057-7

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PREFACIO

Como indica su título, este libro es una breve historia de México desde el momento en que se manifestó en Nueva España el descontento que llevaría al país a la Independencia, hasta la culminación de las reformas básicas en las que descansa el México contemporáneo.

Esencialmente es una síntesis de la historia política; pienso que después de tantas publicaciones recientes de historia económica y social —a cuyo número yo mismo he contribuido con dos o tres monografías— sería provechoso restablecer el equilibrio. El resultado es una narración de acontecimientos políticos entrettejidos en un fondo económico y social. Es obvio que una breve historia de un periodo tan rico en eventos tiene que ser muy selectiva. Hasta donde fue posible he dejado a un lado a la historia diplomática, militar y cultural; para darles justicia se necesitaría mucho más espacio del que yo disponía.

El libro fue escrito originalmente para el público de habla inglesa, en general poco familiarizado con los problemas de México. Los lectores de lengua española ya conocen los temas comunes a la historia de sus países; los lectores mexicanos, además, a los actores en el drama de su historia. Aquí he intentado comprender en especial su motivación. Tengo la esperanza de que mi libro interese y agrade al público lector.

Agradezco a mi esposa, Emma Sánchez Montealvo, la crítica con la que ha contribuido durante tantos años a mi trabajo.

J. B.
Agosto de 1979

**A mis hijos:
JAN y MILADA**

INTRODUCCION

[La conquista] no fue triunfo ni derrota; fue el doloroso nacimiento del pueblo mexicano, que es el México de hoy.

Inscripción colocada en 1964 en la Plaza de Tlatelolco, en la Ciudad de México.

En 1519 el capitán español Hernán Cortés desembarcó con quinientos hombres en la costa mexicana, enfrente del cono nevado de la Montaña de la Estrella, el Citlaltépetl, en el mismo sitio donde hoy se levanta el puerto de Veracruz. Dos años después capturaron la capital del imperio azteca, Tenochtitlan, actualmente la Ciudad de México. Antes de la mitad del siglo, los españoles eran los amos de las regiones central y sudoriental de México y empezaban a extenderse hacia el árido norte. El virreinato de la Nueva España se estableció en 1535 en la nación conquistada.

Con excepción de las costas, las penínsulas de Yucatán y la Baja California, México, entonces como ahora, comprendía una serie de altiplanos, algunos fértiles y otros estériles, que habían sido lagos salados —altiplanos rodeados en la mayoría de los casos por montañas, o como en la vecindad de Guadalajara, que se desploman en el mar como cortados por filosas navajas. Hacia el sur se vuelven gradualmente más elevados. Más de la mitad del país está situado entre los trópicos y rodeado de montañas que le dan un clima templado. No hay carencia de sol en el territorio mexicano: el agua es el elemento crítico. El acantilado oriental que se levanta detrás de la costa y corre paralelo a ella, forma una barrera efectiva contra la lluvia de todo el año y los vientos dominantes del Golfo de México.

Geográficamente México está formado por tres áreas características —el Sureste, el Centro y el Norte. La primera corresponde aproximadamente a la antigua tierra de los mayas y de los olmecas (se cree que estos últimos fueron la primera nación civilizada de México); la mayor parte son tierras bajas con abundante precipitación pluvial durante más de seis meses al año. El Centro está separado del Sureste por la cordillera oriental; su característica común es ser una región con lluvias que duran de cuatro a seis meses, de junio a septiembre o noviembre, de acuerdo con el año. Sus valles van de 1,500 a 2,600 metros sobre el nivel del mar y el clima va de cálido a fresco, lo que explica por qué el Centro ha sido el corazón del país desde antes de la conquista. No es ni muy caliente ni muy

frío; tampoco demasiado húmedo ni demasiado seco. El México central fue primero sede de la cultura teotihuacana y después de los belicosos toltecas y aztecas de lengua náhuatl, lugar donde florecía una elevada civilización cuando llegaron los españoles; la civilización maya en el sureste ya había declinado. El distrito de Oaxaca, una hondonada aislada al sureste del Valle de México, fue el lugar de estancia de una de las civilizaciones más avanzadas de la que son testigo las ruinas de Monte Albán.

El maíz, los frijoles y la calabaza, a menudo cultivados simultáneamente en el mismo terreno, constituían las cosechas principales en la mayor parte de México. El maíz era idealmente apropiado para la estación de lluvias mexicana con sus precipitaciones torrenciales, su mala hierba y sus plagas. Después de la conquista, los españoles pronto comprobaron que los cereales europeos, especialmente el trigo, no podían cultivarse durante las lluvias, por lo que empezaron a cultivarlos durante la estación de secas con ayuda de irrigación. Muchas variedades de maíz florecieron, desde el maíz tropical de las tierras bajas que maduraba en tres meses, hasta la variedad para grandes altitudes que requería más de medio año para madurar. El maguey, gran fuente de la bebida alcohólica llamada pulque se cultivaba entre 1,800 y 3,000 metros sobre el nivel del mar en el centro de México.

El cultivo del maíz se restringía al sureste, oeste y centro de México. Aproximadamente al norte de la división entre este y oeste, Querétaro —el río Lerma—, Guadalajara, la precipitación pluvial empieza a ser demasiado irregular o insuficiente, o ambas cosas, para el maíz. La planta característica del país al norte de esta división era la cactácea, con muchas variedades. Este desierto norteño era el hogar de los chichimecas, cazadores y recolectores de alimentos. Tocó a los españoles extender la civilización sedentaria al enorme y árido Norte.

A donde quiera que iban, los españoles —soldados, sacerdotes, mineros y agricultores— esparcían la fe católica, el idioma y la cultura españoles. Como pocas españolas decidieron emigrar, el resultado natural fue la unión de españoles con indias, de las que nacieron los hispano-indios o “mestizos”. Otra consecuencia de la conquista fue que la mayor parte de la tierra cayó en poder de los españoles que empezaron a transformarla con mano de obra indígena en haciendas y ranchos ganaderos. La sociedad colonial surgía lentamente. Puede decirse que tomó forma cien años después de la toma de Tenochtitlan.

Hacia finales del siglo XVIII el gobierno virreinal central, así como los altos cargos eclesiásticos y el comercio exterior, estaban en manos de los llamados “españoles peninsulares” nacidos en Europa. Los españoles nacidos en México, llamados criollos, muchos

de los cuales tenían sangre india en las venas pero estaban registrados como españoles, eran mineros, comerciantes y hacendados, dueños de grandes propiedades agrícolas llamadas "haciendas". Los mestizos eran en su mayoría trabajadores asalariados y artesanos; había una cantidad relativamente pequeña de esclavos negros y mulatos. Los indios, exentos de impuestos así como de diezmos a cambio de un impuesto anual por cabeza llamado tributo, vivían ya fuera en sus pueblos bajo la protección y supervisión de autoridades especiales, o como peones y jornaleros en haciendas o poblados.

Tanto los españoles peninsulares como los nacidos en México se consideraban caballeros. Muchos eran ricos. Unos cuantos de los más ricos adquirieron títulos de nobleza de la corona. Algunos criollos o españoles nacidos en México habían asistido a escuelas de enseñanza superior, sin embargo tenían que conformarse con pequeños puestos gubernamentales, aunque frecuentemente eran más cultos que sus parientes nacidos en España que gobernaban al país. Se sentían agraviados por eso y naturalmente comenzaron a aborrecer la conquista y a exaltar la resistencia indígena. Sus sentimientos esperaban la oportunidad de expresarse.

EL NACIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA 1805 — 1821

Toda colonia que es bien tratada honra a su madre patria, pero se aparta de ella por la injusticia. Porque los colonizadores no son enviados en la inteligencia de que han de ser esclavos de los que quedaron atrás, sino que han de ser sus pares.

Tucídides, "Causas de la Guerra", *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

Las revoluciones frecuentemente son promovidas por segmentos de la clase superior, que ve sus intereses en peligro por sucesos políticos o económicos y como resultado se vuelven críticos de las condiciones. En este capítulo mostraré cómo sucedió esto en la Nueva España, cómo este descontento alcanzó y después rebasó el punto sin regreso y cuáles fueron sus consecuencias finales.

Cuando estalló la guerra entre la Gran Bretaña y España el 12 de diciembre de 1804, el gobierno de Madrid se vio sujeto a una severa tensión financiera. Bajo estas circunstancias, dos semanas después decretó el rescate obligatorio de hipotecas que pertenecían a capellanías y a obras pías en Hispanoamérica y las Filipinas, así como la venta de sus predios; el producto se enviaría a la tesorería real en Madrid para rescatar o "consolidar" el papel moneda que circulaba en España. Había sido costumbre en la Nueva España que los ricos instituyeran en su testamento una capellanía, hipotecando su propiedad por cierta cantidad al cinco por ciento de rédito anual. Este interés mantendría a un capellán que a cambio tenía la obligación de decir un cierto número de misas cada año por el alma del benefactor. De manera similar las obras pías eran sumas cedidas que servían para formar una fundación caritativa. Otra causa común de endeudamiento eran las dotes de hijas y hermanas que entraban al convento, lo que generalmente se efectuaba hipotecando la propiedad a perpetuidad por una suma especificada de interés anual que se pagaría al convento.

En teoría el rescate o *consolidación*, como llegó a ser conocida la medida, era un préstamo forzoso: el gobierno metropolitano pediría prestados fondos calculados en la enorme suma de más de 40 millones de pesos de las fundaciones. Pero éstas no poseían el dinero, sino que tenía que cobrarse a los deudores; como éstos tampoco gozaban de él, y el gobierno sólo se contentaba con efectivo, la propiedad del deudor era vendida en subasta pública. En

realidad la consolidación, disfrazada de préstamo inofensivo, amenazaba convertirse en una expropiación al mayoreo de los terratenientes mexicanos. Una tormenta de protestas se levantó por todo el país, hasta entonces pacífico; hacendados, comerciantes, mineros y ayuntamientos, enviaron peticiones a las autoridades solicitando que no se aplicara el decreto y advirtiéndoles sobre las consecuencias.

El rescate obligatorio empezó a aplicarse en la Nueva España el 6 de septiembre de 1805. Las autoridades aceptaban algunos pagos a cuenta de sumas mayores. Pero muchas personas sencillamente no podían reunir fondos suficientes; en 1807 y 1808 los periódicos de la capital estaban llenos de avisos concernientes a subastas públicas de casas, haciendas grandes y pequeñas, ganado y negocios de toda clase. Pero en general los mayores deudores, que al mismo tiempo resultaban ser los terratenientes más ricos, no sufrieron tanto; una docena de casos estudiados revelan que sus propiedades no tuvieron que ser subastadas. Si los terratenientes más ricos no podían o no querían pagar, las autoridades amenazaban con vender una de sus haciendas y después de un regateo considerable se llegaba a un nuevo acuerdo. . . y así continuó hasta finales de 1808. En total, España logró extraer de su colonia alrededor de 12 millones de pesos, aproximadamente la cuarta parte de la deuda total a las capellanías y obras pías. Fue suficiente para malquistar a la élite terrateniente con la madre patria¹.

También estaban presentes los motivos religiosos. España era en ese tiempo satélite de Francia y se encontraba extendida la creencia de que las grandes sumas no eran utilizadas para la guerra contra la Gran Bretaña sino que se transferían a París. Cualquiera que haya sido la verdad, esta creencia influyó en la opinión pública de México y fortaleció la oposición local a la extracción de dinero. En la mente del terrateniente mexicano, Francia era el símbolo, la encarnación del odioso ateísmo. Como consecuencia de varias reformas de los borbones españoles, el poder, la influencia y la riqueza de la iglesia en las colonias se había reducido considerablemente. Muchos españoles trajeron consigo un espíritu más liberal a su nueva patria. Pero los hacendados mexicanos, especialmente los residentes de poblaciones provincianas, retuvieron su mentalidad conservadora; algunos recordaban la brutal expulsión de los jesuitas por el gobierno español.

La ya dócil iglesia de la Nueva España apenas si protestó contra la redención aunque ésta afectaba la seguridad de sus inversiones; los fondos ya no estarían garantizados por bienes raíces sino sólo por el insolvente gobierno español. La jerarquía eclesiástica —los obispos y los cabildos eclesiásticos— vivían de los diezmos y por lo tanto no fueron afectados por la redención. Los curas de parro-

uias ricas vivían principalmente de los derechos parroquiales, mientras que los clérigos y sacerdotes de parroquias más pobres sin rebendas fijas, que representaban la mayoría del clero secular mexicano, dependían parcial o completamente del ingreso de las apellanías. Esto también se aplicaba a muchos frailes². Como España pronto fue incapaz de pagar los intereses, el bajo clero se empobreció drásticamente. Sus intereses convergían con los de los hacendados y cuando llegó la hora, el bajo clero prontamente les proporcionó una ideología.

No tuvieron que esperar mucho. En junio de 1808, llegaron noticias a México sobre cambios revolucionarios en España: la caída del favorito real, Godoy, y de Carlos IV, la sucesión de Fernando VII, el levantamiento popular en Madrid contra el ejército francés de ocupación y finalmente el arresto de Fernando VII por Napoleón, que lo obligó a abdicar. España estaba sumergida en una guerra civil y al mismo tiempo peleando una guerra de liberación nacional contra la invasión extranjera. La autoridad virreinal en México descansaba en la de la corona de España. Pero ahora el rey había caído en cautiverio y nadie en la colonia consideró reconocer al usurpador. La soberanía había recaído sobre el pueblo. En España estaban brotando *juntas* en nombre de Fernando VII³, y en la Ciudad de México el ayuntamiento dio pasos hacia la independencia bajo la dirección de dos abogados criollos, Primo de Verdad y Francisco Azcárate. El fraile Melchor de Talamantes proporcionó el programa que demandaba la terminación del rescate forzoso, la indemnización por daños y restitución de las condiciones a su estado original. Obviamente éste era el vocero de los hacendados y del bajo clero.

Parecía lógico esperar que el virrey apoyaría la autoridad de España. Por una de las curiosas inversiones de la historia, ocurrió lo contrario. El virrey Iturrigaray desesperó de la causa española en la colonia que él presidía, puesto que España era incapaz de prestarle apoyo militar. Tal vez estaba influido por sus contactos con los mineros del país, pues posteriormente se reveló que su distribución del mercurio importado para amalgamar el mineral de plata no había sido una empresa desinteresada y que, en los pocos años de su gobierno, había amasado una enorme fortuna, desde luego no en bienes raíces, sino en moneda, metales preciosos y joyas.

Entonces el partido criollo, que representaba a los españoles nacidos en México, ofreció nombrarlo capitán general de la colonia. Los funcionarios debían ser confirmados en sus puestos, pero todas las vacantes civiles y eclesiásticas debían llenarse con criollos. Estos últimos, que poseían haciendas pero no estaban interesados en administrarlas, que habían adquirido cultura y educación pero estaban privados de la oportunidad de ejercitar sus conocimientos

excepto en la pequeña escala de los ayuntamientos municipales, finalmente alcanzarían el poder político. Las reformas borbónicas habían ayudado a crear un grupo opulento que se dirigió después a las profesiones y finalmente a la política; si al principio beneficiaron a España, a la larga socavaron al régimen.

Los abogados criollos de la Ciudad de México contemplaban una revolución pacífica. Pero no habría de ser tal. Una de las primeras decisiones del virrey fue suspender la redención obligatoria, lo que hizo el 9 de agosto con el propósito de tranquilizar a los elementos influyentes del país. Pero era demasiado tarde. Ahora se asomaban problemas mayores sobre el horizonte. Los comerciantes peninsulares de la capital percibieron el peligro para su posición monopolizadora. Se hizo aparente una hendidura entre los intereses de los españoles importadores de productos de España o a través de España y los hacendados criollos que como consumidores, deseaban bienes más baratos importados directamente de Inglaterra o de otros países; y ésto sólo podría lograrse haciendo independiente a México. De este modo los peninsulares se vieron empujados a la lealtad con su madre patria, aunque muchos estaban casados con las hijas de los hacendados mexicanos. Decidieron actuar y bajo la dirección del comerciante vasco Yermo organizaron una conspiración para deponer al virrey. El golpe tuvo éxito gracias a la perfecta planeación y ejecución por parte de una fuerza de voluntarios compuesta por 300 empleados de comercios españoles. Generalmente estos eran inmigrantes pobres que trabajaban día y noche como vendedores y sirvientes para sus patrones, algunas veces sus parientes, con la esperanza de convertirse con el tiempo en socios o yernos o de ahorrar suficiente dinero para establecer sus propios negocios. Su moral era estricta pero sus modales más visibles eran bruscos y ordinarios. Estos individuos, detrás de los mostradores de las tiendas, estaban en contacto diario con los mexicanos y no es sorprendente que fueran blanco de bromas y del odio popular. Estos hombres tenían todo que perder en caso de la independencia mexicana, ciertamente más que sus patrones que ya tenían propiedades y relaciones con los criollos. Demostraron ser dignos de confianza; la brumosa noche del 15 de septiembre de 1808 estas tropas de asalto, dirigidas por Yermo, asaltaron el palacio virreinal apresando al virrey y a los criollos conocidos como dirigentes del movimiento de independencia. Un nuevo virrey fue designado inmediatamente.

Este acto empujó a la Nueva España hacia una revolución violenta. Durante siglos, el principio de la sucesión legítima había sido observado rigurosamente. Ahora el encanto se había roto. Si los españoles violaron la ley y el orden existente, reflexionaron los criollos, era su deber ahora restaurarlo. Si un puñado de euro-

peos había tenido éxito ¿por qué no los americanos, como empezaron a llamarse los criollos con un orgullo detrás del que apenas se escondía el resentimiento por habérseles privado el acceso a los más altos puestos en su propio país? Después de 1808 fue más fácil organizar conspiraciones en las provincias porque la capital estaba bajo estricto control de las fuerzas españolas. El poder español también era fuerte al oriente de México, Puebla y Veracruz; desde la conquista, ésta había sido la ruta a lo largo de la cual los inmigrantes europeos se establecieron antes de extenderse desde la capital a todo el país. Los inmigrantes eran numerosos allí y por lo tanto podían ayudar a mantener abierta esta línea vital. Por otro lado, había menos españoles nacidos en Europa en otras provincias, especialmente en el Bajío.

El Bajío era un ancho valle fértil que se extendía aproximadamente desde Querétaro al oriente, casi hasta el Lago de Chapala en el oeste, y desde la ciudad de León y el pueblo de Dolores, al norte hasta el Lago de Cuitzeo en el sur, cerca de la importante ciudad de Valladolid, hoy Morelia. A causa de su clima árido, el Bajío tenía poca población sedentaria en la época de la conquista. Los españoles introdujeron allí un nuevo tipo de agricultura: el maíz se cultivaría durante la estación de lluvias, ocasionalmente con ayuda de irrigación, y el trigo durante la temporada de secas, siempre con las aguas del río Lerma y de sus tributarios para la irrigación. Se trajeron jornaleros indios o éstos inmigraron del sur.

A principios del siglo XIX, el Bajío era la región más próspera del país. Comprendía la más rica comunidad de minas de plata, Guanajuato; se producían tejidos de lana en Querétaro y San Miguel el Grande (posteriormente rebautizado San Miguel Allende), y en León se fabricaban productos de cuero. Tenía la más alta densidad de población de toda la Nueva España. Comparada con otras regiones, tenía muchas ciudades que eran centros comerciales para las haciendas circundantes con su población de peones indios, muchas fincas pequeñas llamadas ranchos que eran cultivadas por sus propietarios o eran rentados por mestizos en su mayoría, y en contraste con los valles de Toluca, México y Puebla, había sorprendentemente pocos pueblos indígenas. En el Bajío, cuando menos en la Intendencia de Guanajuato, los indios estaban integrados culturalmente, pues la mayoría vivía como peones en las haciendas o ranchos y como jornaleros en las ciudades. Esto es evidente por el hecho de que la mayoría de ellos pagaban su tributo a través de una hacienda o directamente ellos mismos; una minoría pagaba a través de los pueblos en que vivían. La integración de los indios, la creciente proporción de mestizos y el naciente sentimiento nacional de los criollos, se mostró en el culto de la Virgen morena de Guadalupe que se convirtió en patrona de la Nueva España en 1746.

Casi todos los criollos del Bajío eran hacendados y la mayoría de los hacendados eran criollos. Se puede suponer que eran menos españoles en su manera de ser que, digamos, los criollos de México y Puebla; o, poniéndolo de manera más comprensible, eran más mexicanos. Porque ciertas características nacionales empezaron a desarrollarse en el Bajío como resultado de la mezcla de razas. Si los indios en un extremo del espectro estaban más integrados culturalmente que en el centro del país, también puede decirse que los españoles, al otro extremo del mismo espectro, también se habían asimilado más por la interacción de las mismas fuerzas. Muchos indios y criollos del Bajío eran en realidad mestizos.

Por lo tanto no debería sorprender que la revuelta contra el dominio colonial estallara entre los criollos del Bajío. El mismo caudillo Miguel Hidalgo y Costilla, venía de una antigua familia criolla. Sus antepasados paternos ya estaban en el país para principios del siglo XVII y sus ancestros, por parte de su madre, habían estado en suelo mexicano desde antes de mediados del siglo XVI. Miguel Hidalgo nació en 1753 en la gran hacienda de Corralejo, en la parte occidental del Bajío; su padre era el administrador. Aunque los propietarios de las grandes haciendas eran criollos en la mayoría de los casos, frecuentemente tenían como administradores a inmigrantes españoles. Siguiendo el patrón tradicional, estos inmigrantes trabajaban duro y como sus necesidades básicas estaban satisfechas en especie por las haciendas, podían ahorrar la mayor parte de sus ganancias. A su debido tiempo —después de diez años cuando menos— se casaban y adquirían propiedades para ellos, fincas grandes o pequeñas. El padre de Hidalgo, sin embargo, no estaba interesado en convertirse en hacendado; consideraba su posición como permanente, llamó a su hijo menor de la escuela de medicina para que lo ayudara en su trabajo y posteriormente el hijo lo sucedió como administrador. Sus otros tres hijos terminaron sus estudios, dos como sacerdotes y uno como abogado. El principal legado que el padre podía ofrecerles era educación. Sin embargo no era pobre. De acuerdo con un inventario de 1764, tenía 338 cabezas de ganado, cuatro caballos, cinco esclavos negros y mulatos y, como indicio de sus inclinaciones culturales, un clavicordio, ciertamente un objeto que no era muy común en una lejana hacienda⁴.

En 1765 Hidalgo ingresó al colegio jesuita de Valladolid. Dos años después, a los catorce años, presencié el arresto y la expulsión de sus maestros; entonces se inscribió en el colegio diocesano de San Nicolás en la misma ciudad. Su carrera fue brillante y en 1790 llegó a ser rector de esta institución. Situada en la misma margen meridional del Bajío, Valladolid era la capital eclesiástica de este rico distrito; era la sede del obispado de Michoacán y de grandes provincias agustinas y franciscanas. Estas jurisdicciones eclesiásti-

cas cubrían la mayor parte del Bajío, si no es que todo. Como resultado, Valladolid era el centro cultural del Bajío, junto con Guanajuato, próspera ciudad minera productora de plata. Parte de la riqueza del Bajío fluía en diezmos y otros pagos hacia Valladolid, donde se reflejaba en el alto nivel de vida de los clérigos. Con su salario, Hidalgo pronto pudo comprar tres fincas. Valladolid también tenía la fortuna de contar con dos obispos ilustrados, ambos españoles de Asturias: Antonio de San Miguel y su pariente más joven, Manuel Abad y Queipo, que después se haría famoso por sus propuestas de reforma y su amistad con Hidalgo. Este último parecía destinado a desempeñar un papel importante. Inesperadamente, en 1792, renunció a todos sus puestos y aceptó un curato en un pueblo distante cerca de la costa del Pacífico. Cualquiera que haya sido la causa de este cambio, le dio una dirección diferente a su vida, pues los curas de parroquia, por la naturaleza de su puesto, están más estrechamente relacionados con la gente común. En 1803 Hidalgo sucedió a su hermano en la parroquia de Dolores, un pueblo próspero cercano a Guanajuato. Pronto se convirtió en amigo de Juan Antonio Riaño, el ilustrado gobernador de la Intendencia de Guanajuato, casado con una rica criolla de Luisiana. Su casa de Guanajuato era el centro desde donde se extendía la cultura francesa; fue aquí donde Hidalgo continuó encontrándose con su viejo amigo Abad y Queipo, que ahora era obispo electo de Michoacán. Estos dos hombres tenían un interés común en introducir reformas que se necesitaban urgentemente. Pero el destino pronto habría de separarlos.

Los otros conspiradores compañeros de Hidalgo también eran criollos. Tómese por ejemplo a los tres de San Miguel el Grande: Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo. Todos eran hijos de comerciantes vascos. Sus fortunas variaban, siendo Abasolo el más rico, porque además de su propia herencia manejaba propiedades considerables que pertenecían a su esposa. Ninguno mostraba inclinación alguna para el comercio; todos llegaron a ser capitanes en el pequeño ejército colonial, la llamada milicia⁵. Como terratenientes, algunos fueron afectados por la redención obligatoria: la familia Allende tuvo que pagar abonos anuales; el propio Hidalgo no pudo rescatar su deuda y por lo tanto su hacienda fue embargada⁶. La redención no aumentó su simpatía por España.

La conspiración en que estos hombres tomaron parte fue organizada en Querétaro, la importante ciudad a la entrada del Bajío, con la participación del mismo gobernador local, Miguel Domínguez, nativo de Guanajuato y especialmente de su esposa, Doña María Josefa Ortiz. La composición social del grupo era un patrón ya conocido: criollos ricos, oficiales de la milicia y clérigos forma-

ban su esencia. El programa era bastante simple: encarcelamiento de los españoles ricos, confiscación de sus propiedades para financiar la revolución y, por supuesto, derrocamiento de cualquier autoridad que pudiese oponérsele. La meta era la independencia nacional, disfrazada como una lucha para salvar a la Nueva España de Bonaparte, ese monstruo ateo, para el rey legítimo, Fernando VII. Estas intenciones aparecen claramente en una carta escrita a Hidalgo por Allende el 3 de agosto de 1810, informándole de las últimas discusiones del grupo de Querétaro. "Se decidió trabajar con nuestras intenciones cuidadosamente ocultas", escribió Allende, "puesto que si el movimiento fuera abiertamente revolucionario no sería secundado por la masa del pueblo; el alférez Don Pedro Septién" (descendiente de una familia opulenta) "fortaleció su posición diciendo que si la revolución era inevitable como los indios eran indiferentes a la palabra libertad, era necesario hacerlos creer que la insurrección se está llevando a cabo sólo para ayudar al Rey Fernando"⁷.

El levantamiento estaba preparado para principios de octubre de 1810. Sin embargo, el gobierno logró enterarse de esto y el 13 de septiembre puso a los miembros del grupo de Querétaro bajo arresto o vigilancia. De allí en adelante, esta cuna de la independencia mexicana iba a ser tan estrechamente vigilada por las autoridades españolas que nunca habría de desempeñar un papel en el futuro movimiento de independencia. Desafortunadamente para España, la valiente esposa del gobernador se las arregló para enviar en secreto un mensajero a los conspiradores en San Miguel el Grande. Advertidos a tiempo, éstos se apresuraron a dirigirse al pacífico pueblo de Dolores para consultar con Hidalgo. Como no deseaban pasar el resto de su vida en un calabozo realista, aceptaron la decisión de Hidalgo de sublevarse con la firme creencia de que la justicia estaba de su parte, porque sólo querían restablecer la ley derrocada dos años antes por los españoles.

No había tiempo que perder. En las primeras horas del 16 de septiembre de 1810, Hidalgo reunió a sus feligreses y proclamó la revolución. Las rejas de la prisión se abrieron, se arrestaron a los españoles locales y sus tiendas y casas fueron saqueadas. Todavía nadie había sido muerto. Con una multitud que ascendía a varios cientos, Hidalgo y sus compañeros iniciaron el movimiento ese mismo día hacia San Miguel el Grande. En el camino, Hidalgo tomó de la iglesia de Atotonilco la imagen de la Virgen morena de Guadalupe para utilizarla como estandarte revolucionario. Las haciendas que pertenecían a los españoles fueron saqueadas a lo largo de la ruta, incluyendo los campos donde el maíz estaba casi listo para cosecharse. Las haciendas de los "americanos", al principio fueron respetadas, pero en el curso de la guerra todas fueron

tratadas de la misma manera. Como no se ofrecían reformas sociales precisas para los pobres, que estaban sufriendo hambre como resultado de la mala cosecha de 1809, la rebelión los atraía principalmente como una oportunidad para saquear. Sin embargo se intentó organizar el ejército; Hidalgo se convirtió en capitán general de América; Allende en lugarteniente de Hidalgo, y el hermano de Hidalgo fue nombrado tesorero, pero no pudo introducirse mucho orden.

La insurrección se extendió por el Bajío como un incendio en la pradera. El ejército revolucionario, compuesto en ese momento de 25,000 hombres, se acercó a Guanajuato. El intendente Riaño lo veía con aprensión. Había fortificado la impresionante alhóndiga municipal, erigida por él recientemente a un costo considerable y se encerró allí con los españoles locales y un batallón de la milicia. Llevaban con ellos el contenido de la caja real así como sus reservas personales de metal precioso. Todos estaban bien armados y esperaban refuerzos. El 28 de septiembre Riaño rechazó confiadamente el ultimátum de Hidalgo para que se rindiera. Horas más tarde, el mismo día, la masa de insurgentes casi sin armas tomó por asalto la alhóndiga, sacrificando a sus defensores y llevándose barras de plata y monedas por valor de 3 millones de pesos⁸. Parte de esto llegó al tesoro revolucionario de Hidalgo. La alhóndiga todavía está allí, testigo silencioso de la violencia. Si hubo alguna perspectiva de una solución pacífica para el conflicto, el baño de sangre de Guanajuato la liquidó. También se hizo evidente que las masas indisciplinadas estaban saqueando no sólo las propiedades de los españoles peninsulares, sino también las de los americanos; después de todo, era imposible distinguir entre una tienda, casa o hacienda propiedad de españoles o propiedad de americanos. Los criollos ricos tanto en las ciudades como en el campo titubearon en su apoyo a la revolución y finalmente se alinearon con el gobierno⁹.

Después de nombrar nuevas autoridades en Guanajuato, Hidalgo se volvió al sur. El siguiente objetivo era Valladolid, la ciudad donde había pasado sus días de estudiante, donde después fue profesor y rector de la universidad y donde había renunciado a su puesto para convertirse en un simple cura de parroquia. Tal vez ahí habría una oportunidad de humillar a los orgullosos canónigos del cabildo. Sabía que ya no encontraría allí a su viejo amigo Abad y Queipo. Ya para el 24 de septiembre, antes de la entrada de los insurgentes a Guanajuato, el obispo electo de Michoacán lanzó su excomunión contra los cuatro principales dirigentes de la insurrección y dejó su sede para dirigirse a la Ciudad de México. Durante años había proclamado la necesidad de una profunda reforma a las condiciones sociales y económicas del país, incluyendo la abolición

del tributo a que se sometía a los indígenas y la distribución de tierras a los campesinos sin ellas, cuyo número crecía. Abad y Queipo sabía que si pronto no se llevaba a cabo una reforma, las tensiones acumuladas durante siglos explotarían. El se nombraba “americano por adopción voluntaria”. Por lo tanto puede parecer sorprendente que hubiera reaccionado tan violentamente contra la insurrección¹⁰. Como él mismo admitía en el decreto de excomunión, Hidalgo “había merecido mi confianza y amistad hasta hoy”. Al igual que muchos otros residentes españoles de la colonia, tenía buenos sentimientos hacia los criollos, pero como los demás, cuando llegó el momento de elegir, escogió al virrey, al rey, a España, a la iglesia, en una palabra, a la autoridad. Si España estaba momentáneamente en dificultades se recuperaría; desde el principio debe de haber sido claro para él que la declaración de Hidalgo acerca de la inexistencia del rey de España era una justificación para una revolución en la que las víctimas serían los españoles. Y finalmente, predijo que la revolución significaría ruina y destrucción; las guerras, especialmente las guerras civiles, generalmente causan extensa ruina y destrucción, por lo que no era difícil vaticinar correctamente esto. Así, cuando las pasiones se apoderaron de la nación y nadie escuchaba a la razón de cualquier modo, Abad y Queipo se puso vehementemente del lado del gobierno y se convirtió en el más virulento propagandista en contra de la insurgencia.

Valladolid había sido el centro de una conspiración en 1809 —de la cual se derivó posiblemente la de Querétaro— y la ciudad, inclinada desde entonces a la independencia, se rindió al ejército rebelde sin resistencia el 16 de octubre. Hidalgo pidió rápidamente al Conde de Sierra Gorda, el canónigo encargado de la diócesis en lugar de Abad y Queipo, que levantara la excomunión, y así lo hizo¹¹. Tales cambios, que dependían de quien tuviera el control de la ciudad, los realistas o los revolucionarios, se hicieron frecuentes y consecuentemente las excomuniones no se tomaban en serio.

Habiendo capturado la mayoría de las ciudades del Bajío —aunque no siempre podía retenerlas mucho tiempo— Hidalgo ya estaba listo para el gran salto a la Ciudad de México. Marchando a la cabeza de 80,000 hombres, llegó a las montañas que separaban el Valle de México del de Toluca y allí derrotó a un ejército peninsular más pequeño. Pero después de unos cuantos días, inexplicablemente Hidalgo se dio la vuelta, imponiéndose a Allende que quería atacar la capital. Las razones que fundamentaron la decisión de Hidalgo son desconocidas. Puede suponerse, sin embargo, que estaba desilusionado porque el pueblo de la Ciudad de México no se alzó contra las autoridades y desanimado por los informes de que un ejército bien organizado se acercaba para socorrer a la capi-

tal¹². De modo que los insurgentes marcharon hacia el oeste a Guadalajara, junto con Puebla, una de las más importantes ciudades del país después de la capital. Entraron a Guadalajara el 26 de noviembre.

Guadalajara se convirtió en el cuartel general de los insurgentes durante más de mes y medio; era una de las únicas cuatro ciudades mexicanas que contaba con imprenta; las otras tres, México, Puebla y Veracruz estaban en manos del gobierno y sus imprentas se utilizaban profusamente para propaganda de guerra. Hidalgo tenía ahora la oportunidad de aclarar sus ideas y dar a conocer su programa al país; hasta entonces sus discursos no habían sido impresos y por lo tanto no está claro si Hidalgo había proclamado la abolición del tributo de los indios desde el principio o posteriormente en el curso de su campaña, por ejemplo en Valladolid, donde el 19 de octubre se expidió tal proclama en su nombre¹³. A juzgar por la masa de indios —tanto los que vivían en pueblos como en las ciudades, así como en las haciendas en calidad de peones y pequeños arrendatarios—, que habían seguido a Hidalgo desde el principio, parecería bastante obvio que se le unieron con la esperanza de que este odioso impuesto fuera abolido. Ahora que tenía una imprenta a su disposición se disiparon todas las dudas acerca de su programa, pues no sólo se imprimieron manifiestos sino que también apareció un periódico, *El Despertador Americano*. Todos estos divulgaban la abolición del tributo, de los impuestos sobre bebidas alcohólicas que las había hecho demasiado caras para los pobres, del monopolio gubernamental del tabaco para ofrecer cigarros baratos a los pobres y, por supuesto, la abolición de la esclavitud, aunque en esa época ya no quedaban muchos esclavos en la Nueva España.

Finalmente Hidalgo se enfrentó al delicado asunto de la reforma agraria. En la región de Guadalajara los pueblos indígenas lograron conservar sus tierras no sólo hasta fines del siglo XVI¹⁴, sino hasta el mismo principio del XIX, en contraste con el centro de México, donde muchos pueblos las habían perdido por repetidas ventas de sus porciones. Sin embargo, los campesinos de la región de Guadalajara tenían la costumbre de rentar la tierra a las haciendas cercanas por un precio muy bajo. Como los arrendamientos se renovaban automáticamente, parecía que las haciendas podrían apropiarse de las tierras con el tiempo. Con objeto de salvaguardarlas para los campesinos, Hidalgo decretó el 5 de diciembre que deberían pagarse todas las rentas vencidas y que en lo futuro las tierras no deberían rentarse sino que los indios deberían disfrutar de ellas¹⁵. La recuperación demográfica que precedió a 1810, con un aumento en la presión sobre la tierra como resultado, debe haber contribuido a crear el problema agrario.

Mientras tanto, el adversario no había permanecido ocioso. Va-

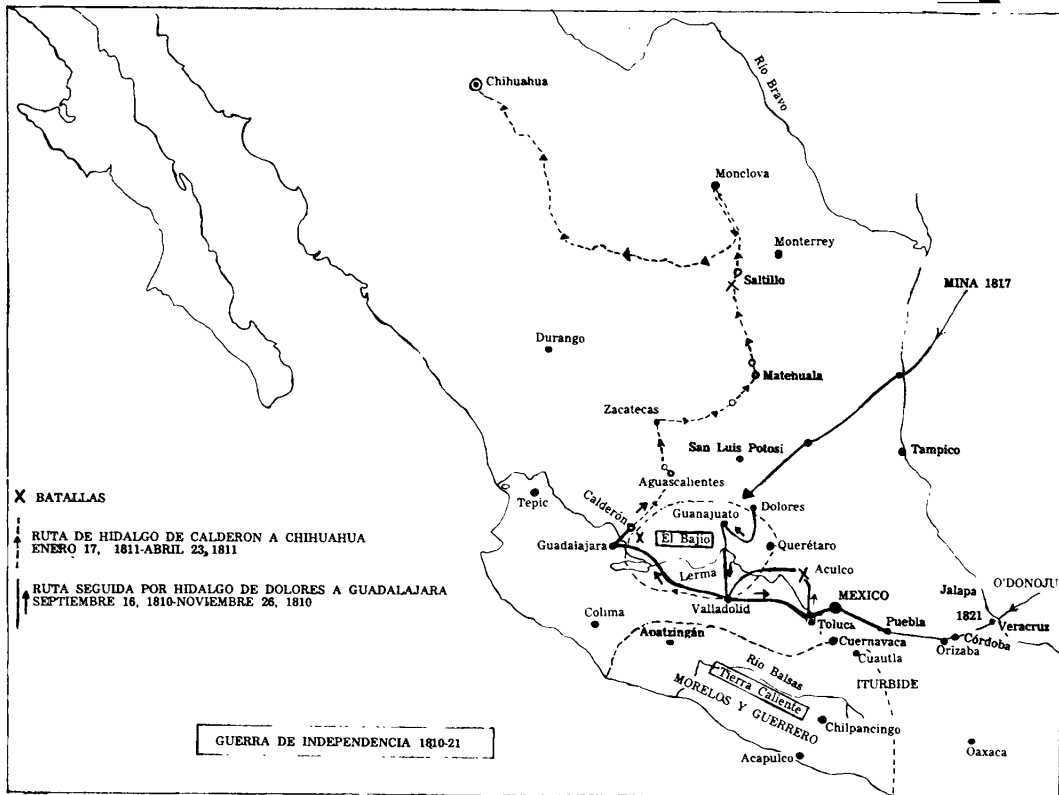
rios días después de la sublevación de Hidalgo en Dolores, el comandante del ejército en San Luis Potosí, Félix Calleja, un español casado con una rica criolla de la localidad, tomó el asunto en sus manos sin esperar instrucciones de México. Con fondos confiscados a la tesorería del gobierno local, organizó un ejército que debía derrotar a Hidalgo. Algunos oficiales adiestrados por él, como Armijo, Barragán, Bustamante y Gómez Pedraza, llegaron a ser prominentes mucho tiempo después en el México independiente¹⁶. Algunos hacendados de San Luis le facilitaron sus empleados, guardias o sirvientes, con los que formó una unidad eficiente¹⁷.

Con su pequeño pero bien equipado ejército, Calleja recapturó las ciudades en poder de los insurgentes, donde se repitieron las carnicerías feroces en mayor escala y el 17 de enero de 1811 derrotó al ejército mucho más numeroso pero mal equipado, indisciplinado y desorganizado de Hidalgo en el Puente de Calderón, cerca de Guadalajara. El sueño de independencia había durado sólo cuatro meses.

Hidalgo y su compañía se dieron a la fuga, pero en camino a los Estados Unidos fueron capturados en el polvoriento desierto del norte, en un lugar irónicamente llamado Nuestra Señora de Guadalupe de Baján y llevados a la lejana Chihuahua. Primero ejecutaron a los legos —Allende, Aldama, Mariano el hermano de Hidalgo que era tesorero del ejército revolucionario y Mariano Jiménez, un antiguo ingeniero de minas en Guanajuato. El cura párroco de Dolores fue ejecutado el 30 de julio de 1811, después de un proceso humillante. Sus últimos días deben haber sido bastante tristes; sus compañeros ya habían muerto. La causa de la independencia parecía irrecuperablemente perdida y tenía pocas razones para sospechar que diez años después su sueño se haría realidad. Cuatro jaulas de fierro fueron colocadas entonces en las esquinas de la cuadrangular alhóndiga de Guanajuato y en ellas se colgaron las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez. Allí permanecieron hasta después de la independencia.

Hidalgo no era ni un pensador sistemático ni hombre de costumbres ordenadas; sin embargo, estaba bien dotado para dirigir la primera etapa caótica y revolucionaria de la guerra. Fue su destino trágico llevar la destrucción a una parte de México. Aunque sus defectos eran muchos, se le recuerda justamente como el padre de la independencia mexicana, porque fue el primero en desafiar al régimen establecido. A su muerte, la Nueva España no era la misma nación que antes de la noche del 16 de septiembre de 1810.

Después de la muerte de Hidalgo, la insurrección reapareció en el sur bajo la dirección de otro cura. El 20 de octubre de 1810, José María Morelos había buscado al capitán general de América, que acababa de salir de Valladolid para marchar sobre la Ciudad de



México. Morelos había estudiado en el Colegio de San Nicolás cuando Hidalgo era rector. Abad y Queipo le había ordenado recientemente que publicara en su lejana parroquia tropical de Carácuaro el edicto que excomulgaba a su admirado maestro y el preocupado Morelos, que ya estaba interesado en el movimiento, decidió ver a Hidalgo personalmente. En sus pláticas, el capitán general justificó la revolución desde un punto de vista religioso y el mismo día comisionó a Morelos para que reclutara tropas e hiciera la guerra en el sur de México. La entrevista resultó ser de trascendentales consecuencias para el curso futuro de la insurrección.

Hasta entonces el movimiento se había restringido al Bajío o a los altiplanos centrales en general. Ahora aparecía un nuevo comandante que, además de un talento nato para el mando que Hidalgo debe haber reconocido instantáneamente, tenía un conocimiento profundo de la "tierra caliente", el área situada entre la costa del Pacífico y los altiplanos centrales, un área con pocos caminos, algunas veces inaccesible, con montañas escarpadas y fértiles planicies, con un clima insalubre en el que pocas personas criadas en regiones más frescas querrían vivir, con un sol tan abrasador que sólo podían trabajarse los campos en la mañana temprano, en la tarde o en noches de luna y donde la vida no era tenida en mucho valor por los habitantes mulatos, mestizos e indios.

Por sus antecedentes, Morelos era diferente de los comandantes criollos del ejército revolucionario. Había nacido en Valladolid (posteriormente rebautizada Morelia) en 1765, hijo de una familia pobre y honrada. Su padre era carpintero y su madre hija de un maestro de escuela que había estado relacionado con la iglesia. El acta de nacimiento describía a los padres como españoles, pero esto no tendría que ser así necesariamente; por lo general se piensa que Morelos era mestizo. Su madre le enseñó a leer y escribir, pero a la muerte de su padre el muchacho de catorce años fue enviado a la hacienda de su tío cerca de Apatzingán, una pequeña ciudad en tierra caliente. Allí pasó diez años como agricultor y arriero¹⁸.

Pero no había de permanecer ahí. Tal vez en parte para complacer a su madre, a la edad de 25 años entró al Colegio de San Nicolás y después de varios años de trabajo duro fue admitido al sacerdocio. Su madre orgullosa lo acompañó a su primer puesto en un pueblo de tierra caliente; el nuevo cura, pobre y ya no joven, no podía esperar conseguir una parroquia en un clima más agradable. El calor resultó ser fatal para la salud de su madre, que murió en menos de un año, dejando a José María en duelo y quizás también en amarga reflexión sobre la difícil situación de los curas y la grata condición del obispo y los canónigos en Valladolid. Su vida no mejoró mucho cuando obtuvo una capellanía, pero con sus cono-

cimientos prácticos pudo convertirse en próspero ganadero y suplementar así sus escasos ingresos de los derechos parroquiales, pocos de los cuales se pagaban en efectivo o en mercancías. Nadie debería sorprenderse de que cuando menos 400 clérigos seculares y regulares —más del cinco por ciento de la población del clero—, hayan participado en el movimiento insurgente¹⁹.

De manera que Morelos partió hacia el sur. Aun cuando los días de Hidalgo estaban contados y el Bajío pacificado por la espada realista, la revolución se extendía como mancha de aceite a otras partes del país. Le tocó a Calleja combatir a Morelos que, después de la muerte de Hidalgo, se convirtió en la cabeza del ejército revolucionario hasta su captura en noviembre de 1815. Casi desde el principio, Morelos tuvo la suerte de encontrar excelentes comandantes en Galeana y los hermanos Bravo, hijos de familias de hacendados de la tierra caliente, así como en Vicente Guerrero, también nacido allí pero de origen más humilde. Con el tiempo, Morelos pudo organizar un ejército eficiente, desde luego comparativamente pequeño, pero un ejército disciplinado al que no se le permitía el saqueo ni la matanza indiscriminada. Su comprensión de la psicología humana básica y su conocimiento singular de la geografía local, permitieron a Morelos superar su falta de entrenamiento militar; pudo retener zonas de la tierra caliente durante varios años y esto les dio tiempo a él y a sus colaboradores para aclarar sus ideas y hallar una estrategia política.

En su aislamiento, los insurgentes gradualmente se alejaron de España y finalmente declararon la independencia del país. Los acontecimientos de Europa también habían influido en este proceso. Las fuerzas francesas estaban siendo derrotadas en todos los frentes y se estaban retirando tanto de Rusia como de España. Se estaba volviendo obvio que Napoleón llegaba a su fin. La liberación de España del yugo extranjero significaría, por supuesto, la restauración del gobierno legítimo y de la iglesia con todos sus privilegios. El argumento de que los mexicanos tenían que resguardar a su país de los españoles ateos para la verdadera religión ya no sería válido. Afortunadamente, la idea de la independencia nacional que había sido discretamente infiltrada al público, primero por Hidalgo y después por Morelos, estaba arraigando. Por consiguiente era el momento adecuado para proclamarla, antes de que Fernando VII recobrara el poder. De esta manera pudo haber reflexionado Morelos precisamente antes de decidirse a convocar a un congreso nacional de representantes provincianos.

El Congreso —se utilizó la terminología constitucional norteamericana, no la francesa— se reunió en septiembre de 1813 en Chilpancingo, ciudad en el camino a Acapulco. Morelos había preparado para su consideración un programa que llamó modesta-

mente *Sentimientos de la Nación*: América debía ser libre e independiente de España y de cualquier otra nación, gobierno o monarquía. La religión católica debía ser la única religión, sin tolerancia de otra; sus ministros deberían sostenerse sólo con los diezmos y las primicias y el dogma debería ser defendido por una jerarquía consistente en el Papa, los obispos y los curas, "porque se debe arrancar toda planta que Dios no plantó", probablemente una referencia a la impopular inquisición. Morelos no aclaraba si en su opinión la iglesia debería poseer bienes. Se hizo evidente que la forma de gobierno debería ser republicana; la esclavitud, el tributo y todas las distinciones étnicas debían ser abolidas y todos los mexicanos —llamados "americanos"— serían iguales. Sus propiedades debían respetarse y las leyes controlarían la miseria y aumentarían los salarios de los pobres. Las propiedades de los españoles, "europeos", una vez confiscadas serían administradas cuidadosamente con miras a financiar la guerra.

El Congreso actuó con rapidez sobre la primera recomendación de Morelos y el 6 de noviembre declaró que "por las presentes circunstancias de la Europa. . . queda disuelta la dependencia del trono español". El Congreso celebraría tratados con la Santa Sede; reconocía únicamente la religión católica y prohibía la práctica de cualquier otra en público o en secreto y protegería con todos sus poderes la pureza de la fe y la conservación de las órdenes monásticas. A pesar de que la alta jerarquía eclesiástica no tenía muy buena opinión de los insurgentes mexicanos, estos últimos no abrigaban ningún resentimiento contra la iglesia y todo lo que anhelaban es que se les tomara en cuenta. Es una ironía que la iglesia les diera la espalda a estos curas pobres y devotos de pueblos y diera pleno apoyo a una España que había de volverse liberal. La Declaración de Independencia fue seguida el mismo día por un decreto que restablecía a la Compañía de Jesús, aparentemente según la iniciativa del propio Morelos²⁰. No había habido jesuitas en México para dirigir, o cuando menos para inspirar a los rebeldes, pero su recuerdo era estimado y puede decirse que recibieron una venganza tardía por su expulsión no tanto con el decreto, sino con el establecimiento mismo de la independencia mexicana.

El 7 de noviembre Morelos y sus fuerzas partieron para Valladolid. El intento de conquistar esa ciudad fue un error, porque allí los insurgentes fueron decisivamente derrotados por otro nativo de Valladolid, Agustín de Iturbide. De allí en adelante la estrella de Morelos empezó a declinar; su ejército perdió terreno bajo los ataques sistemáticos de Calleja, comandante general y virrey virtual, aunque de acuerdo con la constitución española de 1812 sólo era un *jefe político*²¹. El Congreso huyó de Chilpancingo y se refugió en Apatzingán en el corazón de la tierra caliente; allí trabajó en la

redacción de una constitución, sin ser molestado pero también en completo aislamiento mientras que Morelos estaba lejos con el remanente de sus fuerzas. La constitución, proclamada el 22 de octubre de 1814, incorporaba más o menos las ideas expresadas anteriormente en Chilpancingo, nunca había de ser aplicada en la práctica, porque bajo la ofensiva realista, siempre en aumento, el Congreso se dispersó. El propio Morelos fue capturado y ejecutado el 22 de diciembre de 1815.

En la lucha por la independencia mexicana, Morelos ocupa un lugar sólo inferior al de Hidalgo. Sin duda Morelos poseía cualidades de las que Hidalgo carecía; se reveló como soldado y organizador; sobre todo, era un hombre de carácter. Leal y modesto, Morelos rehusó aceptar el pomposo título que le ofrecía el Congreso y prefirió llamarse el siervo de la nación. Si Hidalgo era un huracán, Morelos era la lluvia constante que alimentó el terreno. Morelos desarrolló el movimiento iniciado por Hidalgo y le dio forma coherente. Muchos habitantes de la Nueva España que se habían dispersado por la violencia de las masas de Hidalgo, comenzaron a ver la independencia a una luz más favorable como resultado de los esfuerzos de Morelos. Así, cuando el momento propicio se presentó algunos años después, la opinión pública no sólo no se opuso, sino que recibió con regocijo a la independencia.

El gobierno español consideró que el fin de Morelos significaba la aniquilación del movimiento de independencia; unos cuantos grupos de insurgentes resistiendo aquí y allá no eran peligrosos. De manera que en 1816 retiró a Calleja y el nuevo virrey, Apodaca, conde de Venadito, intentó la pacificación ofreciendo la rendición condicional a los insurgentes restantes. Muchos aceptaron, otros se ocultaron. Para 1820, el país estaba aparentemente tranquilo, excepto por una pequeña zona sureña, donde Vicente Guerrero rehusaba rendirse. Probablemente hubiera muerto como cabecilla de guerrillas si un acontecimiento en España no le hubiera dado un distinto giro a los acontecimientos.

El 1o. de enero de 1820, un grupo de oficiales del ejército proclamó la constitución liberal que había sido aprobada por las Cortes en 1812, pero que fue anulada por Fernando VII a su regreso a España en mayo de 1814. La ola revolucionaria se sobrepuso al rey, de modo que este se vio obligado a aceptar el régimen constitucional. Los resultados pronto se presentaron. Después de mediados de año, España comenzó a presenciar una serie de medidas anticlericales incluyendo la supresión de la Compañía de Jesús y ciertas otras órdenes religiosas. A las demás órdenes no se les permitía tener más de un monasterio en un distrito y no podían establecerse nuevos monasterios o conventos. Fueron decretadas otras medidas que afectaban la inmunidad personal del clero y el dere-

cho de la iglesia para adquirir propiedades. La iglesia estaba encarrando un ataque más serio sobre sus privilegios y posesiones que cualquier liberalización intentada por gobiernos anteriores.

En los altos círculos eclesiásticos de la Nueva España surgió la idea de que la iglesia podría salvarse estableciendo un México independiente. El obispo de Puebla, Antonio Pérez, y el rector de la Universidad de México y canónigo de la catedral metropolitana, Matías Monteagudo —el primero mexicano, el segundo español— promovieron la idea²². Obviamente no estaban solos en esta empresa; deben haber actuado con la aquiescencia de algunos de sus colegas y superiores. El alto clero naturalmente deseaba evitar una repetición del levantamiento popular de Hidalgo; buscaba un cambio de gobierno sin derramamiento de sangre. Para lograrlo necesitaban la ayuda del brazo secular, una alianza con el ejército o parte de él —desde luego con los niveles más altos, no con los soldados cuya obediencia se tomaba por un hecho. Pronto se presentó una oportunidad con el nombramiento del coronel Agustín de Iturbide como comandante militar del sur de México.

Iturbide nació en Valladolid, hijo de un acaudalado comerciante vasco y de madre criolla. Sus antecedentes eran aproximadamente los mismos que de los rebeldes de San Miguel el Grande; pero a diferencia de ellos, al recibir noticias de la insurrección de Hidalgo, ofreció sus servicios a la corona. No era el único criollo en el ejército realista; la guerra civil había dividido verticalmente a la nación, de modo que miembros de todos los estratos sociales y étnicos combatieron en ambos bandos. En la guerra, Iturbide llegó a ser conocido como un militar despiadado y sanguinario que ejecutaba a los curas insurgentes sin ningún proceso judicial²³.

En 1815 fue acusado de falta de escrúpulos en cuestiones financieras y un año después se retiró del ejército, probablemente abrigando resentimientos contra las autoridades virreinales que lo perseguían ahora que ya no lo necesitaban. Si no hubiera sido por la revolución de 1820 en España, habría pasado el resto de sus días como hacendado.

Por todo esto parece extraño que en 1820 (en noviembre), el virrey le hubiera ofrecido un nombramiento para un importante mando en el ejército y que él hubiese aceptado; de hecho se sugirió que los conspiradores del clero habían persuadido a Apodaca que lo hiciera como parte de su plan²⁴. Una explicación más simple es que Iturbide fue elegido como el mejor oficial realista disponible para enténderselas con las guerrillas que operaban en el sur ahora que el coronel Armijo había renunciado al puesto por motivos de salud. Cualquiera que haya sido la razón, ésta era una oportunidad para Iturbide y cuando aceptó tal vez ya había decidido qué hacer. Poco después del inicio de su misión oficial, Iturbide trató de ganar-

se la buena voluntad y la confianza de sus antiguos adversarios Vicente Guerrero y Nicolás Bravo, los dos más distinguidos luchadores de la independencia que aún vivían. Bravo había sido liberado recientemente de una prisión realista y Guerrero continuaba resistiendo en el sur²⁵. Naturalmente, Guerrero desconfiaba; las proposiciones escritas de Iturbide parecían típicas intenciones de atraerlo a una celada. Las sospechas de Guerrero, sin embargo, fueron vencidas cuando el 24 de febrero de 1821 Iturbide hizo público su programa para la independencia mexicana en Iguala, en la profundidad de las tierras del sur, no lejos de donde Guerrero se encontraba operando.

En un documento (que entró a la historia como el *Plan de Iguala*), que Iturbide pudo haber traído de México, cuando menos en esbozo o anteproyecto, invitaba a todos los “americanos, bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen”, a unirse en un esfuerzo común teniendo como meta la independencia²⁶. Todos los grandes países habían sido gobernados alguna vez por otras naciones; todos con el tiempo habían sobrepasado a la madre patria. Este momento había llegado ahora para México. “¡Españoles europeos!”, continuaba el manifiesto en un tono más emotivo, “vuestra patria es la América, porque en ella vivís, en ella tenéis a vuestras amadas mujeres, a vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes. ¡Americanos! ¿Quién de vosotros puede decir que no descende de español? Ved la cadena dulcísima que nos une; añadid los otros lazos de la amistad, la dependencia de intereses, la educación e idioma y la conformidad de sentimientos. . . Es llegado el momento. . . de que nuestra unión sea la mano poderosa que emancipe a la América sin necesidad de auxilios extraños. Al frente de un ejército valiente y resuelto, he proclamado la Independencia de la América Septentrional”. En resumen, un México independiente cuyos habitantes todos, sin importar el lugar de nacimiento, serían iguales. Esta proposición parecía bastante razonable, pues la hostilidad entre peninsulares y criollos debería haberse gastado con el curso de los años; ni los rebeldes habían logrado desplazar a los españoles ni éstos someter a sus “primos” criollos. Otros problemas surgían ahora ante el país; por lo tanto era el momento de la reconciliación. Era necesario defender la fe católica. Con este postulado, el autor del manifiesto —quienquiera que haya sido²⁷ encontró el común denominador para españoles y mexicanos, para terratenientes y desprovistos de tierras, para blancos, mestizos e indios, para el alto y el bajo clero. A los españoles que estaban preocupados por sus vidas y haciendas, le ofrecía garantías de que vivirían tranquilos en la nueva nación y a los mexicanos les ofrecía la tan esperada independencia, especialmen-

te a los insurgentes que para entonces habían perdido la esperanza de que su sueño algún día se hiciera realidad. Al unir a la nación, neutralizando a las fuerzas españolas y aislando al puñado de oficiales realistas, proponía llevar a cabo la transferencia del poder sin derramamiento de sangre.

Su llamado resultó ser todo un éxito. Iturbide ahora estaba comprometido con una causa que se juzgaba como traición a los ojos de los realistas. Todas las dudas acerca de sus intenciones se desvanecieron. Dos semanas después Guerrero le envió un mensaje a Iturbide en el que se ponía a sus órdenes²⁸. La sospecha entre los soldados de Guerrero, por supuesto, no había sido completamente superada, pero los dos ejércitos se encontraron —uno de los espectáculos más extraños posibles de imaginar. Oficiales bien vestidos y tropas bien alimentadas por un lado y guerrilleros montañeses típicos por el otro se examinaban mutuamente con desconfianza; se habían encontrado en los campos de batalla como enemigos en el curso de la última década. Pero funcionó. Los insurgentes en otras partes de México siguieron el ejemplo de Guerrero, dando su apoyo a Iturbide. Los oficiales realistas que como Iturbide habían luchado contra la insurrección, se unieron al movimiento, incluyendo a Anastasio Bustamante, comandante en el importante Bajío. El poder virreinal se desintegró lentamente y el propio conde de Venadito fue obligado a renunciar el 5 de julio.

Era prudente, si no es que necesario, persuadir a España a aceptar la independencia de México mediante un tratado formal. Un nuevo virrey, Juan O'Donojú, nominalmente sólo un *jefe político*, estaba en camino a México y era con él que Iturbide se proponía conferenciar. Se reunieron en Córdoba, centro de un fértil distrito tabaquero al pie del volcán Citlaltépetl, y el 24 de agosto firmaron el Tratado de Iguala como base del futuro estado independiente, con varias modificaciones, una de las cuales no pareció importante en el momento. Según el documento original, México sería una monarquía constitucional bajo el reinado de Fernando VII o, en caso de que éste rehusara, de otro príncipe español o de cualquier otra dinastía reinante. El Tratado de Córdoba, sin embargo, no especificaba que el futuro emperador mexicano —el término resonaba con la memoria tanto de Napoleón como de Moctezuma— debía ser escogido de alguna dinastía europea; en caso de que los candidatos nombrados en el texto no se dignaran aceptar la corona, el monarca sería elegido por el Congreso mexicano²⁹. O'Donojú no percibió la omisión³⁰.

Iturbide entró en la Ciudad de México como liberador del país el 27 de septiembre, su trigésimo octavo cumpleaños. Después de una lucha que había empezado quince años antes, los hacendados mexicanos —herederos espirituales, si no reales, de los conquista-

dores-- alcanzaron el poder político. En 1810, los mexicanos por sí mismos no fueron lo suficientemente fuertes para vencer el poder de España y de la iglesia. Aprovechando una constelación inusitada de circunstancias favorables, Iturbide triunfó donde Hidalgo había fracasado, teniendo el apoyo del ejército realista así como el de la iglesia. De esta manera logró la independencia mediante, hablando comparativamente, una revolución corta y casi sin derramar sangre.

Sin embargo, irónicamente, Iturbide es el menos admirado de todos los involucrados en la lucha por la independencia mexicana. Primero luchó contra sus compañeros criollos; después enfrentó a España. Los oportunistas nunca han sido amados por el pueblo. Esto explica por qué México tiene monumentos para Hidalgo, Morelos y Guerrero, pero ninguno para Iturbide. Cada uno de los héroes tiene igualmente una provincia nombrada en su memoria; el estado de Guerrero cubre la misma región donde Guerrero pasó diez años luchando por la independencia. Valladolid fue rebautizada con el nombre de Morelos, no el de Iturbide, que también era nativo de allí. Uno preferiría que Guerrero, que se había sacrificado durante una década, hubiera sido el libertador en vez de Iturbide, que cosechó los frutos de los esfuerzos de otros. Sin embargo, a final de cuentas, los logros de Iturbide no pueden negarse.

LOS AÑOS DIFÍCILES 1821 —1855

La causa de todos estos males fue el ansia de poder que nacía de la codicia y la ambición; y de éstas pasiones procedió la violencia de los partidos comprometidos en la contienda. Los dirigentes. . . por un lado con el grito de la igualdad política del pueblo, por el otro con el de una aristocracia moderada, buscaban para ellos ganancias de los intereses públicos que pretendían respetar.

Tucídides, "La Revolución de Corcira", *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

Iturbide, aclamado como libertador, expidió una proclama: "¡Mexicanos!. . . Ya sabéis el camino de ser libres, a vosotros toca señalar el de ser felices". Esto era más fácil de decir que de realizarse, como demostraron los años que siguieron. A la mañana siguiente, el 28 de septiembre, una junta de gobierno escogida por Iturbide entre los elementos conservadores proclamó la independencia de México.

La junta, con el "jefe máximo del ejército imperial" como presidente, incluía al canónigo Monteagudo y al obispo de Puebla, promotores bien conocidos de la independencia; José María Fa-goaga, de la opulenta familia propietaria de minas de plata; y varios miembros de la nobleza criolla. Antiguos luchadores por la independencia como Guerrero no eran miembros; por otro lado, la junta incluía a O'Donojú, el antiguo virrey, cuya presencia suponía prestar legitimidad al nuevo régimen y garantizar una transición fácil entre el virreinato y una futura monarquía bajo un príncipe español o europeo. Es un hecho curioso que O'Donojú no firmó la declaración de independencia aunque estuvo en la sesión donde se aprobó. Tal vez estaba en desacuerdo con su tono, quizás no se sentía bien, pues poco después cayó enfermo y murió el 8 de octubre¹. O'Donojú había sido el único vínculo viviente entre México y España; ahora el vínculo estaba roto. Si hubiera vivido, el curso de la historia mexicana pudo haber sido diferente, porque con todo el prestigio de España detrás de él, pudo haber restringido algo la ambición de Iturbide. Ahora Iturbide quedaba libre para abrirse camino a través de la selva política.

Otro acontecimiento extraño tuvo lugar. El tratado de Córdoba especificaba que dos comisionados nombrados por O'Donojú deberían proceder a Madrid con objeto de negociar un arreglo. O'Donojú murió antes de que pudiera cumplirse con esta cláusula del acuerdo, pero los comisionados podrían haber sido enviados por la junta o la regencia —el grupo ejecutivo presidido por Iturbide. Sin embargo, esto no se hizo; más aún, el nuevo gobierno comenzó a mostrar su hostilidad hacia los españoles que intentaban repatriar fondos². Esto era comprensible dada la desastrosa situación financiera que prevalecía en México, pero también podría interpretarse como un deliberado intento de bloquear un acuerdo con la madre patria. En vista de acontecimientos posteriores, esta posibilidad no debe descartarse.

En un conflicto entre naciones, generalmente es difícil decidir quién arrojó la primera piedra o quién disparó el primer tiro. Después de la aceptación de O'Donojú de la independencia mexicana, el ejército español estacionado en México siguió su ejemplo. Sin embargo, un grupo de realistas rehusó someterse y se retiró a San Juan de Ulúa, una poderosa fortaleza frente al puerto de Veracruz, construida sobre la misma isla en que Cortés se había detenido antes de desembarcar y que era entonces una mazmorra para prisioneros políticos. Desde aquí los realistas continuaron dominando el mar, obviamente esperando refuerzos con los cuales recapturar Veracruz y posteriormente reconquistar el país. Las noticias viajaban despacio en esos días, alrededor de dos meses de México a Europa o viceversa. Las señales de que Madrid reaccionaría negativamente a la independencia mexicana se multiplicaban; la decisión final se tomó el 13 de febrero de 1822 con el decreto de las Cortes españolas, que declaraban nulo y sin valor el acuerdo de Córdoba³. Si bien es verdad que el gobierno liberal español negaba a México su derecho a la independencia, también es cierto que el gobierno mexicano hizo muy poco o nada para que la independencia fuera aceptable para España. Quizá el resultado total de los sucesos era inevitable. La economía de México estaba arruinada; las minas inundadas, las haciendas incendiadas y muchos pueblos e incluso ciudades arrasadas hasta los cimientos. Inútil decir que la tesorería del Estado estaba en quiebra. Los gastos se elevaron, porque las fuerzas insurgentes habían sido incorporadas al ejército y las tropas españolas tenían que ser alimentadas, en espera de su regreso a España. El déficit fiscal crecía día tras día. Guiado por las mejores intenciones, el gobierno de Iturbide contribuyó al desastre económico reduciendo los impuestos; inspirados por las predicciones de Alejandro de Humboldt, los nuevos gobernantes tenían confianza en los ilimitados recursos del país. Humboldt, por supuesto, había dado por hecho un futuro pacífico para

México. Desgraciadamente esa suposición resultó ser falsa. Consecuentemente, la disminución de ciertas tasas de impuestos empeoró el déficit.

Cuando la tentativa de conseguir un préstamo falló, Iturbide recurrió a un préstamo forzoso. Ahora se esperaba que las casas de importación españolas en la Ciudad de México, como principales depositarias de efectivo, financiaran el tesoro público aunque sus fondos —como casi los de todos— estaban exhaustos. Al mismo tiempo los españoles no se sentían inclinados a prestarle ayuda a México, a pesar de la seguridad que les ofrecía el Plan de Iguala y el tratado de Córdoba. Muchos comerciantes se negaron a pagar y en vez de esto prefirieron emigrar con sus ahorros; algunos fueron hechos prisioneros. Iturbide parecía estar violando las solemnes promesas incorporadas en los dos documentos, aunque sí cumplió su palabra en otras esferas: por ejemplo, muchos funcionarios españoles del gobierno, tanto altos como menores, permanecieron en sus puestos.

En esta difícil situación, el Congreso constitucional, cuyos miembros habían sido designados por electores seleccionados por ayuntamientos, se reunió el 24 de febrero de 1822. En muchas de estas elecciones locales, la influencia de las constituciones de los Estados Unidos y de España era aparente⁴. Así fue que para desagradable sorpresa de Iturbide, la mayor parte de los diputados eran o republicanos o borbonistas (monarquistas partidarios de un príncipe español en el trono mexicano). Iturbide, que abrigaba ideas diferentes acerca del futuro régimen del país, chocó con el Congreso desde el primer día cuando insistió en ocupar el sitio más prominente. Aunque el Congreso admitió que como libertador, él era el primer ciudadano del imperio, declaró que no podía asignarle el sitio más elevado, porque éste pertenecía a su propio presidente; se prohibió a la escolta personal de Iturbide entrar al recinto y a él mismo se le instruyó que no desenvainara su espada durante la sesión⁵. Es claro que esta situación no podía durar mucho. La oportunidad para suprimir la importuna legislatura se presentó después del rechazo español a la convención de Córdoba. La noche del 18 de mayo de 1822, guarniciones del ejército proclamaron a Iturbide como el Emperador Agustín I y a la mañana siguiente el Congreso aprobó esta decisión bajo presión militar y popular. Ahora que el tratado de Córdoba había sido anulado por España, razonó el diputado Valentín Gómez Farías, un médico que posteriormente llegaría a ser dirigente liberal, México quedaba libre para seguir su curso⁶. Iturbide finalmente ocupó el codiciado puesto con todo y dosel.

El emperador fue reconocido prontamente por insurgentes como Bravo y Guerrero. Este último había sido recompensado por

el libertador con el título de mariscal y el mando del sur de México; no parecía tener envidia de la posición de Iturbide. En su felicitación, Guerrero expresó la confianza de que el libertador no se convertiría en un tirano⁷. Iturbide no atendió las advertencias. Con la legislatura privada de libertad, las conspiraciones florecieron y para fines de agosto de 22, diecinueve diputados y varios oficiales del ejército estaban en prisión. Dos meses después el emperador disolvió el Congreso completamente. Es un milagro que con todo su largo historial de hombre cruel, Iturbide se haya contentado con privar a sus enemigos de su libertad personal; no privó a nadie de la vida. Ya se había derramado demasiada sangre. Obviamente Iturbide deseaba ser un tirano humanitario; nadie sabe qué hubiera sucedido si hubiese recurrido a la medida extrema que le fue aplicada dos años después. México todavía se encontraba en el amanecer idílico de su independencia.

Como era de esperarse, el nuevo emperador fue bien recibido por la iglesia, que también tenía buenas razones para contemplar con sospecha al Congreso. Tres semanas después de la toma de posesión, el cuerpo legislativo suspendió el préstamo forzoso; como borbonistas, muchos diputados se oponían al arresto arbitrario de comerciantes españoles. Muchos de ellos eran liberales moderados influidos por la España liberal de entonces (contra la cual Iturbide se había levantado) y por lo tanto resolvieron que si el gobierno no recibía fondos suficientes de préstamos voluntarios, debería proceder a la subasta pública de las propiedades ya nacionalizadas de ciertas órdenes religiosas, especialmente la de los jesuitas⁸. Las propiedades de los jesuitas habían sido confiscadas hacía medio siglo y de éstas, la cantidad que quedaba sin venderse, bajo la administración del Estado, no era considerable. Mucha gente en México anhelaba la rehabilitación de la orden jesuita; después de todo, este restablecimiento había sido parte del programa de Morelos. Aun cuando el plan de Iguala no había especificado la restauración, ésta quedaba implícita en las garantías incondicionales otorgadas a la iglesia. En consecuencia parecía extraño que la reintroducción de esta orden se pospusiera y que sus antiguas propiedades fueran a venderse al mejor postor en vez de conservarlas para los jesuitas.

Además, el emperador fue obligado por la creciente mala situación de la tesorería a decretar otro préstamo forzoso que también afectaría a las corporaciones eclesiásticas⁹. Congreso o no, el gobierno en su desesperación se estaba dirigiendo a la iglesia con la esperanza de obtener fondos. Si la iglesia había esperado recibir protección en el México independiente, pronto se desengañó. De los tres puntos básicos del Plan de Iguala —a saber, el establecimiento de la independencia, la protección de vidas e intereses de

los españoles y la defensa de la iglesia— solamente el primero fue respetado. Los otros dos fueron víctimas de las necesidades fiscales y de la arraigada desconfianza mutua entre México, Roma y Madrid.

Fue durante la última parte del agitado octubre de 1822 cuando Joel R. Poinsett, enviado especial del gobierno de los Estados Unidos, desembarcó en Veracruz. Ya para principios de enero México había tomado la iniciativa en lo tocante a sus relaciones diplomáticas con Washington, Londres y la Santa Sede¹⁰. Dos meses después, el presidente Monroe reconoció al México independiente. Cuando finalmente envió a su representante, Iturbide ya era emperador y la misión de Poinsett se restringió a un reconocimiento. Llegó a la capital unos cuantos días antes de que Iturbide disolviera el Congreso. A su regreso a los Estados Unidos, Poinsett describió sus impresiones en *Notas sobre México hechas en el otoño de 1822*¹¹, donde no hizo ningún esfuerzo para ocultar su aversión tanto por los borbonistas como por los seguidores de Iturbide, así como su simpatía por los republicanos. Antes de presentarse ante el emperador el 3 de noviembre, Poinsett visitó a los prisioneros políticos en el convento dominico. Esta visita —es interesante que haya sido permitida— difícilmente podía haber sido interpretada como gesto amistoso hacia el gobierno y puede explicar la actitud de disculpa del emperador durante su reunión con Poinsett. Iturbide felicitó a los Estados Unidos por sus instituciones republicanas y se lamentó de que éstas no fuesen apropiadas en las circunstancias de su país. Luego explicó que había aceptado el trono únicamente para complacer los deseos del pueblo y para prevenir el desorden y la anarquía. Sin embargo, Poinsett, al comentar la desesperada situación de la tesorería, proféticamente terminaba sus *Notas* diciendo que “mientras posea (Iturbide) los medios para pagarles y recompensarlos —oficiales y soldados— durante ese tiempo se mantendrá en el trono; cuando fallen éstos, será derrocado”¹².

La predicción resultó correcta. Ciertamente, el gobierno estaba negociando un préstamo con la Gran Bretaña, pero dado que necesitaba dinero urgentemente, echó mano de un convoy que llevaba 1,200,000 pesos de México a Veracruz para embarcar a España. Las necesidades más apremiantes de la tesorería fueron aliviadas momentáneamente, pero este acto arbitrario demostró que Iturbide era incapaz de gobernar al país en forma ordenada. Como el conservador Alamán señaló después, el imperio combinaba todos los defectos de una república con todos los inconvenientes de una monarquía. Antes de embarcarse en Tampico el 23 de diciembre —la salida se había demorado debido a los fuertes vientos del norte— Poinsett recibió noticias de un levantamiento militar en Veracruz contra el gobierno de Iturbide¹³.

Los informes eran correctos. El joven comandante militar de Veracruz, Antonio López de Santa Anna, antiguo oficial realista que había luchado por el Plan de Iguala y después apoyando el imperio, tomó la iniciativa y durante los primeros días de diciembre, a la cabeza de sus soldados, proclamó una revolución. Luego envió una carta a Iturbide en la que, después de profusas acusaciones, pedía la reinstalación del Congreso y la formación de una constitución basada en "religión, independencia y unión", en otras palabras, en el Plan de Iguala, que había sido violado por el emperador. Los generales Bravo y Guerrero rápidamente secundaron el movimiento. En su propia proclama el héroe del Sur modestamente declaraba que la independencia mexicana no había sido únicamente el logro de Iturbide¹⁴. El grueso del ejército influido por dos antiguos diputados liberales en el Parlamento español, Ramos Arizpe y Michelena, también se unieron a la revolución¹⁵, y mientras su imperio se desmoronaba, Iturbide abdicó el 19 de marzo, un año y medio después del establecimiento de la independencia. Su reinado había durado sólo diez meses. Habiéndose liberado del molesto libertador, el Congreso y el nuevo gobierno finalmente estaban libres para dar forma al destino de la nación.

De hecho el Plan de Iguala ya no era válido. Un comité del Congreso recomendó que se declarara oficialmente nulo y que México debería quedar en libertad de adoptar la constitución que deseara¹⁶. Implícitamente, México quedaba libre de convertirse, por ejemplo, en una república federal. El Congreso siguió las recomendaciones el 8 de abril; premió además, con una pensión al depuesto emperador siempre que residiera en Italia. Sin embargo, Iturbide no era feliz en el exilio. Tal vez inspirado por el regreso de Napoleón desde Elba, en julio de 1824 desembarcó cerca de Tampico, ignorante de que mientras tanto el Congreso lo había declarado traidor. Tampoco México era Francia, pues allí no había nadie para aclamarlo y cuatro días después Iturbide estaba frente al pelotón de fusilamiento.

Después de la abdicación de Iturbide, el Congreso reunido de nuevo, rápidamente nombró un organismo gubernamental provisional. Era un triunvirato llamado Supremo Poder Ejecutivo, que consistía de los generales Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Pedro Negrete. Los dos primeros eran insurgentes bien conocidos; el tercero un español que había ofrecido sus servicios al nuevo país. El Poder Ejecutivo —nombre que tenía un sabor republicano— procedió a nombrar cuatro miembros del gabinete. Desde el principio, el más sobresaliente era Lucas Alamán, el ministro de asuntos internos y exteriores, un joven de treinta años que acababa de regresar de una estancia prolongada en Europa.

Alamán ya ha sido mencionado como dirigente conservador e

historiador. Nació en 1792 en el seno de una opulenta familia minera y banquera de Guanajuato, que había coronado su fortuna adquiriendo un título nobiliario español, el marquesado de San Clemente. Su niñez y adolescencia parecen haber sido felices; era la *douceur de vivre* de las clases altas provincianas. Era criollo de nacimiento, pero —como escribiera mucho después— en el Guanajuato de esa época no se hacía ninguna distinción entre españoles nacidos en América o en España, porque todos estaban firmemente entrelazados por parentesco, amistad, e intereses económicos comunes¹⁷.

Durante el imperio de Iturbide, Alamán estaba en España como delegado mexicano de las Cortes; no tuvo que encarar al emperador, al que consideraba un advenedizo. Como marqués de San Clemente, Lucas Alamán hubiera sido el primer ministro perfecto de un monarca mexicano borbónico, pues por su cultura y talento, sobresalía entre sus contemporáneos. Pero no llegó a utilizar su título nobiliario porque el gobierno en cuyo servicio acababa de ingresar era pronunciadamente republicano.

Un nuevo alineamiento de las fuerzas en el Congreso le había dado la mayoría a los republicanos. Si antes de ser disuelta por Iturbide, la legislatura mantenía más o menos un equilibrio entre republicanos y borbonistas con los seguidores de Iturbide al centro, los que antes se encontraban en el centro se unieron a los republicanos por despecho contra los borbonistas que habían contribuido tanto a la caída del imperio. Esta mayoría bloqueó eficazmente el establecimiento de un monarca europeo en el trono mexicano: si Iturbide no había de ser emperador, razonaban, nadie más lo sería. En su derrota y en su muerte, Iturbide podía reclamar este triunfo negativo.

Los borbonistas pro-hispánicos estaban asociados con francmasones del rito escocés y así se llamaban “Escoceses”. Constituían el centro del que surgirían los conservadores en lo futuro. Ahora que la república se estaba volviendo un hecho establecido, el monarquismo empezó a ser considerado como traición; en consecuencia desde ese momento todos se llamaban republicanos. Y como ahora todos eran republicanos, se necesitaban nuevas distinciones. De esta manera, los borbonistas se volvieron “centralistas”, seguidores de un régimen central fuerte. Los republicanos anti-hispanistas se convirtieron en “federalistas”, que favorecían una federación según el modelo de los Estados Unidos. La capital se había identificado con el virreinato y las diferentes corrientes revolucionarias habían sido más fuertes en las provincias. Esto continuó después de la independencia y como la plaza fuerte de los progresistas estaba en las provincias, naturalmente luchaban en favor de un mayor grado de autonomía provincial. Posteriormente este grupo

se transformaría en liberal, pero como los partidos políticos todavía eran desconocidos, se necesitaba un arquetipo adecuado: lo encontraron en la francmasonería. De esta manera, en 1825 los federalistas —con la ayuda de Poinsett, que era entonces el ministro norteamericano en México—, lograron organizar logias del rito yorkino; y así fue que los federalistas llegaron a ser conocidos como “Yorkinos”.

A nadie sorprendió que la constitución, aprobada finalmente por el Congreso a principios de octubre de 1824, un año y medio después del derrumbe del imperio, no sólo era republicana —se daba por sentada la república— sino también federal y que la presidencia recayera en un federalista, es decir Guadalupe Victoria, hombre de origen oscuro, tal vez mestizo. La clase alta tenía como representante al vicepresidente Bravo, el bien conocido dirigente de los “Escoceses” (de acuerdo con la constitución la vicepresidencia se adjudicaba al candidato que ocupara en la votación el segundo lugar) y en el miembro más influyente del gabinete, Lucas Alamán. Esteva, el ministro de hacienda, un vendedor de libros de Veracruz, era federalista. De esta manera los elementos de la clase superior y de la clase media estaban equilibrados en el gobierno. Es fácil ver por qué el Congreso y Victoria no intentaron establecer un régimen puramente de clase media. Los estratos sociales superior y medio formaban sólo una pequeña proporción de la población total. Sin embargo, la clase media era más numerosa que la clase alta por supuesto, pero ésta compensaba su minoría con su riqueza y sus relaciones. Fue así que se estableció un *modus vivendi* entre ellos.

Después de la caída de Iturbide, la tesorería había estado en el mayor desorden. La situación mejoró cuando México obtuvo dos préstamos en Londres: 16 millones de pesos en un empréstito con Goldschmit & Company a principios de 1824; el segundo préstamo por la misma cantidad se obtuvo unos meses después con Barclay & Company¹⁸. De esta manera México asumió una carga de 32 millones de pesos de deuda exterior. Sin embargo, debido a un bajo precio de contratación y a deducciones de los banqueros, México recibió únicamente alrededor de la tercera parte de esa cantidad, aproximadamente 10 millones de pesos. En noviembre de 1823, el ministro de hacienda expresó la esperanza de que el producto del préstamo se empleara en mejoras del país a largo plazo; pero cuando llegó el dinero todo se invirtió en gastos corrientes del gobierno. Cuando menos a los burócratas se les pagó regularmente y esto bien puede explicar la relativamente larga duración de la tregua entre los centralistas y los federalistas, porque “cuando los sueldos se pagan las revoluciones se apagan”¹⁹.

Los inversionistas británicos también mostraron interés en las

empresas mineras mexicanas. La cantidad total de la inversión durante 1823-1827 era de más de 12 millones de pesos, de los cuales el Real del Monte, propiedad de los condes de Regla, pero que entonces era manejado por una compañía inglesa, recibió alrededor de 3 millones²⁰ y la Asociación Mexicana Unida, uno de cuyos directores era Alamán, recibió alrededor de 4 millones de pesos²¹. Es cierto que la especulación británica en bonos y acciones mineras sudamericanos y mexicanos pronto se vino abajo dejando atrás muchas víctimas, pero el dinero ya estaba hundido profundamente en tierra mexicana. Aun cuando la cantidad invertida en México fuera tal vez menor que los daños que causó directa e indirectamente la Guerra de Independencia, era suficiente para infundir nueva vida a la economía del país²². Gracias a la inyección instantánea de fondos México disfrutó de unos cuantos años de paz civil.

Durante este periodo hubo libertad completa e irrestricta de la prensa y un número sorprendentemente grande de periódicos²³. Sin embargo, las tensiones políticas estaban surgiendo lentamente y los bandos acumulaban injurias mutuas. El péndulo se inclinaba hacia la izquierda; Alamán fue obligado a salir del gabinete en 1825. La exaltación aumentó después de la victoria de los federalistas en el Congreso en 1826 y después de que se descubrió, en enero del año siguiente, lo que se conoce como la conspiración del Padre Arenas para restaurar el poder español en México. En esta coyuntura, España era el único país de importancia que no había reconocido la independencia mexicana. Considerando igualmente que muchos españoles nacidos en Europa todavía conservaban sus puestos gubernamentales, era bastante fácil inflamar la opinión pública contra todo lo español. En esta situación se aprobó una ley que expulsaba del país a ciertos grupos de españoles. Los yorkinos estaban haciendo esfuerzos por apoderarse del gobierno. El bien intencionado presidente Victoria no pudo controlar la situación. Luchando a la defensiva, los escoceses primero tomaron su venganza en una ruidosa campaña contra el ministro norteamericano Poinsett y finalmente recurrieron a las armas. Fue el propio vicepresidente, el general Bravo, quien perdió la paciencia y se sublevó contra el gobierno. Rápidamente fue derrotado por Guerrero y enviado al exilio. Esta resultó ser sólo una escaramuza preliminar.

El tema central que durante algún tiempo se había estado perfilando en el horizonte eran las próximas elecciones presidenciales, previstas para 1828. Bravo había desperdiciado su oportunidad y ahora la estrella de Guerrero comenzaba a ascender. Guerrero, que no solamente fue uno de los libertadores sino también el hombre que recientemente había restaurado el orden en la república, era el favorito. El general Gómez Pedraza, ministro de guerra y antiguo seguidor de Iturbide, se presentó como candidato moderado contra

Guerrero. Los elementos conservadores se reunieron para respaldar al moderado ministro de guerra; Guerrero era el paladín de las clases media y baja y Lorenzo Zavala, el periodista radical de Yucatán, lo apoyaba. Gómez Pedraza fue elegido presidente por un pequeño margen pero Guerrero se rehusó a aceptar el resultado y, en su nombre, Zavala organizó una revuelta con la que tomó la capital en diciembre de 1828 —la única ocasión en la historia de México en que un civil se adueñó del poder casi sin apoyo del ejército. En lugar de eso, Zavala obtuvo ayuda de las clases bajas urbanas; a cambio tuvo que tolerar el saqueo e incendio de los comercios tanto españoles como mexicanos. Siguiéron las formalidades: en enero del año siguiente, Guerrero fue elegido presidente y el 10. de abril recibió el cargo de Victoria. De esta manera el gobierno constitucional se derrumbó fatalmente después de cuatro años.

Guerrero y Zavala, su ministro de hacienda, ahora tenían una oportunidad de llevar a cabo su programa. Zavala tenía prominentes antecedentes criollos de Mérida, en la lejana península de Yucatán. Mientras que los indios del centro de México se habían sublevado, los mayas habían permanecido sometidos; a diferencia de Alamán y posteriormente de Mora, Zavala no había presenciado la violencia social de la Guerra de Independencia²⁴. La lucha en Yucatán era exclusivamente entre los criollos y las autoridades virreinales; no había tercero en discordia. Esto bien puede haber influido en la actitud de Zavala, pues en contraste con los intelectuales del Centro, se convirtió en radical. Posteriormente, en el México independiente, fue gobernador del gran estado de México con capital en Toluca y, a una escala regional, intentó unas cuantas reformas sociales.

Guerrero y Zavala se complementaban mutuamente. Guerrero era un hombre silencioso, provinciano en su aspecto y carente de ambiciones. Sin Zavala, quizás hubiese seguido siendo comandante militar del Sur. Por otro lado, sin Guerrero, Zavala no hubiera llegado a ser una figura nacional. Porque a pesar de su elocuencia y de su talento, Zavala tenía la desventaja de ser yucateco, casi un extranjero, como un guatemalteco. Los yucatecos incluso hablaban distinto, con la melodiosa entonación de los mayas. En opinión de todos, Guerrero era el símbolo de la resistencia a la dominación española. El clamor por la expulsión total de los españoles aumentó y ésta fue decretada el 20 de mayo de 1829. Aunque frustrado en la práctica, el decreto fue una sacudida. Los españoles, que habían sido los amos del país durante tres siglos, debían ser expulsados, privados de sus puestos y posición social y quizás también de sus propiedades. Seguramente España no permitiría que estas acciones pasaran inadvertidas. El ministro de hacienda Zavala agregó las suyas a estas medidas. Encontró las arcas vacías, tan vacías

como su predecesor las había encontrado hacía seis años, después del derrumbe del imperio de Iturbide. Hacia fines de 1827, cuando la situación nacional se había agravado, Méjico no pudo pagar los intereses sobre sus dos préstamos extranjeros y su deuda se había estado acumulando desde entonces. En vista del déficit en rápido aumento, que en ese momento importaba más de 3 millones de pesos al año, Zavala propuso la adopción de una variedad de medidas de emergencia para así restaurar el crédito y la confianza del público.

En primer lugar, Zavala decidió vender las propiedades de la iglesia previamente nacionalizadas, medida que había sido considerada en 1822, pero abandonada al año siguiente para no inflamar el conflicto entre grupos clericales y anticlericales. El mismo Guerrero probablemente era un buen católico; él, como Morelos, no hubiera visto con simpatía una subasta de antiguas posesiones jesuitas. Pero ahora se presentaba la oportunidad a Zavala de llevar a cabo su programa antihispanista y anticlerical. Por lo tanto, ordenó la venta de las propiedades de la iglesia el 1o. de mayo²⁵. Como resultado, se vendieron propiedades valuadas en algo menos de un millón de pesos, que reeditaron aproximadamente una cuarta parte de su valor a la tesorería nacional.

Zavala combinó estas medidas con lo que había de constituir el primer intento de México para establecer un impuesto progresivo. A propuesta suya, el Congreso aprobó el 22 de mayo un impuesto del 5 por ciento sobre rentas e ingresos anuales entre 1,000 y 10,000 pesos²⁶: los ingresos menores de 1,000 pesos estarían exentos de pago; sin embargo, los ingresos de más de 10,000 pesos serían tasados al 10 por ciento. Las rentas e ingresos entre 1,000 y 10,000 pesos correspondían aproximadamente a la clase media, los mayores de 10,000 pesos a individuos de las clases altas. Zavala se proponía atacar a los que se encontraban en la categoría del ingreso más elevado, pero todos los grupos de propietarios serían afectados. Otras medidas similares siguieron. Este fue tal vez el único gobierno mexicano en el siglo XIX que trató de beneficiar al pueblo y de establecer lo que después se llamaría democracia; la única ocasión en la historia mexicana hasta el siglo actual en que el gobierno favoreció a los pobres por encima de los ricos.

El desembarco de tropas españolas cerca de Tampico a fines de julio reunió a la nación en un esfuerzo unánime y el intrépido general Santa Anna, siempre vigilante en su cuartel general de Veracruz, se apresuró a la escena y rápidamente derrotó a los invasores, convirtiéndose así en héroe nacional. Este primer intento español de una reconquista también fue el último; España se resignó con el tiempo a la independencia mexicana. Por un momento la victoria reforzó el orgullo nacional mexicano. Pero cuando el peligro

extranjero que había servido para unir al país hasta entonces se desvaneció, las discordias internas tomaron un nuevo y desagradable cariz. Las reformas a los impuestos propuestas por Zavala no sólo afectaban a las clases altas sino igualmente a la media. Estos dos grupos entonces unieron sus fuerzas —por primera vez desde su oposición común al imperio— en un intento de expulsar al defensor de las clases bajas. La campaña contra el régimen no osaba tocar al presidente Guerrero, que era aún héroe nacional para la mayoría de la gente; por el momento se reducía a atacar al ministro de hacienda y a su amigo el ministro Poinsett de los Estados Unidos. Los ataques se volvieron tan feroces que el presidente no pudo siquiera proteger a su ministro; Zavala fue obligado a salir el 2 de noviembre y el protestante Poinsett, un conveniente chivo expiatorio en una nación universalmente católica, pronto lo siguió. Estas eran únicamente escaramuzas preliminares destinadas a preparar psicológicamente al país para la eliminación del propio Guerrero, una mampara detrás de la cual se fraguaba una revuelta del ejército.

El vicepresidente Anastasio Bustamante, anteriormente oficial realista, se sublevó en diciembre con el apoyo de Bravo, ya de regreso en México. La revuelta rápidamente triunfó y el 1º de enero de 1830, el vicepresidente Bustamante haciendo las veces de presidente, formó su gabinete. Alamán nuevamente era miembro de asuntos interiores y exteriores; sin embargo, en una reacción contra los intentos de reforma social de Guerrero, Alamán había llegado a creer en un gobierno fuerte. El nuevo gabinete consistía de conservadores o centralistas en contraste con los gobiernos de 1823-1827, que combinaban elementos de grupos tanto federalistas como centralistas.

Guerrero se retiró a su hacienda en el sur. En esos días una hacienda no era sinónimo de riqueza, porque la mayoría de las propiedades sólo garantizaban a sus dueños un nivel de vida de clase media. Retirarse a su hacienda era un acto simbólico: significaba que Guerrero no deseaba estorbar; de hecho, reconoció a Bustamante como presidente en funciones. Pero también significaba que Guerrero estaría rodeado de sus fieles campesinos en caso de que los sucesos tomaran un giro desfavorable. Hombre de gustos diferentes, Zavala decidió no acompañar a Guerrero sino permanecer en la capital. El mismo Alamán, su adversario ahora en el poder, le advirtió que no podía garantizarle la vida y por lo tanto Zavala se dirigió a los Estados Unidos. La oposición fue suprimida y parecía que un periodo de estabilidad económica y financiera se encontraba a la mano. Primero, México acordó con los prestamistas extranjeros capitalizar las cantidades vencidas de la deuda, que sumaban más de 4 millones de pesos; se restableció la confianza al

precio de aumentar el capital de la deuda. En segundo lugar, Alamán resolvió revitalizar la rezagada economía nacional; la minería se encontraba abatida como resultado de la excesiva expansión de los años anteriores y de disturbios militares y civiles. Por lo tanto, Alamán volvió la atención a otra esferas de la vida económica, en particular la industria textil. Estableció un banco gubernamental que debía introducir maquinaria para hilar y tejer algodón²⁷. Esto iba aparejado con fuertes medidas proteccionistas, especialmente destinadas a prohibir la importación de algodones ingleses tejidos mecánicamente. Aunque el banco fracasó ulteriormente, mientras duró promovió con efectividad una revolución industrial, con el resultado de que una docena de años después el país podía alardear de alrededor de cincuenta fábricas textiles que podían surtir telas de algodón razonablemente baratas para el pueblo. Las fábricas eran especialmente prominentes en la vieja ciudad textil de Puebla y en Veracruz, estado productor de algodón, donde la energía hidráulica era abundante. Los fabricantes fueron reclutados entre los comerciantes y prestamistas conectados con el gobierno, como Escandón, Barrón y Martínez del Río²⁸. Alamán también estaba interesado en las mejoras agrícolas, pero en ésto logró poco; él mismo, católico devoto, tuvo que confesar que la agricultura mexicana estaba agobiada por los diezmos recaudados por la iglesia. Como en otras instancias anteriores y subsecuentes, fue bastante fácil modernizar la economía minera, industrial y urbana; pero como resultado de la rígida estructura social del medio rural la agricultura se resistía al cambio.

Mientras que se colocaban los primeros cimientos para una revolución industrial, Guerrero se levantó nuevamente en el Sur, secundado por el leal Alvarez. Esta era la cuarta vez que Guerrero tomaba las armas contra el gobierno establecido; primero contra España, después contra Iturbide, posteriormente contra Gómez Pedraza y ahora contra Bustamante. Esta fue asimismo la última vez. El general Bravo, su paisano y antiguo camarada de armas en la época de Morelos, fue enviado a combatirlo. Esta guerra fue considerada por sus contemporáneos como una guerra de clases en la que Bravo representaba al elemento propietario de la sociedad. Guerrero fue capturado en enero de 1831 y en lo que parece una tardía venganza española contra uno de los libertadores de México, fue ejecutado en el solitario convento dominico de Cuilapam cerca de la ciudad de Oaxaca.

Durante 1830-1831 el gobierno de Bustamante tomó muchas medidas a favor de la iglesia, a las que ni la Santa Sede ni la España clerical serían indiferentes. Estas medidas tenían asimismo un propósito interno: después de las tentativas de Zavala para lo que parecía una subversión del orden social, los conservadores habían

llegado a la conclusión de que la iglesia debía fortalecerse, porque la iglesia con toda su jerarquía era la garantía más segura para los derechos de propiedad y los privilegios del orden existente. Sin embargo, Alamán, el miembro más articulado del gabinete fue más lejos de lo aconsejable en esta dirección, excitando así la hostilidad de personas aún no comprometidas, entre ellas José María Luis Mora, un profesor de teología e hijo de un comerciante empobrecido²⁹.

En 1830-1831 el eje de la lucha política cambió: ahora que después de la caída de Guerrero y Zavala, la propiedad se encontraba definitivamente salvaguardada, aparecieron otros nuevos problemas. El giro clerical del gobierno central de Bustamante y la oposición de Francisco García, el gobernador liberal del estado productor de plata de Zacatecas —contra quien Alamán no se atrevía a enviar al ejército— abrieron el camino para una coalición anticlerical que también capitalizaría la impopularidad de la ejecución de Guerrero. Hombres nuevos surgieron al primer plano. Uno de los amigos de García era Valentín Gómez Farías, médico y senador de Zacatecas. Anteriormente seguidor de Iturbide y luego republicano moderado, Gómez Farías ahora sugirió que Mora escribiera un ensayo sobre la iglesia y el estado en relación con la propiedad. El ensayo, dado a conocer en diciembre de 1831, proponía la desvinculación de las propiedades eclesiásticas y proporcionaba el punto de partida para el futuro anticlericalismo en México³⁰. Sin duda, Mora no era el primer anticlericalista en México, pero sí le proporcionó al liberalismo mexicano una forma coherente.

Mora prefirió por inclinación natural ser más un teórico que un hombre de acción, de modo que sobre Gómez Farías recayó la organización de la oposición contra Bustamante. Sin embargo, necesitaba un aliado en el ejército. El ejército había proclamado y logrado la independencia. Fue el ejército quien había hecho emperador a Iturbide; el ejército, y no el pueblo o el Congreso, había provocado la caída de Iturbide y ayudado a Bustamante a capturar el poder. Ahora se necesitaba nuevamente el brazo militar para expulsar a Bustamante. Daba la casualidad de que el inquieto general Santa Anna se había levantado en armas desde enero de 1832 y fue con él que Gómez Farías hizo un pacto. Para el mes de mayo, la oposición se había vuelto tan fuerte que con objeto de aplacarla Bustamante descartó a Alamán y al ministro de guerra Facio —los dos que para la opinión pública eran responsables de la ejecución de Guerrero. Como las renunciaciones no produjeron el efecto deseado, Bustamante salió de la capital en agosto a la cabeza de tropas del gobierno para combatir a los rebeldes, mientras que Zavala desembarcaba en Veracruz, dispuesto a tomar parte en la revolución. Para diciembre, Bustamante admitió su derrota y Gómez Farías

tomó el control del gobierno en nombre de Santa Anna. En enero de 1833 Gómez Farías —no Zavala— fue nombrado ministro de hacienda; a Zavala no se le ofreció puesto alguno en el gobierno y tuvo que contentarse con la gubernatura del estado de México. Santa Anna, a quien ahora se llamaba “Libertador”, se retiró a su hacienda, Manga de Clavo, en el camino entre Veracruz y Jalapa, dejando todo el poder en manos de Gómez Farías. En marzo el Congreso eligió presidente a Santa Anna y a Gómez Farías vicepresidente de México; tomaron posesión el 1º de abril. Aparentemente ambos obtuvieron lo que deseaban: Gómez Farías el poder para llevar a cabo reformas liberales; Santa Anna la presidencia de la República de México.

Santa Anna nació en Jalapa en 1794, centro comercial en la carretera de Veracruz a Puebla y la Ciudad de México, hijo de un empleado público y corredor de hipotecas³¹. Viendo que su hijo carecía de interés en sus estudios, el padre le consiguió un puesto de vendedor en un almacén de Veracruz. En esa ciudad se consideraba honorable que un criollo fuera comerciante; sus habitantes tenían una mentalidad mercantil y no se avergonzaban de ello, en contraste con los criollos del centro de México. Sin embargo, Santa Anna era una excepción a la regla. No permanecería detrás de un mostrador atendiendo a los clientes o en un escritorio haciendo cuentas. Para 1810, entró al ejército como cadete.

Los nativos de Veracruz y de otras poblaciones de la región siempre han sido conocidos por su viva inteligencia, temperamento e imaginación. Santa Anna pronto demostró estar bien dotado de estas cualidades. Como oficial realista en 1821, tuvo una parte prominente en el establecimiento de la independencia y luego, como el resto del ejército, apoyó al imperio. Parece que Iturbide no confiaba en él y es probable que la renuencia del emperador para otorgarle el mando de su provincia natal impulsó al impetuoso oficial a una temprana rebelión³². Como comandante y gobernador de Yucatán, de 1824 a 1825, concibió la idea de invadir Cuba, ostensiblemente con la intención de liberar a la isla del yugo español, en realidad para aliviar la presión sobre Veracruz. Como los españoles en la fortaleza de San Juan de Ulúa pronto capitularon, el proyecto de Santa Anna no fue puesto a prueba. En 1829, como comandante de Veracruz, derrotó la invasión española; en diciembre rehusó unirse a la revuelta contra Guerrero y en enero de 1830 renunció a su gubernatura, reconoció a Bustamante y se retiró a su hacienda. Dos años después, inició de nuevo una revuelta que esta vez lo llevó a la presidencia.

Siempre, o casi siempre se había alineado del lado de la libertad —los veracruzanos se distinguían por sus opiniones liberales, cuando menos en cuestiones religiosas— y sin duda esa fue la razón por

la que Gómez Farías pudo cerrar un trato con él. Pero había algo extraño en su conducta. Después de servir en un puesto gubernamental durante un tiempo limitado, renunciaba y se retiraba a Manga de Clavo, atribuyendo su decisión a su "mala salud". Con el tiempo, el retiro produciría su efecto y, con renovada salud, Santa Anna acometería una nueva rebelión. Obviamente no necesitaba puestos gubernamentales porque era rico: Manga de Clavo era una de las mejores propiedades de la región y con el tiempo Santa Anna adquirió otras haciendas, de manera que casi todas las tierras a lo largo del camino de Veracruz a Jalapa llegaron a ser suyas³³. Pero él no era el único general o político rico. Era su actitud, su renuencia a servir al país en los puestos que se le asignaban, lo que parecía extraño. Daba la impresión de que consideraba a estos puestos como inferiores a su dignidad, como si le repugnara tratar con la gente. Cuando finalmente obtuvo el puesto más alto de la república, le dejó el trabajo a su vicepresidente y de nuevo se fue a Veracruz. ¿No era suficiente para él la silla presidencial? Había otra característica peculiar: su pomposa oratoria. Siempre estaba dispuesto a sacrificarse en el altar de la patria; siempre lo guiaba la voz de la libertad y de la justicia. La retórica ampulosa había sido practicada antes que él por Iturbide y, hay que decirlo, hasta cierto punto con éxito. Y ahora Santa Anna la había adoptado. La verbosidad pomposa, por supuesto, es especialmente adecuada para ocultar las verdaderas intenciones.

Mientras que Santa Anna estaba descansando en Veracruz y quizás también cavilando sobre ofensas reales o imaginarias, Gómez Farías empezó a realizar su programa anticlerical: para fines de octubre se presenció la eliminación de la obligación civil de pagar diezmos —es decir, la eliminación de un impuesto sobre la producción agrícola. De allí en adelante, el pago de los diezmos sería enteramente voluntario. Esta medida tenía la intención de beneficiar a los hacendados. La observancia civil obligatoria de los votos monásticos fue eliminada a principios de noviembre; los frailes y las monjas eran libres de dejar el convento cuando quisieran. Dos semanas después, todas las transferencias de propiedad que pertenecían a las órdenes desde la independencia fueron declaradas ilegales³⁴. Mientras que la primera ley afectaba a los obispos y a los canónigos, cuyas entradas principales consistían en los diezmos, el último decreto era un paso hacia la desamortización de los bienes de la iglesia que ya estaba siendo discutida en el Congreso. La venta de las propiedades del clero tenía que declararse nula y sin valor con el objeto de evitar que la iglesia vendiera sus propiedades a personas de confianza, evadiendo así la desamortización. Pero en el Congreso había conflicto acerca de la forma en que debería procederse a la desamortización. Zavala, que hasta entonces había

restringido sus actividades al estado de México, decidió efectuar una reaparición; propuso que el Congreso inmediatamente tomara posesión de los bienes inmuebles eclesiásticos y que luego los vendiera en subasta pública³⁵. Mora en cambio sugirió que las propiedades pasaran a los actuales inquilinos. Posteriormente la ley que fue aprobada en 1856 combinaba las dos líneas. Sin embargo, por el momento la propuesta de Zavala fue rechazada y, con su suerte declinando, tuvo que aceptar el nombramiento de ministro de México en Francia. Aunque Mora ganó temporalmente, no había de ver su idea transformada en ley.

La iglesia no estaba dispuesta a someterse a la propuesta sin luchar. Sucedió que los liberales, fieles a su convicción de que debería establecerse la total igualdad de todos los ciudadanos ante la ley de acuerdo con sus principios, también habían tratado de reducir el tamaño y los privilegios del ejército³⁶. El ejército y la iglesia, cuyos privilegios se conocían como *fueros*, se asociaron en un esfuerzo común para convencer a Santa Anna de que debía actuar. En mayo de 1834 varios oficiales del ejército y sus tropas se levantaron en armas. La sublevación se extendió y el mes siguiente Santa Anna se hizo cargo de la presidencia. Las consecuencias pronto se presentaron. La mayoría de los decretos anticlericales fueron derogados. Sin embargo, el pago de los diezmos siguió siendo voluntario; de esta manera los hacendados conservadores cosecharon los frutos de las reformas liberales del 33.

En política exterior, México finalmente logró el reconocimiento de España y Roma. Las primeras tentativas de lograr un convenio tuvieron lugar alrededor de mediados de 1831 y a fines de 1836 se firmó un tratado de paz entre España y la República Mexicana. La Santa Sede hizo su proposición formal en agosto de 1831 y reconoció la independencia mexicana a principios de diciembre de 1836, quince años después de su establecimiento³⁷. Para esa fecha Santa Anna ya no era jefe del gobierno.

Santa Anna obviamente llevó a cabo el programa conservador de Alamán, tanto en política nacional como exterior. El hombre que durante años había apoyado la causa republicana y después la liberal, se convirtió en conservador y se volvió contra los mismos que lo habían elegido presidente. El mismo proporcionó una explicación algún tiempo después cuando estaba prisionero en Texas. Después del encarcelamiento de Santa Anna, Poinsett, el antiguo ministro de los Estados Unidos en México, le envió el siguiente mensaje: "Diga al general Santa Anna que cuando recuerdo cuán ardiente abogado de la libertad era hace diez años, no tengo lástima de él hoy; tiene lo que se merece". A lo que Santa Anna respondió: "Digan a Mr. Poinsett que es muy cierto que arrojé mi sombrero por la libertad con gran ardor y perfecta sinceridad, pero

muy pronto descubrí su insensatez. Dentro de cien años mi pueblo no estará preparado para la libertad. No saben lo que es, incultos como son, y bajo la influencia del clero católico; el despotismo es el gobierno adecuado para ellos, pero no hay razón por la que no pueda ser prudente y virtuoso"³⁸. El mensaje, que desde luego no estaba destinado al público mexicano, es sorprendentemente realista; nos hace recordar la justificación que Iturbide le había dado a Poinsett años atrás. Muchos años después Santa Anna admitió que su educación monarquista lo había hecho rechazar las ideas republicanas por demasiado radicales en 1822 y que los dictados de su conciencia lo llevaron a defender a la iglesia en 1834. Si esto es verdad, entonces el liberalismo de su juventud debe considerarse como puro oportunismo³⁹.

La supresión de los liberales por Santa Anna desalentó los empeños reformistas durante una generación. Expuso toda la debilidad del movimiento, que consistía principalmente de la clase media urbana. Sus dirigentes e ideólogos ahora estaban en el exilio. Mora se fue a París, para nunca regresar; allí pasó su vida en la pobreza, alimentando su amargura y escribiendo volúmenes impresionantes, algunos de los cuales fueron publicados y otros se perdieron⁴⁰. Allí murió en 1850, ignorante de que sus ideas fructificarían pocos años después. Zavala, su antiguo competidor fue ministro de México en Francia en 1834 y allí tuvo tiempo de escribir sus impresiones del viaje que había hecho a los Estados Unidos en 1830. Su decepción lo hizo modificar sus conceptos: como explicaba entonces en el prefacio de su libro, no era suficiente que México copiara la constitución norteamericana; sería más útil copiar las costumbres y hábitos del pueblo norteamericano⁴¹. De seguro Zavala pensaba en el sector más puritano del norte de los Estados Unidos, más que en el Sur con su desagradable esclavitud. El centro de México era demasiado clerical; el futuro, de acuerdo con Zavala, le pertenecía a los estados o provincias del norte, especialmente a Texas. Zavala predijo que con el tiempo sobrevendría una guerra civil entre el Norte liberal y progresista y el Centro de México dominado por el ejército, en la que "el sistema americano logrará una completa aunque sangrienta victoria" Zavala no sospechaba que su profecía se haría realidad tan pronto—desde luego con resultados algo diferentes. El no vivió para verlo. Sin embargo, sí regresó a Texas como ciudadano privado y firmó la Declaración de Independencia el 2 de marzo de 1836. Zavala se convirtió en vicepresidente de la República de Texas, pero murió medio año después⁴².

A Alaman le fue un poco mejor. Es cierto que a principios de 1833 Alvarez lo había acusado de ser responsable de la ejecución de Guerrero y poco tiempo después se había ocultado por temor

de ser asesinado o de ser condenado a muerte en un proceso político. Resurgió después de la toma del poder por Santa Anna y fue absuelto por la corte. No obstante, quedó para siempre marcado por la opinión pública como culpable de la tragedia. Mientras que la reputación de Bustamante pronto quedó al abrigo de sospecha, de modo que pudo llegar a ser presidente nuevamente, Alamán ya no pudo o no quiso aceptar puestos en el gabinete, aun cuando ahora pertenecía al partido victorioso.

Fue así que tres intelectuales mexicanos sobresalientes fracasaron como políticos o estadistas. La casta militar que había estado en el poder desde la independencia no deseaba compartir su poder con los civiles. De modo que Alamán, Zavala y Mora se convirtieron en escritores y produjeron, cada quien por su lado, una historia del México contemporáneo⁴³. Fue su manera de vengarse de una realidad traicionera. Sus derrotas políticas, con la consecuente amargura y resentimiento, influyeron en sus opiniones posteriores, de ahí que sus escritos deban leerse con cautela. Mora y Zavala se volvieron profetas de acontecimientos futuros y los escritos de Alamán se convirtieron en la fuente del pensamiento conservador hasta el día de hoy. Mora y Zavala lograron poner una bomba de tiempo bajo la estructura política que explotaría después de que ellos hubieran desaparecido. Alamán fracasó en su intento de persuadir a otros que México no estaba preparado para gobernarse y que necesitaba un monarca extranjero⁴⁴.

Habiendo despojado de la vicepresidencia al liberal federalista Gómez Farías en enero de 1835, Santa Anna cambió de rumbo hacia el centralismo y así, para fines de marzo de 1835, el Congreso aprobó una moción para modificar la Constitución de 1824⁴⁵. Poco después el "protector", como se llamaba ahora al presidente, invadió el estado de Zacatecas y depuso a su gobernador liberal. Se esperaba que una acción similar tuviera lugar contra la provincia de Texas, donde crecía el recelo contra la política autoritaria de Santa Anna. En 1821, el gobierno virreinal había otorgado a Moisés Austin el derecho de colonizar parte de ese territorio; en una de sus últimas actividades como emperador, Iturbide confirmó la concesión a Stephen Austin, hijo de Moisés⁴⁶, una semana antes de su abdicación y el privilegio fue ratificado por el Congreso posteriormente. Para 1835, Texas ya tenía una gran población que no estaba dispuesta a obedecer los dictados que llegaban de una lejana capital. Cuatro meses después de que el Congreso mexicano decretara el 3 de octubre que todos los gobernadores estatales sólo podían tomar posesión con la aprobación del gobierno central⁴⁷, y de que todas las legislaturas estatales debían cesar en sus funciones, Texas declaró su independencia.

Santa Anna esperaba aplastar a Texas como había aplastado a

Zacatecas y, al mismo tiempo, castigar a Zavala que se pensaba estaba detrás del movimiento de independencia. Sin embargo, Santa Anna sabía poco acerca de las fuerzas que iban a oponérsele. Antes de salir para Texas a la cabeza del ejército, les dijo a los ministros de Francia e Inglaterra que si descubrían que el gobierno de los Estados Unidos estuviera ayudando a los rebeldes, “continuaría la marcha de su ejército hasta Washington y colocaría la bandera mexicana sobre el Capitolio”⁴⁸. Pocos meses después fue derrotado y hecho prisionero de los texanos que querían fusilarlo como criminal de guerra —de hecho, su definición de los rebeldes como piratas lo habían llevado a cometer muchas atrocidades contra ellos; pero pudo desembarazarse gracias a su encanto y a su habilidad para hablar y convencer a la gente.

Hoy en día está perfectamente claro que el resultado final, es decir, la independencia de Texas, era inevitable, con o sin guerra y con o sin Santa Anna. “Los colonos. . . decidieron separarse de México y declararse independientes, seguros del eficaz apoyo de los Estados Unidos”, escribió el historiador mexicano Justo Sierra muchos años después⁴⁹. “Esto era triste e inevitable; cualquier lazo que el pueblo de Texas haya tenido era con sus hermanos, ninguno con los mexicanos. . . Si nuestros políticos hubieran tenido la presencia de ánimo suficiente para ver así las cosas, y partiendo de la legitimidad de la escisión texana, . . . la guerra de Texas con su séquito de vergüenza y de ruina se habría evitado y con ella la lucha con los Estados Unidos. . .”

Justo Sierra nació en Yucatán; su abuelo, como gobernador, había luchado por la autonomía de Yucatán contra el gobierno central mexicano durante los mismos años en que Texas estaba luchando por su independencia. En esa época Yucatán tenía poco en común con el centro de México; se comunicaba más fácilmente con Nueva Orleans y Nueva York que con la Ciudad de México; su oligarquía criolla tenía su propia cultura⁵⁰. En consecuencia no era difícil para Justo Sierra comprender a Texas. Tal vez esto podría también explicar la relativa facilidad con la que el yucateco Zavala se convirtió en un patriota texano: de los dos males de México, el desmembramiento y la continuación del régimen de Santa Anna, el había escogido el primero.

Durante la ausencia de Santa Anna, se adoptó una constitución centralista hacia fines de 1836. El régimen conservador establecido previamente por Santa Anna continuó gobernando el país sin él. Otros generales, incluyendo a Anastasio Bustamante, fueron presidentes. Santa Anna regresó a su hacienda Manga de Clavo sin ser molestado, pero igualmente inadvertido. Pronto un acontecimiento lo ayudaría a recobrar su relieve. Un pastelero francés cuya tienda había sido saqueada hacía algunos años por un grupo de soldados,

exigió una compensación; la renuencia o la incapacidad de México para pagarla, le dio a Francia un bienvenido pretexto para invadir Veracruz en 1838. Este episodio llegó a ser conocido como la Guerra de los Pasteles. Aquí estaba la oportunidad que Santa Anna había estado esperando. Se levantó un clamor popular en su favor y rápidamente marchó a Veracruz. Su conducta fue valiente; perdió una pierna pero recuperó su reputación militar y una vez más se convirtió en héroe nacional. Habiendo capturado nuevamente la atención pública, se abrió camino al poder, primero ayudando a Bustamante contra algunos rebeldes federalistas, después sirviendo como presidente interino en ausencia de Bustamante y finalmente, en el otoño de 1841, uniéndose a una revuelta contra Bustamante y convirtiéndose él mismo en presidente⁵¹. En esta ocasión se le otorgaron poderes dictatoriales; se le erigieron estatuas. Construyó teatros; amante de la ceremonia, permitió que su pierna fuera enterrada con gran solemnidad. Sin embargo, la pompa es costosa y lentamente el pueblo se cansó de los elevados impuestos y de la pandilla corrupta de favoritos. Una revuelta militar derribó a Santa Anna a fines de 1844, después de tres años en el poder. Esta vez los mexicanos lo exiliaron de por vida.

Pero nuevamente un giro en los acontecimientos vino en su auxilio. En la primavera de 1845, los Estados Unidos anexaron la República de Texas. Era obvio para todos que este agresivo paso desataría tarde o temprano una guerra entre los Estados Unidos y México. El gobierno mexicano, bajo la presidencia del general Herrera, un moderado, estaba preparándose para ella. Pero no podría hacer mucho, como bien sabía Valentín Gómez Farías, el gran liberal de 1833, exiliado entonces en Nueva Orleans. México parecía atrasado. Mientras que los Estados Unidos tenían tráfico de vapores en el extenso sistema de los ríos Misisipí y Ohio y estaban extendiendo entonces su red ferroviaria hacia el Oeste, México todavía tenía que depender casi exclusivamente de mulas y caballos. A diferencia de Zavala, Gómez Farías no era amigo de los Estados Unidos; él deseaba modernizar a su país para mejorar sus probabilidades en caso de guerra. Esto sólo podría lograrse mediante una revolución violenta que privara a la iglesia de sus privilegios y de su riqueza. Como anteriormente en 1832, Gómez Farías necesitaba un aliado en el ejército. El tiempo apremiaba.

Santa Anna llegó a Cuba, lugar de su exilio, en junio. El se sentía agraviado por los moderados en el poder en México y debe haber experimentado un ardiente deseo de venganza en contra de los Estados Unidos. Suponiendo que el fin justifica los medios, Santa Anna empezó a considerar un nuevo pacto con su adversario Gómez Farías.

El 25 de abril de 1846, el mismo día que estalló la lucha entre

las tropas de los Estados Unidos y México, Santa Anna le escribió a Gómez Farías una carta larga y amistosa⁵². Como si nada hubiese sucedido entre ellos, sugería que deberían trabajar estrechamente juntos “a fin de que en nuestra conducta futura se vea siempre el nombre de usted enlazado con el mío, y podamos así realizar una verdadera fusión entre el pueblo y el ejército. . .” Finalmente, Santa Anna hacía una propuesta extraordinaria: “Yo le daré el afecto del ejército, en donde tengo muy buenos amigos, y usted me dará el afecto de las masas sobre las que tiene tanta influencia. . . Para establecer con sólidos fundamentos el dominio de una prudente democracia y aclimatar en nuestro suelo la libertad política. . . necesitamos esa íntima unión que recomiendo”. Hecho extraño, Gómez Farías aceptó la propuesta y cerró el trato. El 4 de agosto el general Mariano Salas se sublevó en la ciudad de México con el apoyo de Gómez Farías que había regresado desde hacía algún tiempo. El nuevo gobierno volvió a adoptar la Constitución de 1824. Gómez Farías se hizo cargo del ministerio de hacienda, con el obvio propósito de alimentar al ejército con fondos eclesiásticos. Santa Anna desembarcó en Veracruz, habiéndole sido permitido pasar el bloqueo de la armada de los Estados Unidos y en un manifiesto se disculpó por su conducta pasada; se había apoyado, decía, en hombres de riqueza y elevada posición “queriendo así moderar, por la inercia de los instintos conservadores, la vehemencia de las masas populares”, pero ahora favorecía “el dogma político de la soberanía de la nación”. La población de su Veracruz natal lo recibió fríamente, pero en apariencia Gómez Farías confiaba en él. El 16 de septiembre los dos recorrieron la capital en un carruaje descubierto, Gómez Farías en el asiento delantero de cara a su nuevo supuesto amigo y el general, en el asiento trasero, vestido con ropa de civil sin sus condecoraciones militares⁵³.

La situación del ejército mexicano era desesperada y Santa Anna pronto partió hacia el norte, dejando a su socio a cargo del gobierno en la Ciudad de México. Su relación se formalizó en diciembre de 1846 cuando el Congreso nombró presidente a Santa Anna y vicepresidente a su asociado. Mientras Santa Anna estaba fuera, Gómez Farías quedaba en libertad de embarcarse en medidas anticlericales. Las necesidades del ejército eran tan apremiantes que unas semanas después decretó la nacionalización y la subasta pública de bienes eclesiásticos hasta un valor de 15 millones de pesos. Como no había tiempo para una valuación detallada de las propiedades, el gobierno ordenó la confiscación inmediata de propiedades de la iglesia por un valor estimado de 10 millones de pesos⁵⁴. Hasta entonces la asociación de ambos hombres había funcionado de la misma manera que en 1833. También iba a tener un

final similar; la iglesia protestó y una revuelta del ejército se extendió por la capital hacia fines de febrero. Santa Anna regresó a la capital, asumió la presidencia y revocó ambos decretos confiscatorios el 29 de marzo, no sin antes recibir una promesa de la iglesia garantizando un préstamo de un millón y medio de pesos. Es probable que Santa Anna haya utilizado deliberadamente a Gómez Farías para chantajear a la iglesia, que no estaba más ansiosa que los demás para prestarle dinero al gobierno.

Los fondos de la iglesia no pudieron salvar a México del desastre, puesto que Santa Anna fue derrotado decisivamente y la propia capital fue ocupada por tropas de los Estados Unidos. Santa Anna renunció en septiembre de 1847 y partió al exilio. El tratado de paz fue firmado el 2 de febrero de 1848: México perdió Texas, Nuevo México y California. Como estas vastas provincias que sumaban más de la mitad del territorio mexicano estaban casi enteramente deshabitadas y tenían pocos recursos naturales conocidos, su pérdida como tal no tuvo un efecto destructivo en la economía mexicana. Sin embargo, la derrota fue un trauma para México: convenientemente fue explicada como el resultado de la traición, incompetencia e ignorancia de Santa Anna.

Es irónico que este desastre haya sido infligido a México por la nación originalmente admirada por los liberales mexicanos. Cuando Poinsett escribió en julio de 1846 "no convirtamos en animosidad mortal con un innecesario acto de hostilidad la clase de sentimientos amistosos que fueron experimentados alguna vez hacia nosotros por el partido republicano federal de ese país"⁵⁵, era ya demasiado tarde. En sus cartas a Mora en París en 1844, Gómez Farías desahogaba su amarga enemistad en contra del poderoso vecino. Cuando como resultado de la derrota se derrumbó el régimen conservador de Santa Anna y un nuevo gobierno liberal tuvo que encarar la dura realidad de la derrota, Gómez Farías no formó parte de él. Dos generaciones después, Justo Sierra describió el tratado de paz como "un convenio doloroso, no ignominioso. . . (Los mexicanos que lo firmaron) hicieron cuanto pudieron, hicieron cuanto debieron"⁵⁶.

La guerra trajo consigo el peligro de la disolución social y la desintegración política. En el norte, tribus de indios empujadas hacia el sur por la expansión de los Estados Unidos, habían invadido el territorio mexicano, incendiando haciendas y poblados y matando a sus habitantes. Entonces, en 1847, los mayas de Yucatán se sublevaron. Cuando el viajero norteamericano John L. Stephens visitó la península en 1840-1842, encontró a los indios singularmente sumisos. No habían olvidado la cruel supresión del levantamiento de sus ancestros en 1761. Como amigo personal de los ricos hacendados locales que se encontraban tan a gusto en Mérida,

la capital del estado, como en Nueva York, Stephens presenció la humildad y hasta la gratitud con que los peones mayas soportaban el castigo corporal en las haciendas. Unos cuantos años después, Yucatán se encontraba en la agonía de una guerra racial que se conoce en la historia como la Guerra de Castas.

Yucatán era un mezcla única de caracteres modernos y arcaicos; un pequeño grupo de familias terratenientes gobernaba una numerosa población de campesinos y peones de habla maya, sujetos a lo que equivalía a una servidumbre legalizada⁵⁷. La península tenía débiles lazos económicos con el Centro; los emprendedores hacendados de Yucatán estaban cultivando exitosamente henequén y otras plantas para exportación. Por lo tanto no es sorprendente que los terratenientes de Yucatán concibieran la idea de hacerse independientes de México con sus perpetuos desórdenes políticos. Contra los ejércitos de México empezaron a emplear soldados mayas. A cambio de sus servicios como soldados, los blancos —en realidad la mayoría de éstos eran mestizos que hablaban español y maya— ofrecieron satisfacer los agravios de los campesinos indígenas: la abolición o cuando menos la reducción de los derechos parroquiales, la abolición de un impuesto personal que se exigía a los indios como antes lo había sido el tributo en tiempos de la colonia, y la distribución o libre uso de las tierras públicas y comunales. Como dichas promesas no fueron cumplidas, tres jefes de pueblos indios se aprovecharon de circunstancias favorables y se levantaron en armas con el propósito de exterminar o cuando menos expulsar a todos los blancos. En la guerra que siguió casi lograron empujar al mar a sus enemigos, a quienes anacrónicamente llamaban españoles. Posteriormente los terratenientes lograron el apoyo de muchos de sus peones otorgándoles el título de “hidalgos”, un término obsoleto que significaba “caballero”. De este modo los mayas combatieron a los mayas. En esta batalla de vida o muerte, los blancos sacrificaron la riqueza de la iglesia; en consecuencia, cuando una década después una guerra civil se encarnizaba en el centro de México sobre el asunto de las propiedades eclesiásticas, el exhausto Yucatán permaneció prácticamente neutral⁵⁸.

También el centro de México, después de la guerra con los Estados Unidos, se convirtió en escenario de descontento agrario en que los peones, arrendatarios pobres y campesinos, se unieron para atacar y destruir haciendas⁵⁹; estos levantamientos espontáneos fueron probablemente los primeros movimientos claramente agrarios, de una especie que habría de volverse importante en posteriores etapas de la historia de México. El país parecía encontrarse al borde del derrumbe cuando el gobierno recibió 3 millones de dólares, parte de la indemnización de guerra de 15 millones de dólares que los Estados Unidos otorgaron a México. Con ayuda de estos

fondos fue posible reestablecer el orden social; se despachó ayuda a Yucatán y la insurrección maya fue sofocada; los criollos locales de esa manera salvaron la vida pero perdieron para siempre la esperanza de llegar a ser independientes de México. Rebeldes recalcitrantes escaparon a las selvas orientales de Yucatán donde sus descendientes fueron sometidos por el ejército de Díaz a principios del siglo XX.

México pudo también poner en orden sus finanzas públicas. Bajo la presidencia del General Herrera y su sucesor el general Arista, varios liberales de la nueva generación, Melchor Ocampo, Guillermo Prieto y Manuel Payno, fueron ministros de hacienda. Después de prolongadas negociaciones en México y en Londres con el comité de acreedores, Payno logró en 1850 que redujeran la tasa de interés de la deuda extranjera de México del 5 al 3 por ciento anual, mientras que el capital —que había sido aumentado en conversiones anteriores a 50 millones de dólares por capitalización de los intereses vencidos— permaneció igual. México debía satisfacer los bastante razonables pagos semestrales hasta 1854.

Mientras que la revolución amenazó el orden establecido en 1848, tanto los liberales como los conservadores unieron sus fuerzas para suprimirla. Cuando le preguntaron qué debía hacerse con los indios rebeldes, Mora, el ideólogo liberal, respondió desde Europa que debería suprimírseles⁶⁰. Una vez que el peligro fue arrastrado, los conservadores intensificaron su oposición al gobierno. Lucas Alamán tenía miedo de los jóvenes liberales, especialmente del gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo. Nuevamente unidades del ejército empezaron a sublevarse en varias partes del país; pero los conservadores no se sentían bastante fuertes para gobernar solos. Por lo tanto, se volvieron hacia Santa Anna en su exilio sudamericano. Alamán, el cerebro del partido conservador, explicó su programa a Santa Anna en marzo de 1853: pleno apoyo a la iglesia católica romana, un ejército fuerte, la abolición del federalismo y un poder ejecutivo fuerte dirigido por Santa Anna. Como los liberales y los conservadores tenían aproximadamente la misma fuerza, Santa Anna se encontraba en la situación privilegiada de poder decidir de qué lado se inclinaría la balanza. En esta ocasión se unió a los conservadores.

Santa Anna asumió su quinta presidencia el 20 de abril de 1853. Después de más de veinte años, Alamán de nuevo era miembro del gabinete; probablemente pensaba que ésta era no sólo su última oportunidad sino también la última oportunidad del conservadurismo y que no tenía derecho de eludir la responsabilidad. Murió mes y medio después. La providencia había sido benévola con él, porque después de su muerte el gobierno degeneró rápidamente. El presidente pronto se convirtió en monarca absoluto en todo ex-

cepto en nombre. No tomaría el título de emperador porque la lección de Iturbide nunca se olvidaría; en vez de eso Santa Anna adquirió más poder real que el desdichado emperador. En diciembre de 1853 le fue otorgado el derecho de nombrar a su sucesor y se derramaron títulos ridículos sobre él⁶¹. Se permitió a los jóvenes liberales salir al exilio; debe decirse en crédito de Santa Anna que sus adversarios políticos no fueron encarcelados durante largos periodos y mucho menos asesinados. Necesitaba dinero para financiar la pompa que tanto le gustaba, así que vendió a los Estados Unidos "La Mesilla", hoy parte del sur de Arizona, por la suma de 10 millones de pesos, permitiendo así que el vecino del norte de México redondeara su adquisición territorial de 1848. Esto era demasiado: en febrero de 1854 Juan Alvarez, el viejo guerrillero de la "tierra caliente", se levantó en armas y el 1º de marzo se esbozó el Plan de Ayutla para la nueva revolución. Fue imposible para Santa Anna suprimir la revuelta en el Sur. Se extendió lenta pero irresistiblemente y en agosto de 1855 el general abandonó la presidencia y se embarcó al exilio. México inició entonces un nuevo capítulo de su historia⁶². Con toda honradez debe afirmarse que el gobernador de Nuevo México había amenazado con invadir el distrito arriba mencionado y que los Estados Unidos emplearon todas las presiones posibles para obligar a México a venderlo. No cabe duda que los Estados Unidos tomaron ventaja de la debilidad de su vecino.

En los primeros doce años de independencia, México había experimentado con la monarquía, la república constitucional moderada, un régimen radical populista, el gobierno conservador y el gobierno liberal; cada uno a su vez fracasó en producir la estabilidad. Esto llevó a mucha gente a creer que sólo el carismático Santa Anna podía proporcionar una solución mediante un gobierno personal libre de lazos con grupos políticos. Sincero o no, demostró ser inepto para gobernar al país. Ahora que había partido nuevamente para otro exilio, ¿podrían los nuevos hombres darle a México un régimen duradero?

III

LA REVOLUCION LIBERAL 1855 — 1876

De este modo la revolución siguió su curso de ciudad en ciudad, y en los lugares en donde llegaba al fin, habiendo oído lo que se había hecho antes, llevaban a un exceso todavía mayor los refinamientos de sus invenciones. . .

Tucídides, "La Revolución de Corcira", *Historia de la Guerra del Peloponeso* .

Después de la caída de Santa Anna y de su salida de México, los dirigentes de la revuelta eligieron a Juan Alvarez, la figura dominante del Sur, como presidente. Al igual que Guerrero, bajo cuyas órdenes había peleado, Alvarez no tenía un programa político claro para reformas nacionales —más allá de la antigua concepción federalista de los derechos estatales— que justificaban su control personal como general y hacendado de la región. Su elección fue considerada simbólica, porque había luchado en la guerra contra los españoles con Morelos y Guerrero y después de la ejecución del segundo había estado en rebelión casi permanente contra el gobierno central; después de la muerte de Bravo era el único héroe sobreviviente de la Guerra de Independencia. Su aceptación del cargo prestaba legitimidad y por lo tanto estabilidad al nuevo régimen revolucionario.

Alvarez formó su gabinete durante los primeros días de octubre: le ofreció el ministerio de guerra a Ignacio Comonfort, su camarada de armas en la reciente revolución; se esperaba que como moderado, Comonfort mantendría unido al ejército. Sin embargo, los otros cuatro ministerios les fueron confiados a los "puros" o liberales exaltados: relaciones exteriores a Melchor Ocampo, el ministerio de justicia a Benito Juárez, la hacienda pública a Guillermo Prieto y el ministerio de fomento a Miguel Lerdo de Tejada. Los nombramientos resultaron ser de consecuencias de gran trascendencia para el futuro del país.

Santa Anna había ido demasiado lejos en sus relaciones derechistas con la iglesia: entre otras cosas, en 1854 había derogado la ley de 1833 que había eliminado la observancia civil de los votos

monásticos. Los terratenientes mexicanos se preguntaban ahora si también derogarí­a la ley de 1833 que habí­a abolido la obligaci3n civil de pagar el diezmo. Habiendo girado hasta la extrema derecha, el péndulo ahora se inclinaba hacia la extrema izquierda. Los miembros liberales del gabinete pertenecí­an a una nueva generaci3n, sin mancha de los fracasos de los gobiernos liberales anteriores. Con una excepci3n, todos habí­an nacido durante la Guerra de Independencia; por lo tanto su experiencia personal se limitaba al Méjico independiente y sus desórdenes. Naturalmente soñaban con un Méjico en que hubiera un gobierno ordenado y progresista; en su empeño de encontrar una explicaci3n para las condiciones que siempre empeoraban, culparon íntegramente a la iglesia y al ejército. En esto, desde luego, eran discípulos de Mora y Gómez Farías. Ciertamente éste último habí­a fracasado en sus tentativas de desvincular la riqueza eclesiástica, pero su reforma educativa así como las instituciones de enseñaanza superior establecidas por varios gobiernos estatales, comenzaban a dar frutos; la iglesia habí­a perdido su monopolio sobre la educaci3n y ahora era posible llegar a ser abogado y practicar una profesi3n sin haber pasado por las escuelas clericales. La nueva generaci3n estaba bien equipada para la próxima colisi3n con la iglesia.

La guerra con los Estados Unidos, con todos los sufrimientos y humillaciones que habí­a infligido al orgullo de Méjico, actuó como catalizador; la derrota estimuló la autocrítica¹. La derrota militar demostró obviamente la decadencia del ejército. En cuanto a la iglesia, el alto clero provocó la revuelta de 1847 contra la requisita de las propiedades eclesiásticas, considerada esencial para financiar la guerra. El bajo clero ya no dirigí­a a la naci3n en contra del invasor o del opresor como en los días de Hidalgo y de Morelos; los curas aparentemente contribuyeron poco al esfuerzo bélico. Consecuentemente, las dos instituciones que disfrutaban de privilegios legales y que habí­an gobernado al paí­s desde la independencia, habí­an demostrado su incompetencia y por eso eran consideradas responsables del resultado de la guerra. Este era el razonamiento que dio forma a la ideología de la generaci3n más joven y señaló el camino para la acci3n.

El más conocido de los ministros, el apasionado Melchor Ocampo, nació probablemente en 1814, como hijo ilegít­imo y fue educado por una dama de edad madura en su hacienda de Michoacán. El muchacho heredó la hacienda de su madre adoptiva, que estaba valuada entonces en la considerable suma de 120,000 pesos². Melchor estudió leyes pero prefirió regresar a su hacienda; como administrador, mostró un temprano interés en la ciencia y en la agricultura. Pero Ocampo no era hombre de negocios: su riqueza personal tendí­a a decrecer. Su educaci3n se completó con un viaje

a Europa durante el cual visitó, en París, a Mora que le dio la impresión de ser autoritario. Ocampo comenzó a revelarse como individualista en extremo; como observó posteriormente, el partido liberal era "esencialmente anárquico"³. Una causa frecuente de ilegitimidad entre las clases bajas en la época era el elevado derecho que cobraban los párrocos para celebrar las bodas. Las cuotas para bautismos, matrimonios y funerales proporcionaban el medio de vida básico para los curas, en contraste con el alto clero —obispos y canónigos— que sacaban su sustento principalmente de los diezmos y también en oposición con las órdenes religiosas que se sostenían principalmente de sus bienes raíces. Aunque los curas tenían que pagar a sus propios ayudantes, los honorarios eran sumamente elevados. La cuota para una boda era tan exorbitante que muchas parejas de campesinos pobres nunca se casaban. Sin embargo, los peones acasillados (acomodados) —es decir, los trabajadores que vivían en la hacienda, normalmente podían conseguir un préstamo de su patrón para cubrir la cuota matrimonial. Pero los honorarios para una boda importaban cuando menos 10 pesos —Ocampo mencionaba que en su parroquia se cobraban 17 pesos— y los peones ganaban alrededor de un peso por semana. De éste, aproximadamente la mitad tenía que usarse para pagar la comida; los peones no pagaban renta porque se les proporcionaba ya fuera una choza ya hecha o un pedazo de tierra por el cual no se pagaba renta. Cierta proporción del resto no se les pagaba a los trabajadores, sino que se acreditaba como abono sobre los préstamos por cuotas de matrimonio u otros gastos. Algunos podían cancelar sus deudas después de cierto tiempo, pero la mayor parte de los campesinos quedaban endeudados, especialmente si tenían muchos hijos que obviamente habrían que ser bautizados, algunos de los cuales morirían durante la infancia y también obviamente tenían que ser sepultados en tierra consagrada. El resultado era una constante sangría de las finanzas de la mayoría de los trabajadores que perpetuaba el sistema de peonaje o de servidumbre por deudas, considerado por agricultores ilustrados como Ocampo no sólo inmoral, sino tampoco conducente al progreso. El propio Ocampo canceló la deuda completa de todos sus campesinos cuatro veces⁴, pero no podía esperar que otros propietarios siguieran su ejemplo. Si se considera la ilegitimidad de su propio nacimiento, no es sorprendente que este asunto estuviera muy cercano a su corazón.

Ocampo publicó un breve artículo acerca del sistema de servidumbre por deudas ya para 1844, cuando tenía sólo 30 años. Debe haber sido uno de los pocos ensayos sobre el tema, si no es que el único, porque la hacienda con sus peones se daba por un hecho. Una de las características más desagradables del sistema era que un peón endeudado no podía irse hasta que pagara su deuda o a

menos que alguien la pagara por él —ese alguien era generalmente otro terrateniente. En la práctica esto significaba que los peones eran comprados y vendidos por el precio de su deuda que siempre aparecía en los inventarios. Si un peón endeudado huía, podía ser perseguido y devuelto a la hacienda. Por supuesto esto estaba en contra de los principios de libertad e igualdad. Esta puede ser otra razón por la cual se escribía tan poco acerca del embarazoso tema. Ocampo fue tal vez el único hacendado que admitió públicamente por escrito que algunos de sus trabajadores le costaban lo que les había prestado, otros lo que habían pagado por ellos y finalmente los que nada le debían no le costaban nada. Sin embargo, agregaba que los trataba humanamente y que si alguno de sus peones endeudados se escapaba de la hacienda —quizás para buscar trabajo con otro patrón— sólo lo reclamaba cuando era culpable de un delito serio⁵. En 1844, Ocampo consideraba suficiente exhortar a los trabajadores a que no contrajeran deudas y a los patrones a que no les adelantaran dinero a los trabajadores excepto en casos de emergencia.

La guerra con los Estados Unidos distrajo por el momento la atención de Ocampo de los altos derechos parroquiales y las deudas de los trabajadores. El nuevo gobierno liberal en México lo nombró gobernador provisional de Michoacán, puesto que asumió a principios de septiembre de 1846. Cuando el ejército mexicano fue derrotado en 1847, propuso una guerra de guerrillas contra el invasor⁶. La proposición era inoportuna porque el país pronto fue acosado por revueltas de indios y campesinos en contra de los terratenientes que en consecuencia llegaron a preferir la derrota nacional a la pérdida de sus propiedades y tal vez de la vida. El normalmente antinorteamericano Alamán fue tan lejos como para deplorar el retiro del ejército de ocupación⁷. Ocampo renunció en marzo del año siguiente como protesta contra lo que consideraba un tratado de paz ignominioso⁸.

El régimen liberal hizo posible que Ocampo regresara a su tema favorito. La oportunidad se presentó a principios de 1851 cuando uno de sus trabajadores le pidió al cura de Maravatío que sepultara a su hijo; como era demasiado pobre para pagar, le suplicó al cura que lo hiciera gratis, cosa a que éste se rehusó⁹. Ocampo obviamente podría haber pagado el funeral sin ningún esfuerzo, como debe haberlo hecho muchas veces antes; pero en esta ocasión se abstuvo de hacerlo y de esta manera se embarcó en una polémica acerba con el cura¹⁰. Se dirigió al Congreso del estado de Michoacán como ciudadano particular diciendo que debería terminarse con la práctica abusiva de algunos curas. Esto podría lograrse con una nueva tarifa clara y más baja de las cuotas parroquiales. Moderadas como eran sus demandas provocaron una tormenta que tuvo

eco en toda la república y que posteriormente le costaría la vida.

Esta era la primera vez que alguien se atrevía a atacar el sistema en que se basaba la subsistencia del bajo clero. El prestigio de este segmento importantísimo de la iglesia estaba en peligro. Aunque los obispos y los canónigos se habían desacreditado hacía muchos años por su hostilidad a la independencia mexicana y los frailes ya no tenían el monopolio de la educación, los hospitales y la caridad, hasta entonces los párrocos habían escapado. Para 1850, sin embargo, las tarifas parroquiales que se exprimían a los pobres comenzaron a ofender la sensibilidad de los jóvenes intelectuales liberales quienes habrían de suplantarse a los curas como dirigentes de la nación.

Por sus ataques a la iglesia Ocampo recibió la aprobación del público y en junio de 1852 nuevamente volvió a ser gobernador de Michoacán. Como anteriormente, dedicó mucha energía a reformas educativas, pero su meta de rebajar las cuotas parroquiales iba a seguir siendo un sueño¹¹. Cuerpos reaccionarios del ejército se rebelaron en Michoacán y Jalisco; el mismo Ocampo renunció en enero de 1853 y cinco meses después Santa Anna lo envió al exilio.

Los exiliados que se agrupaban alrededor del brillante Melchor Ocampo en Nueva Orleans incluían a Benito Juárez, el poco conocido y modesto antiguo gobernador del estado productor de oro, Oaxaca. Juárez nació en 1806 de padres indígenas en el pueblo de Guelatao, no lejos de la ciudad de Oaxaca. El poblado estaba en un área solitaria, de montañas boscosas y torrentes intransitables durante parte del año. Cuando el pueblo no estaba aislado del mundo exterior, el viaje a Oaxaca tomaba de uno a dos días. Huérfano desde la primera infancia, Juárez decidió a la edad de doce años reunirse con su hermana en la capital del estado donde trabajaba como doméstica de la familia de un generoso comerciante italiano; años después Juárez se casaría con la hija adoptiva del comerciante. Allí encontró refugio y pronto aprendió a hablar, leer y escribir español; el zapoteca había sido el único lenguaje que se hablaba en su pueblecito. Se recibió de abogado en el Instituto de Ciencias y Artes local en 1834 a los veintiocho años de edad. Venció los obstáculos de una niñez difícil en un aislado pueblo indígena. Empezó a participar en política y en 1847 llegó a ser gobernador del estado. Luego, en 1853, Santa Anna lo expulsó del país por haberse opuesto a él en la guerra con los Estados Unidos.

Hasta entonces, Juárez no se había distinguido como liberal. En primer lugar, no había tenido mucha oportunidad de leer escritos liberales; en segundo, su naturaleza era pragmática; su mente práctica lo guiaba para avanzar sólo hasta donde fuera posible. En Nueva Orleans surgió una amistad entre él y Ocampo. Estos dos hombres diferentes se complementaban mutuamente. Ocampo in-

fluyó en las ideas de su amigo de modo que cuando ambos regresaron a México después de la caída de Santa Anna, Juárez era un liberal exaltado. En 1855 parecía que Ocampo conservaría para siempre la dirección de los liberales que había asumido en el exilio. Pero pronto se demostró que el talento por sí mismo no es suficiente para llevar las propias ideas al triunfo; el otro elemento que es difícil de medir pero que es esencial, es el carácter. Juárez estaba dotado abundantemente de éste último. Así sucedió que Ocampo, disgustado, renunció en el mismo mes de octubre de 1855 después de servir sólo dos semanas como miembro del gabinete, mientras que Juárez se quedó. ¿Había esperado Ocampo ser elegido presidente en vez de Alvarez? Ciertamente demostraba impaciencia cuando no se salía con la suya.

En contraste con el hacendado Melchor Ocampo y el abogado de provincia Benito Juárez, el ministro de hacienda Guillermo Prieto era producto de la Ciudad de México donde había nacido en 1818, hijo del administrador de un gran molino de harina¹². Otro miembro del gabinete, Miguel Lerdo de Tejada, tenía antecedentes distintos. Nació en 1812 en el puerto de Veracruz, hijo de un comerciante español y de madre criolla y nieto de un gobernador colonial¹³. Alrededor de 1821, los Lerdo se cambiaron a Jalapa; eran ricos, pero siguiendo la tradición local, no se permitió a Miguel dedicarse exclusivamente al estudio sino que también tuvo que recibir entrenamiento comercial. Mientras tanto, se desarrolló una amistad entre la familia Lerdo y el general Santa Anna¹⁴. Resultó más fuerte que las diferencias políticas. Es una característica típica de la sociedad mexicana que dos hombres nacidos o criados en la misma ciudad o región pueden sostener opiniones políticas conflictivas pero retener su amistad, especialmente si se relacionan mediante el mutuo bautizo de sus hijos; el compadrazgo ha constituido una manera común de aumentar el círculo familiar y se considera un lazo casi tan fuerte como el parentesco.

En 1848 Lerdo publicó su primer breve ensayo, en el que acusaba al alto clero de haber traicionado la causa nacional con su apoyo al monárquico general Paredes y después a la revuelta del ejército contra un gobierno que confiaba en financiar la defensa nacional con fondos eclesiásticos¹⁵. Lerdo, un liberal exaltado, o "puro", fue enviado en la primavera de 1853 a Colombia para invitar a Santa Anna a que regresara del exilio¹⁶. Obviamente, algunos liberales consideraban a Santa Anna aún no comprometido y escogieron a Lerdo como el enviado más adecuado. A su llegada a Veracruz, Santa Anna le pidió a Lerdo que escribiera en detalle sus opiniones sobre la situación general en México y que explicara su programa de reformas. Lerdo procedió a hacerlo en abril en una extensa carta en la que muy abiertamente criticaba al ejército y a

la iglesia y hacía una serie de proposiciones útiles para mejoras técnicas¹⁷. Inútil decir que Santa Anna no acató las sugerencias liberales de Lerdo, pero sí lo nombró subsecretario del nuevo ministerio de fomento. A la victoria liberal, Alvarez nombró a Lerdo Secretario del mismo ramo. En su puesto, Lerdo trabajó para promover la instalación de líneas telegráficas, importante medio de comunicación en el vasto país montañoso.

Los cuatro miembros del gabinete de Alvarez eran liberales exaltados, pero ninguno de ellos era pensador sistemático o teórico. Tal vez esto no era necesario, pues Mora había formado en detalle la ideología liberal casi un cuarto de siglo antes; lo que ahora se necesitaba era acción. Socialmente, los miembros del gabinete pertenecían a la clase media ya fuera por nacimiento o por matrimonio, en contraste con los conservadores que solían ser miembros de la clase alta ya fuera por nacimiento, como en el caso de Alamán, o el monto de sus propiedades, como en el caso de Santa Anna. Uno de los nuevos ministros liberales era un indio puro; hecho que por sí mismo muestra cuánto había cambiado México desde la independencia.

Juárez demostró ser el miembro más trabajador del gabinete; fue el único que produjo una reforma legal importante —la ley conocida como “Ley Juárez” abolía el fuero eclesiástico restringiendo la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos a los casos clericales. La ley también se proponía despojar al ejército de algunos de sus privilegios. Moderada como era, la ley provocó tal tormenta que Alvarez renunció y el general Comonfort subió a la presidencia a principios de diciembre de 1855, y rápidamente nombró un gabinete de liberales moderados. Alvarez regresó a su propiedad en la costa del Pacífico. Breve como había sido su presidencia, fue decisiva para el futuro de México. De allí en adelante, la rueda de la historia no podía volverse atrás. La respuesta del clero a la Ley Juárez fue tan instantánea y violenta que cuando Comonfort se convirtió en presidente la suerte ya estaba echada: la revuelta se estaba incubando en el estado de Puebla y salió al descubierto a finales del año. En enero de 1856 los rebeldes ocuparon la ciudad de Puebla y obligaron a los comerciantes locales y al obispo, Labastida, a contribuir a su gobierno. El presidente Comonfort en persona dirigió al ejército contra la ciudad rebelde y la forzó a rendirse a fines de marzo de 1856, a un costo de alrededor de un millón de pesos para el gobierno. Aunque Labastida se había rehusado a ser identificado con los rebeldes¹⁸, Comonfort inculpó íntegramente a la iglesia y decretó la incautación de las propiedades clericales en el obispado de Puebla con miras a cobrar la indemnización correspondiente. De allí en adelante, los poblanos apoyaron resueltamente la causa de la iglesia y la ciudad se convirtió en el baluarte del antiliberalismo.

Convencido de que no debía culparse a la iglesia de la insurrección de los legos católicos y de algunos clérigos, el obispo de Puebla protestó contra el decreto que establecía la indemnización. Para Comonfort, que hasta entonces había tratado de seguir una política moderada, la tentación de cubrir los altos costos de la campaña con las posesiones de la rica diócesis de Puebla, que incluía a los estados de Puebla y Veracruz, era demasiado fuerte. Tan sólo en la ciudad de Puebla los bienes raíces de la iglesia estaban valuados en 5 millones de pesos, alrededor de la mitad del total de los inmuebles. Cuando fallaron las negociaciones y Labastida se rehusó a pagar la indemnización, fue expulsado en mayo y el gobierno embargó todas las propiedades de la iglesia en el obispado, con objeto de confiscar todos los ingresos procedentes de ellas hasta adquirir cuando menos un millón de pesos¹⁹.

Para esa época, hasta liberales moderados como el presidente Comonfort deben haber llegado a la conclusión de que el enfrentamiento definitivo entre la iglesia y el estado era inevitable. La incautación de los bienes de la iglesia en el obispado de Puebla fue planeada como una medida meramente temporal a escala regional. Ahora parecía conveniente y aun necesario complementarla mediante algunas otras medidas que afectarían las posesiones de la iglesia permanentemente y en escala nacional. Sin embargo, considerando la violenta reacción desatada por el decreto confiscatorio de Puebla, parecía aconsejable atacar la propiedad eclesiástica indirectamente, en forma que no pareciera anticlerical en absoluto. Acaso con esta intención, el presidente Comonfort nombró a Miguel Lerdo, el anterior ministro de fomento, como ministro de hacienda a fines de mayo.

Un mes después, el 25 de junio de 1856, Lerdo presentó su nueva ley, la característica principal de la cual era que la propiedad de todo predio urbano o rural que perteneciera a corporaciones eclesiásticas y civiles sería asignada a los respectivos inquilinos y arrendatarios, por una cantidad que resultara de la capitalización de la renta al 6 por ciento; es decir, la conversión de la renta anual al valor de la propiedad (mientras más alta la tasa de interés, más bajo el valor). Las corporaciones eclesiásticas incluían no sólo conventos de hombres y de mujeres sino también cofradías o hermandades, escuelas o colegios —en una palabra, todas las instituciones asociadas con la iglesia. La ley también afectaba la propiedad de las corporaciones civiles en el sentido de que, en lo sucesivo, ninguna corporación podía poseer bienes raíces. Los futuros propietarios deberían el valor capital de la propiedad, asegurado por su hipoteca, a la corporación eclesiástica y podrían rescatar a su conveniencia toda o parte de la deuda cuando quisieran. Los nuevos propietarios tendrían que seguir pagando a la corporación la

misma cantidad que habían estado pagando hasta entonces como renta; en cambio la renta se convertiría en el interés del capital. Lerdo contemplaba de este modo la transformación de la iglesia en un gigantesco banco hipotecario y del grueso de inquilinos y arrendatarios en terratenientes, tanto urbanos como rurales. Los liberales creían que la desamortización por sí misma traería el progreso económico; los antiguos arrendatarios mejorarían la tierra y harían inversiones en su recién adquirida propiedad. Otro propósito de la ley era político y social: los liberales deseaban crear una clase media que les proporcionara una base social que necesitaban tan urgentemente, especialmente en el campo, porque hasta entonces eran un movimiento minoritario. Se esperaba que los futuros propietarios los apoyarían, puesto que comprarían la propiedad con un descuento del 16.67 por ciento: esta fue la razón para adoptar una capitalización del 6 por ciento en vez del acostumbrado 5 por ciento, que Mora había recomendado en sus proposiciones.

La ley Lerdo anticipaba la posibilidad de que los inquilinos hostiles al gobierno pudieran rehusar adquirir la propiedad que se les ofrecía. Si el inquilino o arrendatario no reclamaba la propiedad en tres meses, cualquier otra persona podía reclamarla y comprarla; si no había quien la reclamase sería subastada. El inquilino o arrendatario estaba bajo obvia presión para adquirir la casa en que vivía y donde quizás tenía un taller o un comercio, o la tierra que cultivaba, pues de otra manera podría ser privado de la tenencia o del arrendamiento por un perfecto desconocido. Una vez que se convirtiera en terrateniente bajo la Ley Lerdo, probablemente sería considerado por el clero con hostilidad y de esta manera estaría obligado a abrazar la causa liberal. Comprar o no comprar, por lo tanto, sería una decisión difícil para una gran cantidad de gente: involucraba por un lado ventajas materiales y escrúpulos de conciencia o amenazas de excomunión por el otro.

La ley parecía bastante inofensiva; ciertamente no parecía ser de carácter confiscador. La iglesia, empero, la tomó como un complot para privarla de sus propiedades y, por lo tanto, negó su aprobación.

A pesar de esto, la ley fue implantada y para fines de 1856, propiedades valuadas en 23 millones de pesos fueron vendidas a más de 9,000 individuos²⁰. La mayor parte de los compradores eran inquilinos de la casa que compraban; aunque pobres, ahora se convertían en pequeños propietarios y como tales, aun cuando tuvieran reservas acerca de la ley, adquirirían interés en la continuación del régimen liberal. Pero la desamortización tenía su lado oscuro. Una minoría importante de inquilinos se abstuvo de reclamar la propiedad; entonces ésta era subastada y comprada por especuladores ricos, algunos de los cuales eran hombres de finanzas, bien

conocidos que se especializaban en hacer préstamos al gobierno, como resultado de lo cual habían llegado a acumular una porción considerable de bonos gubernamentales. Los prestamistas habían estado relacionados previamente con los regímenes conservadores, pero por razón de su nueva inversión, estarían atados al destino del partido liberal. Por supuesto los inquilinos se sentían agraviados por los nuevos propietarios y esperaban el día en que la propiedad fuera devuelta a la iglesia. En el campo, las haciendas se habían rentado enteras a una sola persona que así se convertía en hacendado. Con algunas excepciones, poco se logró en el sentido de formar una clase media rural como resultado de la desamortización de las propiedades de la iglesia. Además, los hacendados existentes veían una oportunidad en la desamortización para redondear sus pertenencias; desde luego la mayor parte de ellos eran conservadores y es un hecho curioso que hasta donde se sabe ninguno protestó contra la liberal Ley Lerdo. Por otro lado, muchos hacendados prominentes, tanto liberales como conservadores, protestaron en julio de 1856 contra unos cuantos proyectos de moderadas reformas agrarias que estaban entonces a consideración del Congreso Constituyente.

En enero de 1857 Lerdo renunció. El país había tenido bastante desamortización por el momento; necesitaba tiempo para digerir el enorme traslado de propiedades. Los empeños liberales culminaron a principios de febrero con la promulgación de una nueva constitución que incorporaba ideas que la Constitución de 1824 no incluía: por ejemplo, incluía la Ley Juárez, es decir, la abolición de los privilegios clericales y militares e incorporaba la Ley Lerdo. Esto era natural porque la mayoría de los congresistas eran abogados de la clase media que se oponían a los privilegios de la clase alta. De allí en adelante, el gobierno adoptó una actitud más conciliadora y, el 1º de mayo, envió su representante a Roma²¹. Parecía que la Santa Sede estaba dispuesta a aceptar las transacciones hechas según la Ley Lerdo, pero exigía que la iglesia tuviera la capacidad legal para adquirir y poseer propiedades; esto no era irrazonable, porque según la Ley Lerdo si cualquiera de los nuevos propietarios y futuros compradores no pagaba el interés, la iglesia ya no podía ejercer presión sobre ellos con la amenaza de desahucio. La prensa mexicana conservadora sugirió en agosto que a pesar de haber sido "el origen de la ruina para innumerables familias", la desamortización debía legalizarse mediante un acuerdo con Roma.

Por supuesto la Ley Lerdo también se aplicaba a las propiedades de corporaciones civiles tales como ayuntamientos, municipios y pueblos o comunidades de campesinos indígenas. Las tierras en los pueblos consistían tradicionalmente en casas con jardines y

huertos adyacentes, una plaza con una iglesia y un ayuntamiento, terrenos agrícolas cultivados por habitantes individuales y finalmente los llamados "ejidos", o pastos comunales y, cuando era posible, bosques comunales. Los ejidos eran los de mayor importancia, y como tal, estaban protegidos por la legislación colonial española. Sin embargo, su tamaño nunca se determinó claramente. A algunas aldeas privilegiadas se les había otorgado una superficie de 632 kilómetros cuadrados, en verdad una enorme extensión; esto no era raro en el norte donde la tierra era abundante y seca, adecuada para la cría de ganado más que para la agricultura²². El gobierno virreinal, interesado desde el principio en la colonización, había establecido indios en estas áreas relativamente inhóspitas ofreciéndoles condiciones favorables, tales como la exención del tributo. En general el ejido de un pueblo equivalía a 17.5 kilómetros cuadrados (una legua cuadrada)²³. Naturalmente, cuando una aldea tenía la desgracia de quedar cerca de una hacienda próspera y ansiosa de tierra o cerca de una ciudad en crecimiento, era probable que se presentaran problemas. En esos casos se hacían incursiones en los terrenos ejidales, ya fuera para cultivarlos o para convertirlos en suburbios. Así los poblados empezaron a perder parte de sus ejidos. La ley Lerdo no deseaba dañar a las comunidades indígenas; es por esto que había eximido a los ejidos de la desamortización. Sólo deseaba destruir el control del clero en los pueblos con la venta de tierras destinadas a usos religiosos. El conflicto sobre la desamortización tenía que suceder fatalmente y muchas comunidades indígenas se sublevaron a finales de 1856, naturalmente dirigidas por sus párrocos²⁴.

Los sucesos se complicaron todavía más unos cuantos meses después cuando la nueva constitución proclamó que las corporaciones eclesiásticas y civiles no podían poseer tierras en lo absoluto; los ejidos ya no estaban exentos. Esto significaba no sólo una ruptura del control clerical en las comunidades indígenas, sino también una desintegración de las mismas comunidades. Se había extendido la idea de que para integrar a los indios a la sociedad y a la economía modernas, era necesario disolver su vida comunal; sus comunidades debían dejar de existir; toda la propiedad debía dividirse entre sus miembros. ¡Qué poco entendían los liberales mexicanos a su propio sector rural! El suyo era un movimiento citadino; sus dirigentes eran abogados. Es curioso que ni siquiera Juárez mostrara interés en los campesinos indígenas como tales. Los liberales estaban comprometidos en una lucha de vida o muerte con la iglesia católica y, hasta entonces, su adhesión se limitaba a las ciudades. Si había de triunfar tenían que ganar una base social en las áreas rurales donde, después de todo, vivía la mayor parte de la población. El sector rural era básicamente conservador —no

sólo los campesinos indígenas, sino la mayoría de los terratenientes, tanto pobres como ricos, eran profundamente religiosos. El partido conservador con los hacendados en la cúspide estaba arraigado allí. Los liberales, si habían de prevalecer, tenían que ganar una posición firme a cualquier precio. Los abogados ciudadanos chocaron con los curas pueblerinos; no sólo se vendió tierra de la iglesia sino también de los pueblos bajo la Ley Lerdo, ganando así cuando menos algunos partidarios entre la gente conservadora del campo. La desamortización de las tierras comunales finalmente se detuvo por la oposición indígena.

Los liberales tenían prejuicios antirrurales; la mayoría de ellos no mostraba ningún interés en proteger de los hacendados a los indios. Esto no quiere decir que carecieran de un programa agrario. Su ideal era promover fincas de tamaño mediano, no latifundios ni pequeñas parcelas de labriegos. La división de las haciendas había sido estorbada hasta entonces por contratos hipotecarios; ahora la Ley Lerdo abría el camino estipulando que los compradores de bienes raíces corporativos estaban autorizados para dividir la tierra en tantas parcelas como juzgaran oportuno, a pesar de la oposición del acreedor hipotecario. Como resultado, algunas propiedades eclesiásticas de Guanajuato se dividieron en 1856 y 1857, fortaleciendo así a la clase media rural²⁵. Pero los liberales nunca perdieron de vista su objetivo principal, la destrucción del poder del clero. Ciertamente no sentían afecto por el hacendado con sus peones sujetos por las deudas; pero tenían que concentrarse en su adversario más poderoso: la iglesia. Más aún, frecuentemente los hacendados eran los prestamistas de que dependía el gobierno para ayuda económica. De esta manera se sacrificaron muchos proyectos valiosos de reforma agraria. En resumen, la estrategia liberal en contra de la iglesia consistía en ganar el apoyo de gente de toda clase, ofreciéndole parte de las propiedades clericales. Este programa tuvo éxito en las ciudades y en las áreas urbanas. En el campo dominado por los curas era imposible aislar a la iglesia. Aquí los liberales chocaron con los campesinos religiosos; no podían darse el lujo de antagonizarlos y por lo tanto tuvieron que abandonar la esperanza de transformar al campesino indígena en agricultor de la clase media. En vez de esto, encontraron apoyo en los terratenientes que deseaban aumentar sus posesiones. Como resultado, algunos hacendados que hasta entonces habían sido conservadores, abrazaron la causa liberal para proteger sus inversiones. Así fue como el área rural ya no era firmemente conservadora.

Para 1857, México se encontraba dividido en facciones conservadoras y liberales de aproximadamente la misma fuerza. Para prevenir un nuevo brote de contienda civil era necesario un compromiso. Tanto el presidente Comonfort como la Santa Sede se

encontraban trabajando en eso cuando elementos reaccionarios del ejército dieron un golpe en la capital; después de un mes de caos, el general Zuloaga asumió la presidencia en enero de 1858. Un poco antes de abandonar la presidencia, Comonfort liberó a Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte, de la cárcel a donde había sido encerrado por el ejército, tomando así revancha personal contra los conservadores a quienes había ayudado y prestando a la causa liberal un inmenso servicio. Comonfort, decepcionado, salió del país y se dirigió a los Estados Unidos; ni los conservadores ni los liberales deseaban que permaneciera en México: un hombre bien intencionado que fracasó en su intento de gobernar al país en un momento sumamente difícil. Los liberales no aprecian su memoria, pero su decisión trascendental, aparentemente sin importancia en el momento, de liberar a Juárez, salvó a la causa liberal²⁶. Juárez se dirigió inmediatamente a Guanajuato donde estableció un gobierno liberal; como presidente de la Suprema Corte tenía derecho constitucional a la sucesión presidencial, de modo que se declaró presidente de la república. Comenzó la guerra civil. Desde el principio, el país se dividió en dos secciones: el núcleo conservador —los estados de Puebla, México y Querétaro— contra las áreas periféricas donde los liberales tradicionalmente eran fuertes.

Como primer acto de su gobierno, el general Zuloaga declaró nula la Ley Lerdo; todas las transacciones de desamortización fueron anuladas y los organismos eclesiásticos automáticamente recobraron plena posesión de sus propiedades que habían sido vendidas bajo la Ley Lerdo. Sin embargo, la iglesia no había de recibirlas como obsequio; a cambio, el cabildo metropolitano de la iglesia le prometió a Zuloaga un préstamo de un millón y medio de pesos²⁷. Los anteriores propietarios bajo la Ley Lerdo nuevamente se convirtieron en inquilinos. Los especuladores que habían comprado propiedades en subasta las perdieron. Si mientras tanto habían desalojado a los inquilinos anteriores, éstos tenían que ser restituídos. Esta orden resultó ser difícil de aplicar, sin embargo, pues algunos especuladores eran personas influyentes. A las corporaciones de la iglesia, exprimidas por el gobierno como veremos enseguida, no les importaba quién fuera el arrendatario siempre que pagara la renta. De esta manera muchos de los pobres piadosos fueron sacrificados en el altar de la conveniencia.

La iglesia pudo pagar únicamente la décima parte del préstamo total prometido en efectivo; el resto lo pagó en letras o documentos garantizados por sus propiedades. El gobierno conservador los vendió a descuento a prestamistas que ulteriormente adquirieron propiedades eclesiásticas con la aquiescencia de la iglesia. El riesgo era elevado, porque Melchor Ocampo, el ministro de hacienda del gobierno liberal de Guanajuato, desde el mismo principio había

declarado ilegales todas las disposiciones y transacciones del gobierno de Zuloaga; en caso de una victoria liberal —lo que, por supuesto visto desde la capital, no parecía muy probable— toda propiedad, desamortizada y ahora devuelta a la iglesia, automáticamente sería restituída a los compradores bajo la Ley Lerdo. En consecuencia los prestamistas conservadores perderían la mayor parte de las propiedades que estaban comprando a la iglesia. Con el tiempo, el gobierno conservador pudo extraer más dinero de los prestamistas a expensas de la iglesia. Probablemente no había otra forma de financiar la guerra.

Mientras que la iglesia estaba prescindiendo voluntariamente de algunas de sus posesiones bajo los conservadores, las estaba perdiendo contra su voluntad en las zonas bajo control liberal. Ciertamente, Juárez acompañado de Ocampo, Prieto y otros, pronto tuvo que abandonar Guanajuato y después Guadalajara, que se habían rendido a los conservadores; finalmente se embarcó en Manzanillo y llegó a Veracruz a principios de mayo de 1858, donde se estableció con su gobierno bajo la protección del gobernador liberal del estado. En el oeste, el estado liberal de Michoacán se sostuvo y decretó un préstamo forzoso de la iglesia. Los comandantes liberales del norte siguieron el ejemplo. De hecho las posesiones de la iglesia estaban siendo confiscadas. La guerra se estaba volviendo cada vez más cruel y destructiva. Juárez se había abstenido hasta entonces de librar una lucha abierta en contra de la iglesia, por temor de ofender los sentimientos religiosos del pueblo y de prolongar por lo tanto la guerra²⁸. Pero los acontecimientos lo obligaron. Había llegado el momento de presentar abiertamente las metas liberales ante la nación.

Este fue el significado del manifiesto expedido por el gobierno constitucional el 7 de julio de 1859 en Veracruz. El documento, firmado por el presidente Juárez y los dos miembros más prominentes del gabinete, Ocampo y Lerdo, ponía toda la responsabilidad de la guerra fratricida en los hombros de la iglesia y proclamaba la separación completa de la iglesia y del estado, la supresión de los conventos de hombres, la secularización de los frailes, la abolición del noviciado en los conventos de mujeres, la confiscación de todos los bienes propiedad de la iglesia o administrados por ella y la eliminación de la obligación civil de pagar derechos parroquiales. Estas medidas se consideraron urgentes. Además, el manifiesto reconocía la necesidad de la división de la tierra; por primera vez el gobierno liberal admitía la necesidad de una reforma agraria, que había sido reconocida una generación atrás por el gobernador de Zacatecas, Francisco García; pero inmediatamente agregaba que tal redistribución tendría lugar a largo plazo como consecuencia natural del progreso económico y social así como del crecimiento

de la población. Por el momento sólo prometía una ley que eliminaría los obstáculos legales para parcelar voluntariamente las propiedades rurales.

Las leyes que afectaban las posesiones de la iglesia fueron decretadas varios días después, las que determinaban la separación de la iglesia y del estado, hacia fines de mes. Estas llegaron a conocerse como las "leyes de Reforma". El gobierno liberal creía que la confiscación completa de toda propiedad eclesiástica estaba justificada por los préstamos clericales al régimen conservador en la Ciudad de México, que sumaban varios millones de pesos. Pero ya hemos visto que la iglesia no tenía alternativa; esos préstamos eran forzosos. Presionada por un lado por los reaccionarios y por el otro por los liberales, la iglesia contemplaba cómo se le privaba de su riqueza irremediabilmente. Y entonces llegó el golpe definitivo e inevitable. Las posesiones nacionalizadas, tanto de bienes raíces como de capital, debían venderse a los compradores bajo la Ley Lerdo. Mientras tanto los compradores habían devuelto los bienes raíces a la iglesia en las regiones ocupadas por los conservadores; ahora debían rescatar su valor al gobierno bajo condiciones favorables de pago. Es cierto que la mayoría de esa propiedad estaba situada en el Centro de México, que estaba bajo el control de los conservadores. Era claro que la nueva ley no podía aplicarse allí, pero tenía un objetivo político: los antiguos compradores de propiedades de la iglesia, por ejemplo en la Ciudad de México y en Puebla, en lo sucesivo apoyarían la causa liberal porque la ley les ofrecía las mismas propiedades por lo que constituía un precio de venta mucho más bajo. Teóricamente, el precio que era de aproximadamente dos terceras partes del valor permanecía igual, pero tenía que rescatarse parcialmente en bonos de deuda interna y parte en pagos fáciles mensuales; puesto que los bonos del gobierno circulaban al 5 o 10 por ciento de su valor nominal, ésto significaba en la práctica que la gente podría comprar una propiedad aproximadamente a un tercio de su valor. Los que podían pagar al contado conseguirían una ganga todavía mejor, alrededor de una cuarta parte del valor o menos. Sin duda se esperaba que estas condiciones atrajeran a muchas personas no comprometidas o timoratas del lado de los liberales en una época en que los ejércitos conservadores todavía ocupaban el centro del país. Los prestamistas, que tenían una cantidad considerable de bonos y que residían en la capital, encontrarían especialmente ventajoso adquirir propiedades que anteriormente pertenecieron a la iglesia²⁹.

Unos cuantos hombres de finanzas tenían su base en Veracruz, dedicados a las importaciones y a prestar dinero al gobierno constitucional. Una curiosa práctica se desarrolló allí: se permitió que esos hombres pagaran por adelantado a las autoridades liberales lo-

cales por propiedades situadas en regiones que estaban bajo control de los conservadores, especialmente las valiosas residencias en la Ciudad de México. Esta transacción, que involucraba primordialmente a un pequeño grupo de negociantes franceses, era desde luego sumamente especulativa: en caso de triunfo de los conservadores, estas personas perderían todas sus inversiones. Naturalmente el precio era en proporción inversa al riesgo. Aunque la opinión pública desaprobaba estas ventas, es claro que ayudaron a mantener a flote al gobierno de Juárez con un abastecimiento constante de efectivo, que a su vez significaba armamento.

No todos los bienes raíces de la iglesia habían sido desamortizados bajo la Ley Lerdo. También había hipotecas eclesiásticas sobre propiedades privadas —especialmente sobre las grandes posesiones de los hacendados conservadores— edificios conventuales y algunas iglesias. Todas estas posesiones ahora se ofrecían a la venta en los mismos términos que las propiedades vendidas en 1856 y 1857, es decir, por aproximadamente una cuarta o una tercera parte de su ya devaluado precio. De nuevo, muchas de estas propiedades se encontraban en territorio controlado por los conservadores, pero se esperaba que muchas personas se pasaran al bando liberal con la expectativa de conseguir una ganga; esta consideración debe haber pesado mucho en la mente de algunos hacendados. La ley de julio de 1859 les ofrecía el derecho de redimir sus hipotecas, pero si no lo hacían en plazo de treinta días, cualquier otro podía hacerlo; en última instancia la hipoteca o la propiedad serían subastadas. El enorme descuento naturalmente era resultado de la necesidad de dinero que tenía el gobierno. Nuevamente la gente tenía que escoger entre conservadores o liberales: los que se aliaron a los conservadores habrían de ser los perdedores.

Los conventos de mujeres habrían de continuar existiendo, pero las monjas recibirían en propiedad privada la dote que habían dado al convento a perpetuidad. Los conventos eran el refugio acostumbrado para hijas y hermanas solteras; su función era diferente a la de los monasterios y por lo tanto se les trataba de manera distinta, aunque su riqueza era mayor.

Las últimas leyes de Reforma que se ocupaban de la separación de iglesia y estado, finalmente realizaron el sueño de Ocampo de derechos parroquiales voluntarios. Todas las leyes de Reforma llevaron las pasiones a su punto culminante; los ejércitos conservadores hicieron un último intento para ganar la guerra, que fracasó y entonces empezaron a retirarse. Los comerciantes de la capital ya no podían ni querían prestar dinero al gobierno a cambio de propiedades clericales, puesto que dichas transacciones serían anuladas por los victoriosos liberales. Desesperado, el presidente Miramón confiscó en noviembre de 1860 más de 600,000 pesos deposi-

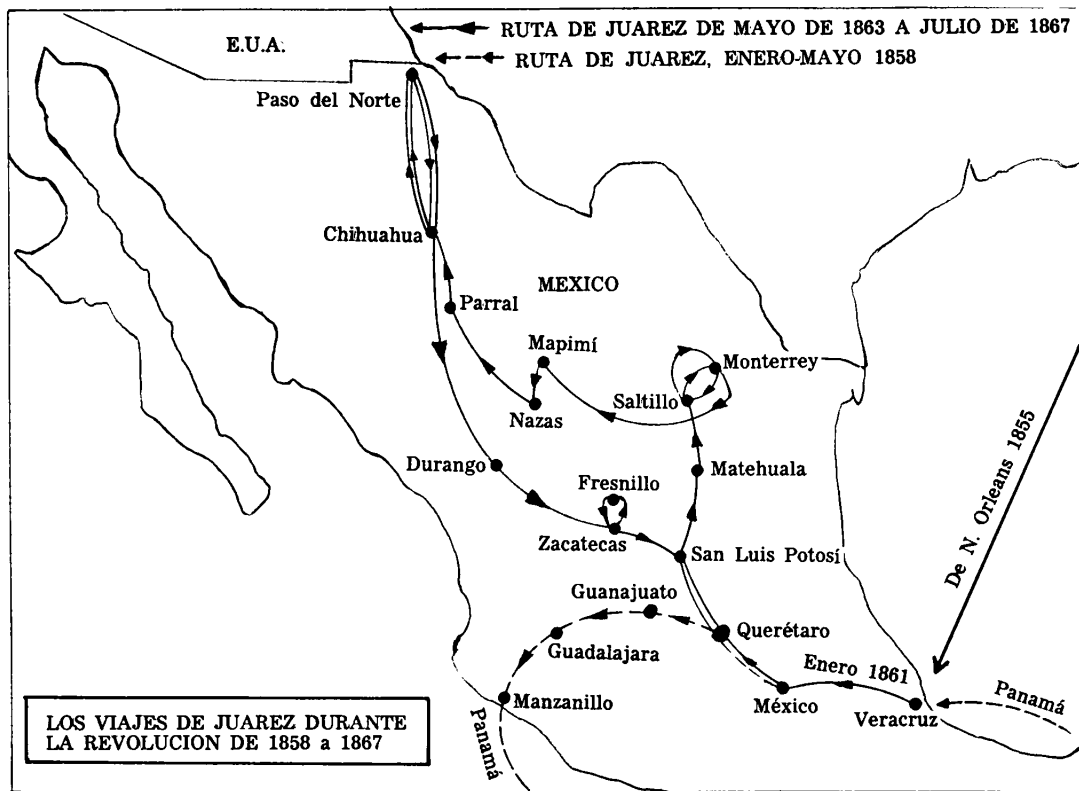
ados en la legación británica a favor de los acreedores ingleses, acción que iba a influir en la actitud diplomática británica el año siguiente. Un mes después, Miramón fue derrotado en la batalla por la posesión de la capital y el día de Navidad entró el ejército liberal. La guerra había terminado. Aunque guerrillas conservadoras continuaron luchando en algunas regiones aisladas, el gobierno constitucional de hecho era el amo del país para principios de 1861.

La competencia desesperada por las propiedades nacionalizadas empezó en la Ciudad de México y otras áreas urbanas. Las casas se estaban restituyendo a los compradores bajo la Ley Lerdo. Sin embargo, ésto no siempre era posible. Así como el régimen de Zuloaga en 1858 tuvo que aceptar en cierta medida los hechos consumados por la desamortización, ahora el gobierno liberal tenía que encarar ciertos poderosos intereses creados por el régimen anterior. Se habían concedido préstamos en la Ciudad de México al gobierno conservador, con propiedades de la iglesia como garantía. Algunos prestamistas eran extranjeros; en particular, Nathaniel Davidson, el representante de la casa de Rothschild, y Eustaquio Barrón, descendiente de un irlandés casado en España, juntos habían prestado a las autoridades conservadoras alrededor de un millón de pesos, a cambio de bienes eclesiásticos de aproximadamente el mismo valor. Obviamente Juárez no deseaba antagonizar a las dos compañías británicas y prefirió proponer un arreglo mediante el cual conservarían las casas a cambio de un pago adicional. Las personas que habían adquirido la propiedad según la ley de desamortización y que podemos suponer que eran liberales, fueron sacrificadas en 1861 a la conveniencia política y financiera. Jecker, un banquero suizo, había invertido un millón y medio de pesos en bonos emitidos por el gobierno conservador. Puesto que el gobierno no llegó a un arreglo con Jecker y sus bonos fueron adquiridos por políticos influyentes en Francia, el asunto sirvió de pretexto después para la invasión francesa. Uno de los franceses que había financiado el gobierno constitucional en Veracruz —el capitán de barco bretón José Yves Limantour— recibió un lote de casas en la Ciudad de México valuado en medio millón de pesos. Sin embargo, en la mayoría de los casos el grueso de los antiguos inquilinos recobró su propiedad y esta nueva clase media de propietarios pequeños y medianos continuó siendo la columna vertebral de la causa liberal y continuó apoyándola durante los siguientes años difíciles. De esta forma, las posesiones de la iglesia finalmente pasaron a manos privadas y, de esta mezcla de intereses, nació un México nuevo³⁰.

En el campo, las tierras y las hipotecas de la iglesia estaban siendo rescatadas por particulares, arrendatarios, deudores hipotecarios, o comerciantes y prestamistas. En contraste con las ciudades

donde los extranjeros pudieron adquirir una cantidad considerable de inmuebles, los bienes raíces rurales nacionalizados fueron comprados casi exclusivamente por mexicanos, ya que los extranjeros tradicionalmente rehuían este tipo de inversión. El gobierno liberal no olvidó su promesa expresada en el manifiesto de 1859 con respecto a una ley sobre la subdivisión de las propiedades; la nueva ley de febrero de 1861 especificaba que los propietarios de bienes raíces tanto nacionalizados como privados podían dividirlos, aún en contra de los deseos del acreedor hipotecario. Muchos hacendados consideraron atractivo parcelar sus propiedades en unidades más pequeñas para ofrecerlas a la venta; de esta manera muchas personas de la clase media, e incluso de la baja, ahora les era posible convertirse en terratenientes. Con el fortalecimiento del estrato intermedio de la sociedad, especialmente en los estados de Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Zacatecas y San Luis Potosí, en otras palabras, del Bajío y sus alrededores, el régimen liberal ganó nuevos partidarios en el campo hasta entonces hostil³¹. Si la confiscación de las propiedades jesuitas en 1767 y los préstamos forzosos de la primera parte del siglo XIX enajenaron parte de la riqueza de la iglesia, la revolución liberal la liquidó casi completamente.

Mientras tanto la Ciudad de México se encontraba en agitación política. Ya para noviembre de 1860, el régimen de Veracruz había llamado a elecciones para 1861. La campaña presidencial empezó prácticamente desde el primer día en que Juárez y su gabinete se instalaron en la ciudad. Como los dirigentes conservadores habían huído de la ciudad, sólo quedaban candidatos liberales. Sin embargo, la elección de Juárez de ningún modo parecía cierta o incluso probable; como presidente en funciones de un gobierno victorioso, ahora era una figura nacional, pero a ojos del público todavía ocupaba un sitio de segunda fila detrás de Ocampo y Lerdo. No era fácil para la nación acostumbrarse a este hombre silencioso y reservado; para la mayoría de la gente, Ocampo era aún el héroe y Lerdo era el autor de la desamortización y confiscación de las propiedades de la iglesia. Pero Ocampo estaba tan asqueado de la política que ansiaba irse a vivir en su pacífica propiedad de Michoacán. En Veracruz se había desarrollado una rivalidad bastante natural entre él y Lerdo; cada quien se consideraba el primero. Ahora el inconstante Ocampo había perdido toda ambición, pero en vista de la candidatura de Lerdo se decidió a darle a Juárez su ayuda. En una acerba polémica, Ocampo atacó a su antiguo compañero de gabinete; Prieto se le unió³². En esos días, Lerdo era la estrella ascendente en el horizonte liberal y los demás liberales sobresalientes posiblemente se imaginaban que sólo estaban utilizando a Juárez como contrapeso para detener las ambiciones de Lerdo.



**WV**

Figure 1

THE



FOR THE

1997年12月

Lerdo murió de tifo en marzo mientras que las elecciones presidenciales estaban en curso. Su rival Ocampo iba a sobrevivirle únicamente durante poco más de dos meses: aunque se le advirtió que guerrillas de conservadores se encontraban activas en el área, el impetuoso Ocampo se rehusó a dejar su hacienda; fue capturado allí y ejecutado dos días después.

Había otro candidato, el general Jesús González Ortega, un antiguo periodista. Como había derrotado al ejército conservador, era un héroe nacional. Se temía que siguiendo la vieja tradición, González Ortega reuniera a los militares e intentara derribar al gobierno, especialmente dado que el presidente era civil. González Ortega resistió la tentación y aseguró a la nación que nunca encabezaría una revolución. Mantuvo su palabra a pesar del resultado de las elecciones. Juárez obtuvo 5,289 votos, Lerdo 1,989 y González Ortega 1,846. Desde luego, Lerdo ya llevaba muerto algún tiempo.

Juárez dió el paso de la obscuridad a una posición de relieve. Había capeado el temporal político. Pero una tormenta todavía peor se estaba fraguando en forma de problemas financieros que ulteriormente habrían de traer consigo complicaciones internacionales. Es verdad que en 1861 se vendieron propiedades nacionalizadas con valor de 16 millones de pesos sólo en la Ciudad de México y sus alrededores, pero únicamente se recibió como pago un millón de pesos en realidad; el resto fue compensado en forma de créditos, pagarés y bonos. El gobierno intentó desesperadamente reunir fondos por otros medios, pero fracasó. Los acreedores ingleses esperaban recibir algo de dinero de la venta de los bienes nacionalizados³³. De la misma manera, Francia estaba presionado con sus demandas por los bonos Jecker, pero Juárez rehusó hacerse responsable de las acciones del antiguo gobierno conservador. Aunque parecía increíble, el régimen liberal tuvo apenas dinero suficiente para sobrevivir. Los acreedores europeos esperaron en vano y se sintieron engañados cuando el gobierno de Juárez suspendió todos los pagos en julio. La Gran Bretaña, Francia y España acordaron la intervención militar de México tres meses después y, antes de que terminara 1861, las tropas aliadas desembarcaron en Veracruz. Apenas surgiendo de una feroz contienda civil, México se encontraba sumergido en otra guerra.

Como los ejércitos conservadores habían sido derrotados definitivamente, el enemigo ya no estaba dentro; en esta ocasión Juárez se enfrentaba a una invasión extranjera. Inglaterra y España pronto se disociaron de la operación cuando se hizo evidente que Napoleón III tenía designios especiales sobre México. Unos cuantos monárquicos mexicanos que vivían entonces en Europa concibieron la idea de que finalmente había llegado el momento

de establecer un imperio mexicano bajo la protección europea —es decir, francesa. Se les unieron los refugiados mexicanos conservadores que vieron en la invasión francesa una bienvenida oportunidad de reconquistar el poder para ellos y para la iglesia. Parecía que una guerra civil se inflamaría de nuevo desde el extranjero. Los conservadores se estaban aferrando a su última esperanza; su participación en el intento de una nación extranjera, de conquistar a México por la fuerza, cualesquiera que fueran los pretextos y las razones o motivos reconocidos, perdieron para siempre las posibilidades de la causa conservadora en México.

La invasión francesa despertó genuinos sentimientos patrióticos en México. Inesperadamente, los ejércitos mexicanos bajo las órdenes del general Zaragoza rechazaron al enemigo en la batalla de Puebla el 5 de mayo de 1862. Por primera vez en muchos años, México experimentó el regocijo de la victoria. Las heridas provocadas por la guerra con los Estados Unidos de pronto cicatrizaron. Juárez y la causa liberal fueron identificados con la nación y su independencia. La importancia de la batalla fue principalmente psicológica. Las fuerzas francesas se reorganizaron y el mariscal Forey llegó en septiembre para dirigir una nueva campaña más poderosa. Como el general Zaragoza había muerto, Juárez no tenía otro recurso que nombrar a González Ortega, a quien había dejado sin asignación militar, para el mando general de los ejércitos orientales. González Ortega estableció su cuartel general en Puebla y desde allí financió las costosas preparaciones de defensa mediante la venta de las propiedades eclesiásticas restantes, en particular edificios conventuales³⁴. Al calor de la guerra, los conventos a los que se les había permitido continuar su vida normal con las leyes de Reforma de 1859, ahora fueron suprimidos totalmente. En la creencia de que los invasores representaban a la reacción clerical, el gobierno decidió golpear donde dolía; las instituciones exentas por leyes anteriores fueron clausuradas y se confiscaron sus fondos. Sin embargo, las dotes de las monjas fueron respetadas como propiedad privada.

A pesar de los precios extremadamente bajos a que se estaban vendiendo ahora los bienes nacionalizados, el ejército en Puebla pudo almacenar una gran cantidad de municiones y abastecimientos con los que defender a la ciudad. Puebla se rindió después de dos meses de sitio en mayo de 1863, un año después de la batalla victoriosa. De allí en adelante los ejércitos invasores tuvieron libertad de extender la ocupación a otras partes del país. Pero la defensa de la ciudad mostró al mundo que México se oponía a la invasión extranjera y que el espíritu de resistencia estaba vivo. Era esto lo que al final fue más importante que todas las victorias militares de los franceses³⁵. El propio González Ortega fue hecho prisionero, se escapó cuando lo llevaban a Veracruz y logró llegar al norte.

Juárez, los ministros de su gabinete, unos cuantos diputados y un pequeño grupo de consejeros abandonaron la capital en la noche del 31 de mayo. Sus carruajes se dirigieron al norte.

Ahora que los franceses tenían en su poder a la Ciudad de México, Labastida, entonces arzobispo de México, esperaba de ellos una firme declaración de principios conservadores, en primer lugar la anulación de las leyes de Reforma. Sin embargo, en su manifiesto del 12 de junio Forey reconoció la validez de la nacionalización y venta de las propiedades de la iglesia. Esta política fue fortalecida varios meses después por el mariscal Bazaine, el nuevo jefe del ejército expedicionario francés y de hecho el amo de México³⁶. Francia obviamente no tenía deseos de restituir su riqueza y poder a la iglesia; Napoleón quería tener un régimen estable en México, de acuerdo con la tendencia que existía en su país; se esperaba que la confiscación de los bienes clericales daría origen a una clase media numerosa y con ella, a una sociedad estable. Al aceptar la nacionalización, los franceses deseaban desinflar las velas del gobierno liberal y republicano; se esperaba que Juárez, que se estaba retirando más al norte y cada vez más cerca de la frontera con los Estados Unidos, una vez aislado pasaría al olvido. Los franceses adoptaron el programa del partido liberal en México y así, sin duda, ganaron muchos partidarios tanto entre los liberales como entre los compradores de propiedades de la iglesia. Los desilusionados conservadores se dirigieron al archiduque Maximiliano de Habsburgo pero cuando llegó como emperador de México en junio de 1864, eligió a sus ministros de entre los liberales o antiguos liberales y envió al extranjero a conservadores bien conocidos como Miramón. Por el momento, una república liberal se veía como cosa del pasado. Era cierto que la monarquía estaba bajo la protección de las armas francesas, pero los liberales mexicanos de la época tenían predilección por todo lo francés; para ellos Francia era sinónimo de progreso, como los Estados Unidos lo habían sido una vez para la generación de Zavala. Desde luego era irónico que Francia hubiera invadido al país, pero los partidarios liberales del imperio no se preocupaban de eso, cuando menos en ese momento.

Los liberales recibieron con gusto la modernización que comenzó bajo la ocupación francesa. Francia introdujo una considerable cantidad de dinero en México³⁷. En realidad, sólo una pequeña proporción se usó productivamente, pero fue suficiente para hacer mejoras notables, especialmente en la Ciudad de México³⁸. Bajo la protección francesa, México nuevamente se convirtió en sitio atractivo para las inversiones británicas. La abolición de leyes de usura por el gobierno de Juárez en 1861 había creado un clima propicio para la fundación de un banco. El London Bank of Mexico and South America consideró las condiciones locales suficiente-

mente estabilizadas para abrir una sucursal en la Ciudad de México en 1864. El banco introdujo la circulación de billetes en México. Igual de importante para el desarrollo económico del país, se inició la construcción de un ferrocarril de Veracruz a la Ciudad de México pasando por la ciudad industrial de Orizaba y con ramal a Puebla. Antonio Escandón, un empresario mexicano que había introducido diligencias modernas en la ruta Veracruz-Puebla-Ciudad de México, recibió la concesión para el ferrocarril del régimen de Juárez en 1861; sin embargo, debido a los constantes disturbios sólo se completaron trechos insignificantes. Pero Escandón logró interesar a una empresa británica en el proyecto; se formó una compañía en Londres en 1862, a la que se transfirió la concesión de Escandón dos años después y en la que él retuvo una minoría de acciones. El trabajo procedió tan rápidamente que para 1867, cuando el imperio se derrumbó, casi la mitad de la línea de 424 kilómetros estaba completa, un logro de ningún modo insignificante. El gobierno liberal había puesto los cimientos sobre los que posteriormente construyeron los franceses y Maximiliano.

Los franceses no consideraron suficiente la confiscación y venta de las propiedades de la iglesia para crear una clase media predominante en México. Se necesitaban otras medidas. En un manifiesto de junio de 1863 a la nación mexicana, el mariscal Forey anunció que de allí en adelante los impuestos tendrían que ser sufragados principalmente por los ricos. También sugería que debía otorgarse a los indios completa igualdad en asuntos legales³⁹. Si la aprobación de Forey a la nacionalización desagradó a los conservadores, la política propuesta tenía que antagonizar a los ricos terratenientes, tanto liberales como conservadores. Los franceses no estaban impresionados con la oligarquía criolla, a la que consideraban pretenciosa y presumida y estaban escandalizados con el abismo entre ricos y pobres así como por el trato que se daba a los indios. Semerjantes desigualdades no habían existido en la Europa occidental ni central desde fines de siglo pasado, pero en México todavía eran una realidad. Los indios —la mayoría de los pobres eran indios y la mayoría de los indios eran pobres— eran considerados niños y tratados como tales por los ricos terratenientes. Hasta un hacendado de buen corazón como Ocampo declaró, no sin orgullo, que él sólo hacía regresar a los peones culpables de algún delito, quizás para castigarlos él mismo. Los liberales no reglamentaron el artículo 5º de la Constitución, que estipulaba completa libertad de trabajo e implícitamente prohibía la servidumbre por deudas. Una ley que expresamente prohibiera el peonaje no fue considerada nunca por el gobierno liberal.

Le tocó al emperador mexicano formular dicha ley. En su decreto del 1º de noviembre de 1865, Maximiliano otorgó a los traba-

adores el derecho de dejar su empleo a voluntad. Las horas de trabajo y el trabajo infantil quedaban restringidos y todas las deudas mayores de 10 pesos fueron anuladas. El castigo corporal quedaba prohibido y se permitía que vendedores ambulantes entraran a terrenos de la hacienda a ofrecer su mercancía a los peones, rompiendo así el monopolio de las tiendas de raya. La ley especificaba multas para los infractores⁴⁰. Desgraciadamente llegó demasiado tarde; el gobierno intentó llevarla a la práctica pero los terratenientes la boicotearon y los franceses estaban demasiado preocupados con el desfavorable giro de los acontecimientos. Si hubiera sido promulgada dos años antes, cuando los franceses estaban ganando en todos los frentes, tal vez podría haber sido aplicada con éxito razonable y sobrevivir así al imperio para llegar a la época republicana.

Mientras tanto, con otro paso similar, Maximiliano restituyó en 1865 a los pueblos indígenas el derecho de poseer tierras y un año después otorgó ejidos a las comunidades que no los tenían⁴¹. De nuevo, estas reformas llegaron demasiado tarde.

Es obvio que estas medidas no popularizaron al imperio entre los terratenientes; aun cuando la mayor parte de éstos le habían dado la bienvenida al principio porque les daba mayores salvaguardas a vidas y propiedades, en 1866 cuando la situación militar se volvió contra el imperio como resultado de la decisión de Napoleón III de retirar sus tropas, los hacendados deben haber recordado que el gobierno de Juárez nunca interfirió con sus peones y sus tierras. Por lo tanto, Maximiliano fue abandonado por los conservadores y después por la clase propietaria; con el empeoramiento de las condiciones militares los liberales monárquicos de nuevo se volvieron a Juárez, que empezó a ganar terreno y tres años después de su salida de la Ciudad de México comenzó a marchar hacia el sur desde la frontera con los Estados Unidos. El ejército francés salió del país y el imperio se restringió al centro de México; Maximiliano encontró su último sostén y solaz entre los conservadores intransigentes como el general Miramón, a quien ahora dio la bienvenida a México.

Los ejércitos republicanos estaban cerrando el círculo alrededor del Centro lenta pero seguramente. Mientras que un ejército al mando del joven general Porfirio Díaz se dirigía hacia Puebla, el ejército del norte iba hacia Querétaro. Aquí fue donde Maximiliano decidió llevar a cabo la que había de ser su última resistencia. Fue derrotado y capturado junto con los generales Miramón y Mejía, éste último un conservador de origen indígena. Fueron hechos prisioneros de guerra. Las ejecuciones de prisioneros de guerra incluyendo a civiles eran bastante comunes durante la guerra de 1858-1860. Durante la ocupación francesa muchos guerrilleros

republicanos fueron sometidos a consejo de guerra y fusilados por pelotones mexicanos o franceses. Por lo tanto la ejecución de los tres comandantes era virtualmente una conclusión predeterminada. Fueron juzgados por un tribunal militar, convictos de crímenes de guerra y ejecutados en la mañana del 19 de junio de 1867 en un cerro que domina el apacible valle de Querétaro.

La ejecución suscitó críticas considerables en Europa donde se esperaba que cuando menos se perdonaría la vida a Maximiliano. Pero la ejecución significaba una advertencia a otros países para que no invadieran o intentaran conquistar a México otra vez; como tal fue efectiva. El intento de Maximiliano de una reforma social fue olvidado y los reformadores agraristas del siglo actual nunca sospecharon que el extranjero bien intencionado, y no Juárez, había sido su precursor.

Para fines de junio de 1867, se reestableció el orden en México. En contraste con 1856 y 1861, en 1867 la victoria liberal fue completa; ninguna guerrilla monarquista ni conservadora se encontraba alterando la paz del campo con la esperanza de encender nuevamente la guerra civil. Tanto los intentos de conquista del partido conservador como de los europeos fueron derrotados irrevocablemente. México tenía ahora un gobierno republicano. El país había demostrado al mundo que podía defender su independencia; el partido liberal había liquidado a su antiguo enemigo, el conservadurismo, incluso cuando apareció bajo el disfraz de la monarquía. En casi una década en la presidencia, el civil Juárez se había revelado como apto para dirigir la guerra. Pero ahora que la paz finalmente se había enseñoreado en todo el territorio, ¿podría el régimen liberal darle un gobierno estable? ¿Podría México proyectar al mundo la imagen de una nación ordenada? Ahora que Juárez ya no estaba acosado por fuerzas hostiles ¿estaría a la altura de las circunstancias? Estas preguntas deben habérsele ocurrido a mucha gente tanto en México como en el extranjero.

La tentación de castigar a todos los que habían colaborado con el imperio era fuerte. Leyes para ese objetivo habían sido decretadas por el gobierno republicano durante la guerra. Pero lo que se necesitaba era la reconciliación nacional. Media docena de generales monárquicos fueron ejecutados y menos de cien personas de las arrestadas en la capital fueron condenadas a prisión para ser liberadas tres años después como resultado de una amnistía general⁴². Esto de ningún modo era simple magnanimidad; dado el hecho de que tantos mexicanos habían aceptado al imperio, parecía sensato cerrar este penoso capítulo de la historia mexicana y abrir uno nuevo.

Los republicanos mexicanos que habían admirado tanto la democracia y la libertad de la Gran Bretaña y Francia, experimen-

aron un profundo resentimiento contra Europa occidental. El orgullo nacional ordenaba a Juárez romper relaciones diplomáticas con estos dos países. Por otro lado, había estimación por la actitud de los Estados Unidos, que se dispusieron a reconocer a Juárez y habían enviado suministros militares al México republicano, especialmente después de la terminación de la Guerra Civil de los Estados Unidos⁴³. Una señal de las mejores relaciones entre México y los Estados Unidos fue el acuerdo firmado en 1868 con respecto a las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos por daños sufridos en las guerras mexicanas desde 1848; los Estados Unidos redujeron estas reclamaciones a una cantidad que México consideró razonable⁴⁴. Por otro lado, el gobierno de Juárez no sólo repudió todos los préstamos contratados en Europa por el imperio, sino declaró asimismo que no renovarían los pagos sobre la antigua deuda "inglesa" y que los acreedores que aparentemente habían aprobado la intervención militar en México, cuando menos en su fase inicial, tendrían que esperar. Sin embargo, las inversiones británicas en México permanecieron sin ser molestadas. El gobierno consideró que el Banco de Londres había permanecido neutral en la lucha; por supuesto había tenido tratos principalmente con el imperio, pero cuando menos en una ocasión había adelantado algún dinero al tesorero del gobierno republicano en Londres. Además, la economía mexicana estaba completamente exhausta de modo que se permitió al banco que continuara sus operaciones. Juárez también perdonó a la Compañía del Ferrocarril Mexicano por su colaboración pasada con el imperio, así que la construcción pudo continuarse.

En este marco de pacificación y desarrollo económico, Juárez buscó la reelección. Su periodo de cuatro años había concluido en 1865, cuando estaba establecido en el estado norteño de Chihuahua durante la guerra; pero, apoyándose en los poderes extraordinarios que previamente le había otorgado el Congreso, había extendido su presidencia por decreto hasta el momento en que las elecciones volvieran a ser posibles⁴⁵. González Ortega también aspiraba al puesto más elevado, pero no tuvo la osadía de intentar un golpe militar; fue arrestado por las autoridades republicanas y todavía estaba en prisión en 1867. Un nuevo candidato militar para la presidencia, más joven y temible, surgió en la persona del general Porfirio Díaz, héroe de la última guerra. Sin embargo, la popularidad de Juárez era tan abrumadora que recibió 7,422 votos contra 2,709 votos a favor de Díaz en las elecciones de 1867⁴⁶. Con el mandato nacional tan claramente a su favor, Juárez se dedicó a la tarea de pacificar al país. El ahora inofensivo González Ortega salió libre al año siguiente. Porfirio Díaz se retiró a su Oaxaca natal. Parecía haber cierta esperanza de que el gobierno perduraría. En

1870 se declaró la amnistía para los enemigos de la república y el arzobispo de México, Labastida, regresó el año siguiente y fue tratado con respeto por los representantes del gobierno⁴⁷. Después de todo, Juárez había heredado un país predominantemente católico; comprendía que cierta medida de tolerancia era indispensable para la supervivencia del gobierno. Sabía que los sentimientos y las creencias sólo pueden cambiarse mediante la educación y por lo tanto le dio preferencia a la reorganización de las escuelas públicas; por ejemplo, entre 1857 y 1875 el número de escuelas primarias creció en más del triple, de 2,400 a 8,100. El principal consejero de Juárez era Gabino Barreda, un médico, que se había recibido en Francia en 1851 y que trajo de allá la filosofía positivista con su énfasis en la ciencia⁴⁸. A veces se cree que la reforma educativa fue una de las principales contribuciones de Juárez al México moderno.

El principio de 1871 presencié los preparativos para las próximas elecciones presidenciales. Sebastián Lerdo de Tejada, hermano menor de Miguel, durante años ministro de relaciones exteriores y el colaborador más cercano del presidente renunció y se convirtió en candidato de la oposición a Juárez⁴⁹. Díaz nuevamente hizo su campaña. Las elecciones le dieron 5,837 votos a Juárez, 3,555 a Díaz y 2,874 a Lerdo. La popularidad de Juárez había declinado; no obtuvo una mayoría absoluta. El impaciente Porfirio Díaz lo acusó diciendo que la repetida e indefinida reelección de Juárez estaba poniendo en peligro a las instituciones nacionales, porque llevaba al control personal del ejecutivo sobre el Congreso y la Suprema Corte y, de ésta manera, a una dictadura. Juárez respondió que el rebelde quería regresar al militarismo y al dominio del ejército de épocas pasadas. El presidente reelecto murió medio año después, en julio de 1872. La actuación de Juárez en verdad no había sido tan buena desde la muerte de su esposa a principios de 1871. Quizás hubiera debido hacerse a un lado; pero como tantos estadistas, se consideraba indispensable y nunca pensó en tomar disposiciones para nombrar un sucesor. Había pasado casi quince años ininterrumpidos en el puesto, una duración hasta entonces inusitada en México. Hasta los historiadores conservadores admiten que introdujo una forma de gobierno que acabó con las guerras civiles⁵⁰. Ciertamente Juárez debe haber sido un político consumado.

Cuando Juárez murió, la silla presidencial pasó a Sebastián Lerdo de Tejada, que había sido presidente de la Suprema Corte y, como tal, tenía derecho constitucional a la sucesión. Durante su presidencia no sucedió gran cosa. El 1º de enero de 1873, Lerdo inauguró el ferrocarril México-Veracruz; esta obra maestra de la ingeniería civil había sido de hecho terminada bajo el régimen de

Juárez, pero Lerdo fue el primer presidente en utilizarla. No mostró mucho interés en el desarrollo económico. Desconfiaba de los Estados Unidos y el aforismo que se le atribuye, "entre la fuerza y la debilidad, el desierto", significaba que no deseaba hacer construir ningún ferrocarril entre México y su vecino del norte. En la historia mexicana, Lerdo de Tejada es conocido por su extremosa política anticlerical. Bajo Juárez, las procesiones religiosas eran toleradas, porque las leyes de Reforma habían dejado la decisión en manos de los funcionarios locales, que en muchos casos respetaban los sentimientos y creencias populares. En 1873 Lerdo dio el paso de incluir las leyes de Reforma en la constitución y así prohibió expresamente las ceremonias religiosas populares en todo el país⁵¹. También llevó su política anticlerical a otras esferas; ordenó la expulsión de las venerables Hermanas de la Caridad, que habían sido respetadas por Juárez. La política anticlerical de Lerdo de Tejada no tiene sentido a menos que tengamos en cuenta que como solterón y erudito, había sido apodado "el cura" o "el jesuita". Quizás ahora quería demostrar que era un liberal mejor y más puro que Juárez.

Si Juárez apenas había ganado la reelección en 1871, no era lógico esperar que el mucho menos popular Lerdo fuera reelegido para el puesto. Así, cuando Díaz hizo su tercer intento para llegar a la posición más exaltada a principios de 1876, el apoyo de Lerdo se desintegró y la revuelta militar triunfó antes de fin de año. Lerdo se fue a los Estados Unidos, abandonando el campo a su rival⁵². El intento de establecer un gobierno civil permanente había fracasado.

IV

LA ERA DE PORFIRIO DIAZ 1876 -- 1910

[Con su guardia] Pisístrato se lanzó a la revuelta y capturó la ciudadela. De este modo adquirió la soberanía de Atenas, que continuó reteniendo sin cambiar los cargos previamente existentes ni alterar ninguna de las leyes. . . [Durante su tercer gobierno] Pisístrato se dedicó a arraigar su poder más firmemente, con ayuda de un numeroso cuerpo de mercenarios y manteniendo una tesorería plena. . . Así se estableció la tiranía de Pisístrato en Atenas.

Heredoto, *Guerras Persas*, Libro I

Porfirio Díaz nació en la ciudad de Oaxaca en 1830. El padrino, que tuvo al recién nacido en sus brazos para el bautizo, fue su tío, un párroco que después llegaría a ser obispo de Oaxaca. La madre de Porfirio era hija de una familia de labriegos que tenía algo de ganado y de tierra; su padre, de temperamento emprendedor, había sido arriero y después cultivó caña de azúcar en pequeña escala; finalmente se estableció en Oaxaca y abrió un mesón que atendía arrieros y se ocupaba de sus animales¹. En vista de las relaciones de la familia, no es sorprendente que el muchacho haya sido enviado al seminario; su madre soñaba con ver a su hijo en ropas sacerdotales. Después de la guerra con los Estados Unidos, todo el país hervía con ideas liberales; aun la remota Oaxaca tenía su cosecha de estudiantes anticlericales. Influidó por sus amigos, Porfirio se rebeló contra su tío, abandonó el seminario e ingresó al Instituto de Ciencias y Artes. Benito Juárez, abogado y gobernador del estado, fue profesor y director del instituto en varias ocasiones; muchos estudiantes cayeron bajo su influencia, entre ellos Porfirio Díaz, de veinte años, y Matías Romero, un niño prodigio siete años menor que Porfirio. Díaz estaba a punto de recibirse de abogado cuando Santa Anna ideó un plebiscito general a fines de 1854; se ordenó a todo mundo en el instituto de Oaxaca que votara. Como se anticipaba, todos votaron por el dictador; solamente Díaz se atrevió a disentir depositando públicamente su voto por Alvarez, la cabeza de la insurrección contra Santa Anna. Después de esto, Díaz desapareció y se unió a las tropas rebeldes en las montañas.

Habría de seguir siendo militar el resto de su larga vida. De 1858 a 1860 combatió a los conservadores durante la Guerra Civil y fue ascendido a general en 1861. Se convirtió en figura nacional durante la resistencia contra la invasión y ocupación francesa; capturó Puebla en la primavera de 1867 y poco después liberó a la capital de la república. Porfirio Díaz era héroe nacional.

En una fotografía tomada en esa época, Díaz vestido de civil, se ve aún como un tímido abogado provinciano con cabello y barba rebeldes; excepto por una expresión dominante de los ojos, no hay nada que apuntara a su magno futuro². Díaz se ve completamente diferente en un retrato que le pintaron exactamente el mismo año de 1867³. Está ataviado con un uniforme magnífico. Las charreteras dan la impresión de amplios hombros y su cabello y barbas están cuidadosamente recortados; la pose es imperial, napoleónica, típica de un militar de la época. Tal vez éste retrato fue pintado hacia fines de 1867, cuando Díaz era candidato a la presidencia. ¿Había cambiado su carácter en éste corto lapso de tiempo? ¿Tal vez podría haber sido tanto un abogado provinciano como un altivo general simultáneamente? ¿O es que el pintor leyó en su rostro lo que no estaba allí, para inventar la imagen de un héroe militar?

Tal vez el general esperaba que el ya sexagenario presidente Juárez le ofreciera un puesto en el gabinete o el mando general del ejército. (No se sabe si éstas eran sus esperanzas, pero podrían explicar sucesos posteriores). Por supuesto no sucedió nada por el estilo. Juárez no era amigo del ejército, ni siquiera de un ejército liberal; el espectro de una revuelta del ejército lo persiguió durante toda su presidencia. Pero en 1867 el mismo aumentó tal peligro cuando ordenó, como una de sus primeras disposiciones después de la victoria militar, una desmovilización del ejército, privando a 70,000 hombres de subsistencia⁴. El resentimiento personal contra Juárez y el descontento en el ejército empujaron así a Díaz al camino de la oposición.

El abogado provinciano, ya para entonces héroe nacional, se estaba convirtiendo en un dirigente político militar, en un "caudillo". Aprendió a usar la técnica de sus predecesores: orgullosamente se retiró a su hacienda La Noria —que le fue donada por su estado natal— rodeado de una comitiva de fieles partidarios. Luego en 1871, cuando emprendió una revuelta del ejército contra el reelecto presidente Juárez, Díaz proclamó que "si el triunfo corona nuestros esfuerzos, regresaré a la paz de mi hogar, prefiriendo en cualquier caso la vida frugal y tranquila del oscuro labrador a la ostentación del poder"⁵. Estas palabras ciertamente suenan familiares; aparentemente Díaz había aprendido algo de Iturbide y de Santa Anna. Cinco años después, en 1876, el triunfo finalmente

coronó sus esfuerzos, pero no regresó a la paz de su hogar. Juárez ya no vivía, así que Díaz no tuvo que excusarse por alterar el orden constitucional ni por oponerse al presidente; ahora adversario era tan sólo Lerdo.

El gabinete que Porfirio Díaz nombró hacia fines de 1876 estaba compuesto de liberales bien conocidos⁶: el ministerio de guerra fue confiado al general Pedro Ogazón, el antiguo gobernador de Jalisco durante la Guerra de Tres Años contra los conservadores; como Díaz, Ogazón era abogado y militar al mismo tiempo. El ministerio de relaciones exteriores le fue dado al yerno de Ogazón, Ignacio Vallarta, jurista ya prominente, y el ministerio de justicia y educación pública al escritor ateo y socialista Ignacio Ramírez. Vicente Riva Palacio, el periodista anti-lerdista que era nieto de Vicente Guerrero e hijo un importante abogado liberal que era gobernador del estado de México, fue nombrado ministro de fomento. Riva Palacio iba a coordinar posteriormente la redacción de una crónica histórica del país de cinco volúmenes, "México a través de los siglos", en la que él mismo proporcionó la sección sobre el periodo colonial. Díaz le dio el ministerio de hacienda a Matías Romero, el más joven de la generación preparada por el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca y ahijado de Juárez⁷.

La escisión de los liberales —primero entre los partidarios de Juárez y de Díaz y cuatro años después entre los partidarios de Lerdo y de Díaz— había dejado al nuevo presidente militar con una base civil bastante tenue. Por lo tanto Porfirio Díaz desde el principio puso en claro que recibiría gustoso el apoyo de otros sectores. Desde luego contaba con el ejército y tuvo el cuidado de no desmovilizar a sus elementos superfluos; en vez de eso les garantizó puestos permanentes. Su promesa del 15 de enero de 1877, de que en contraste con la presidencia de Lerdo, la religión católica no sería perseguida y de que su gobierno no discriminaría a nadie, debe haber provocado una respuesta favorable no sólo de los clericales, sino asimismo de los antiguos partidarios de Maximiliano.

Cuando Díaz alcanzó el poder hacia fines de 1876, todavía era considerado y ciertamente él mismo se consideraba liberal. ¿Pero cuál era su programa de gobierno? Aquí Díaz carecía singularmente de ideas. Llevó al extremo el pragmatismo de Juárez, de quien se ha dicho que "no era un dirigente que concibiera y diera impulso a programas, reformas e ideas. Esa tarea recaía en los hombres que lo rodeaban, y él aceptaba o rechazaba su dirección"⁸. Sin embargo, la situación bajo la presidencia de Lerdo proporcionó un marco general. La economía mexicana se encontraba sin esperanza detrás de los Estados Unidos y de la Europa Occidental. Los planes para la construcción de los ferrocarriles ya existían, pero permanecían en el papel. Ahora que la paz había sido establecida después

de tantas décadas de guerra, parecía necesario promover el desarrollo económico atrayendo inversiones extranjeras. Ya para 1867, inmediatamente después de la guerra, Juárez había aceptado capital británico. Ahora se necesitaba mucho más, especialmente capital norteamericano; los inversionistas de los Estados Unidos ya habían mostrado interés en México. Lerdo de Tejada había sido demasiado lento para actuar, por lo tanto recayó en su sucesor colocar las bases para la introducción tardía de transporte, minería e industria modernos. Esto podría facilitarse con el establecimiento del orden; pero sólo el ejército, no un régimen civil, podrían hacerlo efectivo. De esta manera, Díaz se convirtió en el presidente del orden y el progreso.

En la mente de Porfirio Díaz así como en la de sus colaboradores, el orden y el progreso económico llegaron a justificar el gobierno militar. Esto por supuesto trajo consigo una restricción gradual de la prensa que había sido completamente libre bajo Juárez y Lerdo. De hecho, la prensa había sido tan libre que ayudó a socavar el régimen de estos dos presidentes civiles. Díaz había usado esta libertad para alcanzar el poder, pero conociendo su efecto corrosivo, justificó su supresión basándose en que México no estaba preparado para ella. En 1908, en los últimos años de su largo gobierno, declaró que la "democracia es el único principio verdadero y justo de gobierno, aunque en la práctica sólo es posible entre los pueblos altamente desarrollados"⁹. Estas palabras, dichas durante una entrevista con un corresponsal norteamericano, aparentemente destinadas al consumo extranjero, nos recuerdan las palabras similares que dijeran Iturbide y San Anna. "Aquí en México tenemos condiciones diferentes", continuaba Díaz; "yo recibí el gobierno de manos de un ejército victorioso en una época en que el pueblo estaba dividido y falto de preparación para el ejercicio de los principios extremos del gobierno democrático. Haber arrojado sobre las masas toda la responsabilidad del gobierno de una sola vez hubiera producido condiciones que podrían haber desacreditado la causa de la democracia". Y, "nosotros guardamos las formas del gobierno republicano y democrático. Defendimos la teoría y la mantuvimos intacta. Pero adoptamos una política patriarcal en la administración real de los asuntos nacionales, guiando y restringiendo las tendencias populares, con entera fe en que la paz forzada permitiría a la educación, la industria y al comercio desenvolver los elementos de estabilidad y unión". El general concluía que "los principios de la democracia no han arraigado profundamente en nuestro pueblo; el individuo mexicano como regla piensa mucho acerca de sus propios derechos. . . pero no acerca de sus deberes". Se refería a la clase media educada. Por otro lado, "los indios, que constituyen más de la mitad de nuestra población, se ocupan

poco de política. Están acostumbrados a buscar dirección en los que tienen la autoridad en vez de pensar por sí mismos”.

Si Porfirio Díaz usó los métodos de Iturbide y de Santa Anna para llegar al poder, ciertamente no imitó a estos *caudillos* una vez que fue presidente. Habiendo fracasado completamente como gobernantes deben haberle enseñado a Díaz precisamente cómo no gobernar el país. En vez de eso, Díaz debe haber aprendido de Juárez, que en su manera discreta, casi invisible, pudo gobernar a México durante casi quince años. Por supuesto, la guerra continua de 1858 a 1867 había ayudado a Juárez a perpetuarse en el poder; una vez que la guerra terminó, había empezado a perder el control de la política y no estuvo lejos de perder la reelección de 1871. En ese tiempo, el liberalismo se estaba debilitando por la completa libertad de prensa, y básicamente todavía se restringía a las ciudades; el campo —pueblos, rancherías y haciendas con su población de peones— pronto reafirmó su naturaleza tradicional. Era de aquí de donde el ejército y la iglesia habían derivado siempre su fuerza. En suma, la situación era fundamentalmente la misma que en 1834. Consecuentemente, el resultado fue similar, es decir, el establecimiento de un régimen militar, con la diferencia de que la larga duración de la presidencia de Juárez había preparado al país para la presidencia todavía más larga de Díaz.

Puede haber poca duda de que el general victorioso estaba determinado a seguir el ejemplo establecido por Juárez, el de una presidencia vitalicia. Sin embargo, Díaz había hecho su campaña contra Juárez y después contra Lerdo con el lema de “no reelección”, y ahora tenía que cumplir su promesa electoral. Esto lo hizo mediante una enmienda constitucional que prohibía la reelección del presidente y de los gobernadores estatales para el periodo siguiente; el presidente podía ser reelecto, pero no inmediatamente. La sutil diferencia pasó inadvertida para la mayoría de personas. Díaz obviamente tenía pensado instalar para los cuatro años de 1880-1884 a un interino que se le entregara el puesto al expirar el periodo. También es bastante probable que para 1878 ya sabía quien era el hombre en quien podría confiar para servicio tan importante. Pasó por alto a los miembros de su gabinete, que eran todos hombres de reconocida habilidad pero que no encajaban en su plan porque eran superiores a él intelectualmente y por lo tanto podrían intentar regresar a un régimen civil. Tampoco eligió a su hombre entre los comandantes liberales del ejército; aquí el riesgo consistía en que tal individuo podría quizás inclinar el ejército a su favor y de este modo reemplazar a Díaz como gobernante de México. Tenía que ser un hombre que no sólo fuera su amigo íntimo sino que también dependiera de Díaz; ciertamente la amistad no era suficiente porque aun los mejores amigos pueden olvidarse de

la amistad en cuanto se convierten en presidentes. Mediante un proceso de eliminación, Porfirio Díaz empezó a considerar al general Manuel González. Díaz y González eran compadres pero, además, González tenía una carrera militar extraña: otros comandantes tenían a su crédito muchos años de servicio en la causa liberal, en muchos casos remontándose a la participación en la revuelta de 1854 —sin embargo, éste no era el caso de González. Como soldado profesional, había luchado durante la guerra civil de 1858-1860 al lado de los conservadores y él y Díaz se habían encontrado como adversarios. Al inicio de la invasión francesa había ingresado como voluntario en el ejército republicano en el que luego luchó siempre bajo las órdenes de su compadre; tal vez ningún otro comandante hubiera estado dispuesto a aceptarlo. Recientemente, en 1876, había probado su lealtad a Díaz desempeñando un importante papel en la revuelta contra Lerdo. González era naturalmente un hombre capaz, pero su historial hacía que fuera imposible, o cuando menos muy difícil, que se convirtiera en una figura dominante en el ejército y que sobrepasara a Díaz en la estimación del público liberal. Se había encontrado al hombre en que Díaz podía confiar.

A su debido tiempo, González fue electo e instalado como presidente. Incluyó a Díaz en su gabinete como ministro de fomento pero no pudo retenerlo mucho tiempo: el ex-presidente prefirió “retirarse” como gobernador estatal de Oaxaca; ser gobernador —presidente en menor escala— era más acorde a su gusto que estar en el gabinete donde otros ministros serían sus pares y podrían presentarse dificultades entre él y el presidente. Podía contar con que González no interferiría con su gubernatura; desde Oaxaca también podría vigilar los acontecimientos y regresar a tiempo para reclamar para él la silla presidencial. Todo sucedió como estaba previsto, con la ventaja adicional de que González se desacreditó por la corrupción de su gobierno y por su vida personal licenciosa. El último año de su régimen, 1884, estuvo lleno de descontento y de desórdenes en la capital; la prensa libre tuvo su parte en excitar al pueblo a la oposición y no es improbable que, si Díaz no hubiera regresado al puesto, hubiera tenido lugar un violento levantamiento y que México hubiera regresado a los desórdenes de la época de Santa Anna. Puede imaginarse fácilmente que México experimentó alivio cuando Porfirio Díaz finalmente se hizo cargo del gobierno el 1º de diciembre de 1884. Después de la experiencia con González, la nación tal vez aceptaría las reelecciones futuras de Díaz; después de todo era conocido por su honradez financiera y por poseer virtudes domésticas. La perspectiva de la reelección indefinida y de una presidencia vitalicia, sin embargo, tendría que evocar recuerdos de Santa Anna; Díaz sabía que tendría que

enfrentarse a una oposición decidida de la opinión pública liberal. Su primera tarea por lo tanto consistía en reprimir a la prensa, la misma prensa que había sido su aliada en 1876, que lo había tratado bien durante su primer periodo y que, con sus ataques al presidente González, había ayudado a promover su imagen a ojos del público. Los cuatro años de su segundo periodo presenciaron el encarcelamiento de varias docenas de periodistas y el asesinato de unos cuantos de los más recalcitrantes¹⁰. Santa Anna se había contentado con enviar a sus críticos al extranjero, pero la experiencia demostraba que los liberales podían planear con éxito derrocar a la dictadura desde su exilio. Por lo tanto, esto tenía que evitarse y Díaz lo evitó, cuando menos durante una generación.

Con la prensa ahora a su disposición, Díaz estaba listo para preparar su segunda reelección. La constitución tuvo que ser enmendada nuevamente de modo que permitiera la reelección inmediata y esto se hizo en 1887. Díaz pidió prudentemente al Congreso que aprobara una sola reelección, únicamente para el siguiente periodo. Una vez que fue reelecto en 1888, Díaz se sintió lo bastante seguro como para arrojar la máscara: en 1890, el Congreso reestableció el texto original de la Constitución de 1857, que no contenía restricciones acerca de la reelección y que hizo posible que Juárez permaneciera en el puesto tanto tiempo. De ahora en adelante, Díaz podía despreocuparse acerca de sus continuas reelecciones, que llegaron a darse por un hecho. Díaz utilizó en su provecho el descrédito en que había caído González. Sin embargo, no dejó nada al azar. Por si acaso su compadre soñara con volver a ser presidente, lo mantuvo en jaque permitiendo que se presentara en los tribunales una acusación en su contra por actos de corrupción. Semejantes precauciones ejemplifican la astucia y habilidad políticas de Díaz.

De esta forma, Díaz se convirtió en presidente vitalicio después de catorce años de esfuerzo y de espera. En 1890, tenía sesenta años. Su lento ascenso al poder permanente, contrasta con el de Iturbide y Santa Anna, que habían permitido que se les elegiera emperador y dictador perpetuo respectivamente, después de medio año en el poder. Díaz había aprendido a ser paciente; a los cincuenta años era joven y probablemente pensaba que viviría hasta los ochenta o noventa. Así que podía esperar. La nación tenía que olvidar, tanto como fuera posible, su programa original de no reelección y esto por supuesto tomaba tiempo. Habiéndose convertido Juárez en ídolo nacional, era aconsejable subrayar las similitudes entre ellos; la dictadura tenía que disfrazarse bajo el manto de una normal reelección democrática. A la anterior oposición del joven Díaz contra Juárez se le restó importancia y, en la literatura oficial, el general era descrito como el continuador de la

tarea iniciada por su gran predecesor en el puesto. Díaz sabía desde el principio que una considerable medida de tolerancia religiosa le ayudaría a gobernar el país; ciertamente la iglesia debe haber recibido con agrado la derrota del anticlerical Lerdo que había frustrado la política conciliatoria de Juárez. Si el civil Juárez tenía la idea de una coexistencia pacífica con la iglesia, ésto era todavía más cierto con Porfirio Díaz, pues el complemento natural de la autoridad militar es la autoridad de la iglesia.

Además, Díaz ya había dado un paso hacia su meta. En 1880, durante los últimos meses de su primer periodo, Díaz había conocido al brillante, rico y ambicioso joven sacerdote Eulogio Gillow¹¹. Gillow era amigo de dos miembros del gabinete y del abogado Manuel Romero Rubio, ministro de relaciones exteriores en el gabinete de Lerdo; Romero Rubio era por supuesto liberal, pero su esposa estaba relacionanda con la jerarquía eclesiástica y la alta sociedad. Daba la coincidencia de que en abril del mismo año Díaz había enviudado; empezó a visitar a la familia Romero Rubio, especialmente a la atractiva hija Carmen, treinta años más joven que él. Mientras González gobernó, Porfirio Díaz había estado poniendo los cimientos para su futuro y a la edad de cincuenta y tres años se casó con la señorita Romero con el beneplácito de la alta jerarquía de la iglesia. La reconciliación simbólica con la iglesia trajo consigo un acercamiento entre el presidente mestizo y de clase media, con la clase alta.

La clase alta que, en ausencia de una nobleza titulada, consistía en un grupo de los mayores terratenientes y prestamistas, que había estado asociado con los gobiernos conservadores de Bustamante y de Santa Anna. Había sufrido un revés durante la revolución liberal cuando la clase media pasó a primer plano, pero recobró su sitio bajo el imperio de corta duración de Maximiliano. Algunos de sus miembros —por ejemplo las familias Martínez del Río y Sánchez Navarro—, fueron castigados por Juárez como colaboracionistas y sus tierras en parte confiscadas. En los años que siguieron al colapso definitivo de la causa conservadora, la clase alta se mantuvo apartada del gobierno. Sin embargo su riqueza, si bien momentáneamente disminuía como resultado de multas y confiscaciones, todavía estaba allí. El régimen liberal no hizo nada por dañar a los hacendados; por el contrario, parecen haber cosechado los frutos de la nacionalización de las propiedades de la iglesia. Después del fin del imperio, el gobierno liberal concentró sus fuerzas en la división de las tierras comunales entre los campesinos, de acuerdo con la Constitución de 1857. Los liberales habían sido lo bastante prudentes para posponer la implantación de la constitución hasta su victoria final. Entonces, en agosto de 1867, el gobierno empezó a ejecutar esta parte de su programa. Esto se logró en grado consi-

derable bajo la presidencia de Juárez¹², el programa se completó bajo Díaz, por el último decreto que ordenaba la división firmado en 1890. Los resultados desilusionaron a los que habían esperado transformar a los campesinos indígenas en agricultores independientes. En muchos casos, los campesinos vendían sus parcelas por una pequeña suma de dinero a los hacendados vecinos; como resultado, los pueblos perdieron sus tierras comunales en favor de las haciendas y aun los ranchos, porque las fincas pequeñas y de mediano tamaño también se beneficiaron con la repartición¹³. Después de las tierras de la iglesia y de los pueblos les tocó a las tierras baldías de propiedad nacional, en su mayoría desiertos despoblados sin valor en la época. Se desconocía su superficie, pero ciertamente representaba una porción considerable del territorio nacional. Con el propósito de promover la colonización y el progreso económico así como para obtener fondos para la continuación de la guerra, Juárez expidió una ley en 1863 ofreciendo por una modesta suma 2,500 hectáreas a cada solicitante. Esto se consideraba una pequeña propiedad en el Norte, donde se encontraba la mayor parte de las tierras nacionales, los baldíos. La ley se modificó en 1883; de allí en adelante el gobierno podía otorgar contratos para el deslinde de las tierras nacionales¹⁴, como pago, se daría un tercio de la tierra deslindada. El gobierno estaba autorizado a vender los dos tercios restantes en bloques de 2,500 hectáreas o menos; por ley, se requería que los compradores y las compañías deslindadoras llevaran inmigrantes, pero fue difícil cumplir con esta condición. Fueron relevados de esta obligación por la ley de 1894, que así mismo eliminaba la cantidad máxima de tierra que podía ser adquirida por una sola persona. Para ese tiempo, los baldíos que parecían tener algún uso, ya estaban en manos de particulares; todo lo que quedaba eran enormes extensiones desérticas y selvas vírgenes.

Está claro que con respecto a la tierra, Díaz también continuó la política iniciada por su ilustre predecesor. El resultado, para 1890, de la transferencia de tierras eclesiásticas, comunales y nacionales, fue un importante aumento en el número de propiedades, tanto grandes como pequeñas¹⁵. Sin duda, la propiedad de la tierra en muchas partes del país se dispersó, creando o fortaleciendo así a la clase media. Igualmente, las haciendas ya existentes tenían la oportunidad de extender sus linderos y así convertirse en latifundios. El viejo político liberal Luis Terrazas, por ejemplo, adquirió en su enorme estado natal de Chihuahua una serie de latifundios de cría y exportación de ganado. Su yerno Enrique Creel, hijo del cónsul de los Estados Unidos en Chihuahua, iba a desarrollar los aspectos industriales y bancarios de la fortuna familiar. Aun cuando los antiguos terratenientes, antes conservadores, no pudieran realista-

mente soñar con recobrar nunca el poder político, podían recuperar algo de su influencia previa asociándose con liberales influyentes como la familia Terrazas-Creel. Como la fuerza de la policía montada rural era insuficiente¹⁶, el general Díaz debe haber llegado a la conclusión de que necesitaba las haciendas con sus guardias privadas para mantener el orden en el país.

Habían pasado los días en que la alta sociedad podía desairar a un presidente mestizo. La revolución liberal abrió la puerta a través de la cual muchos mestizos entraron y ascendieron a puestos prominentes. De esta manera, el matrimonio de Porfirio Díaz y Carmen Romero en 1883 selló la unión del ejército liberal, la iglesia y la aristocracia terrateniente. Como resultado, algunos descendientes de las viejas familias Escandón y Barrón olvidaron su pasado conservador y monárquico e ingresaron al servicio público mientras que otros ocuparon posiciones directivas en la banca. El matrimonio era significativo por otra razón. El suegro de Díaz, Romero Rubio, tenía una influencia considerable en círculos liberales, desde luego no entre los oficiales del ejército liberal, sino entre los civiles que habían seguido a Juárez y a Lerdo. Al dar su hija en matrimonio a Porfirio Díaz, al unir su nombre con el del dictador militar, hizo pública su propia reconciliación y la de su grupo con el dominio militar. El resultado se hizo patente: cuando Díaz se reinstaló en la presidencia en diciembre de 1884, nombró a su suegro titular del poderoso ministerio del interior (gobernación). Romero Rubio parecía considerarse merecedor del más alto puesto de la república; tal vez desdeñaba ligeramente a su yerno mestizo y lo aceptaba sólo como medio para promover sus propias ambiciones presidenciales. Como la constitución especificaba que un ex-presidente sólo podía ser reelecto después de que alguien más hubiera desempeñado el puesto durante un periodo, ya se imaginaba alternándose la presidencia con su yerno, que era sólo dos años menor que él. Mientras la presidencia quedara en familia, no le importaba compartirla con un general. No perdió la esperanza cuando la enmienda de 1887 a la constitución hizo posible la reelección inmediata del presidente; después de todo, todavía tendría una oportunidad en 1892.

Romero Rubio sentía la necesidad de construir su propio aparato político, para no depender demasiado de su yerno. Empezó a reunir en su oficina a un grupo de intelectuales y profesionistas, todos muy jóvenes, alrededor de veinticinco años menores que él. Habían estudiado con Barreda, el pedagogo que había traído la filosofía positivista de Francia y habían sido educados bajo el régimen de Juárez y de Lerdo en la creencia de que México necesitaba un régimen civil; aunque ahora tenían un presidente militar, podía considerársele un instrumento para consolidar la paz en el país y,

una vez logrado ésto, podría sacrificársele. Pero la enmienda constitucional de 1890 les abrió los ojos a la posibilidad —que muy pronto sería un hecho— de que el general estaba allí para quedarse. La ambición de Romero Rubio no se hizo realidad: murió en 1895. Los jóvenes liberales o aceptaron los elevados puestos que les ofreció el gobierno de Díaz o encontraron consuelo como dirigentes de la banca y de corporaciones industriales. Aquí se unieron con los Escandón y Barrón y con un grupo de hombres de negocios franceses, británicos y norteamericanos como Tomás Braniff, constructor de ferrocarriles y después hombre de finanzas y hacendado. Y así, con el tiempo una nueva oligarquía de banqueros, industriales y hacendados surgió de la fusión de aristócratas, comerciantes extranjeros y abogados liberales. Estos últimos en particular llegaron a aceptar la pérdida de la libertad como una necesidad durante el periodo de transición entre el México dirigido por curas antes de 1855 y la democracia que estaban convencidos que algún día se convertiría en realidad. Esta ideología era una conveniente adaptación de las etapas de evolución humana de Comte; los propios liberales llegaron a ser conocidos como los “científicos”, creyentes en la ciencia. Su ideólogo, el matemático Francisco Bulnes, justificó al régimen de Díaz en 1899¹⁷ con la teoría de que el trigo es superior en valor nutritivo al maíz y que consecuentemente los pueblos alimentados con maíz (es decir, la inmensa mayoría de la nación mexicana) eran inferiores a los consumidores de trigo (es decir, la oligarquía gobernante). Otro intelectual sobresaliente de este grupo era el historiador Justo Sierra, que había apoyado a Díaz ya para 1878 con su concepto de “política científica” y un llamado para un gobierno fuerte¹⁸.

El hombre que habría de convertirse en la cabeza de los científicos era José Yves Limantour, hijo del prestamista francés que había aumentado su fortuna comprando propiedades eclesiásticas nacionalizadas. Nacido en 1854 —casi todos los científicos sobresalientes nacieron en la década de 1850-1860, Limantour ocupó puestos en el gobierno desde una temprana edad y editó una revista legal. La oportunidad tocó a su puerta en 1892 cuando Matías Romero, que había aceptado temporalmente el ministerio de hacienda en un momento de crisis económica, trajo al abogado de ascendencia francesa al ministerio. Romero renunció a principios de 1893, dejando el ministerio en manos de Limantour. Limantour ya era rico, seguramente el más rico de los científicos y ahora aspiraba al prestigio y a los honores. Así, después de la muerte de Romero Rubio, heredó tanto la dirección del grupo como las ambiciones presidenciales. Pero no habría de subir más que a ministro de hacienda. Díaz lo enfrentó con éxito al popular general Reyes, amo del noreste de México. Cuando la vicepresidencia, que no

existía en la Constitución de 1857, fue introducida en 1904 y el periodo presidencial se extendió a seis años, Díaz escogió como compañero de planilla al impopular científico Corral, en vez de a alguno de estos rivales.

Desde el principio del gobierno de Díaz, los Estados Unidos demostraron su deseo de establecer negocios e invertir en México. Para contrarrestar posibles presiones norteamericanas, Díaz reestableció relaciones diplomáticas con Francia en 1880; y un año después un nuevo banco —el segundo en el país— fue organizado en la Ciudad de México bajo los auspicios de Francia y se convirtió en el Banco Nacional de México. Las negociaciones con la Gran Bretaña fueron más difíciles, puesto que tenía que encontrarse una solución para renovar los pagos de la antigua deuda inglesa. Una transacción era de interés para ambos países, porque por un lado Díaz tenía fe en el efecto estabilizador de su régimen y estaba tratando de obtener un nuevo préstamo extranjero; por otro lado los acreedores preferían recibir cuando menos un pago parcial sobre su préstamo en vez de nada. Fue así que la Gran Bretaña y México restablecieron relaciones normales en la segunda mitad de 1884. Manuel Dublán, nombrado hacia fines de año para que encabezara el ministerio de hacienda durante el segundo periodo de Díaz, logró un acuerdo con la Gran Bretaña en 1886. De acuerdo con los acreedores México debía más de £ 23 millones incluyendo intereses vencidos; ahora aceptaban una conversión como resultado de la cual el total de la deuda se reducía a menos de 15 millones¹⁹. En el acuerdo el gobierno mexicano se reservaba hasta fines de 1890 el derecho de redimir los bonos al 40 por ciento de su valor nominal. Después de la conversión, México negoció un préstamo por 10.5 millones en Europa occidental, cuyo producto se asignó a rescatar los bonos de la deuda de Londres. Consecuentemente, la deuda exterior de México se redujo en 1890 a prácticamente el mismo nivel en que había estado a mediados del siglo.

Una vez restablecido su crédito, el gobierno mexicano podía ahora obtener fondos para el desarrollo económico. Un proyecto que se consideraba fundamental era la construcción de una línea de ferrocarril a través del Istmo de Tehuantepec. Por razones estratégicas obvias, México decidió que la línea debería ser propiedad del gobierno, en contraste con su política general de colocar a los ferrocarriles en manos de particulares, pero necesitaba dinero para la construcción. En 1889 se concedió un préstamo de 2.7 millones y los bonos otorgados como pago de la construcción fueron colocados en el mercado por los constructores. Al año siguiente, México obtuvo un préstamo de £6 millones—de bancos europeos— para rescatar los subsidios del gobierno con los que los ferrocarriles habían sido en parte financiados. De esta manera el total de la deu-

da extranjera de México aumentó a 19.2 millones. Entonces en 1891 el país fue afectado por una severa crisis económica producida en parte por la depreciación de la plata, el principal artículo de exportación de México. Al mismo tiempo el ministro de hacienda Dublán murió y fue sucedido dos años después por Limantour. Gracias en parte a la estabilización política y por lo tanto a menores gastos militares, Limantour pudo equilibrar el presupuesto e incluso obtuvo un superávit. Siguieron dos préstamos extranjeros más, con el resultado de que el total de la deuda pública exterior llegaba en 1911 aproximadamente a 30 millones²⁰, excluyendo a los bonos ferroviarios. Con bancos europeos y norteamericanos, Limantour también negoció dos conversiones, tan favorables para México que la tasa real de interés sobre los préstamos disminuyó del 8 por ciento en 1888 a más del 4 por ciento en 1910²¹.

La enorme deuda extranjera ciertamente no parecía excesiva cuando se comparaba con la expansión de la economía. En los treinta años de 1882 a 1911, la circulación de billetes aumentó de 2 millones a 116 millones y los depósitos a la vista de 0 a 76 millones de pesos; la circulación monetaria total aumentó en el mismo periodo casi diez veces, de 36 millones a 310 millones de pesos. El activo total de los bancos mexicanos se elevó de 12 millones a 1,116 millones, lo que significa, tomando en consideración la devaluación gradual del peso de plata a la mitad, un crecimiento de cincuenta veces en una generación²². Los créditos totales otorgados por todos los bancos aumentaron de 3 millones a 720 millones²³. Para 1910 existían en el país alrededor de dos docenas de bancos con derecho de emitir billetes²⁴. Todavía no había un banco central; cada institución tenía reservas en efectivo y en lingotes de metal. La influencia francesa en la banca mexicana era dominante; ciudadanos franceses controlaban el Banco Nacional de México y también el Banco de Londres y México, después de que el *London Bank of Mexico an South America* renunció al control de su sucursal bajo presión del gobierno mexicano y de un grupo de banqueros representado por Braniff²⁵. La influencia mexicana era quizás mucho más extensa que lo que indicaría la sola propiedad de acciones, porque puede suponerse que cuando menos algunos de los franceses que vivían en México se preocupaban de los mejores intereses de México.

El aumento en la actividad bancaria fue acompañado por una mayor construcción de ferrocarriles y un incremento en la minería y en la producción industrial. Díaz, que por supuesto estaba primordialmente preocupado en asegurar su poder, alentó la construcción de una red ferroviaria y su complemento natural, las líneas telegráficas; juntas, éstas proporcionaron los medios con los que las tropas podían moverse rápidamente de una parte a otra

del país, la información podía transmitirse de y a las zonas de peligro. Cortar los alambres del telégrafo al principio era castigado con la pena de muerte ejecutada por el ejército y, como Díaz explicó muchos años después en la entrevista antes mencionada: el ferrocarril “desempeñó un papel importante en la paz de México”. La centralización del poder, ya iniciada por Juárez como elemento integral del programa liberal para transformar a México en una nación moderna, fue continuada y terminada por Díaz. En 1908, al contemplar su largo periodo de gobierno, consideró al establecimiento del orden —que él llamaba “paz”— como el prerrequisito necesario para el crecimiento industrial y cultural; sin embargo, al principio probablemente pensó poco en estas ramificaciones.

En 1876, Porfirio Díaz había heredado 640 kilómetros de líneas ferroviarias que casi exclusivamente consistían en el Ferrocarril Mexicano de propiedad británica²⁶. Cuatro años después, México tenía 1,073 kilómetros de vías, excluyendo a las líneas urbanas y suburbanas. Siguiendo el precedente establecido por Juárez, México empezó a subsidiar a las compañías extranjeras, ahora principalmente norteamericanas, en mayor escala. En 1881-1884, el presidente González había otorgado concesiones a diestra y siniestra con el resultado de que al terminar su periodo México tenía 5,731 kilómetros de líneas de ferrocarril. Sin embargo, esta rápida expansión desequilibró a la hacienda pública y la construcción procedió a un ritmo ligeramente menor bajo Porfirio Díaz. Para 1898, México tenía 12,081 kilómetros y la red ferroviaria era básicamente la misma de hoy. El avance principal tuvo lugar en 1884 cuando se terminó la línea del Ferrocarril Central de la Ciudad de México a El Paso, Texas; cuatro años después, se terminó la línea México-Querétaro-Monterrey-Laredo de los Ferrocarriles Nacionales²⁷. De allí en adelante, los mexicanos podían viajar por tierra a los Estados Unidos con relativa comodidad y los norteamericanos así mismo podían llegar a la Ciudad de México; como resultado los Estados Unidos comenzaron a ejercitar la influencia que tanto temía Lerdo y todos aquellos que no habían podido olvidar el año de 1848.

En 1910, México podía alardearse de tener 20,000 kilómetros de vías ferroviarias. Para esa época, sin embargo, la mayor parte de la red estaba en manos del gobierno. La idea de que la nación debería ejercer su influencia en los ferrocarriles era natural si se recuerda que la hacienda pública mexicana había subsidiado su construcción en una proporción que los historiadores de la economía calculan entre uno a dos tercios del costo total. Ya para 1868, Juárez había hecho que el gobierno comprara acciones del Ferrocarril Mexicano para asegurarse la representación en su junta de directores²⁸. El ataque de Teodoro Roosevelt contra los mono-

polios ferroviarios e industriales hizo que fuera más fácil para Limantour arrebatarse el control de la mayoría de los ferrocarriles mexicanos de manos extranjeras; Limantour temía que los poderosos intereses ferrocarrileros, mineros y petroleros, la mayoría norteamericanos, podrían conspirar contra los intereses de la economía mexicana y posteriormente tal vez contra la independencia mexicana. De aquí que en 1904 el gobierno mexicano, bajo la dirección de Limantour, comprara el control de los Ferrocarriles Nacional e Interoceánico y que, en 1908 adquiriera el Ferrocarril Central y fusionara todas estas líneas en los Ferrocarriles Nacionales de México. La nueva compañía tenía un capital total de 460 millones de pesos —230 millones de dólares— de los cuales más de la mitad pertenecía a la nación. De esta manera México adquirió el control sobre 13,744 kilómetros de vías ferroviarias, más de dos terceras partes del sistema ferrocarrilero mexicano. Aunque la primera compra se pagó con el producto de un préstamo extranjero, los años de 1907-1909 fueron años de crisis financiera y, puesto que México no tenía dinero para comprar el control mayoritario del Ferrocarril Central, garantizó las obligaciones de los Ferrocarriles Nacionales por más de 100 millones de pesos. Este fue el origen de la llamada deuda ferrocarrilera que había de provocar tantos dolores de cabeza a los estadistas mexicanos después de la Guerra Civil de 1910-1920²⁹. El costo de la “mexicanización” fue elevado.

El impacto de los ferrocarriles en la economía mexicana fue revolucionario. En contraste con las naciones industriales del Atlántico del Norte —Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y los Estados Unidos— México no tenía, debido a su geografía, ni vías fluviales —ríos o canales navegables— ni buenas carreteras. De hecho, los caminos eran tan malos que todavía para 1877-1882 el tonelaje acarreado por recuas de mulas excedía la cantidad de flete embarcado por carros en casi todas las rutas³⁰. Como es bien sabido, el transporte de mulas era costoso y durante siglos había sido un obstáculo efectivo para el desarrollo de la economía mexicana. Pero ahora los ferrocarriles proporcionaban transporte barato de productos pesados o voluminosos tales como los minerales. Las compañías ferroviarias cobraban tarifas más bajas a los exportadores de minerales y de esta manera aceleraron el crecimiento de la minería. La contribución de los ferrocarriles al desarrollo industrial y agrícola de México también estaba lejos de ser insignificante. La fundición de acero de Monterrey floreció gracias al transporte de mineral de hierro del distante Durango y del carbón, de una menor distancia, por ferrocarril. Y el alza espectacular del cultivo de algodón en el distrito de La Laguna en el norte, del cultivo y el beneficio del henequén en Yucatán y de la producción de azúcar en el estado de Morelos, claramente se hizo posible por los ferro-

carriles que comunicaban estas regiones con las líneas principales, o como en el caso de Yucatán, con los puertos. Los ferrocarriles también fueron un factor en el florecimiento de la industria textil en el centro de México, porque hacían costeable embarcar el excelente algodón del norte a través de una distancia de 1,000 kilómetros a las fábricas de la Ciudad de México³¹. En resumidas cuentas, el tonelaje acarreado por los ferrocarriles mexicanos aumentó cien veces entre 1873 (cuando se terminó el ferrocarril de Veracruz a la Ciudad de México) y 1910, y el número de toneladas de flete transportado por kilómetro aumentó doscientas veces. México verdaderamente había saltado de la era de la recua de mulas a la edad del ferrocarril.

Junto con los ferrocarriles llegaron las inversiones de los Estados Unidos en la minería. Las especulaciones británicas en los primeros días posteriores a la independencia habían fracasado en la mayoría de los casos. Por ejemplo, la famosa Compañía del Real del Monte que funcionó en sociedad con el Conde de Regla, sufrió una pérdida neta de 5 millones de pesos en un cuarto de siglo; en 1849 la empresa se vendió a un grupo de hombres de finanzas mexicanos³². La nueva compañía parece haber funcionado mucho mejor, pero la tecnología permaneció estancada; el capital mexicano no era suficiente para introducir cambios significativos. De modo que las minas fueron vendidas nuevamente a empresarios extranjeros y a ellos les tocó modernizarlas. Mientras que Porfirio Díaz estaba asegurando su poder en la década de 1880, la electricidad producida principalmente por fuerza hidráulica estaba siendo introducida a las minas. El proceso de cianuración para la extracción de plata y oro revolucionó a la metalurgia, convirtiendo en obsoleto el tradicional proceso de "patio" basado en el mercurio³³. Así fue que de 1877 a 1910, la producción de plata aumentó de 607 a 2,305 toneladas. La extracción de oro fue todavía más espectacular; saltó de una a casi 40 toneladas. El régimen de Díaz presenció la expansión de la minería a metales casi inexplorados hasta entonces: en el periodo de 1891 a 1910 la extracción de plomo aumentó de 38,000 a 120,000 toneladas y el cobre de 6,000 a 52,000 toneladas³⁴. La inversión naturalmente fue considerable: en 1911, el valor de las minas de propiedad norteamericana se calculaba en 223 millones de dólares y las fundiciones en 26 millones de dólares; las minas inglesas tenían un valor calculado en 44 millones de dólares. Sin embargo, el valor de las minas propiedad de franceses y mexicanos era relativamente insignificante³⁵. La American Smelting and Refining Company, controlada por la familia Guggenheim, operaba varias minas y fue la primera en introducir procesos modernos de fundición en México; con sus cinco plantas, esta compañía estaba a la cabeza de la industria metalúrgica.

Al mismo tiempo la industria del petróleo se desarrolló con tal rapidez y se hizo tan lucrativa que pronto varias compañías estaban peleándose entre sí. Esto resultó en beneficio de México. El presidente Díaz pidió que Doheny, el propietario de la Compañía Petrolera de la Huasteca, no vendiera nunca sus valores a la Standard Oil sin notificar antes al gobierno mexicano para que éste pudiera adquirir la propiedad³⁶. Díaz pudo haber sido un dictador, pero también era un buen y efectivo patriota. El y Limantour otorgaron las concesiones petroleras más valiosas a la Compañía *El Aguila*, propiedad de ingleses. De esta manera, los Estados Unidos nunca tuvieron la influencia sobre la industria petrolera mexicana como la que tuvieron sobre la explotación minera. En 1911, la mitad de las inversiones extranjeras en el petróleo mexicano eran británicas, casi 40 por ciento norteamericanas y el resto francesas³⁷.

La primera década del siglo XX también presenció el nacimiento de la siderurgia moderna; se construyó en Monterrey, importante centro ferroviario, a conveniente distancia de depósitos de carbón y hierro. En 1911, produjo más de 60,000 toneladas de acero, un logro impresionante³⁸. El capital de la compañía era en parte francés, en parte mexicano³⁹.

La tradicional industria textil del algodón estaba relativamente estancada a principios del régimen de Díaz. Sin embargo, hacia 1890 muchos industriales mexicanos vendieron sus fábricas a comerciantes franceses que las modernizaron y también construyeron nuevas, movidas por energía hidroeléctrica. Por ejemplo, las instalaciones eléctricas en la nueva planta de Río Blanco en la cercanía de Orizaba, donde la lluvia y el agua de las corrientes montañosas son abundantes, se terminaron en 1897, cuatro años después de que se usó energía eléctrica por primera vez en una fábrica de hilados de algodón en los Estados Unidos⁴⁰. Las empresas industriales francesas también poseían grandes almacenes en la Ciudad de México, donde sus productos eran uno de los principales artículos junto con mercancía importada de Francia. El crecimiento dinámico de la industria textil del algodón puede ilustrarse con dos conjuntos de cifras: el número de husos aumentó de más de 100,000 en 1845 a más de 700,000 en 1910; el número de piezas de telas de algodón subió de alrededor de un millón a mediados del siglo XIX a 3 millones en 1878, de donde entonces saltó a casi 19 millones en 1906.

La inversión total en la minería, producción de petróleo, ferrocarriles, industrias de transformación, servicios públicos, comercio y bancos alrededor de 1910 puede calcularse en 2 mil millones de dólares; de esta suma aproximada, los intereses extranjeros representaban más de dos terceras partes⁴¹; los mexicanos contribuían

menos de un tercio del total. Sus inversiones se encontraban principalmente en bancos, industrias y comercio. Esto parece contradecir y de hecho contradice la impresión tradicional de que los mexicanos no se interesaban en los negocios modernos. Queda abierta la pregunta de dónde venía el capital mexicano para el desarrollo industrial, ya fuera de la banca y el comercio o de la agricultura y los bienes raíces o de otras fuentes. La cifra no incluye la inversión en tierras; esta esfera estaba dominada por mexicanos.

El valor total de la producción mineral y metalúrgica —abrumadoramente para exportación— aumentó diez veces durante el régimen de Díaz, de 26 millones de pesos en 1877 a 270 millones en 1910⁴². La industria de transformación creció más lentamente, de 90 millones de pesos en 1892 a 205 millones en 1910. La producción agrícola total aumentó todavía más lentamente, alrededor de un alza del 50 por ciento en los quince años de 1892 a 1907. Sin embargo, debe hacerse una distinción entre materias primas industriales destinadas ya fuera a mercados nacionales o de exportación, por ejemplo el algodón, y productos alimenticios producidos para el consumo interno. Las primeras aumentaron mucho más rápidamente que los segundos. Mientras que el cultivo del algodón en áreas tradicionales como Veracruz permaneció estancado, se desarrolló de la nada en el norte de México, donde el desierto en los alrededores de Torreón, al oeste de Monterrey, fue transformado mediante la irrigación; en resumidas cuentas, las cosechas de algodón casi se cuadruplicaron de 1892 a 1910. El cultivo del henequén en la península de Yucatán fue todavía más dinámico, pues aumentó diez veces durante el régimen de Díaz y prácticamente todo se exportó. Los cultivos restringidos a antiguas áreas de siembra y dedicados básicamente al consumo nacional, como la caña de azúcar, fueron menos espectaculares; aún así, las cosechas se duplicaron con exceso de 1892 a 1910 y la producción de azúcar se triplicó en el mismo periodo debido a mejoras tecnológicas. De esta manera, la agricultura tropical y semitropical corrió a parejas con el crecimiento industrial. Las inversiones extranjeras se hicieron conspicuas en las plantaciones de algodón y de café, entre otras. Sin embargo, no todos los extranjeros tuvieron ganancias. Muchos abandonaron a México después de sufrir pérdidas considerables; la historia de las ganancias fantásticas derivadas del suelo y la mano de obra mexicanos en general omite éstas bajas⁴³. En las plantaciones de algodón, los hacendados mexicanos lograron mantenerse firmes; el hacendado algodonnero progresista y sobresaliente del norte era Francisco I. Madero, que después llegaría a ser presidente de México. El henequén y la caña permanecieron principalmente en manos de hacendados mexicanos.

El cultivo de productos alimenticios en la zona templada tuvo menos éxito. De los dos productos más importantes, la producción de trigo aumentó alrededor de una tercera parte de 1892 a 1907 y de maíz sólo una quinta parte, si se hace la salvedad por el hecho de que las cosechas en 1892 fueron las más bajas de todo el periodo. Este aumento aparentemente bastó para alimentar a la población de México, que se elevó de 1893 a 1907 de 12 millones a más de 14 millones⁴⁴; este incremento ocurrió principalmente en las masas consumidoras de maíz. En años malos, se importó algo de maíz —alrededor del 10 por ciento de la cosecha— y gracias a los ferrocarriles su precio se mantuvo dentro de ciertos límites de manera que los pobres no sufrieran hambre; esta situación continuó hasta 1910⁴⁵. Si se considera que la inmigración extranjera era relativamente insignificante, entonces las mayores cosechas de trigo (que no se exportaba) indican que el número de personas que comían pan en vez de maíz estaba aumentando; en otras palabras, una clase media estaba creciendo bajo el régimen de Díaz. Sin embargo, esta clase aún seguía siendo pequeña comparada con los pobres del campo y de la ciudad, consumidores de tortillas.

Alrededor de 1900 era obvio que el cultivo de maíz se estancaba en su país de origen; el maíz alcanzó precios más altos que en los Estados Unidos, a pesar del abismo entre los salarios de los trabajadores en ambos países. El científico Bulnes culpaba al suelo exhausto por el alto costo del maíz mexicano; su rendimiento podía aumentarse desde luego con fertilización e irrigación, pero los hacendados preferían dedicar su atención a otros cultivos tales como trigo, papas, chiles, arroz y vid, para todos los cuales estaba aumentando la demanda. La agricultura se estaba diversificando. Bulnes no había percibido esta nueva tendencia y por lo tanto culpaba a los hábitos y al comportamiento de los hacendados, prácticamente todos los cuales eran mexicanos, por el estancamiento. En realidad, algunos hacendados de la zona templada fueron casi tan modernos en sus perspectivas como sus colegas productores de algodón, en el Norte, y sus haciendas casi igual de lucrativas⁴⁶.

El progreso general de México, aunque pequeño comparado con normas actuales, pareció espectacular a los observadores contemporáneos; dio a las ciudades y a la industria mexicanas una apariencia moderna y empezó a transformar al sector rural conservador. Durante la primera década del siglo XX, parecía como si este desarrollo continuaría sin reveses ni interrupciones. Sin embargo, en 1906 signos amenazadores de sobreproducción aparecieron en el horizonte, junto con descontento de los trabajadores de la minería y la industria; hoy es imposible decir cuál vino primero. Como es común en la historia, los desastres rara vez ocurren solos: el descenso económico va junto con la tensión social y ésta, con la desin-

tegración política y todo esto ocasionalmente se agrava con catástrofes naturales. En México los desastres empezaron el 31 de mayo de 1906 en Cananea, en el lejano estado noroccidental de Sonora, cuando los trabajadores de las minas de cobre fueron a la huelga pidiendo mejores salarios a una empresa de los Estados Unidos, la Green Consolidated Copper Company; sus sueldos eran de tres pesos diarios, entre los más altos del país y ahora exigían cinco⁴⁷. En el motín que siguió murieron varios mineros y supervisores norteamericanos. Unos cuantos meses después, las ventas de los valores se derrumbaron, seguidas de un descenso en la producción general de cobre en México⁴⁸ y la aparición de un fenómeno nuevo, el desempleo, apenas conocido en un país donde el desarrollo económico había sido continuo hasta entonces. Medio año después, el mercado de textiles empezó a saturarse⁴⁹, mientras que un incremento de casi 300 por ciento en las exportaciones de algodón provocó un aumento en su precio. Los propietarios cerraron las fábricas mientras que los trabajadores exigían aumento de salarios y mejores condiciones de vida, especialmente en el área de Orizaba, donde las fábricas eran manejadas como cuarteles. Sus delegados incluso conferenciaron con el presidente Díaz y acordaron una transacción. Las plantas debían reabrirse el 7 de enero de 1907, pero durante un incidente en la fábrica de Río Blanco, la mayor de ellas, un empleado fue muerto y la tienda de la compañía saqueada y luego incendiada. La reacción del gobierno fue brutal: tropas federales mataron a varios cientos de personas y al día siguiente ejecutaron a varios miembros de la policía montada rural que habían rehusado disparar contra la multitud. Todo esto cayó en México como una bomba. El público de pronto se dio cuenta de que no todo marchaba bien con el régimen. Era cierto que Díaz aún podía mantener la ley y el orden, pero ¿a qué precio y durante cuánto tiempo?

En los Estados Unidos la crisis llegó a ser conocida como el Pánico de 1907 y no tuvo consecuencias serias, pero en México afectó toda la economía. La producción textil del algodón declinó por primera vez después de una generación de crecimiento continuo: cayó de 19 millones de piezas en 1906 a 14 millones en 1909 y el número de obreros algodoneros disminuyó de 36,000 en 1907 a 32,000 dos años después⁵⁰. El comercio empezaba a mejorar en 1910, pero para esa época era demasiado tarde para cancelar la tendencia. Mientras tanto habían ocurrido muchos sucesos decisivos.

Como se ha dicho antes, casi todos los bancos del país estaban organizados como bancos comerciales y los préstamos bancarios estaban restringidos legalmente a seis meses o menos; de aquí que no pudieran otorgar a los hacendados el crédito a largo plazo que

necesitaban tanto para desarrollar la agricultura. Sin embargo, había forma de darle vuelta a este requisito: se llegaba a un acuerdo, tácito entre el banquero y el deudor en el sentido de que el préstamo a corto plazo se extendería indefinidamente. Esto se convirtió en práctica común, especialmente dado que los clientes pertenecían más o menos al mismo grupo social que la mayor parte de los banqueros. El sistema era reminiscente de los préstamos eclesiásticos de fines de la época colonial. En 1907, del total de créditos bancarios por 631 millones de pesos, más del 90 por ciento era legalmente a corto plazo, aunque muchos, tal vez la mayoría, eran de hecho préstamos a largo plazo otorgados a los terratenientes. No se sabe hasta qué punto los hacendados utilizaban los préstamos para mejoras agrícolas o para cubrir sus gastos personales y mantener un estilo de vida aristócrata; unos cuantos pueden haber destinado los fondos a la compra de bienes raíces urbanos o a inversiones productivas que no fueran en la agricultura, especialmente en la industria de transformación. Estos últimos ciertamente demostraron una previsión considerable, como se verá después. El subterfugio mediante el cual préstamos a largo plazo aparecían como a corto plazo, desde luego, representaba un peligro constante a la liquidez de los bancos; el Pánico de 1907 los llevó al borde de la bancarrota⁵¹. Restringieron el crédito cuando más se necesitaba y exigieron el pago de las crecidas deudas. Muchos agricultores se arruinaron o quedaron en peligro inminente de arruinarse; su vocero, Esquivel Obregón, un hacendado, escribió varios artículos en el periódico acusando a los bancos de mala fe; aunque obviamente exhibía su ignorancia acerca de la economía internacional, en la ya caldeada atmósfera su argumento habría de arraigar. El público descubrió una razón más para odiar a los científicos. Incluso los mayores terratenientes sintieron la presión; por ejemplo, la familia Madero en el norte, con intereses en la agricultura, fábricas textiles, destilerías, minería y metalurgia, laminadoras y bancos, y con una fortuna combinada de casi 50 millones de pesos o 25 millones de dólares⁵². La crisis afectó especialmente las exportaciones de algodón de las propiedades del futuro presidente; se dice que para 1910 las deudas de la familia Madero a diversos bancos mexicanos importaban 8 millones de pesos.

En 1908, Limantour, ministro de hacienda, encontró una salida temporal haciendo que los tres bancos principales de México aceptaran formar junto con el gobierno la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura. La nueva institución rápidamente obtuvo un préstamo extranjero de 25 millones de dólares, o 50 millones de pesos; su producto reabasteció las bóvedas de los bancos comerciales, los deudores pagaron nominalmente sus deudas a corto plazo y a cambio, hipotecaron sus hacien-

das al nuevo banco controlado por el gobierno. Dichos deudores pudieron salvar sus propiedades —cuando menos por el momento— porque ahora la presión que ejercían los bancos sobre ellos se alivió. El consejo de administración del banco estaba controlado por los bien conocidos científicos; por lo tanto no es sorprendente que el banco haya ayudado realmente a menos de cien de los mayores deudores⁵³. Esto no hizo sino agregar más leña al fuego.

Mientras hubo prosperidad, los hacendados y otros miembros de las clases alta y media no se opusieron abiertamente a tales manifestaciones de favoritismo; se daban por un hecho y se consideraban como el precio que tenía que pagarse por el desarrollo económico. Mientras la dictadura significaba progreso, se toleraba como mal menor. Cuando la prosperidad se convirtió en depresión, sin embargo, la utilidad del régimen comenzó a ser puesta en tela de juicio. El llamado Partido Liberal, un pequeño grupo de periodistas radicales alrededor de Ricardo Flores Magón, había estado agitando en contra de Díaz durante años y recientemente, desde la publicación de su programa el 1º de julio de 1906 en los Estados Unidos, había aumentado su influencia entre los jóvenes. Al mismo tiempo, la clase media, empobrecida por la crisis e incitada por los partidarios del general Reyes, apuntaba un dedo acusador a la camarilla de los científicos; ahora hasta las clases superiores con estrechas relaciones con el gobierno empezaron a temer que el orden y la paz, tan elaboradamente contruídos y sostenidos por el dictador, podrían desaparecer con él. La estabilidad dependía de una sola persona. Si esa persona muriese ¿regresaría México nuevamente al desorden? Era necesario seleccionar un sucesor, es decir, un vicepresidente que fuera tan hábil como Díaz pero que fuera civil, no militar, porque ahora el pueblo mexicano estaba listo para la democracia; un hombre que garantizara la paz y el orden que necesitaban las grandes empresas industriales, mineras y mercantiles, así como libertad política. El vicepresidente Corral no era el hombre indicado para esa tarea.

Había otro factor importante: la diferencia de una o dos generaciones. Prácticamente todos los miembros del gabinete y casi todos los gobernadores estatales tenían más de sesenta años; la mayoría había estado en el poder durante más de un decenio. La mayoría de los científicos, los tecnócratas tenían más de cincuenta años. El régimen actual ofrecía pocas perspectivas de cambio, porque en caso de muerte del presidente, el vicepresidente Corral proseguiría con todo el resto de los científicos que ya eran considerados viejos por hombres de veinte a cuarenta años, que también tenían sus ideales, sus ambiciones de poder o riqueza o posición social⁵⁴. Era infructuoso predicar las virtudes de la paz a estos jóvenes: para ellos la dictadura parecía ser el peor mal; a diferencia de sus padres, no habían crecido durante guerras civiles.

Pero el presidente Díaz no había perdido su sentido político. Tal vez deseando sinceramente satisfacer el creciente descontento general y guiar a la nación a través del periodo de transición hasta el momento de su muerte, quizás sólo maniobrando con la expectativa de aplastar a sus enemigos a su debido tiempo, el general declaró a principios de 1908 que se retiraría en 1910, al final del periodo actual y que daría la bienvenida a la formación de un partido activo de oposición. "La nación está lista para su vida definitiva de libertad", declaró. La declaración causó sensación en México. Aquí el mismo dictador ofrecía terminar su dictadura y reemplazarla con la libertad como prometía originalmente la Constitución de 1857; ésto parecía enteramente de acuerdo con las palabras de Bulnes de que "el sucesor de Porfirio Díaz debe ser la Ley".

Un hombre le tomó al general la palabra. Francisco Madero, miembro de una de las familias más ricas de México, había estudiando administración de empresas en París y economía agrícola en California. En el otoño de 1893, a los veinte años de edad, Madero regresó y dedicó los siguientes quince años al cultivo del algodón en las tierras de su padre, así como en otras propiedades que rentaba, mediante lo cual amasó una fortuna personal de más de 250,000 dólares⁵⁵. Como muchos, si no la mayoría de los mexicanos de la época, sentía una sincera admiración por el presidente, pero tenía una fe igualmente sincera en la democracia y en la necesidad de introducir completa libertad como lo prometía la Constitución de 1857. En contraste con tantos otros mexicanos educados que sentían la necesidad de cambio, Madero era económicamente independiente; tenía tiempo y dinero, de modo que se sentó y escribió un libro, *La sucesión presidencial en 1910*. El libro, que se publicó a principios de 1909, reconocía los méritos históricos del régimen de Díaz y proponía un cambio pacífico mediante un arreglo: el general permanecería como presidente pero la vicepresidencia se otorgaría a un nuevo partido, el Partido Nacional Demócrata, que el autor estaba a punto de organizar⁵⁶.

El libro tuvo un tremendo éxito y su autor se convirtió de la noche a la mañana en el favorito de los grupos liberales y de oposición. Se hizo evidente, sin embargo, que Díaz y Corral estaban decididos a tener otra reelección; consecuentemente el gobierno comenzó a perseguir a la oposición. A su debido tiempo el presidente y el vicepresidente fueron por supuesto reelegidos y Madero, ahora candidato presidencial del partido de oposición, fue encarcelado en San Luis Potosí. Pero la decisión de Díaz de echarse para atrás en su palabra produjo terribles consecuencias para su país. Madero se escapó de la cárcel, huyó disfrazado de ferrocarrilero a Texas y proclamó la revolución en un manifiesto fechado el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí, el último día que estuvo en esa ciudad.

El Plan de San Luis Potosí declaraba nulas y sin valor las elecciones del presidente y vicepresidente, de magistrados de la Suprema Corte y de diputados y senadores; Madero anunciaba que asumía la presidencia provisional "con todos los poderes necesarios para combatir el gobierno usurpador del General Díaz hasta que el pueblo elija su gobierno de acuerdo con la ley"⁵⁷. El manifiesto también instaba a que el principio de no reelección fuera incluido en la constitución. La misma arma que Díaz había usado tan efectivamente primero contra Juárez y luego contra Lerdo, había de volverse contra él. Madero terminaba con un llamado a sus conciudadanos a tomar las armas y a derrocar al régimen de Díaz; la revolución iba a empezar el domingo 20 de noviembre.

Los revolucionarios estaban preparados; habían logrado acumular armas compradas en parte con el crédito de la familia Madero. Pero como había sucedido antes en la historia mexicana, era imposible derrotar al gobierno en la fuertemente guarnecida región central de México. El dirigente local del movimiento revolucionario en Puebla, que estaba constituido en gran parte por trabajadores de la industria textil⁵⁸, era Aquiles Serdán, propietario de una zapatería. Cuando la policía fue a registrar su casa dos días antes de lo previsto para que estallara la revolución, su hermano, esposa, hermana y madre, así como unos cuantos de sus más cercanos colaboradores resistieron con las armas en la mano con la esperanza de que los disparos sirvieran como señal para que sus partidarios atacaran los cuarteles del ejército. Sin embargo, esta esperanza no se realizó y los defensores perecieron en una lucha desigual contra las fuerzas del gobierno. Quizás Serdán estaba predestinado para una muerte de mártir, porque era nieto del general Alatríste, un ex-gobernador liberal del estado de Puebla ejecutado por los conservadores medio siglo atrás. Alertado por los acontecimientos, el régimen apretó los controles y nada sucedió el 20 de noviembre. Sin embargo, cuando el ejército revolucionario bajo las órdenes de Pascual Orozco capturó la población fronteriza de Ciudad Juárez—donde Juárez había pasado algún tiempo durante la ocupación francesa de México— el 9 de mayo de 1911, el régimen se apresuró a negociar una rendición condicional mediante la cual Díaz y Corral renunciarían a fines de mes y un presidente interino convocaría a elecciones generales. Madero entró triunfante a la Ciudad de México el 7 de junio.

LA GUERRA CIVIL 1910 — 1920

En la confusión en que fue arrojada la vida . . . , la naturaleza humana, siempre rebelde contra la ley y ahora su amo, gustosamente se mostró ingobernable en la pasión. . . Los sufrimientos que la revolución acarrió. . . eran muchos y terribles, tal como ha ocurrido y ocurrirá siempre, mientras que la naturaleza humana permanezca igual.

Tucídides, "La Revolución de Corcira",
Historia de la Guerra del Peloponeso

Entre la multitud que dio la bienvenida a Madero en la estación del ferrocarril estaba Emiliano Zapata, un campesino y comerciante en ganado del estado azucarero de Morelos, que había estado en rebelión contra los hacendados y el gobierno estatal desde el año anterior y que, no hacía mucho, había apoyado el Plan de San Luis Potosí¹. El manifiesto había incluido una cláusula que trataba sobre la usurpación de tierras de pequeños propietarios, en su mayoría indios, por parte del ministerio de fomento o los tribunales; el Plan declaraba que si tales despojos fueran encontrados injustos, las tierras deberían devolverse a sus antiguos propietarios. Siendo él mismo un gran terrateniente, tal vez Madero había pensado principalmente en los indios yaquis del lejano noroeste, que habían sido despojados de sus tierras y vendidos como esclavos a las plantaciones tropicales del sureste de México. Tan flagrante injusticia tenía que ser remediada². La cláusula agraria del Plan de San Luis Potosí fue sujeta a una interpretación más amplia, sin embargo podía haber implicado una condena de cualquier usurpación, invasión o intrusión contra las tierras de los pueblos por parte de las haciendas; este es probablemente el significado que le dio Zapata y ésto podría explicar por qué le declaró su apoyo a Madero.

Para 1910, la idea de que el sistema existente de tenencia de la tierra y de la agricultura no era satisfactorio había sido aceptada por la mayoría de los mexicanos responsables. El padre ideológico de las ideas reformistas no era otro que Bulnes, que ya para 1899 había atacado a los hacendados por no invertir en obras de irrigación³ y condenado a la extinción a los latifundios hipotecados; de

acuerdo con Bulnes, las propiedades con irrigación de mediano tamaño eran la solución para México. Como ya sabemos, Bulnes daba por hecho la condición de inferioridad de los campesinos y jornaleros; él estaba interesado en el desarrollo económico, al que consideraba obstaculizado por las grandes propiedades y sus dueños. Diez años después, el abogado Andrés Molina Enríquez trató el mismo asunto en su libro *Los grandes problemas nacionales*. El tiempo se estaba acabando y podían discernirse señas de descontento agrario; agregando el argumento social al económico, Molina recomendaba la división de las haciendas en el sobrepoblado Centro de México productor de cereales, donde la producción agrícola estaba retrasada tecnológicamente y las propiedades impregnadas de un espíritu "feudal". Molina Enríquez acuñó la frase "la hacienda no es negocio sino dominio feudal" (Síntesis de la frase original que era más larga). Sin embargo, la información disponible hoy sugiere que cuando menos algunas haciendas del Centro de México funcionaban con ganancias.

Las condiciones de los llamados peones a mediados del siglo XIX se describieron en el Capítulo III. ¿Cuáles eran estas condiciones en el primer decenio del siglo XX? Aquí debemos hacer una distinción entre el Sureste de México y el resto del país.

La servidumbre por deudas era un hecho en Yucatán durante el régimen de Díaz. Esto sin duda se debía a una tradición local profundamente arraigada que se intensificaba por el aislamiento de la península del resto de México; aunque existía una red ferroviaria bastante densa en Yucatán, no estaba unida a los ferrocarriles del Centro de México y los bosques tropicales, las lagunas, pantanos y ríos hacían extremadamente difícil viajar por tierra desde la península, digamos de Mérida a Veracruz. En la primera década del siglo XX, el rápido crecimiento del cultivo del henequén hizo que los hacendados locales buscaran otras fuentes de mano de obra; en su desesperación recurrieron a la compra de indios yaquis del Noroeste de México. Condiciones semejantes a la esclavitud también existían en algunas plantaciones tropicales situadas en valles casi inaccesibles de los distritos que lindaban con el Golfo de México.

Sin embargo en el Centro y el Norte del país, el rápido crecimiento de la población durante el régimen de Díaz, especialmente entre los campesinos y jornaleros, hacía que el peonaje fuera superfluo. La movilidad de los jornaleros era un rasgo característico especialmente en el Norte con sus minas y la oportunidad de trabajar del otro lado del Río Bravo en los Estados Unidos⁴. La construcción de ferrocarriles y el progreso económico general había aflojado la rígida relación entre los terratenientes y sus peones en la mayor parte del Centro y del Norte de México.

Debe distinguirse a los peones acasillados de los jornaleros de temporada y aparceros. Muchas propiedades eran tan enormes, especialmente en el Norte, que era imposible para los dueños evitar que los invasores de terrenos se establecieron en los linderos de sus propiedades. Esta era desde luego una ocupación ilegal de la tierra, pero los hacendados tenían que tener mucho cuidado para expulsar a los invasores, porque las leyes coloniales que hacían posible que en ciertos casos los invasores reclamaran como suyos los terrenos en que habían vivido y que habían cultivado no había sido anulada en el México independiente⁵. De cualquier modo, los hacendados algunas veces encontraban ventajoso tener algunos asentamientos semejantes en su propiedad, pues sus habitantes podían constituir una reserva de mano de obra. Sólo era necesario someterlos a un control, legalizar su situación. De esta forma, frecuentemente los invasores se convertían en arrendatarios. Los arrendatarios normalmente trabajaban parte del año en la hacienda como peones o aparceros, o ambas cosas. Los jornaleros de temporada no disfrutaban de las ventajas que se concedían a los peones permanentes de la hacienda, y su libertad se pagaba a precio de mayor pobreza. Rara vez podían pagar su renta en efectivo de modo que estaban obligados a pagar con su trabajo; si se resistían —generalmente poseían unas cuantas cabezas de ganado— les quitaban sus animales. En casos extremos podían ser desahuciados aunque éste no parece haber sido un procedimiento frecuente; era para conveniencia del hacendado tenerlos a su disposición. El hacendado era dueño y señor de su territorio. En algunos casos los arrendatarios se convertían en aparceros, tal vez no siempre para desventaja suya. El dueño era responsable de mantener el orden en su propiedad y por lo tanto era su interés que todos tuvieran algún medio de vida. La desigualdad social se daba por un hecho tanto por los hacendados por un lado como por los peones, arrendatarios y aparceros por el otro. Lo que los arrendatarios resentían eran los abusos contra los que era difícil, si no imposible, encontrar remedio a través de los medios normales, que frecuentemente estaban obstruídos dada la estrecha relación entre hacendados y gobernadores estatales y jefes de distrito.

Finalmente, debe distinguirse a los arrendatarios que vivían y trabajaban en las haciendas como jornaleros y aparceros de los campesinos que vivían en sus propias tierras en los pueblos. Los pueblos indígenas eran una característica típica en el Centro, Sur y Sureste de México. Como se mencionó en el capítulo anterior, muchos pueblos perdieron sus tierras, o parte de ellas, como consecuencia de las reformas liberales promulgadas en y después de 1856. Muchas, sino la mayoría de estas tierras terminaron en manos de los hacendados. Así sucedió que campesinos que ha-

bían sido propietarios de tierras por derecho propio tuvieron que solicitar trabajo en las haciendas vecinas. Se convirtieron en jornaleros de temporada; el resto del año cultivaban su propio pobre pedazo de terreno. A veces tenían que rentar parcelas que alguna vez habían sido suyas y trabajaban como aparceros o simples arrendatarios. Desde luego esto debe haber sido particularmente irritante para ellos. El aumento de la población en los pueblos sólo empeoró su situación. Los campesinos sentían que los hacendados les habían robado sus tierras —aunque de hecho sus propios ancestros podrían habérselas vendido a los hacendados— pero dado que habían sido vendidas a tan bajo precio considerando su valor actual, los campesinos pensaban que sus padres habían sido engañados por los hacendados. Creían que era sólo justo exigir que sus tierras ancestrales les fueran restituídas. Sin embargo, las escrituras de los terrenos frecuentemente estaban o extraviadas o redactadas imprecisamente y esto explica la enorme cantidad de litigios entre propietarios individuales⁶ y entre hacendados y pueblos a lo largo de todo el periodo colonial e independiente⁷. Fue por esto que Madero especificó en su manifiesto revolucionario que las usurpaciones debían ser revisadas; no se trataba en lo esencial de la restitución directa e inmediata.

La situación era particularmente crítica en el estado de Morelos —el rincón septentrional de la siempre rebelde y vengativa tierra caliente— donde aumentos recientes en el cultivo de la caña de azúcar habían inducido a los hacendados locales a buscar más tierras. Había muchas haciendas e igualmente muchos pueblos en Morelos; el estado estaba sobrepoblado. El problema hizo crisis cerca de Cuautla donde las grandes haciendas casi ahogaron a un pequeño grupo de pueblos. Los antepasados de estos campesinos habían tomado parte como soldados al lado de Morelos y Juárez y sus descendientes estaban bien armados. No es extraño que resintieran el ser tratados como inferiores; veían venir el día en que las haciendas absorberían el suelo en que vivían. Estaban decididos a evitar ésto.

Anenecuilco, el pueblo en que empezó la revolución agraria, era un pueblecito de menos de cuatrocientos habitantes que poseían en total sólo alrededor de 50 hectáreas de tierra. Ya para el siglo XVIII, los aldeanos habían combatido lo que consideraban una usurpación de sus tierras por parte de las haciendas vecinas. Dado que la mayoría de ellos habían perdido las escrituras originales que les otorgaban una amplia área de tierra, en 1798 le pidieron a las autoridades un poco más de 100 hectáreas (o un kilómetro cuadrado) de tierra⁸. En esa época, la población de la aldea era de un total de noventa y cuatro personas, alrededor de treinta familias que podrían haber considerado suficiente esta cantidad de tierra. Pero

en el curso del tiempo, las haciendas lograron apoderarse de aproximadamente la mitad y, al mismo tiempo, la población de la aldea aumentó alrededor de cuatro veces. Como resultado, la mayoría, quizás casi todos, los varones adultos de Anenecuilco estaban forzados a trabajar como jornaleros de tiempo parcial en las haciendas. Pero hasta en los pueblos más pobres habían unos cuantos individuos o familias comparativamente prósperos. Anenecuilco no era la excepción a la regla. Aquí uno de los hombres más ricos era Emiliano Zapata, que había heredado un poco de tierra y ganado y que llegó a ser ganadero y excelente jinete. Esto le dio prestigio y autoridad y por lo tanto fue elegido jefe del pueblo.

La crisis en las relaciones entre pueblos y haciendas llegó a su clímax después del fracaso de la cosecha de 1909 y la subsecuente alza en el precio del maíz. Los desesperados campesinos de Anenecuilco le pidieron al hacendado más próximo, que daba la casualidad de que era Escandón, el gobernador del estado, que les permitiera plantar maíz en tierras en disputa. En vez de ésto, las rentó a agricultores de otro pueblo vecino. La estación de lluvias de 1910 ya estaba en camino y era urgente que empezara la siembra de maíz inmediatamente. De modo que Zapata hizo que sus campesinos se armaran y juntos expulsaron a los inquilinos del campo. Este fue el comienzo de la revolución agraria mexicana. (En realidad varios levantamientos agrarios tuvieron lugar en Yucatán en la primera década del siglo XX, seguidos en 1909 por una revuelta de trabajadores en Mérida, pero no influyeron en el resto del país)⁹.

Condiciones similares a las de Anenecuilco prevalecían en otras partes del Centro de México. Por ejemplo, los residentes de Naranja, pueblo de pescadores en Michoacán, habían perdido su independencia económica para 1885, cuando el alcalde vendió el título de propiedad de unos pantanos cercanos a dos españoles que los desecaron y establecieron una fértil hacienda¹⁰. Los españoles no reclutaron su mano de obra entre los empobrecidos pescadores, sino que trajeron del Bajío peones acasillados que se sentían superiores a los aldeanos de lengua tarasca. Para 1910, el pueblo de Naranja consistía en aldeanos sin tierra por un lado y por el otro, un pequeño grupo de comerciantes, que al mismo tiempo eran los funcionarios municipales. Los ricos y poderosos comerciantes se pusieron del lado de los hacendados.

Los pueblos que habían conservado sus tierras también estaban estratificados. En el mismo estado de Morelos, no todos los pueblos habían perdido sus tierras comunales. Unos cuantos las habían conservado gracias a su aislamiento geográfico, entre ellos Tepoztlán, escondido en un profundo valle rodeado de acantilados. El hecho de que Tepoztlán hubiera conservado casi todas sus tierras comunales, que consistían principalmente en bosques, no significa

sin embargo que todos sus habitantes tuvieran acceso a ellas. El pueblo estaba controlado por un cerrado grupo de comerciantes, terratenientes y ganaderos que usaban las tierras comunales como pastos e impedían que los pobres, hambrientos de tierras, las cultivaran¹¹. Estos ricos caciques naturalmente estaban de parte de las autoridades gubernamentales. Por lo tanto, todo el campo estaba fuertemente dividido entre los ricos y los pobres.

No es seguro que Madero estuviera completamente consciente de la situación y de sus implicaciones en 1910. El mismo era un buen hacendado que no sólo aumentaba el salario de sus trabajadores, sino que igualmente les daba habitaciones higiénicas y se preocupaba de que recibieran atención médica gratuita; como no tenían hijos, él y su esposa alimentaban a docenas de niños en su propia casa y daban refugio y educación a cantidad de huérfanos, así como contribuciones sustanciales a obras de caridad¹². Pero Madero debe haber sabido de injusticias perpetradas por otros hacendados, especialmente en el estado de Morelos. De ahí que hubiera simpatizado con Zapata, en particular dado que éste controlaba la importante región al sur de la capital y le ofrecía su apoyo político. Los dos conferenciaron al día siguiente en la casa de la familia Madero en la Ciudad de México, situada en una elegante zona donde las calles tenían nombres de capitales europeas¹³.

Para Madero era importante atraer a este rebelde agrarista a su bando. Su propio movimiento hasta entonces se había restringido a centros urbanos. Incluso el Partido Liberal no había hecho mucho progreso en el campo a pesar de su programa para la redistribución de la tierra y la abolición de la servidumbre por deudas. El sector rural se quedaba atrás de las ciudades en conciencia política. Para 1908 el Partido Liberal se había dividido: un ala se había unido al campo anarquista; la otra ulteriormente se unió al movimiento antireeleccionista de Madero. De esta manera, Madero cosechó algunos beneficios de una década de actividad política del Partido Liberal.

Ahora Madero deseaba capitalizar en su favor el creciente descontento agrario. Sinceramente deseaba establecer un gobierno democrático con un amplio apoyo popular —después de todo, los campesinos, los pequeños arrendatarios y los peones formaban la mayoría de la población— y él comprendía la necesidad de una reforma agraria. Pero cuando Zapata exigió que las tierras fueran restituidas inmediatamente a los pueblos, Madero respondió que eso sólo podría hacerse dentro de la ley y prosiguió con la sugerencia de que Zapata se preparara a desbandar su ejército. Zapata rehusó hacer ésto y así se despidieron.

Madero tenía las manos atadas. Con objeto de evitar mayor derramamiento de sangre, en los términos del armisticio había

renunciado a la presidencia revolucionaria provisional que había asumido en octubre de 1910; ahora simplemente era un candidato presidencial. León de la Barra, un abogado que había servido a Díaz, era presidente interino y había un nuevo gabinete en el que el tío de Madero, Ernesto, ocupaba el puesto recientemente desempeñado por Limantour. Igualmente en contra del Plan de San Luis Potosí, el personal de la Suprema Corte así como el Senado y la Cámara de diputados permanecieron sin cambios. Excepto por unos cuantos cambios en la superficie, el régimen de Díaz estaba intacto. Esto era especialmente cierto en el caso del ejército.

El manifiesto de San Luis Potosí había ofrecido una carrera militar permanente a los civiles que se alistaran en las fuerzas voluntarias de la revolución¹⁴. De nuevo, el armisticio entre los ejércitos de Díaz y de Madero estipulaba que las hostilidades debían cesar en la inteligencia de que las unidades del ejército revolucionario debían disolverse, dejando así la tarea de mantener el orden interno primordialmente al ejército profesional federal. Haber aceptado Madero un trato con el régimen de Díaz sin haber cumplido con su propio programa como estaba delineado en su manifiesto, fue un error que iba a costarle la vida veinte meses después.

Al día siguiente de su conferencia con Zapata, Madero se reunió con el general Bernardo Reyes. En el programa de Madero para el establecimiento de la democracia era esencial ganar el apoyo de Reyes para su candidatura; pues ¿qué sucedería si este popularísimo militar que se había opuesto a los científicos decidiera competir por la presidencia? Aun si Madero ganara, el ejército muy probablemente se sublevaría si Reyes no le diese su apoyo a Madero. Era imperativo que Madero llegara a un acuerdo con él. No parecía demasiado difícil, porque los dos norteros tenían muchos amigos en común y el mismo Reyes tenía sesenta años, más allá de la edad en que generalmente un hombre llegue a presidente por primera vez. Acordaron que Reyes renunciaría a su candidatura a cambio de ser nombrado ministro de guerra y que instaría a sus partidarios a votar por Madero.

Pero pronto apareció una escisión entre los partidarios de Madero y los revolucionarios radicales que envalentonó a los segmentos reaccionarios de la sociedad mexicana. Casi todos los diarios importantes, algunos de los cuales se habían opuesto a Díaz en los últimos años de su gobierno, ahora unieron sus fuerzas en una campaña antimaderista. Algún tiempo después Bulnes comentaba que “después de estar sometido durante treinta y tres años al yugo de una prensa censurada por el gobierno, el público quería recibir los beneficios de una prensa libre, no obstante lo poco que pudiera merecer la libertad”¹⁵. Reyes cambió de opinión y anunció su candidatura a principios de agosto. Algunos de los partidarios más

cercanos de Madero, cuyo celo excedía su juicio —especialmente su hermano Gustavo— organizaron manifestaciones callejeras en contra de Reyes que lo obligaron a abandonar el país. Sin embargo se celebraron elecciones ordenadas en octubre; Madero fue elegido presidente por mayoría abrumadora. Sin atreverse a atacar al ídolo nacional, la oposición se concentró en el intento de capturar la vicepresidencia. Del total de más de 19,000, aproximadamente 10,000 votaron por Pino Suárez, candidato de Madero, 5,500 por el conservador León de la Barra y cerca de 3,500 por Vázquez Gómez, vocero de los revolucionarios desilusionados por Madero¹⁶. Madero tomó posesión el 6 de noviembre de 1911, cinco meses después de su entrada triunfal a la capital. Cuando Madero, aclamado por la multitud, llegó a la Cámara de diputados para rendir su juramento como presidente de México, la tradicional guardia militar estaba ausente. Madero había indicado que la guardia no era necesaria¹⁷. Este desaire a los militares no fue olvidado. El ejército en 1911 era diferente al ejército que había servido a la nación durante 1860-1870. El ejército liberal había sido formado durante la presidencia de Juárez sobre las ruinas del antiguo ejército profesional de tiempos de Santa Anna. El nuevo ejército frecuentemente consistía de abogados convertidos en oficiales, pero incluso este ejército era contemplado con desconfianza por presidentes civiles como Juárez que licenció a una parte después de su triunfo final. La situación en 1911 era diferente de la de 1860-1870. No había tenido lugar ninguna guerra civil —todavía. Madero ordenó que se desbandara la mayor parte de las tropas revolucionarias; pero no despidió al ejército que recibió del régimen de Díaz. Este era un ejército profesional cuyos oficiales eran graduados de la academia militar; tenían un fuerte *esprit de corps* y daban por un hecho que el país siempre debería ser gobernado por uno de ellos y no derrochaban afecto por Madero y los civiles que lo rodeaban. Así que los planes para la restauración del régimen anterior fueron concebidos en los cuarteles. No era fácil calcular la efectividad del ejército en las actuales circunstancias; quedaba por verse cómo reaccionarían la nueva democracia y el pueblo. De aquí que los primeros intentos de subversión fallaran. Debe mencionarse que Porfirio Díaz no tuvo nada que ver con esas conjuras. Sin embargo, al salir de México había dejado allí a un sobrino importuno, Félix Díaz, hijo de su hermano que había muerto en la revuelta contra Juárez.

La oportunidad para un golpe del ejército parecía favorable: Zapata había proclamado un levantamiento contra Madero sólo dos semanas y media después de su toma de posesión; en su Plan de Ayala, reconocía al general Pascual Orozco como jefe principal de la revolución¹⁸. Se murmuraba que Pascual Orozco, que había

contribuido tanto al triunfo militar de Madero, no estaba contento con el nuevo gobierno, porque había esperado ser nombrado ministro de guerra. De modo que Reyes, de regreso en el país, se sublevó en diciembre; la revuelta fue suprimida rápidamente y Reyes fue encerrado en la prisión militar de Tlatelolco, antaño un colegio franciscano para jóvenes indígenas, construido en el lugar donde Cuauhtémoc había hecho su última resistencia. Las guerrillas de Zapata se restringían al estado de Morelos. No representaban peligro para el gobierno central a pesar de la corta distancia entre ellas y la capital; por otro lado, no podían ser derrotadas y por lo tanto eran una molestia constante. La revuelta dirigida por Orozco a principios de 1912 en Chihuahua planteaba una amenaza más seria, puesto que Orozco tenía partidarios en otras partes del país. Su manifiesto revolucionario proclamaba una radical reforma agraria así como otras reformas tomadas del programa del Partido Liberal de 1906¹⁹. El general Victoriano Huerta, un antiguo comandante del ejército profesional, fue despachado por Madero para combatir el levantamiento; Orozco fue derrotado finalmente en agosto, pero sus guerrillas comenzaron entonces a importunar al estado. Mientras esto sucedía, Félix Díaz se levantó en octubre en Veracruz y también fue hecho prisionero en la Ciudad de México. Ni Reyes ni Díaz fueron ejecutados; continuaron tramando una revolución desde sus celdas de la prisión.

Madero, sin embargo, permaneció fiel a los procedimientos democráticos. A principios de 1912 declaró: "Esos caballeros que echan de menos los métodos de la dictadura, deben estar seguros de que he evitado esos métodos no por falta de energía, sino porque estoy decidido a hacer todo lo posible para implantar la democracia en México. Y lo haré a pesar de ellos". Aun cuando "en momentos de crisis esas medidas pueden ser indispensables, sería una desilusión para mí tener que recurrir a ellas"²⁰. En el mes de septiembre ya era menos optimista: "Si un gobierno tal como el mío que ha cumplido honradamente sus promesas", declaró al Congreso, "que fue elegido por el voto casi unánime de los mexicanos, algo que nunca había sucedido antes; si tal gobierno no es capaz de durar en México, señores, deberíamos deducir que el pueblo mexicano no está preparado para la democracia y que necesitamos un nuevo dictador que, sable en mano, silencie todas las ambiciones y sofoque los esfuerzos de aquellos que no entienden que la libertad florece solamente bajo la protección de la ley"²¹. Quizás Madero recordó las palabras pronunciadas por el general Díaz al salir del país al exilio en junio de 1911: "Los nuevos hombres pronto descubrirán que la única forma de gobernar al pueblo mexicano es la forma en que yo lo goberné". La simple verdad era que al haber sido liberados de la obediencia, los mexicanos deseaban disfrutar

de su libertad. Pero se fueron al otro extremo: ahora nadie quería obedecer a nadie.

Sin embargo, Madero no permaneció inactivo; ordenó a su gobierno que estudiara el asunto agrario²². Pero este estudio procedía lentamente y por esto Madero estaba perdiendo el apoyo popular. Se necesitaban urgentemente medidas más radicales. Influido por el libro de Molina Enríquez, Luis Cabrera, diputado del partido maderista, propuso en diciembre de 1912 una ley que daría al presidente el poder de expropiar tierras para otorgárselas a los pueblos que las habían pedido o que simplemente las necesitaban²³. Sin embargo, no se hizo nada.

El presidente también intentó reformar el ejército en octubre mediante la introducción del servicio militar obligatorio²⁴. Pensaba, con razón, que los soldados procedentes de todas las clases sociales que cumplieran con un deber cívico no deberían ser tratados como juguetes en manos de oficiales intrigantes, como hasta entonces lo habían sido los soldados reclutados de los segmentos más pobres de la sociedad. Por supuesto, los oficiales del ejército percibieron un peligro inmediato en la propuesta de Madero.

La campaña de la prensa en contra de Madero se aceleró. Su honradez personal nunca fue puesta en duda, ni podía acusársele de una ambición ilimitada, ni del deseo de reelegirse. Siguió siendo un hombre modesto y sincero durante toda su gestión en el puesto. Los enemigos de Madero, no obstante, encontraron un punto débil. Siempre había sido hijo obediente y pariente respetuoso. Daba la casualidad que la familia Madero era extremadamente numerosa, aun para México. Con la confianza de que sus parientes serían honrados, Madero llevó a tres de ellos al gabinete, en particular al muy importante ministerio de hacienda, para no hablar de nombramientos menores²⁵. Un hermano de Madero, Gustavo, miembro de la Cámara de Diputados, se dedicó a la tarea de organizar un apoyo de masa para el presidente. Utilizó métodos violentos, comprensibles a la luz de la maligna propaganda antimaderista; los reaccionarios pronto lo odiaron. Se rumoreaba que ahora que la reelección presidencial estaba descartada, Gustavo sucedería a su hermano en el puesto²⁶. Porfirio Díaz nunca les había dado puestos en el gabinete a sus familiares, hijos o yernos²⁷; tal vez nunca se le ocurrió pensar que sus descendientes o parientes pudieran ser presidentes de México. Explorando los temores y prejuicios populares, la reacción pudo lanzar la acusación de que la familia Madero, no contenta con su opulencia, ahora aspiraba a convertirse en una dinastía.

En esta atmósfera de confusión, los elementos extremistas del ejército decidieron atacar. El plan consistía en liberar a Bernardo Reyes y a Félix Díaz y marchar al Palacio Nacional que mientras tanto habría sido tomado por cadetes y de donde Reyes se procla-

maría presidente provisional²⁸. El plazo se fijó para la madrugada del domingo 9 de febrero de 1913. La primera etapa del plan se realizó sin ninguna dificultad; pero cuando Reyes y sus partidarios llegaron al Zócalo fueron recibidos con fuego de ametralladora. En contra de sus esperanzas, las tropas leales del Palacio Nacional habían desarmado a los cadetes. Reyes, montado a caballo presentaba un blanco fácil y fue alcanzado por la primera descarga, una figura pintoresca hasta su último respiro. Los rebeldes, al mando de Mondragón y de Díaz, se retiraron a la ciudadela, originalmente un edificio destinado a una fábrica gubernamental de tabaco, aproximadamente a 2 kilómetros del Zócalo a través del centro de la ciudad. Madero, en su puesto en el palacio nacional, nombró al general Victoriano Huerta como nuevo comandante de las tropas leales para sustituir al comandante anterior que había sido herido. El periodo que se conoce como la Decena Trágica estaba por comenzar. Huerta, antiguo admirador de Reyes, debió haber sido el último hombre en que confiara Madero. Tal vez Madero reflexionara ahora qué útiles podrían haber sido las leales tropas revolucionarias. Durante los diez días siguientes, tuvo lugar un duelo de artillería entre los rebeldes en la ciudadela y los leales dirigidos por Huerta en el Palacio Nacional, mientras que una desagradable tolvanera invadía a la ciudad, extendiendo el hedor de los cadáveres de inocentes civiles muertos en las calles; era como si el ejército, después de estar relegado a segundo término durante casi dos años, quisiera demostrar quién era el amo. En realidad Huerta sólo estaba defendiendo el palacio para convertirse él mismo en presidente; para ésto desde luego necesitaba primero la renuncia de Madero. Cuando el combate empató, Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos, actuó como intermediario entre Huerta en el Palacio Nacional y Félix Díaz en la ciudadela. De acuerdo con el arreglo final, Huerta se convertiría en presidente provisional con un gabinete compuesto por partidarios de Díaz; Madero, todavía presidente, fue arrestado por Huerta el 18 de febrero. Al recibir noticias de que su hermano Gustavo había sido asesinado en la ciudadela, Madero renunció el 19 de febrero. Tres días después, Madero y su vicepresidente, Pino Suárez, fueron muertos a balazos "cuando trataban de escapar". Así terminó la esperanza de Madero de establecer la democracia en México.

El golpe de estado de Huerta y el asesinato de Madero y de sus colaboradores más cercanos provocaron indignación en todo el país. Como en ocasiones anteriores el ejército, alineado sólidamente detrás de Huerta y de Díaz, tenía control absoluto del Centro de México con excepción del estado de Morelos que controlaba Zapata. Al igual que en 1911 el Norte había asestado el golpe definitivo a la dictadura de Díaz, nuevamente le tocaba al Norte levantar

la primera voz de protesta. Tan pronto como Huerta se declaró presidente, envió un mensaje a todos los gobernadores de los estados exigiendo su apoyo. La mayoría reconoció inmediatamente al nuevo gobierno; otros permanecieron callados. Sin embargo, un hombre valeroso no esperó a ver lo que los demás harían: el mismo 18 de febrero, Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, convocó al Congreso Estatal a una sesión extraordinaria que negó el reconocimiento a Huerta, otorgó poderes de emergencia al gobernador e invitó a los demás estados a seguir su ejemplo. Carranza ya era un hombre de prominencia nacional; hijo de un hacendado que había sido coronel a las órdenes de Juárez, Carranza había sido funcionario público bajo Porfirio Díaz y posteriormente partidario y dirigente del movimiento maderista²⁹. Su relación con Madero era íntima; después de todo, los intereses de la familia Madero estaban concentrados en Coahuila —el abuelo de Madero había sido gobernador del estado— y las propiedades de Carranza, principalmente un latifundio de alrededor de 80,000 hectáreas, estaban situadas en el mismo estado.

Los gobernadores de dos estados del Noroeste, Chihuahua y Sonora, no respondieron a la demanda de obediencia de Huerta. El movimiento maderista había sido fuerte en ambos estados: en el primero, por el descontento con la camarilla gobernante y una incipiente revuelta agraria, recientemente explotada por Pascual Orozco; en el segundo, por la agitación creada por la huelga de los mineros y el problema de las tierras de los indios yaquis. Los gobernadores de ambos estados habían sido, por supuesto, partidarios de Madero. Su falta de respuesta fue considerada por Huerta como signo de deslealtad. En Chihuahua el ejército era lo bastante fuerte como para arrestar al gobernador; dos semanas después, fue muerto a tiros “cuando intentaba escapar”, un procedimiento ya conocido. Sin embargo, en Sonora el ejército no fue bastante fuerte para actuar en forma similar³⁰.

Los tres estados norteros tenían la ventaja de lindar con territorio de los Estados Unidos, donde nunca era demasiado difícil obtener armamentos. Por lo tanto, estos estados se convirtieron en la cuna de la revolución contra Huerta. Un mes después del asesinato de Madero, Carranza resolvió formalizar su programa revolucionario: en el que llegó a ser conocido como el Plan de Guadalupe, los rebeldes coahuilenses designaron a Carranza, que no era militar, como primer jefe del ejército constitucionalista y estipularon que celebraría elecciones generales después de la derrota definitiva del régimen espurio de Huerta. La tarea principal era restablecer la Constitución de 1857 con enmiendas que hicieran imposible la reelección presidencial y una repetición de los actos ilegales de Huerta³¹. En Chihuahua surgió una situación diferente. El asesina-

to de Abraham González, que probablemente hubiera seguido las órdenes de Carranza, dejó un vacío que inmediatamente llenaron dirigentes populares como Francisco Villa, dueño de una carnicería y nacido en el seno de familia de peones³². Parece que Villa era ferviente partidario de González y de Madero, que ejercían sobre él una influencia moderadora; muertos sus héroes, Villa no escucharía ni a Carranza ni a otros jefes revolucionarios. Pronto se hizo internacionalmente famoso por su valentía y su crueldad. Ciertamente se vengó con exceso de la muerte de sus ídolos. En Sonora las condiciones eran diferentes. Después de la inevitable confusión inicial, el gobernador prometió apoyo a Carranza y nombró a Alvaro Obregón como jefe de las operaciones militares en el estado. El menor de dieciocho hijos de un terrateniente empobrecido, Obregón no tuvo muchas oportunidades de educación, pero era imaginativo, ambicioso y emprendedor: inventó una máquina para sembrar garbanzos y para 1910 poseía un rancho moderno de alrededor de 200 hectáreas³³. Su talento militar se descubrió durante la rebelión de Orozco en 1912. Los primitivos y belicosos indios yaquis formaban la columna vertebral de su ejército, cuando menos al principio.

Varios meses después del asesinato de Madero, la mayor parte del Norte ya estaba en manos de los nuevos ejércitos revolucionarios. Parecía una repetición del levantamiento maderista de 1910-1911. Sin embargo había una profunda diferencia entre 1911 y 1913. Mientras que dos años antes ningún abismo profundo separaba a Madero y al régimen de Díaz y con el tiempo firmaron un armisticio, la sangre derramada como resultado de los actos de Huerta ahora impedía cualquier acuerdo entre él y Carranza. Los revolucionarios se proponían acabar con Huerta o perecer en el intento. La lucha limitada de 1910-1911 se amplió a una guerra civil total en que la nación entera, millones de personas, estaban comprometidas. El estado de Morelos continuaba bajo el control del imperturbable Zapata; aunque no derramó lágrimas por Madero, que a sus ojos era un traidor, Zapata mantuvo su guerra local contra Huerta. Pero ahora por todo el centro de México bandas de guerrillas empezaron a levantarse y a hostigar al ejército federal. Algunas decidieron afiliarse a Carranza, otras a Villa, frecuentemente dependiendo de su proximidad a este o aquel comandante nortño.

El segmento de terratenientes era prominente en el séquito de Carranza; por ejemplo, el jefe de su estado mayor era un antiguo maderista que provenía de una sobresaliente familia de hacendados de San Luis Potosí³⁴. Los oficiales del ejército de Obregón venían de estratos más populares; uno de sus colaboradores más cercanos era un maestro de Sonora, Plutarco Elías Calles, que posteriormen-

te sería presidente. Los maestros de escuela, que eran los proletarios intelectuales del régimen de Díaz, eran revolucionarios natos³⁵. Hablando en general, las personas educadas ocupaban los puestos más importantes, porque se les necesitaba como médicos, consejeros o propagandistas. Uno de ellos era Mariano Azuela, nacido en el estado de Jalisco en una región famosa por su clase media rural. Había sido propagandista activo de Madero y después de su caída se había ocultado y en 1914 se unió en calidad de médico a una guerrilla villista³⁶. Describió su propia actuación allí en una novela, *Los de abajo*³⁷, una de las mejores novelas de la revolución. La obra de Azuela tiene una frescura única; escribió sus breves, coloridos retratos inmediatamente después de su experiencia personal, en contraste con otros muchos escritores más sofisticados que reconstruyeron los acontecimientos una o dos décadas después en novelas más elaboradas³⁸.

Los cabecillas y oficiales de las guerrillas, algunos de los cuales se incorporaron después al ejército revolucionario pero muchos de los que perecieron al no aceptar la subordinación a Carranza, frecuentemente eran rancheros, agricultores independientes, pequeños o medianos. No eran jornaleros --de hecho, podrían haber tenido sus propios peones-- pero en gran parte eran pobres y desde luego eran ignorantes. Muchas veces entraban a la revolución para vengar un insulto o una injusticia personal y no para cambiar a la sociedad. El héroe de *Los de abajo* está modelado según estos hombres³⁹.

Los hambrientos peleaban por comida, los desposeídos por tierras, los agraviados por reparación de sus ofensas; ni Carranza ni Villa tenían dificultad para reclutar hombres. Aunque los soldados rasos venían de todas las capas bajas de la sociedad, la mayoría era probablemente de origen campesino, pues después de todo, éstos constituían la mayoría de la población de México. Las tropas de las guerrillas en *Los de abajo* parecen consistir de peones; pues como uno de ellos exclama, "¿quién se acordaba del mísero jacal donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañado mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?"⁴⁰. Muchos, si no la mayoría de los peones, eran campesinos o arrendatarios que trabajaban como jornaleros parte del tiempo; se sentían campesinos y aspiraban a poseer tierra, o a poseer más tierra. Aun los peones de tiempo completo deseaban tener tierras para cultivarlas ellos mismos en la forma tradicional; todo esto posteriormente comenzó a influir en el programa revolucionario.

No muchos peones ni campesinos se unieron a Huerta, irrevoca-

blemente identificado con el antiguo régimen, a pesar de sus esfuerzos iniciales de aparecer como paladín de la reforma agraria, lo que logró confundir a bastantes jóvenes radicales inexpertos. Había nombrado a Toribio Esquivel Obregón ministro de hacienda, que como se recordará, criticó a los bancos por exigir a los hacendados para que pagaran sus deudas en 1908; había tomado parte en la lucha de Madero contra la dictadura de Díaz, pero después, desilusionado, se alejó. Ahora se presentaba una nueva oportunidad. Considerando que grandes propiedades no eran productivas y estaban hipotecadas, Esquivel Obregón supuso que los hacendados estarían dispuestos a venderlas⁴¹; sugirió que el estado debería extenderles crédito mediante la emisión de bonos garantizados por el gobierno a los interesados en adquirir tierra. De esta manera las haciendas se subdividirían con el tiempo. El suponía que los terratenientes deseaban deshacerse de las propiedades para hacer inversiones más productivas, en contraste con el concepto común de que las propiedades eran un símbolo de posición social y que como tales tenían que conservarse en familia a cualquier precio. Sin embargo, antes de que esa teoría pudiera probarse, la dictadura huertista se vio envuelta en crecientes dificultades financieras, de modo que los proyectos de reforma agraria fueron abandonados.

Huerta tenía que luchar a la defensiva contra los tropas de Carranza, Villa y Zapata en constante aumento, aunque mal armadas. Hasta entonces había podido continuar en el poder gracias a que estaba en posesión de la capital; el hecho de que fuera reconocido por las potencias europeas hizo posible que obtuviera un nuevo préstamo extranjero⁴². Así recibió los medios para pagar equipo militar importado. Su supervivencia dependía de estas importaciones y éstas a su vez dependían de que poseyera el puerto de Veracruz y las líneas de comunicación entre éste y la Ciudad de México.

Con el expreso propósito de hacer que Huerta se rindiera, Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, ordenó en abril de 1914 el desembarco de fuerzas militares norteamericanas en Veracruz. Wilson, que había tomado posesión el 4 de marzo de 1913 y rehusado reconocer el régimen militar en la Ciudad de México, mostró simpatía por el movimiento revolucionario y de esta forma invirtió completamente la política de su predecesor, Taft, y de su embajador en México, Harry Lane Wilson. Si Félix Díaz hubiera atacado un mes después, tal vez el gobierno maderista, o cuando menos la vida de Madero, podría haber sido salvada mediante instrucciones oportunas cableografiadas por el presidente Wilson al embajador notoriamente antimaderista. De cualquier modo, la muerte de Madero y la existencia de una dictadura militar en México para principios de marzo era un trágico hecho con-

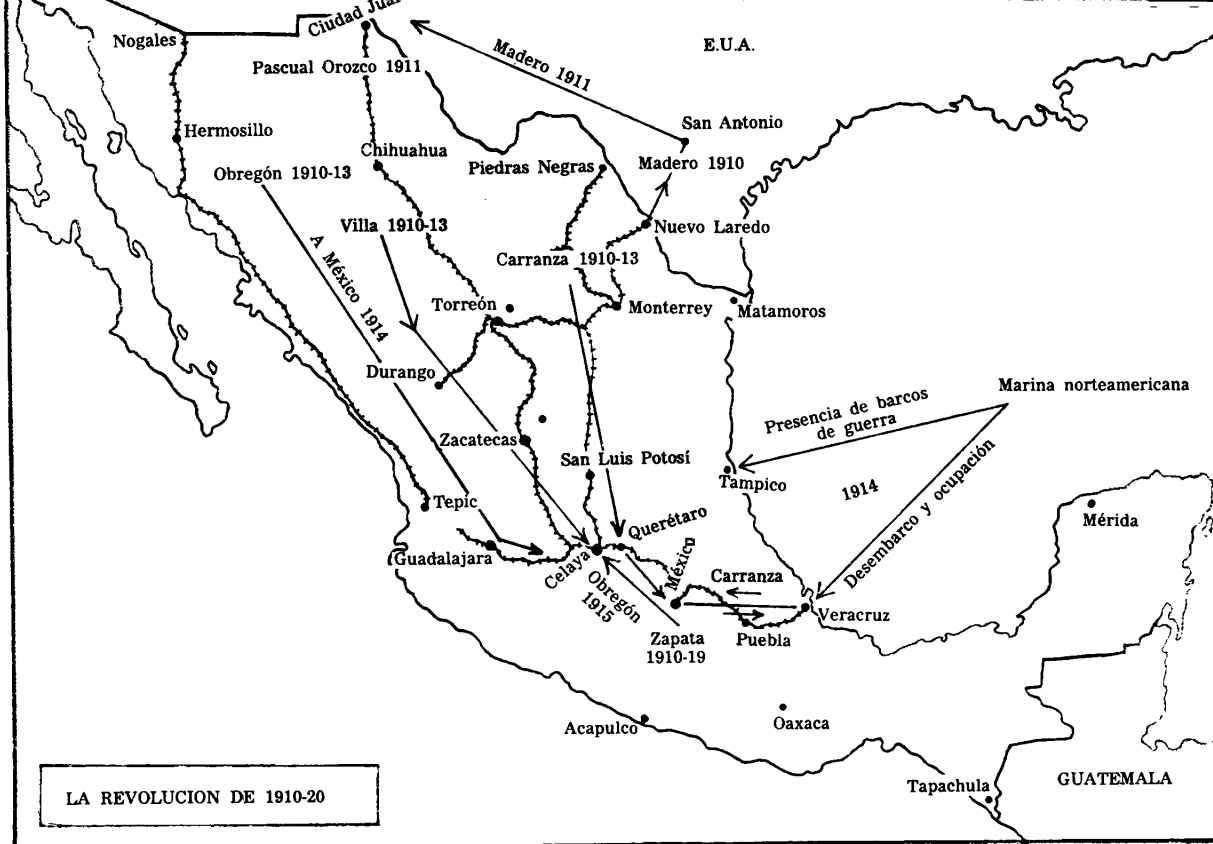
sumado. Pero la ocupación de Veracruz por los Estados Unidos provocó una reacción imprevista por Wilson. No sabía que los recuerdos de la guerra de 1846-1848 aunque en estado latente, todavía estaban vivos en México. Realmente no había habido xenofobia bajo el régimen de Porfirio Díaz y los extranjeros, especialmente los norteamericanos, eran bien recibidos. Estos sentimientos continuaron durante la gestión de Madero. Pero el levantamiento de Reyes y Díaz hizo posible que un embajador norteamericano se convirtiera temporalmente en el árbitro de la política mexicana y de inclinar la balanza en favor de la reacción. Si bien era sabido que Huerta debía su poder, cuando menos en parte, a la intervención del embajador, la ocupación norteamericana de Veracruz, dirigida contra él, ahora le daba la oportunidad de aparecer ante el pueblo mexicano como defensor de la soberanía nacional contra la intervención extranjera y por lo tanto, de ganar algo de popularidad en un país donde las intervenciones extranjeras habían sido una experiencia común en el siglo XIX. Podría señalarse que Veracruz no estaba lejos de los campos petroleros de Tampico y por lo tanto que la intervención norteamericana en los asuntos internos de México era un pretexto para conseguir una base en el territorio nacional; ¿no estaban recibiendo los constitucionalistas sus armas de los Estados Unidos? ¿No había invadido el propio Madero a México desde el país vecino? Para sorpresa de Wilson, no sólo Huerta sino igualmente Carranza condenaron la agresión⁴³. La sensibilidad mexicana era tal, que si Carranza no lo hubiera hecho, hubiera sido acusado de ser un agente norteamericano y la causa de la revolución para siempre hubiera sido vinculada con el poderoso vecino. Cualesquiera que hayan sido las verdaderas intenciones del presidente Wilson, la ocupación de Veracruz sí contribuyó a la caída de Huerta: éste renunció en julio de 1914 y partió al exilio. En noviembre las perplejas tropas norteamericanas evacuaron Veracruz después de más de medio año de ocupación⁴⁴.

Mientras Huerta conservó la Ciudad de México, las facciones revolucionarias estaban unidas en su decisión de castigar a los usurpadores; ésta era la razón de ser de la revolución. Pero también los revolucionarios estaban de acuerdo en que ese sería sólo el primer paso, después de lo cual seguirían extensas reformas. De los varios puntos que estaban en la mente de los revolucionarios, dos —que involucraban a los españoles y a la iglesia— eran ecos de revoluciones anteriores. Otros, tales como el imperialismo económico y el nacionalismo económico, apenas estaban comenzando a tomar forma. De modo que la reforma agraria se convirtió en el nuevo tema central. Al principio se justificó como castigo para los partidarios de Díaz. Ya para el 4 de marzo de 1913, dos semanas después del asesinato de Madero, Carrera Torres, maestro de escuela de su

ciudad natal, San Luis Potosí, exigió la confiscación de todas las haciendas que pertenecieran no sólo a Huerta, Félix Díaz y sus seguidores, sino también las pertenecientes a los partidarios de Porfirio Díaz, y su división en lotes de 10 hectáreas para cada familia. Esta medida política obviamente tendría una profunda importancia social, puesto que la mayoría de los hacendados de la república después de todo habían sido partidarios de Díaz ⁴⁵. Carrera Torres, antiguo entusiasta maderista, no mencionó las propiedades de la familia Madero, pero debe haber sido obvio que bajo el manto de una simple medida política se estaba proponiendo una radical reforma agraria. Varios meses después, uno de los generales de Carranza dividió una propiedad que pertenecía Félix Díaz, le siguieron unas cuantas divisiones similares⁴⁶. Pero Carranza no tenía intención de apartar de su meta revolucionaria principal, la derrota de Huerta. Dado que los terratenientes eran hombres con una tradición de caudillaje, Carranza no quería malquistarlos con el movimiento.

Ahora que Huerta se había ido, surgió una fuerte competencia entre las facciones revolucionarias por el apoyo popular. ¿Cuál de ellas representaba la verdadera revolución? La rivalidad entre Carranza y Villa se hizo más intensa. Un intento de resolver sus diferencias durante una convención en la ciudad de Aguascalientes en noviembre de 1914⁴⁷ fracasó y, como los Estados Unidos acababan de evacuar Veracruz, una nueva guerra civil sin interferencia extranjera comenzó entre las facciones revolucionarias. Zapata se unió a Villa y juntos expulsaron a Carranza y Obregón de la Ciudad de México, donde habían estado desde agosto. Zapata no tenía que temer a Villa, cuando menos por el momento, porque la base de éste estaba en el Norte. De modo que los dos se reunieron en la Ciudad de México; se les tomó una fotografía extraordinaria en diciembre, en la que el desinhibido Villa ocupaba el sillón presidencial y el desconfiado Zapata estaba sentado a su izquierda. Carranza se retiró a Veracruz y su causa parecía estar perdida; la mayor parte del país ahora estaba en manos de la coalición de Villa y Zapata que representaba a los elementos más populares del país. Para atraer a los campesinos, Carranza proclamó la necesidad de formar pequeñas propiedades, devolver los latifundios y restituir las tierras arrebatadas injustamente a los pueblos. Un manifiesto que se conoce como "Adiciones al Plan de Guadalupe" fue seguido por un decreto correspondiente en enero de 1915. Su autor fue Luis Cabrera, entonces ministro de hacienda de Carranza. Así Carranza ganó una batalla en la guerra ideológica.

Igualmente importante era la promesa del manifiesto de introducir una legislación para mejorar condiciones de los asalariados. Las huelgas de 1906-1907 habían revelado el poder de la clase trabaja-



LA REVOLUCION DE 1910-20

dora y los miembros del Partido Liberal y los obreros industriales habían sido activos en la revolución maderista. Aprovechando la libertad en el régimen de Madero, unos cuantos ex-dirigentes del Partido Liberal en la Ciudad de México junto con varios socialistas europeos fundaron en 1912 un centro llamado la *Casa del Obrero Mundial* que diseminaba ideas anarcosindicalistas⁴⁸. Carranza juzgó conveniente renovar la relación entre los obreros y la revolución, que se había interrumpido durante los regímenes de Madero y Huerta. Sus generales, Obregón así como el amigo de éste, Calles —los dos del estado progresista de Sonora— habían tomado la iniciativa de introducir salarios mínimos en las regiones que controlaban durante la primera parte de 1914, otros jóvenes generales progresistas dieron pasos similares en otros lugares. Por lo tanto, cuando Carranza y Obregón entraron a la capital en el verano de 1914, establecieron relaciones amistosas con los dirigentes laborales⁴⁹. Finalmente, en febrero de 1915, el gobierno de Carranza y los dirigentes de la *Casa del Obrero Mundial*, firmaron un acuerdo mediante el cual Carranza prometía leyes para el mejoramiento de la clase trabajadora a cambio de apoyo político. Aquí se encontraba un arma que estaba fuera del alcance de Zapata y de Villa. Mientras que Carranza estaba estableciendo una alianza con los trabajadores urbanos y compitiendo simultáneamente con Villa y Zapata por el apoyo de los campesinos, el general Obregón reorganizó sus fuerzas y en abril de 1915 destruyó completamente al ejército de Villa cerca de Celaya, en la batalla más sangrienta de la historia mexicana. Las alambradas de púas y las trincheras, que eran entonces la última moda europea, demostraron su efectividad contra la hasta entonces invencible caballería de Villa⁵⁰. La batalla resultó ser decisiva. Siguieron otras batallas; en una de ellas Obregón perdió el brazo derecho. La fuerza de Villa se desvaneció y para la primera semana de octubre abandonó todo el Norte con excepción de Chihuahua. El ejército de Zapata salió de la Ciudad de México en agosto de 1915 y de allí en adelante permaneció confinado a Morelos y parte de los estados circunvecinos. Así fue que los constitucionalistas llegaron a controlar efectivamente todo el país con excepción de partes del noroeste y el distrito azucarero al Sur de la Ciudad de México. A pesar de su antipatía por Carranza, Wilson no pudo evitar reconocer a su gobierno el 19 de octubre de 1915. Parecía como si México podría disfrutar de cierta paz después de cinco años de lucha civil. Pero no habría de ser. Partes del país continuaron siendo devastadas por las guerrillas y ni Villa ni Zapata renunciarían a sus plazas fuertes.

No obstante, Carranza estaba firmemente establecido en el poder; la reacción estaba completamente derrotada. El intento de Félix Díaz, en febrero de 1916, de iniciar una nueva revolución

con lemas de reforma agraria, que trataba de introducir confusión en las filas revolucionarias, fracasó⁵¹. Tal vez para atraerse a Villa, Díaz había copiado en cierta forma en su manifiesto el decreto agrario de Villa de mayo de 1915, pero no podía esperarse que éste secundara un movimiento patrocinado por el asesino de Madero, aun cuando estuviera disfrazado de reforma agraria. Mientras tanto, Carranza fortaleció su gobierno en marzo de 1916 nombrando a Obregón, su mejor general, como ministro de guerra. Al mismo tiempo, le dio el ministerio de relaciones exteriores a Cándido Aguilar, que era su yerno⁵². Carranza no tenía que preocuparse acerca de la posibilidad de otra invasión de México por los Estados Unidos puesto que Wilson se estaba involucrando más y más en la Primera Guerra Mundial.

Había llegado el momento de llamar a elecciones para un Congreso nacional que formulara una nueva constitución que incorporase las aspiraciones de millones de campesinos y trabajadores que tan generosamente se habían sacrificado durante la revolución. ¿Qué podía ofrecerles ahora el gobierno? El ánimo de los intelectuales revolucionarios era análogo al que prevalecía en 1856-1857, pero ahora había un objetivo diferente: entonces los liberales querían destruir el poder de la iglesia; ahora los revolucionarios tenían sentimientos similares acerca de las haciendas. Pensaban que ahora que la guerra había quedado atrás, el resultado sería una constitución nueva y mejor. Con estas ideas los diputados que habían sido elegidos en octubre de 1916 se reunieron el siguiente mes en Querétaro, que fue el sitio seleccionado por Carranza para subrayar la similitud entre la situación actual y el triunfo de Juárez sobre Maximiliano medio siglo antes.

Carranza propuso su propio proyecto de constitución que básicamente no iba más allá de enmendar varios artículos políticos de la Constitución de 1857 vigente: recomendaba la no reelección para el presidente y los gobernadores estatales, la eliminación de la vicepresidencia —por el resentimiento existente contra ese puesto debido a la forma en que Díaz lo había utilizado en sus maniobras políticas— y así por el estilo; y proponía unas cuantas adiciones al Artículo 27, que especificaba que ninguna corporación podía poseer bienes raíces y que había sido utilizado para privar a los pueblos de sus tierras comunales. Era obvio para todos que las reformas agrarias propuestas por el programa liberal habían fracasado y que, con algunas excepciones, los campesinos indígenas no se habían convertido en agricultores independientes. Carranza reconocía el derecho de los pueblos para poseer propiedades pero reafirmaba la cláusula que prohibía a la iglesia poseer bienes raíces; finalmente sugería que debería permitírseles a los bancos aceptar hipotecas, una proposición importante en vista de la situación bancaria discutida antes⁵³.

Sin embargo, en diciembre se vio claro que el Congreso, o cuando menos sus miembros más coherentes —entre ellos Francisco Mújica, un joven oficial de Michoacán— deseaban incluir profundas reformas sociales y económicas en la constitución⁵⁴. Había una generación de diferencia entre Carranza y la gran mayoría de los revolucionarios, diputados, civiles y militares bajo sus órdenes. Carranza nació en 1859; los demás, incluyendo a Obregón, eran veinte años o más menores. Algunos partidarios de Madero que ahora estaban con Carranza, por ejemplo Luis Cabrera, eran algo mayores pero pronto habrían de ser sustituidos por sus colegas más jóvenes. En las fotografías de grupo en que aparece rodeado por sus colaboradores, Carranza con su barba blanca se ve como un patriarca. No estaba lejos el día en que se le consideraría una figura obsoleta. Sin embargo, la edad no era el único factor decisivo. Otro elemento era la posición social: Carranza y el jefe de su estado mayor que era treinta años menor que él, pertenecían a la clase alta mientras que la mayoría de los diputados no sólo eran jóvenes sino de la clase media.

Fueron estos hombres de la clase media los que lograron introducir la reforma agraria en el Artículo 27 de la Constitución: el nuevo texto empezaba establecido que la propiedad de la tierra corresponde originalmente a la nación, la que a su vez puede transmitirla a los particulares. Esta idea parafraseaba el viejo principio español de acuerdo con el cual la propiedad es investidura original del rey, que tiene el derecho de hacer cesiones a los individuos; ya para 1912 Luis Cabrera había dicho que del único país del que México podría aprender era la Nueva España. Por lo tanto, de acuerdo con el Artículo 27, la nación podía y debería imponer restricciones a la propiedad privada para lograr una distribución equitativa de la riqueza, para dividir los latifundios, estimular propiedades de pequeño y mediano tamaño, crear nuevos asentamientos mediante dotaciones de tierras y desarrollar la agricultura. Los pueblos que no tenían tierras suficientes, la recibirían de las grandes propiedades adyacentes. Las dotaciones de tierras otorgadas a los pueblos de acuerdo con el decreto de Carranza en 1915, quedaban confirmadas. De nuevo aquí el texto del artículo se hacía eco de la legislación virreinal con respecto a la subdivisión de los latifundios en favor de los pueblos y los nuevos asentamientos. De acuerdo con el nuevo artículo, todas las tierras que los pueblos habían perdido desde la ley de desamortización de 1856 les serían restituidas; las restituciones llevadas a cabo de acuerdo con el decreto de 1915 quedaban confirmadas. De esa manera los resultados de la desamortización de Lerdo y Juárez serían cancelados. Más aún, el presidente podía anular las concesiones hechas por el régimen de Porfirio Díaz, como resultado de lo cual la tierra y la

riqueza natural habían sido monopolizadas tanto por individuos como por compañías.

No satisfecha con establecer un programa general para la reforma agraria, la nueva Constitución especificaba que los congresos federal y estatales expedirían leyes con respecto a la división de las grandes propiedades, mediante las cuales los dueños deberían subdividir y vender en pagos fáciles toda la tierra en exceso de una cantidad especificada. Los grandes propietarios recibirían bonos de una nueva deuda pública como garantía de pago; los compradores no podrían vender hasta que hubieran completado los pagos a los antiguos propietarios. Quedaba por verse si habría suficientes personas que juzgaran lucrativo comprar la tierra; aunque podía obligarse a los hacendados a fraccionar sus propiedades con la amenaza de la expropiación, nadie podía forzar al público a que hiciera una inversión desventajosa en tierras de mala calidad. Más aún, no podía esperarse que muchas personas compraran cuando había la posibilidad de obtener tierra a título gratuito o si temían perder la tierra recién adquirida como resultado de una futura reforma más radical. De cualquier forma, parece que la Constitución de 1917, lejos de introducir el socialismo, implantaba las propuestas de algunos de los liberales de 1856 que habían soñado con una clase media de propietarios como la solución para los eternos problemas de México. El mismo ánimo inspiraba otra sección del artículo que ofrecía salvaguardar el uso comunal de las tierras de los pueblos en espera de la expedición de una ley que tratara de su reparto entre los usuarios.

En una desviación deliberada del espíritu internacionalista de 1856, la prescripción primera del artículo 27 especificaba que solamente los ciudadanos mexicanos y las compañías mexicanas podían "adquirir el dominio de las tierras"; sin embargo, el gobierno podía conceder este mismo derecho a los extranjeros que estuvieran dispuestos a renunciar a la protección de sus gobiernos. El preámbulo del mismo artículo reservaba el dominio directo de toda la riqueza del subsuelo a la nación que podía otorgar concesiones para su explotación a particulares o a sociedades. Esta divergencia con las leyes mineras de la época de Díaz de nuevo evocaba la legislación colonial española. Más aún, era una manifestación del creciente nacionalismo mexicano, porque en el momento casi todas las minas y todos los campos petroleros estaban en manos de extranjeros; la estipulación seguramente iba a crear dificultades entre México y otros países.

En una medida destinada a modernizar la estructura económica del país así como a destruir el poder de la plutocracia de Díaz, el Artículo 28 reservaba la emisión de billetes a un solo banco controlado por el gobierno. De nuevo, esta disposición no iba a ser popular

entre aquellos extranjeros que tenían el control de los intereses bancarios mexicanos. Luis Cabrera, como ministro de hacienda, acababa de ordenar —a finales de 1916— una incautación provisional de los bancos: el gobierno los obligó a entregar sus reservas en metales preciosos, valuadas en más de 50 millones de pesos y, de esta forma, puso nuevamente en circulación el peso de plata. Después de cuatro años de caos monetario, el peso se estabilizó en su tipo de cambio prerrevolucionario de 2 pesos por dólar de los Estados Unidos. Puesto que el gobierno no tenía recursos para establecer el banco de emisión, en el país sólo circulaban monedas; esto duró hasta la formación del Banco de México en 1925⁵⁵.

Otro ataque en contra de la anterior política de *laissez-faire* fue presentado en el Artículo 123, dedicado a la protección de los asalariados. Algunas de sus secciones codificaban medidas proteccionistas ya aceptadas en países más avanzados, tales como el establecimiento de la jornada de ocho horas; otras secciones reflejaban las condiciones locales. Esto es especialmente cierto de las disposiciones con respecto a las huelgas, arma que los trabajadores habían estado utilizando tan efectivamente en años recientes. La impresión es que aunque la constitución hacía difícil los paros patronales, hacía las huelgas relativamente fáciles; se pensaba que ésta era la única forma de elevar los tradicionalmente bajos salarios de los trabajadores mexicanos.

Al reducir el periodo presidencial a los cuatro años en que consistía originalmente, la constitución por último disponía que se convocaran elecciones de Poderes Federales en el futuro próximo.

Carranza prestó la protesta de ley el 31 de enero de 1917. Puede haber tenido dudas acerca de sus cláusulas sociales y económicas, pero no se preocupó por ellas, ya que tenían que llevarse a cabo mediante leyes especiales, en sí un procedimiento que llevaba tiempo. Sin embargo, el espíritu nacionalista del documento probablemente lo satisfizo; incluso antes de su toma de posesión como presidente el 1º de mayo, Carranza estaba enredado en dificultades con Woodrow Wilson. Aunque proclamó la neutralidad de México después de que los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania en abril, Carranza hizo saber que sus simpatías estaban con Alemania. Al final, con objeto de evitar dificultades con su vecino del Sur, el Departamento de Estado de los Estados Unidos aprobó el embarque de municiones al gobierno mexicano. México aprendió cómo aprovechar la participación de los Estados Unidos en la Primera Guerra mundial⁵⁶.

Siguiendo el patrón conocido, Carranza pudo conseguir que sus partidarios fueran elegidos gobernadores en la mayoría de los estados; unos cuantos eran sus parientes: por ejemplo, su yerno el general Cándido Aguilar dejó el gabinete para convertirse en gober-

nador de Veracruz, su estado natal. También los parientes de sus colaboradores más cercanos fueron favorecidos, tal como el hermano de su ministro de hacienda, que fue electo para la gubernatura de Puebla, su estado natal⁵⁷. Pero Carranza no siempre tuvo éxito; por ejemplo, en Sonora, el general Plutarco Elías Calles, que se sabía debía lealtad a Obregón, estaba en el timón. Este último renunció como ministro de guerra al mismo día que Carranza prestó juramento como presidente constitucional; por "razones de salud", Obregón renunció a su comisión como general y regresó a su hacienda de Sonora. Obregón, viudo con dos hijos desde 1907, se había vuelto a casar un año antes⁵⁸ y su renuncia podía interpretarse como el deseo de dedicarse a su vida privada y, en vista de su incapacidad física, quizás de retirarse totalmente de la vida pública. Pero esto por supuesto se interpretó más bien como una indicación de que no quería que se le hiciera responsable de la futura política de Carranza y de que en 1920 aspiraría a la candidatura presidencial. Iturbide, Guerrero, Santa Anna y Díaz, todos habían renunciado para retirarse a sus haciendas antes de dar el salto al poder supremo; por supuesto ahora el término "hacienda" caído en desuso, pero la mecánica de la situación era idéntica. En México se había vuelto tradición que los que deseaban convertirse en caudillos debían sentirse suficientemente fuertes para retirarse temporalmente de una posición de poder. Si Obregón hubiera permanecido en el gabinete de Carranza, podría haber llegado a la presidencia sin derramamiento de sangre. Desgraciadamente, la tradición requería que un futuro caudillo ejecutara una revuelta militar, preferiblemente desde su estado natal.

Obregón tenía buenas razones para creer que los campesinos y los obreros lo apoyarían. La mayoría del Congreso estaba insatisfecha con el lento ritmo de la reforma agraria⁵⁹; hasta el yerno del presidente estaba mostrando algo de impaciencia. Sin embargo, las comisiones agrarias locales continuaron otorgando tierras a los pueblos y hasta 1920 éstos habían recibido 132,000 hectáreas. Pero la ley de reforma agraria prometida por la Constitución ni siquiera fue propuesta al Congreso. Como Madero antes que él, Carranza parecía carecer del sentido de urgencia. Mientras tanto, los precios en alza forzaron a los asalariados a ir a la huelga para pedir mayores salarios; como los patrones no estaban acostumbrados a aumentar los sueldos por iniciativa propia, sencillamente tenían que ser forzados a hacerlo. Sin embargo, muchas huelgas fueron suprimidas por el gobierno. Como estaba distanciado del gobierno, Obregón se encontraba en situación de capitalizar el descontento agrario y laboral. Aunque considerado como partidario de la reforma social y como inspirador de los artículos radicales de la Constitución, en realidad no había aclarado sus puntos de vista;

se resistía a ser clasificado en asuntos de teoría política. Sin embargo, se le conocía como un realista nato con un agudo sentido del humor, poco frecuente en los estadistas mexicanos.

El 1º de junio de 1919 Obregón anunció su tan esperada candidatura. Aunque reconociendo los méritos de Carranza, Obregón declaraba que los dirigentes sin escrúpulos habían traicionado a la revolución. Implícitamente condenaba el reciente asesinato de Emiliano Zapata, haciendo así un obvio llamado para el apoyo agrario y, en general, al respaldo popular. Se necesitaba una nueva dirección, decía Obregón, que él proporcionaría. Y sin embargo Obregón no se identificaba con ningún grupo ni ideología; declaró que no estaba ofreciendo ningún programa, pues los programas "al fin resultan prosa rimada"⁶⁰. Dos meses después, sin embargo, firmó un pacto secreto con la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM) —federación de sindicatos obreros fundada un año antes— en el que a cambio del apoyo a su candidatura se comprometía a promover los derechos de los asalariados y a crear el ministerio del trabajo encabezado por quien recomendaran los dirigentes laborales; esto significaba que la CROM recomendaría a su dirigente Luis Morones, un antiguo electricista. Consecuentemente, lejos de permanecer por encima de programas y partidos, Obregón aceptó un programa muy definido que beneficiaba a un cierto grupo e incluso a un cierto individuo. Al unirse al sector laboral, Obregón siguió las huellas de Carranza, que lo había hecho en menor escala en 1914.

En esta etapa, Carranza todavía podría haber decidido respaldar a Obregón y los acontecimientos posteriores demostraron que fue una locura no haberlo hecho. Carranza no hubiera podido reelegirse de ninguna manera, de modo que ¿por qué no dejarle la presidencia a su antiguo ministro de guerra? En cambio, Carranza escogió como su candidato a Bonillas, embajador mexicano en los Estados Unidos; fue una mala selección, porque los embajadores en Washington podían ser sospechosos de haberse vendido a los Estados Unidos. Obregón era conocido por favorecer las reformas radicales, mientras que Bonillas, cuando fuera presidente, probablemente seguiría los consejos de Carranza; el sagrado principio de la no reelección se frustraría de esa manera. La oposición le atribuyó estos motivos al presidente. Pero Carranza tenía una vena idealista; después de todo, su rebelión contra Huerta no pudo haber sido motivada por sed de poder o de dinero. Creía en un gobierno de civiles y no de militares. Carranza y Bonillas, los dos civiles, eran poco contrincante para las huestes militares. Sin embargo, la situación difería de los anteriores conflictos entre el ejército y el gobierno civil. Aunque el levantamiento de Díaz contra Lerdo no podía ser considerado como reaccionario, el régimen de Díaz

resultó ser más conservador que los gobiernos civiles de Juárez y Lerdo. Ahora el ejército, o cuando menos su representante más popular, era más progresista que civiles como Carranza, Cabrera o Bonillas. Con su victoria sobre Huerta, Carranza socavó los mismos cimientos del sistema al que él y Madero estaban vinculados.

Obregón no se refirió en vano al asesinato de Zapata. El nuevo dirigente del movimiento zapatista, Gildardo Magaña, un joven educado con antecedentes de clase media, orientó entonces al movimiento hacia Obregón. Zapata no hubiera aprobado esto, pero estaba muerto. Por lo tanto, a fines de marzo de 1920 las dos fuerzas se aliaron contra Carranza⁶¹, acontecimiento que habría de salvar la vida de Obregón dos semanas después. El candidato estaba realizando su campaña por todo el país y en un momento de descuido, obedeció una orden de presentarse ante un juzgado de la ciudad de México. Cuando estaba allí, aumentó la tensión entre su estado natal, Sonora, y el gobierno federal. Obregón, en peligro inminente de ser arrestado, pudo escapar disfrazado de ferrocarrilero, exactamente como lo había hecho Madero diez años antes. El pacto de Obregón con los trabajadores funcionó; sin duda los trabajadores del ferrocarril contribuyeron grandemente al triunfo revolucionario. El tren se dirigió hacia el Sur, al estado de Morelos, donde los rebeldes agraristas se encargaron de que el candidato quedara fuera del alcance de Carranza. Los fieles seguidores de Obregón en Sonora proclamaron la revolución el 23 de abril con el Plan de Agua Prieta que declaraba al gobernador del estado, Adolfo de la Huerta —sin parentesco con Victoriano Huerta— como presidente provisional en lugar de Carranza. Como civil, de la Huerta probablemente fue escogido para contrarrestar la propaganda antimilitar de Carranza.

Carranza y sus colaboradores más cercanos abordaron un tren para Veracruz. Era demasiado tarde. Todo el país estaba sumido en un caos. En el estado de Puebla el tren fue atacado; Carranza tuvo que abandonarlo y se internó con una escolta y un puñado de amigos en la escarpada sierra. Allí, en el poblado de San Antonio Tlaxcalantongo, Carranza fue asesinado durante la noche del 20 de mayo de 1920. Unos cuantos días después, el Congreso nombró a Adolfo de la Huerta presidente interino de México. Como se esperaba, las elecciones presidenciales otorgaron una mayoría abrumadora a Obregón, que prestó juramento como presidente la noche del 30 de noviembre de 1920. Un nuevo ciclo en la historia de México había comenzado.

VI

LAS REFORMAS SOCIALES 1920 — 1940

La fusión de los encumbrados y los débiles. . . permitió al estado levantar la cabeza después de sus múltiples desastres.

Tucídides, "La caída de los Cuatrocientos",
Historia de la Guerra del Peloponeso

El medio año de la presidencia de Adolfo de la Huerta resultó ser útil. Ahora que Carranza estaba muerto, no había razón para que Villa continuara luchando. Dos meses después de la muerte de Carranza, el gobierno acordó conceder a Villa una hacienda de 80,000 hectáreas, donde establecería su residencia permanente con una escolta de cincuenta hombres escogidos por él y pagados por el ministerio de guerra; el singular documento de rendición condicional fue firmado el 28 de julio de 1920¹. El gobierno tuvo que comprar primero la propiedad, pero bien valía su precio de 800.000 pesos. Villa se retiró a la vida privada y probablemente realizó el sueño de toda su vida. Donde Carranza había fracasado con la fuerza de las armas, Huerta tuvo éxito con la buena voluntad; de allí en adelante podía contar con la lealtad de Villa.

Cuando Obregón tomó posesión el 1^o de diciembre, no sucedió nada. Villa probablemente supuso que la presencia de De la Huerta en el gabinete era suficiente garantía de que el presidente cumpliría con el pacto. El país que había perdido alrededor de un millón de ciudadanos² deseaba la paz, y Obregón capitalizó este deseo. Sobre todo, se necesitaba la paz para la reconstrucción del país devastado. La extracción de petróleo a lo largo de la costa oriental era casi la única actividad próspera. El presidente, hombre de negocios por su propio derecho, quería fomentar la industria y la agricultura e igualmente cumplir sus compromisos con los trabajadores y los campesinos; pero pronto se vio claro que era difícil realizar simultáneamente tanto un programa económico como social. Los inversionistas difícilmente querían comprar tierras que el gobierno podía quitarles, ni invertir en industrias que podrían fracasar como

resultado de las excesivas demandas de los trabajadores. La destrucción del poder de las antiguas clases gobernantes había creado un vacío que llenó el ejército y éste a su vez, necesitaba el apoyo de los trabajadores y los campesinos. Aunque las demandas de los trabajadores industriales estaban siendo satisfechas bastante fácilmente por la formación de sindicatos y el aumento de los salarios, las demandas de los campesinos parecían requerir una vasta transferencia de propiedades, como lo prometía la Constitución de 1917. Sin embargo, Obregón se resistía a estas demandas y evitó su realización en el Norte de México; después de todo, estaba proyectando ampliar su rancho de Sonora, que ulteriormente llegó a ser una propiedad de 3,500 hectáreas cultivadas por hasta 1,500 jornaleros³. Sin embargo, el centro y el oriente de México eran un asunto distinto; allí; en dos estados, Morelos y Yucatán, Obregón llevó a cabo las promesas de la revolución. En Morelos los hacendados estaban entonces arruinados o en el exilio y los ingenios habían sido quemados, de modo que allí la economía nacional no sufriría con reformas agrarias; además Obregón compensaría así a los soldados de Zapata que le habían salvado la vida y ayudado a llegar a la presidencia. Hizo ésto fraccionando las haciendas y dándoles una cuarta parte del área total del estado a los pueblos. Las haciendas se quedaron con una parte pequeña de su tierra. Por ejemplo, la más bien chica propiedad de Atlacomulco, perteneciente a descendientes del conquistador que residían entonces en Italia, tuvo que ceder 1,289 hectáreas a los pueblos vecinos y 195 hectáreas a sus propios habitantes que habían sido sus peones; las 2,206 hectáreas originales se redujeron a 722⁴. En Yucatán, no existió ningún movimiento similar al de Zapata, porque los mayas no habían olvidado su derrota en la guerra de las castas. Tal vez en parte para debilitar la oligarquía local que siempre estaba haciendo lo posible por lograr un gobierno autónomo, si no independiente, las autoridades mexicanas estimularon a los campesinos mayas para que exigieran tierras. El presidente Obregón dividió entre ellos casi una quinta parte del área del estado; así Yucatán estaba más unido a México. En suma, durante los cuatro años de su gestión, Obregón distribuyó alrededor de un millón de hectáreas, ocho veces más que Carranza.

No obstante, Obregón tenía buenas razones para restringir la reforma agraria. No tenía que temer a los hacendados cuyo poder había quebrantado; más bien tenía que temer la posibilidad de que los Estados Unidos ejercieran presión militar sobre México. Después de la Primera Guerra mundial, cuando Europa estaba ocupada con sus problemas, el vecino del Norte había surgido como un coloso; más aún, el recién electo presidente Harding tenía amigos relacionados con las grandes compañías, especialmente compañías petro-

leras con intereses en México. Además, Obregón no había sido reconocido por el gobierno norteamericano como gobernante legítimo de México. Se desató una campaña en la prensa de los Estados Unidos en contra del México "bolchevique". Las compañías petroleras temían, o pretendían temer la posibilidad de que sus propiedades fueran confiscadas y que sus concesiones fueran anuladas como resultado de la Constitución de 1917; los terratenientes norteamericanos, especialmente en Chihuahua y Sonora, también estaban vehementemente en contra de la pendiente implantación de las cláusulas agrarias de la constitución. La atmósfera era tensa. Obregón debe haber recordado el aforismo atribuido a Porfirio Díaz: "Pobre de México, tan lejos del cielo y tan cerca de los Estados Unidos".

Obregón aceptó las realidades que confrontaba; limitó la reforma agraria básicamente a las regiones más al Sur, en particular a Morelos y Yucatán donde no habría terratenientes norteamericanos. Desde luego no podía anular la Constitución de 1917, pero fuera de su apoyo al sector laboral, no dio pasos que enfurecieran a las compañías petroleras. Su tarea primordial, como él la consideraba, consistía en lograr el reconocimiento diplomático que haría posible obtener un préstamo extranjero para financiar una reconstrucción⁵. Pero con objeto de lograr el reconocimiento, tenía que hacer concesiones; en particular, tenía que llegar a un acuerdo con el Comité Internacional de Banqueros con intereses en México, que actuaba en representación de los acreedores extranjeros de la deuda pública mexicana. Obregón decidió llegar a un acuerdo con ellos a cualquier precio: su ministro de hacienda, Adolfo de la Huerta, y Thomas W. Lamont de la firma J.P. Morgan, firmaron un acuerdo en junio de 1922 mediante el cual México aceptaba que su deuda extranjera aumentara casi 368 millones de pesos. El incremento de la deuda consistía en bonos ferroviarios hasta entonces no garantizados por el gobierno; puesto que los ferrocarriles habían sido administrados por el gobierno desde tiempo de Carranza, los banqueros llegaron a la conclusión de que México debía garantizar todas las obligaciones ferroviarias. La deuda total de este modo se elevó a más de mil millones de pesos; agregándole el interés acumulado el total subió a casi 1,500 millones. Durante la llamada conferencia de Bucareli que tuvo lugar en la Ciudad de México de mayo a agosto de 1923, México cedió "extraoficialmente" el subsuelo a las compañías petroleras existentes. Después de esta concesión final, los Estados Unidos reconocieron a Obregón a fines de agosto de 1923⁶.

Ya era hora. Ahora que la reelección estaba descartada constitucionalmente, los presidentes mexicanos tenían que hacer frente al problema, desconocido para Porfirio Díaz, de seleccionar a su

sucesor. Díaz podía dedicar todo su tiempo a la administración; él no tenía que preocuparse acerca de la sucesión; su reelección se daba por un hecho. Pero ahora, además del trabajo administrativo, los presidentes tenían que vigilar la política: algunos de los miembros más prominentes del gabinete que se creían merecedores del puesto más elevado preparaban el terreno para su candidatura, discretamente al principio y más abiertamente a medida que pasaba el tiempo, con la esperanza de que el presidente decidiera a su favor. Como las ambiciones individuales chocaban y esto podía estorbar el trabajo armonioso de la administración, el presidente hacía todo lo que estaba en sus manos para posponer la decisión. La pregunta en la mente del presidente era: ¿el perdedor o los perdedores acatarían su decisión o harían su campaña de oposición al candidato escogido por él? En este caso, los desilusionados con la selección del presidente podrían unirse e invitar al país a sublevarse contra el gobierno. Después de todo, Obregón mismo no había reconocido al elegido de Carranza y se había levantado con éxito. Esto podría repetirse fácilmente. Por lo tanto, para Obregón era esencial reanudar las relaciones diplomáticas normales con Washington: así, en caso de que los elementos insatisfechos se levantaran contra el gobierno, podría contar con obtener armas de los Estados Unidos. Pero, mientras no fuera reconocido, Washington podía declarar el embargo a todos los envíos de armas a México y ésto podría favorecer a la facción rival, especialmente en caso de que estuviera respaldada por las compañías petroleras. El recuerdo de la guerra civil estaba fresco. Las elecciones presidenciales estaban programadas para el primer domingo de julio de 1924 y se consideraba necesario aproximadamente un año para la campaña electoral. Más aún, como el Artículo 82 de la Constitución estipulaba que el futuro presidente no podría ausentarse del país durante el último año anterior a las elecciones, el candidato oficial obviamente tenía que saber con un año de anticipación que él era el elegido por el presidente; si no, podía echar a perder los planes del presidente y, desde luego, sus propias probabilidades. Sin embargo, era difícil contenerlo para que no proclamara su candidatura. Consecuentemente, puede suponerse que Obregón le comunicó su decisión a su candidato, Calles, alrededor de mediados de 1923, pero que lo mantuvieron en secreto hasta que se anunció la reanudación de relaciones con Washington. Esto sucedió el 31 de agosto; Calles hizo pública su candidatura el 5 de septiembre⁷.

En realidad, Obregón había estado considerando a dos posibles candidatos: Adolfo de la Huerta, el secretario de Hacienda y Calles, secretario de Gobernación. Ambos eran sonorenses y ambos habían sido sus amigos y colaboradores durante años. Los dos tenían importantes puestos en el gobierno: De la Huerta, que era

civil, encajaba bien en la secretaría de hacienda pública y el general Calles, como ministro del interior, se mantenía en estrecho contacto con los gobernadores estatales y las unidades del ejército. Como De la Huerta había ocupado la presidencia durante medio año en 1920 —con el único propósito de darle el sello de aprobación oficial a la elección de Alvaro Obregón— algunos pensaban que era el sucesor lógico. Muy probablemente él mismo lo creía así. Cualquiera que hayan sido las cualidades de De La Huerta, Obregón decidió que las sobrepasaba el vínculo entre éste y Francisco Villa. Si De la Huerta llegaba a ser presidente no era difícil imaginarse a su gobierno bajo la influencia de Villa. Esto, por supuesto, podría poner en peligro la misma vida de Obregón. Cualquier temor, si tenía alguno, que Obregón pudo haber abrigado fue apaciguado con el asesinato de Villa en julio de 1923. La posición de De la Huerta se debilitó y sus sospechas aumentaron. Renunció al gabinete unas cuantas semanas después de que Calles anunció su candidatura⁸.

Los acontecimientos se desarrollaron rápidamente hacia su desenlace lógico y amargo. De la Huerta proclamó una rebelión militar dos meses y medio después de su renuncia. Contaba con el apoyo de grandes sectores del ejército que había llegado a ser de más de 100,000 hombres cuando Obregón asumió el poder a finales de 1920⁹ y que Obregón subsecuentemente había reducido en 40,000. Por lo tanto tuvo que encarar una situación similar a la que se enfrentó Juárez en y después de 1867. En ambos casos, el estado de la economía del país había requerido una reducción drástica de los gastos militares, con la diferencia de que durante 1867-1876 un héroe militar y nacional aprovechó el descontento del ejército contra dos presidentes civiles, mientras que ahora un dirigente civil a la cabeza de los sectores descontentos del ejército competía desventajosamente con un héroe militar y nacional en el poder. En caso de que parte o la mayoría del ejército se sublevara, Obregón podía movilizar a las organizaciones campesinas y sindicales y así mismo comprar armas en los Estados Unidos. Hizo ambas cosas, el levantamiento fue aplastado y Calles fue elegido debidamente por una abrumadora mayoría.

No es imposible que Obregón tuviese razones que sólo él conocía para escoger a Calles. Mirando hacia atrás, parece legítimo especular que Obregón hubiera concebido originalmente la idea de reelegirse, siguiendo el ejemplo establecido por Díaz que en 1880 había puesto a su amigo González en la silla presidencial; alguien con sus excepcionales dotes ciertamente podría prever los acontecimientos con años de anticipación. Plutarco Elías Calles —conocido como Calles— venía de una vieja familia de Sonora: su bisabuelo había sido gobernador y hacendado; su padre fue diputado y

prefecto. Sin embargo, Calles fue hijo ilegítimo; como otros dirigentes revolucionarios sonorenses, era un autodidacta.

Había un miembro del gabinete a quien Obregón nunca consideró como posible sucesor: su secretario de educación, el escritor y filósofo José Vasconcelos. Y sin embargo, viendo hacia atrás y como lo revela en el tono de su autobiografía, *El desastre*, Vasconcelos fue profundamente lastimado por la selección de Obregón¹⁰. El estímulo que dio Vasconcelos a la educación elemental así como a las artes y a la cultura en general fueron, sin duda, el logro más positivo del periodo de Obregón; pues aunque las presiones externas impidieron al presidente llevar a cabo su programa social y económico, no afectaron a la educación y a la cultura. Sea como fuere, Vasconcelos estaba justamente orgulloso de las realizaciones de su gestión y es verosímil suponer que aspiraba a la más alta recompensa. Vasconcelos, periodista maderista en 1910, había sido secretario de educación en el fugaz gobierno villista establecido en la Ciudad de México en 1914. Su hostilidad hacia Carranza le ayudó en 1920 a ser nombrado por Huerta rector de la Universidad Nacional. Este fue el escalón para ser nombrado secretario de educación pública por Obregón. La contribución singular de Vasconcelos como ministro de educación pública fue el establecimiento de la educación rural elemental. La educación primaria, desarrollada por Juárez sobre bases modernas y extendida por Porfirio Díaz, había sido principalmente un fenómeno urbano. Las áreas rurales estaban cubiertas por escuelas parroquiales en los municipios dirigidas por el clero y por escuelas en las haciendas, sostenidas por los terratenientes. Las escuelas rurales eran por supuesto insuficientes y esto explica el alto nivel de analfabetismo en 1910: el 70 por ciento de la población total de más de diez años de edad era analfabeta¹¹. Más aún, el Artículo 3º de la Constitución de 1917 había prohibido las escuelas manejadas por el clero y podía anticiparse que los hacendados ya no podrían o no querían continuar subsidiando a las escuelas, dado el ambiente hostil a ellos. Se necesitaba un nuevo enfoque. Inspirándose en la actividad de los misioneros españoles durante la época colonial, Vasconcelos canalizó el entusiasmo revolucionario de los maestros para fundar escuelas en regiones a menudo remotas donde se hablaba poco español¹². En ese tiempo más de un millón de mexicanos no hablaba español¹³. Como los maestros titulados eran insuficientes, frecuentemente se emplearon voluntarios. Así comenzó la llamada escuela rural; las escuelas no sólo enseñaban a los niños a leer y escribir—en español, desde luego, pues el gobierno continuó con la política de integrar a los indios en la nación mexicana de habla española—sino que así mismo instruía a los adultos en artes, oficios, agricultura moderna e higiene. La escuela frecuentemente se convertía en el

centro social del pueblo y de este modo era reminiscente de las antiguas misiones católicas. Es consecuencia, así como Cabrera se inspiró en la Nueva España para la reforma agraria, también Vasconcelos lo hizo con sus proyectos educativos. Las escuelas rurales, que no existían en 1921, llegaban a 2,000 en 1925, el principio del gobierno de Calles.

Vasconcelos también era patrocinador de las artes y bajo sus auspicios nació la pintura mural mexicana. Sus creadores, Diego Rivera y José Clemente Orozco, querían divulgar ideas revolucionarias; Rivera cubrió los muros de la Secretaría de Educación con sus pinturas y Orozco pintó murales en la Escuela Nacional Preparatoria, que había sido una vez el colegio del que Sebastián Lerdo de Tejada fue rector. El pintor más profundo del muralismo mexicano, Orozco, había acompañado a los trabajadores revolucionarios carrancistas a Veracruz en 1914¹⁴. Los revolucionarios se establecieron en un convento abandonado en Orizaba y en una iglesia vacía imprimían un periódico para el que Orozco proporcionaba las caricaturas; también hizo carteles para las masas analfabetas. Sus murales de 1922 eran en parte propaganda revolucionaria. Aunque a Vasconcelos le debe haber disgustado el sesgo antihispánico especialmente evidente en la obra de Diego Rivera, en general los murales encajaban en su esquema de educación popular. Así fue como ateos como Orozco y Rivera y el filósofo idealista Vasconcelos encontraron temporalmente una meta común; sin embargo, pronto habrían de separarse.

Cualesquiera que hayan sido sus verdaderos sentimientos, Vasconcelos se inclinó ante la selección presidencial de Obregón; pero permaneció indiferente durante el levantamiento de Huerta y sin hacer ningún esfuerzo para ocultar su antipatía por Calles, renunció al gabinete tan pronto como éste fue elegido en julio de 1924. Vasconcelos encontró consuelo en la filosofía durante los años siguientes; en uno de sus tratados aboga por la fusión de todas las razas, de la cual surgiría la superior "raza cósmica" iberoamericana¹⁵. (Sin embargo, diez años después Vasconcelos se enorgullecía de su ascendencia hispánica pura)¹⁶.

Después de Vasconcelos la instrucción pública fue dirigida principalmente por Moisés Sáenz, discípulo de John Dewey y predicador protestante — caso único entre los funcionarios y políticos mexicanos — y para 1932 había 6,800 escuelas rurales¹⁷. No obstante, el analfabetismo era difícil de derrotar. A pesar del enorme esfuerzo, en 1930, 60 por ciento de la población mayor de diez años todavía no podía leer ni escribir, disminución de tan sólo 10 por ciento desde 1910; por supuesto, el total de la población también había aumentado, de más de 15 millones en 1910 y 14.3 millones en 1921, a 16.5 millones en 1930¹⁸.

Ahora que se había reestablecido el orden en el país y el gobierno mexicano estaba reconocido por los Estados Unidos, Calles estaba en mejor situación que Obregón para fomentar el desarrollo económico. Invitó a Alberto Pani, secretario de hacienda desde la renuncia de Huerta en 1923, a que continuara en el gabinete. Pani era un ingeniero civil ya prominente durante los últimos años del régimen de Díaz; como universitarios, los ingenieros, los abogados y los médicos eran parte de la élite social, siempre que tuvieran éxito en su carrera o que fueran de nacimiento encumbrado. Pani se había unido al movimiento maderista y desde entonces ocupó puestos importantes bajo todos los presidentes revolucionarios, Madero, Carranza, Obregón y ahora Calles, y así se ganó el desprecio de Vasconcelos. Aunque lo haya negado, el humanista y pedagogo Vasconcelos quizás habría esperado ser recompensado por Madero con la subsecretaría de educación pública y se sintió menospreciado cuando Madero concedió ésta al ingeniero Pani, acomodado técnico. La primera tarea de Pani consistió en negociar un nuevo acuerdo con los acreedores extranjeros. En junio de 1924 Obregón había suspendido los pagos acordados en 1922; culpó abiertamente a Huerta por haber firmado un contrato oneroso para México. La verdad era que, como el gobierno mexicano estaba reconocido por los Estados Unidos, México ya no necesitaba la buena voluntad de los acreedores¹⁹. Consecuentemente, Pani obtuvo con los acreedores en 1925 una reducción de la deuda exterior. Además, los acreedores renunciaron a la posibilidad de adquirir algunas de las mejores tierras del país. La Caja de Préstamos, mencionada en el capítulo IV, era un banco controlado por el gobierno con el que menos de cien hacendados habían hipotecado sus propiedades en 50 millones de pesos durante el periodo de 1908 a 1910²⁰. La Caja recibió esta cantidad del extranjero y ahora los acreedores extranjeros podían en cualquier momento echar mano a valiosos bienes raíces. En el arreglo negociado por Pani, el propio gobierno mexicano se hizo responsable de los bonos de la Caja y éstos dejaron de ser garantizados por sus hipotecas y propiedades. Huelga decir que los hacendados no pudieron recobrar sus propiedades hipotecadas; algunas de éstas fueron utilizadas para colegios agrícolas y otros proyectos gubernamentales, mientras que otras fueron entregadas a bancos privados en 1927, especialmente al Banco Nacional de México, como pago parcial de las reservas de oro y plata incautadas por Carranza²¹. Daba lo mismo. Incluso si algún hacendado cauteloso, dadas las circunstancias no muy perspicaz hubiera rescatado su hipoteca con el banco, no habría disfrutado de su propiedad por mucho tiempo; hubiera sido repartida posteriormente como resultado de la reforma agraria.

Pani tuvo el mismo éxito con las mejoras económicas y financieras nacionales. El aumento en la extracción de plata hizo posible que el gobierno ahorrara más de 50 millones de pesos del producto de la acuñación. Estos se utilizaron como capital inicial en 1925 del Banco de México, controlado por el gobierno, que iba a tener el monopolio de la emisión de billetes. Después de casi una década de circulación exclusiva de monedas, la introducción de los billetes tomó mucho tiempo en arraigar. Pani también encontró medios para financiar la construcción de grandes obras de irrigación y de carreteras modernas; la construcción continuó en las administraciones subsecuentes hasta alcanzar la etapa que conocemos hoy en día.

Tanto la producción industrial como agrícola —ésta poco menos— se elevaron bruscamente en 1925²² después del estancamiento de los tiempos de Obregón y los últimos años del régimen de Díaz. La minería, excluyendo al petróleo, que había bajado alrededor de 40 por ciento durante la guerra civil, alcanzó su nivel prerrevolucionario con Obregón y continuó su ascenso pronunciado con Calles. El incremento empezó antes de las reformas de Pani y por lo tanto no puede atribuírsele completamente a ellas. El capital para la expansión de la minería vino del extranjero, con excepción de empresas mexicanas tales como la Fundidora de Monterrey. El capital para la expansión industrial y agrícola probablemente vino de algunas de las antiguas familias terratenientes y banqueras de la era de Díaz.

Afortunadamente para su supervivencia, muchos hacendados tenían establecimientos comerciales y bienes raíces en las ciudades y con el espíritu emprendedor que habían heredado de sus ancestros, ahora podían utilizar sus ganancias ya fuera para reactivar sus empobrecidas propiedades rústicas o para invertir en nuevas industrias. Más aún, algunos de los hacendados más ricos habían sido banqueros en tiempos de Díaz y ahora continuaron en esa profesión. Los más afortunados eran propietarios de las relativamente pocas haciendas en las afueras de las grandes ciudades, que entonces crecían rápidamente como resultado del éxodo del campo de los habitantes desocupados. Dichas tierras después se urbanizarían, aumentando así en vez de disminuir la riqueza de los terratenientes²³. Finalmente, algunos de los propietarios rurales empobrecidos encontraron puestos respetables en los bancos o consiguieron suficiente crédito para establecer un negocio.

El capital ocioso y la mano de obra barata esperaban un estímulo. Lo recibieron de Calles, que estaba decidido a dar garantías a la empresa privada. En el campo, las guardias agraristas organizadas en 1923 para combatir el levantamiento contra el gobierno, causaron dificultades; Calles las desarmó con ayuda del ejército y la

policía²⁴. La reforma agraria al mismo tiempo se aceleró y aunque Calles por naturaleza no era hombre del campo, se otorgaron más tierras a los pueblos durante su régimen: 3 millones de hectáreas comparadas con un millón durante el régimen de Obregón. La reforma agraria procedió sin afectar adversamente la producción agrícola. La mano de hierro del nuevo presidente se dejó sentir todavía más en la industria, obstaculizada hasta entonces por las huelgas. El secretario de industria y trabajo de Calles era Luis Morones, antiguo empleado de la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza²⁵ y después dirigente de una federación sindical, la CROM. Morones no se sintió suficientemente recompensado por Obregón, que le había dado un puesto menor, aunque remunerativo, violando así el pacto de 1919. Por lo tanto las huelgas, que habían sido controladas por Carranza, se multiplicaron bajo Obregón; en 1924, el último año de su gobierno, hubo 136 huelgas con 24,000 participantes. En 1925, el primer año del régimen de Calles, el número de huelgas bajó a 51 con 9,861 huelguistas y en 1928 se redujeron casi a nada. Aunque los miembros de la CROM aumentaron, esto solamente tuvo como resultado fortalecer el control gubernamental de los sindicatos. Después de todo, Morones no sólo era ministro del trabajo sin también de industria. Mientras tanto, la energía revolucionaria de los trabajadores mexicanos había encontrado una salida en actividades terroristas contra la iglesia.

La iglesia en general se opuso a Madero y después apoyó a Huerta. Esta política resultó ser funesta. Madero como espiritista era tolerante con todos los credos y permitió que se organizara un partido nacional católico, algo que hubiera sido imposible con Porfirio Díaz. La democracia con Madero era tan completa que el partido logró que varios de sus candidatos fueran elegidos gobernadores estatales. Por su propio interés, la iglesia debió haber apoyado a Madero contra los levantamientos del ejército que plagaban entonces a México. Pero no lo hizo y consecuentemente, casi todos los dirigentes revolucionarios tanto militares como civiles, eran todavía más anticlericales que sus precursores de 1857. Así, el Artículo 130 de la Constitución de 1917 prohibía los partidos políticos con cualquier referencia a la religión en su nombre. Pero la constitución no prohibía la formación de sindicatos laborales católicos. Probablemente nunca se les ocurrió a la diputados que la iglesia lograría organizar a los trabajadores. Aprovechando esta omisión en la constitución, brotaron sindicatos laborales católicos que se integraron en una federación en 1922²⁶; la mayoría de sus miembros estaban en Jalisco y Michoacán. Esto resultaba una competencia incómoda para la CROM, que había heredado el anticlericalismo fanático de los fundadores anarquistas españoles de la Casa del Obrero Mundial; la CROM recurrió a actos terroristas. Los

ataques dinamiteros a las iglesias aumentaron en 1925, al principio del régimen de Calles. Mientras que durante la guerra de 1858 a 1860 el ataque se había limitado a las propiedades de la iglesia, ahora estaba en juego la misma sobrevivencia de la iglesia y la religión. Los sindicatos católicos en las ciudades fueron suprimidos fácilmente, pero ahora la lucha se extendía al campo: los campesinos del Bajío —en los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato— muchos de los cuales poseían tierras y consecuentemente no estaban interesados en lemas agraristas— se levantaron contra el gobierno al grito de “Viva Cristo Rey”. En un pueblo de Michoacán los campesinos acababan de comprarle tierras a un hacendado; la misma propiedad era reclamada por aparceros y peones sin tierras que venían de otros lugares y había peligro de que la compra de los campesinos fuera anulada por el gobierno. Los campesinos contemplaban a la reforma agraria como su enemigo y por lo que se sublevaron bajo la dirección de su cura. Muchos otros pueblos hicieron lo mismo. La guerra de guerrillas en que fueron quemadas muchas escuelas y mas de noventa sacerdotes fusilados, fue lo que caracterizó al resto del gobierno de Calles²⁷.

Se estaba acercando el momento en que el presidente tendría que dar a conocer su decisión acerca de su sucesor. Todos los miembros del gabinete de Calles, excepto el secretario de guerra, Amaro, y el de trabajo, Morones, eran graduados de la universidad o cuando menos habían asistido a escuelas de enseñanza superior. Calles, ex-maestro de escuela primaria, se sentía algo inferior en su compañía; a Obregón no le hubiera importado, porque sus dotes intelectuales compensaban su carencia de educación formal. Pero Calles no era de la misma estatura. De los dos miembros autodidactas del gabinete, Calles prefería la compañía de Morones a la del taciturno Amaro. El ministro del trabajo pensó por un tiempo que él sería el candidato, pero a mitad del periodo presidencial se vio claro que Obregón aspiraraba a la reelección y hacia fines de 1926 el Congreso modificó la constitución para permitir una, sólo una, reelección presidencial no consecutiva²⁸; la modificación se publicó en enero de 1927. El método que escogió Obregón era exactamente el mismo que utilizó Porfirio Díaz; una vez reelecto ¿haría Obregón que el Congreso enmendara la constitución nuevamente con objeto de permitir una segunda y posteriormente una reelección indefinida? ¿O se conformaría con la primera enmienda, que haría posible que Calles se reeligiera a su vez? Sin duda estas preguntas estaban en mente de todos. Un año después, en enero de 1928, una nueva enmienda aumentaba el periodo del siguiente presidente a seis años; Díaz había hecho lo mismo en 1904.

Nunca se sabrá si Obregón le ofreció la candidatura presidencial a Calles en 1923 con la condición de que se le regresara en 1928.

A principios de su periodo Calles había construido su propio aparato político, —las organizaciones sindicales controladas por Morones; también logró demostrar que era diferente y en muchas formas mejor administrador que Obregón. Sin embargo, hacia fines de 1926, Calles y Obregón deben haberse puesto de acuerdo sobre la candidatura de Obregón. Morones fue probablemente el único miembro del gabinete que se sintió defraudado con la candidatura de Obregón y no ocultó su hostilidad.

Los intentos de individuos ambiciosos y capaces de perpetuarse en el poder siempre presentaron un problema en México, donde la clase media educada era republicana y liberal, mientras que la población indígena y campesina, acostumbrada durante siglos a obedecer a la oligarquía terrateniente, estaba más inclinada a someterse al dominio del ejército personificado por un monarca o un autócrata. El contraste entre la clase media urbana y la población rural ha sido siempre una de las causas fundamentales de las guerras y revoluciones en la historia mexicana. Iturbide, Santa Anna y Porfirio Díaz, cada uno a su vez intentó y el último logró perpetuarse en el poder. El civil Juárez fue una excepción, porque él logró continuar indefinidamente en funciones sólo gracias al apoyo republicano y liberal; más aún, fue el más afortunado de todos porque fue separado de la presidencia sólo por la muerte. Pero si Santa Anna mejoró a Iturbide y Díaz a Santa Anna, Obregón no mejoró a Díaz; recurrió al mismo burdo y ahora obsoleto método de reelección. Obregón podía justificar su reelección diciendo que no había otros generales capaces de gobernar al país. El propio Calles, con su desacertado ataque a la iglesia, había dividido a los campesinos. Como resultado, Obregón parecía el candidato adecuado. Sin embargo, unos cuantos generales no compartían su opinión y apresuradamente se sublevaron durante los primeros días de octubre de 1927. La revuelta fue cortada en flor, pero todavía quedaba por verse cómo reaccionaría el país en general a la reelección. Parecía prudente mejorar las relaciones con los Estados Unidos que eran tensas entonces; el obstáculo principal eran las compañías petroleras norteamericanas, como siempre a favor de una intervención militar en México. Sin embargo, en los Estados Unidos, después de las revelaciones del escándalo conocido como Teapot Dome, la opinión pública ya no apoyaba una intervención militar en México. La producción de petróleo en México disminuyó en un 50 por ciento de 1921 a 1926; los pozos petroleros existentes se estaban agotando y las compañías no perforaron nuevos en una atmósfera de incertidumbre²⁹. El efecto en los ingresos del gobierno mexicano fue desastroso; se requerían medidas correctivas inmediatas. México y los Estados Unidos se encontraron a medio camino; la tensión disminuyó cuando Dwight

Morrow, socio de la casa bancaria J. P. Morgan Co., fue nombrado embajador en México en septiembre de 1927 e inició lo que posteriormente llegó a conocerse como la política de buenavercindad. Obregón fue reelegido el 1º de julio de 1928, pero diecisiete días después fue abatido por un terrorista católico.

Se convirtió así en el quinto importante dirigente revolucionario que fue asesinado, compartiendo el destino de Madero, Zapata, Carranza y Villa. Mientras que todos los revolucionarios sobresalientes tuvieron un fin violento el destino fue más amable con los conservadores y los reaccionarios: Porfirio Díaz murió en 1915 y Limantour veinte años después, ambos en París. Mientras que Madero fue muerto por haberse atrevido a alterar la paz del régimen de Díaz, el general Huerta murió en el exilio en 1916 y el perpetuo conspirador, Félix Díaz, muchos años después, en 1945, casi a los ochenta años. Solamente Reyes tuvo un fin violento, pero en una batalla, no ante un pelotón de fusilamiento o por asesinato. El destino de los dirigentes de la revolución de 1910-1920 fue reminisciente de los principales luchadores por la independencia mexicana de un siglo antes, Hidalgo, Allende, Morelos y Guerrero; los tres primeros ejecutados por órdenes de las autoridades virreinales y el cuarto como víctima de la reacción nacional. Nuevamente, los dirigentes del partido y del ejército realista tuvieron mucha mejor suerte; los que permanecieron en México se salvaron promoviendo o uniéndose al movimiento de independencia. El némesis alcanzó a uno de ellos, Iturbide, algún tiempo después, pero otros como los generales Bustamante y Santa Anna vivieron hasta una avanzada edad. La revolución liberal de 1867 había tenido un comienzo similar, pero al final Juárez hizo que Maximiliano de Habsburgo y unos cuantos generales mexicanos pagaran la sangre de Ocampo con sus vidas.

Cuando Obregón cayó abatido por las balas del asesino, el pánico se apoderó de los que estaban presentes en el banquete organizado en el pacífico suburbio de San Angel para celebrar su victoriosa reelección. Al extenderse las noticias en la ciudad, muchos políticos reaccionaron con desesperación. Era cierto que Calles todavía era presidente —su periodo expiraba el 30 de noviembre— pero, como el propio asesino declaró poco después, Obregón era la base del edificio en que Calles se apoyaba³⁰. Calles no había asistido al banquete para mantener las apariencias, pues se suponía que el candidato había sido elegido sin el apoyo del gobierno; la separación de la administración y la política también se mantuvo para apoyar la ficción de que la candidatura había surgido espontáneamente desde abajo y que la campaña resultante había sido llevada a cabo por elementos populares. La desesperación de los políticos cedió el paso a la sospecha de que Morones era res-

ponsable del asesinato³¹ y esto implicaba la responsabilidad del propio Calles como protector de Morones. Aunque pronto se estableció que solamente un pequeño grupo de terroristas católicos estaba involucrado, muchos continuaron creyendo que detrás había una conspiración mayor. Carranza fue considerado políticamente responsable de la muerte de Zapata; Obregón, a su vez, por el fin de Carranza, y el asesinato de Villa podría atribuirse a Obregón o a Calles, o a ambos. No parecía tener sentido que la iglesia atacara a Obregón, que había hecho saber, aunque naturalmente no en público, que tenía la intención de terminar con la guerra religiosa. A partir del principio de *cui prodest*, se infería que la muerte de Obregón sólo beneficiaría a Calles, pues ahora él mismo podría buscar la reelección.

Calles no perdió la cabeza. Antes de fines de julio, apaciguó a los partidarios de Obregón nombrando secretario de gobernación a Portes Gil y despidiendo a Morones. Por fortuna para él a corto plazo y todavía más afortunadamente para México a largo plazo, el mes siguiente discurrió un nuevo método para gobernar al país. Ahora que el último gran caudillo nacional había desaparecido, anunció al Congreso el 1º de septiembre que el país debería gobernarse mediante las leyes y las instituciones. Desde luego esto se parecía un poco al aforismo de que "el sucesor de Díaz debe ser la ley", pero Calles explicó que por instituciones se refería a los partidos políticos. Tal vez por decencia y modestia, tal vez por temor, rehusó ocupar el puesto de Obregón y declaró solemnemente que nunca aspiraría nuevamente a la presidencia, aunque si fuera necesario, podría asumir poderes militares. Terminaba garantizando a la nación la conducta del ejército³². Ya sin Obregón, obviamente sólo Calles podía asegurar una transmisión pacífica de la presidencia pero de ese modo retendría una considerable medida de poder, especialmente si se elegía a un presidente civil.

Esto ocurrió cuando el Congreso eligió al secretario de gobernación, un maestro y abogado, Emilio Portes Gil, como presidente interino a partir del 1º de diciembre, por un periodo lo suficientemente largo para que un partido político nacional se organizara, seleccionara a un candidato presidencial y realizara su campaña electoral. El 30 de noviembre, Calles le entregó el puesto a su sucesor y al día siguiente, mientras Portes Gil empezaba su trabajo con un gabinete básicamente similar al anterior, el ex-presidente anunció la formación del Partido Nacional Revolucionario que unificaría los numerosos partidos existentes con los nombres de "agrario", "socialista", y similares, así como las organizaciones de campesinos que habían recibido tierras del gobierno³³. Este fue el instrumento ideado por Calles para reservarse el control del gobierno, porque mientras que vigilaría al ejército a través de Amaro, el mi-

nistro de guerra, manipularía la política a través del nuevo partido.

Aarón Sáenz, de treinta y siete años de edad y hermano menor del bien conocido pedagogo, parecía ser el segundo en el mando en el nuevo partido de Calles. Sáenz había trabajado para Obregón desde 1913 y con Calles como secretario de relaciones exteriores; después sirvió como gobernador de Nuevo León, su estado natal, y más recientemente como director de la campaña de Obregón. Durante el trágico banquete Sáenz había estado a la izquierda de Obregón. Discreto, como correspondía a un protestante en un país donde todos eran católicos o librepensadores, Sáenz era uno de los pocos políticos que pudieron conservar la amistad tanto de Obregón como de Calles. Este era el hombre que Calles escogió para la presidencia. Sin embargo, en la convención del partido, celebrada durante los primeros meses de 1929 en Querétaro, Sáenz fue vencido por las maniobras de Portes Gil y otros³⁴. En primer lugar, la confederación sindical (CROM), que antes constituía el baluarte de Calles, ahora empañada como resultado de la muerte de Obregón, no se unió al partido³⁵. Por lo tanto las organizaciones campesinas y no las laborales, dominaron la convención. Una década después, Portes Gil escribió que Sáenz no era hombre que atrajera a los campesinos y al pueblo en general, sino más bien a los industriales, lo que sería natural para alguien que había nacido en el corazón fabril de México³⁶. De modo que se escogió a Ortiz Rubio, un candidato de transacción. Sin embargo, aunque se privó a Sáenz de la presidencia, se convirtió en el fabricante más importante de azúcar y alcohol en México. En el norte de México se desarrollaron nuevos campos de caña y se construyeron nuevos ingenios de azúcar y puede suponerse que Sáenz no sólo representaba en ellos a sus intereses propios sino también los de Obregón y Calles³⁷. Unido a Calles por lazos familiares³⁸, las relaciones de Sáenz con los presidentes sucesivos siguieron siendo buenas.

En marzo de 1929, algunos generales se sublevaron contra esa prolongación del régimen de Calles. Calles asumió el ministerio de guerra y con ayuda de las guardias agraristas derrotó a la insurrección; renunció nuevamente a fines de mayo y salió de viaje a Europa. Calles consideraba que el país estaba bajo control seguro. No estaba equivocado. En primer lugar, Portes Gil, el presidente provisional, llegó a un arreglo con la iglesia. Al hacer concesiones ambos bandos, el culto católico, que había sido suspendido tres años antes por el clero como protesta contra la persecución, se reanudó a mediados de 1929³⁹. Portes Gil, que no era amigo de la iglesia, logró pacificar al país, lo que Calles, utilizando métodos violentos, no había podido lograr. El asesinato de Obregón había convencido al gobierno que no podría regir indefinidamente a México en oposición a la iglesia.

Mientras tanto, las elecciones presidenciales estaban programadas para noviembre; el candidato oficial, Ortiz Rubio, tenía como opositor a José Vasconcelos. Vasconcelos, el ex-ministro de educación, se había abstenido de participar en política durante el gobierno de Calles y no se había opuesto a la reelección de Obregón. Ahora que Obregón había desaparecido, quedaba libre para expresar su odio por Calles y así, a la primera oportunidad se convirtió en el candidato presidencial de la oposición. Su blanco favorito durante la campaña fue el embajador norteamericano, Morrow, y acusó a los dirigentes nacionales de México de haberse vendido a los Estados Unidos. De hecho, la campaña era reminiscente de la crítica conservadora que se levantó casi exactamente un siglo antes contra los liberales y Poinsett, el primer representante norteamericano en México. El apoyo principal de Vasconcelos residía no en los trabajadores y campesinos organizados, sino sólo entre los poco numerosos intelectuales, sus discípulos y antiguos estudiantes, todos ellos creyentes en la superioridad del "idealismo" hispanoamericano sobre el "materialismo" de los Estados Unidos. De aquí que Vasconcelos estuviera destinado a perder. Después de las elecciones, se fue a los Estados Unidos donde escribió, entre otras cosas, una historia de México, anti-norteamericana y antiprotestante⁴⁰.

Calles regresó después de las elecciones en diciembre de 1929 y casi inmediatamente expresó su preocupación acerca del rápido ritmo de la reforma agraria. En un año Portes Gil había distribuido más de un millón de hectáreas, mientras que Calles había repartido 3 millones en cuatro años. Sin embargo, antes de que los dos pudieran chocar, Portes Gil entregó el puesto al presidente electo Ortiz Rubio a principios de febrero de 1930, al que Calles pronto sometió a su control. Fue con Ortiz Rubio que la posición de Calles fue institucionalizada. Llegó a ser conocido como el "jefe nato" del partido y como el "jefe máximo de la revolución", título que utilizaba especialmente el periódico *El Nacional*, publicado por el partido⁴¹. En la práctica significaba que las comisiones visitaban primero a Calles y después al presidente, lo que por supuesto no contribuía al prestigio de la más alta investidura. Calles también asistía a las juntas del gabinete y llegó a considerar que ésto era su derecho⁴². Para un hombre de precaria salud como Calles, que pasaba una gran cantidad de tiempo en casas de campo, balnearios y visitas a sanatorios extranjeros, esta posición era una solución perfecta.

De modo que cuando Calles declaró, en junio de 1930, que la reforma agraria era un fracaso y sugería que debía terminarse tan pronto como fuera posible para acabar con la incertidumbre en el campo⁴³, la redistribución de la tierra en los años siguientes se re-

dujo bruscamente⁴⁴. La ley federal del trabajo expedida en 1931 para satisfacer las promesas de la Constitución de 1917, especificaba, entre muchas otras cosas, los derechos de los trabajadores agrícolas permanentes⁴⁵; la implicación era que la hacienda tradicional con sus peones acasillados estaba allí para quedarse.

Por lo tanto todos se sorprendieron cuando Calles sugirió en una entrevista concedida a finales de mayo de 1933 que la reforma agraria debía reanudarse. (Para esa fecha, Ortiz Rubio ya no era presidente; con su continuo barajar de gabinetes, Calles le había hecho tan difícil la vida que renunció y en septiembre de 1932 el Congreso eligió a Abelardo Rodríguez, un amigo cercano y socio de negocios de Calles, para que ocupara el puesto por el resto del periodo, hasta noviembre de 1934). En la entrevista, Calle empezaba por repetir su ya conocida declaración, de que el reparto agrario hasta entonces era un fracaso desde un punto de vista económico debido al tamaño pequeño de las parcelas ejidales, pero que por supuesto había sido necesaria para destruir el poder de los terratenientes⁴⁶. Sin embargo, como los hacendados no podían reestablecer el peonaje, Calles propuso que la distribución de la tierra a los pueblos debía reanudarse hasta terminarla totalmente durante el siguiente periodo presidencial; con el resultado de que desaparecerían cuando menos cuatro quintas partes del peonaje. Simultáneamente, el gobierno debía obligar a los propietarios a subdividir el resto de sus propiedades y venderlas en fracciones para que los ejidatarios que no estuvieran satisfechos con sus mezuquinas parcelas pudieran comprarlas y se convirtieran en agricultores modernos. Así se originaría una saludable economía mixta que conduciría al progreso. Ya era hora, concluía Calles, de formular un detallado programa de acción para los siguientes seis años. Como jefe máximo de la revolución, Calles era, aunque fuera en menor grado, heredero del prestigio de Obregón, así como éste en cierta forma había heredado el prestigio de los caudillos anteriores. Puesto que las declaraciones de los caudillos a la prensa se consideraban como *ex cathedra*, las sugerencias del ex-presidente fueron aceptadas sin discusión.

Desde 1930, cuando Calles frenó la distribución de tierras a los pueblos, una crisis había sacudido a la economía mundial hasta sus propios cimientos. En México, que dependía tanto de las exportaciones y el mercado mundial, produjo un desastre. Aunque la producción agrícola para el mercado nacional, especialmente el maíz, permaneció bastante estable, dependiendo sólo de una buena o mala cosecha, los cultivos de exportación como el algodón y el henequén en general declinaron en más de la mitad —si se considera más bien el valor que el volumen⁴⁷. Una declinación similar tuvo lugar en la minería y la metalurgia. La caída en la extracción de

plata y de petróleo había comenzado incluso antes de 1930, debido a la desmonetización mundial del metal, al gradual agotamiento de los pozos existentes y a la renuencia de las compañías para perforar nuevos pozos. El resultado fue la desocupación masiva en el campo, mucho más elevada que lo que admitían las estadísticas oficiales, pues por costumbre los sin trabajo se iban a vivir con sus parientes: "donde come uno, comen dos"⁴⁸. Durante el periodo de 1930 a 1932, la superficie dedicada al cultivo de productos de exportación, probablemente se redujo a la mitad y el número de trabajadores agrícolas disminuyó en proporción semejante. Esto debe haber llevado a la conclusión de que debía permitirse a los campesinos desocupados practicar la agricultura de subsistencia —es decir, el cultivo del maíz— en las tierras ahora desocupadas. De esta manera se liberaría a los hacendados de su deber tradicional de alimentar a sus peones.

La depresión fortaleció las tendencias nacionalistas y socialistas dondequiera; en los Estados Unidos, Roosevelt inauguró su Nuevo Trato en marzo de 1933 y en abril envió a Josephus Daniels, su amigo personal, como embajador a México. Cualquier acuerdo en cuanto a la terminación de las reformas sociales que Calles haya podido cerrar con el embajador Morrow a cambio de concesiones por parte del comité de acreedores extranjeros, ahora parecía inválido. Se presentó una oportunidad única para llevar a cabo la reforma agraria y la nacionalización de la riqueza del subsuelo, ambas prometidas por la Constitución de 1917 pero pospuestas durante años.

Los efectos de la depresión así como la actitud tolerante de Washington explican el resurgimiento repentino del movimiento agrario en la primavera de 1933. Puesto que se sabía que Calles había frenado la reforma en el pasado, el movimiento agrario parecía ser una rebelión contra el "maximato". La pregunta era, ¿quién será el próximo presidente? En los círculos políticos se pensó que el país necesitaba un presidente fuerte, un hombre de valor y carácter que pudiera terminar el periodo de seis años y sacara a México del atolladero en que se encontraba después de la muerte de Obregón. Quienquiera que fuera el siguiente presidente, sin embargo, no debería poder reelegirse nunca, bajo ninguna circunstancia. Por lo tanto, en abril de 1933 el Congreso anuló la enmienda de Obregón y reforzó con los términos más categóricos la prohibición constitucional de la reelección. El hecho de que Calles no pudiera, ni siquiera en un caso extremo, volver a ser presidente nunca, tenía que reducir su autoridad. Entonces, el 1º de mayo Portes Gil y otros políticos, actuando en nombre de las ligas agrarias de varios estados, expidieron un manifiesto instando a la reanudación de la reforma agraria y la designación del general

Lázaro Cárdenas, el secretario de guerra, como candidato presidencial del partido oficial. Después de servir como gobernador de Michoacán, su estado natal, Cárdenas había ocupado varios puestos en el gabinete; era muy trabajador, eficiente, modesto y leal a Calles. Cárdenas tenía el apoyo de los amigos de Calles como Aarón Sáenz y el de dos hijos de Calles, uno de los cuales era gobernador de Sonora⁴⁹. Sin embargo, éstos no hablaban por su padre; parece que él hubiera preferido a otro candidato. Pero no pudo detener la marea de la opinión pública y cuando Cárdenas renunció dos semanas después y aceptó su candidatura, Calles en la entrevista mencionada arriba, cambió su actitud acerca de la reforma agraria. ¿Cambió su punto de vista bajo la presión de los acontecimientos o simplemente trató de aprovechar la coyuntura? Su sinceridad fue sometida a prueba medio año después, cuando el Partido Nacional Revolucionario se reunió en Querétaro —siempre el ominoso Querétaro— para discutir el proyecto del Plan Sexenal, que había sido preparado mientras tanto por el gobierno. (La entrevista de Calles de mayo 1933 recuerda la de Porfirio Díaz en 1908. Las circunstancias de ambas parecen haber sido semejantes; así también lo fueron sus consecuencias —el fin de ambas dictaduras.)

La reforma agraria en la práctica se había restringido a distribuir la tierra a los pueblos; hasta entonces no se había repartido ninguna tierra de las haciendas entre los peones acasillados. La razón era obvia: si se les daba la tierra a los peones, las haciendas no sólo perderían sus tierras bien situadas, sino también su fuerza de trabajo. Sería el fin de la hacienda como tal. Daba la coincidencia de que no sólo Obregón sino también Calles y la mayoría de los generales más sobresalientes habían adquirido haciendas; ciertamente eran pequeñas comparadas con las de la oligarquía de Díaz, pero una hacienda con agricultura intensiva y cría de animales podía ser tan lucrativa como una de las antiguas propiedades. Por lo tanto el proyecto del Plan Sexenal no mencionaba a los peones acasillados. Cuando el maestro de escuela y dirigente agrario de San Luis Potosí, Graciano Sánchez, propuso en la convención de Querétaro que debería otorgarse a los peones acasillados el derecho de obtener tierras, el representante de los intereses de Calles, editor de *El Nacional*, aceptó la propuesta en principio pero declaró que el problema requería más estudio; el asunto era *dónde* podrían o deberían obtener la tierra los peones. En la Asamblea se levantó un alboroto y la convención finalmente aprobó el derecho, bajo ciertas condiciones, de los peones permanentes a recibir tierras⁵⁰. De allí en adelante, la hacienda estaba destinada a la extinción.

En asuntos laborales, el Plan Sexenal era más radical⁵¹. El

partido y el gobierno debían unirse a los trabajadores en “la lucha de clases inherente al sistema de producción” y debería fortalecer a los sindicatos obreros. Sin embargo, el plan no especificaba a dónde debería conducir la lucha de clases. Dada la tendencia mundial hacia la autosuficiencia, el plan recomendaba que México debería estimular la creación de nuevas industrias; los productos del rico subsuelo también deberían industrializarse tanto como fuera posible. El plan no aclaraba quién debería estar encargado de este proceso, si el estado o la iniciativa privada; sí declaraba, sin embargo, que la formación de cooperativas debería ser alentada. A pesar de haber adoptado para el programa un término en boga en la Rusia Soviética, parecería que algunos de sus creadores tenían en mente una transformación gradual de la sociedad mexicana al socialismo cooperativista. Cárdenas, que fue designado por la convención como candidato presidencial del partido el 6 de diciembre, aclaró este punto en uno de sus discursos de la campaña: los instrumentos de la producción se darían a “las masas proletarias organizadas”; la revolución mexicana progresaría hacia el socialismo pero no hacia el comunismo de estado “porque no armoniza con la naturaleza de nuestro pueblo. . . ni deseamos sustituir al patrón individual con el estado como patrón”⁵².

La convención resolvió que el Plan Sexenal debería entrar en vigor inmediatamente. Incluso antes de fines de 1933, el Congreso modificó el Artículo 27 de la constitución y tres meses después aprobó el Código Agrario, una ley detallada que reglamentaba a la constitución⁵³. Su característica importante era el límite establecido sobre la división de la tierra. En primer lugar, las construcciones de cualquier clase y las obras de irrigación quedaban excluidas de los repartos. También quedaban exentas las propiedades de tierras irrigadas cuya superficie no excediera de 150, o en ciertos casos de 100 hectáreas y las propiedades de tierras de temporal hasta 300 y 200 hectáreas respectivamente; las plantaciones de ciertos cultivos tropicales quedaban libres hasta 300 hectáreas; las tierras sembradas con alfalfa y cultivos de importancia industrial como el henequén podrían quedar completamente exentas en ciertas condiciones, como igualmente las tierras dedicadas a la caña de azúcar en propiedades con ingenios que pertenecieran al dueño de la tierra, hasta la cantidad necesaria para proporcionar caña para la producción normal. Los límites máximos para propiedades privadas parecían bastante razonables, pues todavía permitían que la agricultura productiva fuera posible. Los terratenientes tenían derecho de escoger la tierra que quedaría libre de nacionalización. Dichas unidades no sujetas a expropiación se llamaron pequeñas propiedades. La ley también estipulaba que la tierra cultivable otorgada a los pueblos y a otros centros de población debería sub-

dividirse inmediatamente en propiedades individuales. El tamaño de las parcelas no se especificaba; obviamente dependía de la superficie de la tierra expropiada y del número de solicitantes. Los beneficiarios serían propietarios de sus parcelas individuales con las siguientes limitaciones: nunca podrían vender, hipotecar ni arrendar sus parcelas. De allí en adelante, los campesinos estarían protegidos pero al mismo tiempo obligados a cultivar su tierra con sus propias manos; se establecieron castigos para los infractores. Por lo tanto no era una verdadera propiedad sino más bien usufructo; la propiedad quedaba escriturada a los pueblos. El cultivo individual que predominaba en México era el maíz, sin embargo, ciertos cultivos requerían el esfuerzo combinado de los campesinos o jornaleros. En este caso, la ley declaraba que dichas tierras deberían mantenerse y cultivarse en forma colectiva y que bancos especiales del gobierno organizarían la producción y la venta. Los bosques y los pastos otorgados a los pueblos seguirían siendo propiedad común. Toda la tierra otorgada de acuerdo con la reforma agraria se llamaba ejido (la ley le dio un nuevo significado a este antiguo término); además de los ejidos, los pueblos podían poseer aún propiedad comunal de los años anteriores y los campesinos podían poseer individualmente propiedades privadas heredadas de sus ancestros, aparte de los ejidos. El resultado tenía que ser complicado. La diferencia importante era que las tierras ejidales y sus nuevos propietarios estarían bajo control gubernamental. Finalmente, la ley facilitaba la tramitación; como resultado, el reparto de tierras en 1934 se elevó a 680,000 hectáreas, varias veces más que el año anterior.

Sin embargo, la agitación laboral también aumentó: el número de huelgas saltó de trece con 1,000 participantes en 1933 a 202 con casi 15,000 participantes el año siguiente. La balanza se inclinaba hacia la izquierda.

Para entonces, la economía mexicana se había recuperado parcialmente de la depresión. La moneda había sido devaluada de su tipo de 2 pesos a 3.60 pesos por dólar. Como resultado, la balanza de exportación que se había reducido a sólo 120 millones de pesos en 1933, subió en un año a 310 millones⁵⁴. El Banco de México finalmente logró persuadir al público a que aceptara sus billetes y la circulación aumentó de 1.5 millones en enero de 1932 a 100 millones a mediados de 1934. Mientras la economía se recuperaba, Cárdenas estaba realizando su campaña en el campo, visitando los pueblos y hablando con los campesinos. Como el triunfo electoral del candidato oficial se daba por un hecho; él viajaba por el país principalmente con objetivos post-electorales: deseaba familiarizarse con las necesidades de la gente común y establecer contactos personales con ella. En esto Cárdenas tuvo tanto éxito que estableció el precedente para sus sucesores.

No era difícil para Cárdenas comprender a los campesinos. Había nacido en el pueblo michoacano de Jiquilpan en 1895, y solía ayudar a su abuelo, que fue soldado en el ejército republicano en época de Juárez, a cultivar 2 hectáreas de tierra arrendada⁵⁵. Su padre era artesano textil y posteriormente pequeño comerciante. Las oportunidades en el pueblo eran limitadas, de modo que el muchacho empezó a trabajar en la oficina local del gobierno a la edad de catorce años y luego en una imprenta. De allí se unió a la revolución en 1913. Varios años después, conoció a otro paisano de Michoacán, el general Francisco Mújica. El padre de Mújica había sido maestro de escuela y él mismo había estado en un seminario que dejó para trabajar como empleado y periodista radical. En 1910, se unió a Madero en Texas y tres años después firmó el Plan de Guadalupe de Carranza. Fue miembro del Congreso Constituyente y probablemente uno de los principales autores de las secciones radicales de la nueva constitución. Once años mayor que Cárdenas, Mújica parecía predestinado a ejercer una fuerte influencia sobre aquél, cuya educación formal se había limitado a la escuela primaria. Pasaron juntos los años de 1926 a 1927 en Veracruz. La leyenda, negada por Mújica y nunca admitida por Cárdenas, dice que allí, en las cálidas noches tropicales, Mújica le exponía las doctrinas del socialismo a su joven amigo⁵⁶. Después de eso, Mújica cayó en desgracia con los siguientes presidentes. Cárdenas lo rescató de la oscuridad cuando lo trajo a su gabinete como secretario de Industria y Comercio el 1º de diciembre de 1934.

Mújica era quizás el único verdadero partidario de Cárdenas en un gabinete compuesto en su mayoría por hombres asociados con Calles; el ministro de comunicaciones era Rodolfo Elías Calles y el de agricultura, Garrido Canabal, amo del estado bananero de Tabasco, y fanático hacendado anticatólico⁵⁷. Portes Gil, ministro de relaciones exteriores, tal vez podría calificarse como independiente. Aun suponiendo que el nuevo presidente intentara sacudirse el yugo de Calles, el gabinete podía impedirse. Tranquilo, Calles partió a Los Angeles para tratamiento médico.

Desde el primer día, Cárdenas rechazó vivir en el Castillo de Chapultepec, construido en un cerro que domina a la capital; había sido un símbolo de autoridad desde tiempos de Porfirio Díaz⁵⁸. El presidente empezó a llevar a cabo el Plan Sexenal. La distribución de la tierra en 1935 casi cuadruplicó la de 1934⁵⁹. La agitación laboral dio frutos: las huelgas aumentaron a 642 con 145,000 participantes en 1935; era significativo que, al contrario del año anterior, los fallos de los tribunales laborales (las Juntas de Conciliación y Arbitraje), en la mayoría de los casos eran favorables a los trabajadores. Como los precios subían, las huelgas en las que se pe-

dían mejores salarios y mayores prestaciones no eran sorprendentes.

Después de casi medio año de ausencia, Calles regresó a México y en junio hizo una declaración a la prensa contra la continua agitación laboral; no culpaba a "un sincero amigo de los trabajadores como el general Cárdenas"⁶⁰, sino al dirigente obrero Lombardo Toledano, hijo de una empobrecida familia burguesa, que había sido secretario de Morones. (A principios de 1936, Lombardo había de fundar, con apoyo del presidente, la Confederación de Trabajadores Mexicanos, CTM). Todos creían que el presidente le haría caso a Calles o renunciaría. Hecho curioso, *El Nacional*, el periódico del partido, no publicó la declaración⁶¹, la primera señal de que el aparato ya no obedecía al jefe máximo. Poniendo sus promesas electorales por encima de su lealtad a Calles, Cárdenas reorganizó su gabinete, sustituyendo a los amigos de Calles con partidarios suyos. Desconcertado, Calles salió de México. Cuando regresó de nuevo medio año después, Cárdenas mientras tanto había reorganizado todas las ramas del gobierno, incluyendo al ejército. Finalmente el presidente hizo expulsar del país a Calles y a unos cuantos de sus partidarios más cercanos en abril de 1936. Por primera vez en la historia de México, se eliminaba a un caudillo sin derramamiento de sangre. Sin embargo Calles, en contraste con el carismático Obregón, tal vez no era un verdadero caudillo. El golpe incruento fue sorprendentemente fácil; demostró cuán débil había sido Calles en realidad.

Habiendo eliminado el maximato, Cárdenas amplió su apoyo popular acelerando la reforma social. El 1º de mayo invitó a regresar a los generales y políticos exiliados por Obregon y Calles⁶². La mayoría se clasificaba como conservadora. Cárdenas fue al extremo de abrir las puertas a Porfirio Díaz hijo, que regresó después de una ausencia de un cuarto de siglo, así como a José Vasconcelos a quien se permitió ridiculizar al México socialista del futuro como instrumento de los banqueros de Wall Street⁶³. Como político, Vasconcelos era inofensivo y por lo tanto se le dejó tranquilo. Después de todo, su nacionalismo extremo podría ser útil. Con el tiempo, Vasconcelos encontró la paz en el seno de la iglesia católica; su virulento antiyankismo sobrevive en el anti-imperialismo de la actual extrema izquierda mexicana.

El presidente estaba preparando un reparto agrario a gran escala; era de esperarse la oposición, tal vez incluso armada, de los terratenientes. Lo que se necesitaba era la neutralidad de la iglesia, que era difícil pero no imposible de obtener ahora que la dictadura de Obregón y Calles había terminado. El nuevo gabinete de 1935 había puesto en claro que los decretos anticlericales más extremos serían abolidos: el nuevo ministro de agricultura era el general

Cedillo, un antiguo campesino revolucionario y conocido como bastante amigo de la iglesia; al hombre a quien Cedillo reemplazaba, Garrido Canabal, se le ofreció un puesto diplomático en el extranjero y su dominio del estado de Tabasco fue destruido bajo presión del gobierno y una rebelión de los católicos locales⁶⁴. El decreto de Garrido Canabal que ordenaba a los sacerdotes que se casaran, así como otros decretos anticlericales, fueron declarados anticonstitucionales. Como la iglesia ya no era una gran propietaria de tierras, había una esperanza razonable de que la reforma agraria a gran escala podría tener éxito.

La distribución de la tierra se aceleró inmediatamente. El Código Agrario de 1934 había establecido límites definidos para la subdivisión de las haciendas; la Ley Federal del Trabajo de 1931 no había previsto la nacionalización de las empresas privadas. Cárdenas necesitaba una base legal para su política de socializar los medios de producción, tanto rurales como urbanos. Por lo tanto, en septiembre de 1936 envió al Congreso el proyecto de ley que le otorgaba amplio poder para expropiar toda clase de propiedades o empresas privadas. La ley entró en vigor unas cuantas semanas después. El presidente les había dicho a los industriales en febrero que si estaban cansados de las demandas incesantes de sus trabajadores, podían entregarles sus fábricas a ellos. Esto sucedió realmente con algunas minas pequeñas y fábricas que ya no eran lucrativas como resultado de los salarios mínimos siempre en aumento, entre otras cosas. Los salarios mínimos también eran aplicados en la agricultura; las huelgas se hicieron tan frecuentes en ésta como en la industria. Las huelgas de los trabajadores del campo fueron dirigidas principalmente por agitadores sindicales urbanos; parecía próximo el día en que la Confederación Mexicana de Trabajadores, dirigida por el marxista Lombardo, controlaría no sólo a los trabajadores ciudadanos sino también a los peones de las haciendas⁶⁵. La CTM podría convertirse en la fuerza más poderosa del país. Esto iba en contra del programa socialista-cooperativista de Cárdenas y también en contra de su convicción de que los campesinos no eran de ninguna manera inferiores a los trabajadores de la ciudad ni a los intelectuales⁶⁶. Así fue que cuando los peones de las ricas haciendas algodoneras del distrito de La Laguna fueron a la huelga para pedir aumento de salarios y prestaciones durante la cosecha de 1936, Cárdenas ordenó el reparto inmediato de todas las haciendas. La mayor parte de la tierra fue para los peones; dado el hecho de que allí se cultivaba el algodón con riego, podía sembrarse colectivamente, con crédito y bajo supervisión del gobierno. Los hacendados conservaron el resto. Cárdenas comentó en su diario que en este caso era imposible traer a campesinos sin tierras de otras regiones para que solicitaran las tierras restantes en

La Laguna⁶⁷, aunque ésta era una práctica habitual. Como los peones acasillados en muchos casos no deseaban solicitar la tierra y el gobierno estaba decidido a destruir la hacienda, a menudo se obligaba a los peones a hacerlo importando campesinos sin tierras.

Los hacendados por su parte practicaban la venta real y ficticia de sus tierras a los peones, arrendatarios o aparceros. El mismo Cárdenas aprobó una venta semejante de una propiedad en pequeñas fracciones a compradores de verdad⁶⁸. Pero en la mayoría de los casos dichas ventas se rechazaban porque se pensaba que las haciendas simplemente estaban tratando de evadir la ley, perpetuar su dominio sobre la tierra y la gente. Los hacendados que no tenían otra propiedad frecuentemente quedaban completamente arruinados, porque aun cuando se obedeciera el Código Agrario, lo que no siempre sucedía, sus vidas podrían haber corrido peligro si se quedaban en la hacienda. Azuela, como siempre simpatizante de los pobres y los oprimidos, describió a un hacendado convertido en proletario en su nueva novela *Avanzada*. También describió, con menos simpatía, a otro hacendado que había sido lo bastante listo para encontrar un puesto importante en un ingenio azucarero socializado⁶⁹. Cuando se obedecía al código, los terratenientes conservaban las mejores tierras, aun cuando éstas pudieran haber sido sólo una parte muy pequeña de su propiedad original⁷⁰. Huelga decir que la división de las propiedades desorganizó la producción; especialmente dañó la ganadería porque los hacendados se quedaron sin tierras en que pastara su ganado.

El reparto de la tierra, que en 1936 llegó a 3.6 millones de hectáreas, aumentó el año siguiente a más de 5 millones. Cooperativas campesinas bajo control gubernamental —llamadas ejidos colectivos se establecieron en Yucatán en agosto de 1937; ésto, junto con la construcción del ferrocarril de Yucatán a Veracruz, enlazó más estrechamente a la península con México⁷¹. En octubre de 1937, las tierras fértiles e irrigadas de Sonora, que pertenecían en parte a ciudadanos de los Estados Unidos y en parte a políticos del grupo de Obregón y Calles, fueron divididas. En la esfera no agrícola, los Ferrocarriles Nacionales fueron nacionalizados en junio; ésto fue la culminación lógica de la política iniciada treinta años antes por Limantour. Cárdenas entregó los ferrocarriles a una cooperativa de trabajadores en 1938. El Banco de México siguió inyectando dinero a la circulación⁷² y financiando proyectos gubernamentales como la nueva presa para el distrito alodonero de La Laguna y la compra de equipo agrícola para los ejidos colectivos. Mientras tanto, la reorganización y modernización de la industria azucarera estaba en marcha. La fuente principal de azúcar en el México prerrevolucionario, los ingenios de Morelos, habían

sido devastados durante la guerra civil de 1910-1920. Cuando Cárdenas asumió el poder, la mayoría de las tierras de las haciendas allí ya pertenecían a los campesinos. Unos cuantos de los viejos ingenios privados estaban funcionando nuevamente, pero eran insuficientes; además; eran pequeños de acuerdo con normas modernas, pues cada hacienda en el sobrepoblado estado de Morelos había insistido en tener su propio ingenio. Utilizando fondos del gobierno, Cárdenas construyó un gran ingenio para la región entera y a principios de 1938 se lo entregó a una cooperativa de obreros azúcareros y campesinos⁷³. Un año después, el presidente expropió un moderno ingenio azucarero, establecido en 1930 con un préstamo del Banco de México y propiedad de Aarón Sáenz; allí se organizó una cooperativa semejante⁷⁴. Sin embargo, el programa del presidente, como lo expone en su diario⁷⁵, para transformar gradualmente los ingenios azucareros privados en cooperativas de obreros y campesinos, fue interrumpido por otros acontecimientos.

La única industria que no se había recuperado de la depresión o que se había recuperado sólo en parte, era la industria petrolera. Sobra decir que la agitación laboral en los campos petroleros aumentó con Cárdenas y que los trabajadores estaban apoyados por el gobierno. Por tradición, las compañías se consideraban como una nación dentro de otra nación; hacían préstamos al gobierno mexicano⁷⁶ y trataban con él de igual a igual. Se llegó a una desavenencia irreconciliable cuando la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje otorgó a los trabajadores petroleros un aumento del 27 por ciento en los salarios, además de prestaciones sociales, pero las compañías se negaron a acatar esta disposición, alegando que el aumento total en realidad representaría alrededor del 100 por ciento, lo que declararon exagerado e imposible de satisfacer. Era obvio que nunca podrían reestablecer su influencia y que continuarían manteniendo la extracción del petróleo al mínimo. Esto chocaba con los intereses del gobierno mexicano. De modo que Cárdenas nacionalizó sus propiedades el 18 de marzo de 1938 y entregó su administración a los trabajadores petroleros⁷⁷.

Las disposiciones anteriores de socialización, especialmente en el campo agrícola, habían afectado principalmente a ciudadanos mexicanos. Por mucho que los hacendados hayan podido odia a Cárdenas, no tenían recurso o apoyo extranjero. La expropiación de las compañías petroleras, en cambio, provocó una reacción inmediata de dos poderosos países; la Gran Bretaña, cuyos súbditos eran dueños de los mejores campos petroleros, negó a México el derecho de nacionalizar la propiedad de sus súbditos y cortó las relaciones diplomáticas; los Estados Unidos solamente exigieron un pago justo y expedito mientras que parte de su prensa renovó

sus ataques contra el México "comunista". La economía de México sufrió un boicot cuando las compañías petroleras lo obligaron a vender petróleo a Alemania e Italia. Muchos mexicanos se imaginaron que otra invasión militar extranjera estaba en camino. Hasta ese momento, Cárdenas había sido atacado en su país por haberse vendido a Wall Street o a Rusia. En una oleada patriótica, ahora todo mundo lo apoyó, incluyendo el arzobispo de México. Rivalizando con las amas de casa de la clase media, las mujeres campesinas ofrecían sus pocas joyas al tesoro nacional. Nunca había sucedido nada semejante.

El general Cedillo aprovechó esta oportunidad para ajustar cuentas con Cárdenas. Descontento con la "socialización" de los ejidos, había renunciado un año antes al ministerio de agricultura y se había retirado a San Luis Potosí, donde tenía un ejército privado y hasta aviones⁷⁸. En mayo de 1938, dos meses después de la expropiación petrolera, se levantó en armas, acusando a Cárdenas de estar conduciendo a México al comunismo; puesto que los límites de San Luis Potosí quedaban cerca de los campos petroleros de Tampico, se pensaba que Cedillo estaba vinculado con las compañías petroleras extranjeras. La revuelta, que desde el principio se limitó a San Luis Potosí, se desmoronó en unas cuantas semanas y su jefe perdió la vida.

Sin embargo, era una advertencia que otros levantamientos más serios, tal vez dirigidos por los terratenientes desposeídos y los industriales descontentos, podrían seguir. En consecuencia, Cárdenas decidió sacrificar las reformas sociales a la búsqueda de la unidad nacional. El número de huelgas se redujo a la mitad⁷⁹ y la redistribución de la tierra disminuyó de 5 millones de hectáreas que se repartieron en 1937, a alrededor de 3 millones en 1938, 1.75 millones en 1939 y finalmente, a 1.7 millones de hectáreas en 1940. El total de la tierra distribuida en los seis años de la presidencia de Cárdenas llegó a 17.9 millones de hectáreas. En mayo de 1938, en el mismo momento de la revuelta de Cedillo, el gobierno abrió la oficina de la Pequeña Propiedad, destinada a proteger a los propietarios de las demandas campesinas y a expedirles certificados de inafectabilidad⁸⁰.

El cambio de política probablemente se debió, en parte, a la ineficiencia de las cooperativas de producción; la corta experiencia demostró que no eran viables. Tal vez esto explica por qué Cárdenas no escogió en 1939, como su sucesor al socialista Mújica, sino que en cambio eligió al secretario de defensa, el general Manuel Avila Camacho, conocido como moderado y católico. Dada la situación internacional, probablemente le pareció prudente a Cárdenas dejar que los conservadores se hicieran cargo por algún tiempo para preservar lo que se había logrado hasta entonces: a saber, el

reparto de casi la mitad de la tierra susceptible de cultivo y la nacionalización de una parte considerable de los servicios públicos y los recursos naturales.

El régimen de Cárdenas terminó en la confusión. El día de las elecciones en julio de 1940 muchos trabajadores descontentos con los altos precios, el desempleo y el control marxista de los sindicatos, votaron por el candidato de la reacción, el general Almazán⁸¹. Algunos intelectuales socialistas desencantados con la designación de Avila Camacho hicieron lo mismo, por despecho o desesperación. No obstante, el candidato oficial recibió la típica mayoría abrumadora de votos y asumió el poder el 1º de diciembre de 1940.

Para sorpresa de todos, Cárdenas no intentó imitar a Calles convirtiéndose en otro jefe máximo de la revolución, sino que dejó la tarea de gobernar a su sucesor, sentando así un precedente para el sistema presidencial actual. La expropiación de la industria petrolera perteneciente a extranjeros hizo popular a Cárdenas con todas las clases sociales y le ganó la estatura de un héroe nacional, pero en realidad fue su reforma agraria la que tuvo el impacto más profundo sobre la tradicional estructura social de México y que más que cualquier otra medida consumó, después de casi dos décadas de reveses, las metas sociales de la Revolución y de la Constitución de 1917.

CUADROS ESTADISTICOS

Fuentes: Nacional Financiera, S.A., *La economía mexicana en cifras*, (México, 1979). Las cifras han sido corregidas y completadas con datos de los informes presidenciales al Congreso, los informes anuales del Banco de México y otras fuentes oficiales.

Cuadro 1. Crecimiento de la población

Año	Miles de habitantes
1793 (censo)	5,200
1810 (cál.)	6,122
1838 (cál.)	7,004
1856 (cál.)	8,283
1877 (cál.)	9,384
1895 (censo)	12,632
1900 (censo)	13,607
1910 (censo)	15,160
1921 (censo)	14,335
1930 (censo)	16,553
1940 (censo)	19,654
1950 (censo)	25,791
1960 (censo)	34,923
1970 (censo)	48,225
1976 (cál.)	62,000
1978 (cál.)	67,000
1979 (cál.)	70,000

Cuadro 2. *Reparto agrario por periodos presidenciales*

Presidentes	Periodo	Miles de hectáreas
Carranza	1915--1920	132
De la Huerta	May.—Nov. 1920	34
Obregón	1920--1924	971
Elías Calles	1924--1928	3,088
Portes Gil	1928--1930	1,173
Ortiz Rubio	1930--1932	1,469
Rodríguez	1932--1934	799
Cárdenas	1934--1940	17,890
Avila Camacho	1940--1946	5,519
Alemán	1946--1952	3,845
Ruiz Cortínes	1952--1958	3,199
López Mateos	1958--1964	5,106 ^a
Díaz Ordaz	1964--1970	14,031 ^a
Echeverría	1971--1976	5,279 ^a

^a Estas cifras incluyen únicamente ejidos.

Cuadro 3. *Beneficiarios del Instituto Mexicano del Seguro Social*

Año	Total de beneficiarios (en miles)
1944	356
1955	1,576
1965	6,745
1975	15,471
1978	17,477 ^a

^a A esta cifra deben agregarse 4,560,000 beneficiarios del Seguro Social de trabajadores del gobierno.

Cuadro 4. *Educación primaria (en miles)*

Año	Escuelas	Maestros	Alumnos
1857	2	—	185
1874	8	—	350
1910	12	20	848
1930	11	28	1,300
1940	23	40	2,114
1950	14	66	3,032
1960	32	113	5,462
1965	38	152	7,263
1970	44	198	9,700
1975	55	282	12,700
1978	56	298	13,050

Cuadro 5. *Valor del dólar en pesos mexicanos*

Año	Pesos por \$ 1 / EU	Año	Pesos por \$ 1 / EU
1877	1.04	1931	2.65
1894	1.98	1933	3.50
1900	2.06	1939	5.19
1910	2.01	1945	4.85
1917	1.91	1950	8.65
1925	2.03	1955	12.50
		1978	22.75

Tabla 6. *Circulación monetaria*

Año	Millones de pesos
1911	310
1931	316
1940	1,060
1950	5,989
1960	16,889
1970	49,012
1974	97,474
1978	258,100

Cuadro 7. *Total de créditos bancarios*

Año	Millones de pesos
1911	720
1942	2,024
1950	8,972
1960	39,780
1970	194,522
1974	378,746
1978	928,712 ^a

^a De esta cantidad, 621,427 millones fueron otorgados por instituciones controladas por el gobierno.

Cuadro 8. *Flete transportado por los ferrocarriles*

Año	Millones de ton/ kilómetros de fletes	Año	Millones de ton/ kilómetros de fletes
1921	2,262	1960	14,004
1930	4,041	1970	22,863
1940	5,810	1974	30,819
1950	8,391	1978	29,671

Cuadro 9. *Crecimiento del sistema de carreteras*

Año	Kilómetros	Año	Kilómetros
1925	695	1960	45,089
1930	1,426	1970	71,500
1940	9,929	1975	185,000
1950	21,422	1978	208,000

Cuadro 10. *Producción de fierro y acero (miles de toneladas)*

Año	Fierro	Acero
1906	31	33
1910	55	68
1921	34	43
1930	62	103
1940	70	149
1950	286	390
1960	521	1,492
1973	3,113	4,760
1974	3,338	5,100
1978	3,556	6,700

Cuadro 11. *Energía eléctrica*

Año	Capacidad de las centrales (miles de kilowatts)	Energía generada (millones de kilowatts hora)
1900	20	56
1910	110	308
1920	120	336
1930	510	1,464
1940	681	2,529
1950	1,235	4,423
1960	3,021	10,636
1970	7,495	28,592
1974	9,990	40,766
1978	13,900	55,203

Cuadro 12. *Producción de ciertos metales (toneladas métricas)*

Año	Oro	Plata	Cobre	Plomo	Zinc
1901	14	1,795	33,943	94,194	900
1910	37	2,305	52,000	120,000	1,833
1920	22	2,069	49,192	82,518	15,651
1930	20	3,272	73,412	232,931	124,084
1940	27	2,570	37,602	196,253	114,955
1950	12	1,528	61,698	238,078	223,510
1960	9	1,385	60,330	190,670	262,425
1970	6	1,332	61,012	176,597	266,400
1974	4	1,200	82,700	218,000	262,700
1978	63	1,579	87,186	170,533	244,892

Cuadro 13. *Producción de petróleo crudo*

Año	Miles de barriles
1901	10
1911	12,553
1921	193,398
1931	33,039
1941	43,386
1951	78,780
1961	116,825
1971	177,251
1975 (est.)	300,000
1978	441,348
1980 (cálc.)	750,000

Cuadro 14. *Producción agrícola (miles de toneladas métricas)*

Año	Maíz	Trigo	Frijol	Arroz	Café	Algodón
1907	1,088	312	63	33	50	34
1920	2,349	280	116	31	36	32
1930	1,377	370	83	75	49	38
1940	1,640	464	97	108	52	65
1950	3,122	587	250	187	66	260
1960	5,386	1,190	528	328	124	470
1969 ^a	8,997	2,047	811	367	440	398
1974	7,784	2,764	896	489	208	476
1978	10,909	2,643	940	396	232 ^b	212 ^b
1979	8,937		638	567		343

^a Censo de 1970^b 1976

Cuadro 15. *Producción de caña de azúcar y azúcar (miles de toneladas)*

Año	Caña	Azúcar
1900	1,267	75
1910	2,503	148
1920	2,873 ^a	118
1930	3,293	216
1940	4,973	2,944
1950	9,419	590
1960	19,542	1,498
1970	32,550	2,208
1974	29,500	2,522
1978	30,000	2,547 ^b

^a1925

^b1976

CRONOLOGIA

- 350—650 Apogeo de la cultura teotihuacana.
300—900 Mayas florecen en el Sur-Este.
900—1200 Cultura tolteca en México Central y Yucatán.
1200—1521 Hegemonía azteca.
1502—1520 Reinado de Moctezuma II.
1519 Cortés desembarca en la costa mexicana e inicia la conquista del país.
1521 Los españoles toman Tenochtitlan, capital del imperio azteca.
1521—1821 Dominio español; el virreinato de la Nueva España se establece en 1535.
1805 Descontento de los terratenientes mexicanos como resultado de la política confiscatoria del gobierno.
1808 Rebelión en España contra el dominio francés.
1810 Hidalgo se levanta contra el gobierno español.
1811 Hidalgo es derrotado y ejecutado; Morelos continúa la insurrección.
1813 Morelos convoca el primer congreso mexicano que declara la independencia de España.
1815 Morelos es derrotado, capturado y ejecutado.
1820 La revolución liberal en España.
1821 Iturbide logra la independencia mexicana con apoyo de la iglesia.
1822 Iturbide se hace emperador.
1823 La rebelión del ejército obliga a abdicar a Iturbide.
1824 Se adopta una constitución federal; Guadalupe Victoria es elegido presidente.
1829 Presidencia de Guerrero; intentos de introducir reformas liberales y sociales.
1830—32 El régimen conservador de Bustamante y Alamán.
1833 El general Santa Anna es presidente y el dirigente liberal Gómez Farías vicepresidente.

- 1834 Santa Anna suprime las reformas liberales de Gómez Farías.
- 1836 Texas declara la independencia; Santa Anna es derrotado y hecho prisionero en Texas.
- 1841 Santa Anna es presidente nuevamente.
- 1844 Santa Anna es derrocado por una revuelta militar.
- 1845 Anexión de Texas por los Estados Unidos.
- 1846--8 Guerra entre México y los Estados Unidos. Santa Anna regresa y vuelve a ser presidente, derrotado en el campo de batalla, sale del país; tratado de paz.
- 1848 Se establece en México un gobierno liberal moderado.
- 1853 Una revuelta exitosa del ejército conservador trae a Santa Anna del exilio.
- 1853--5 Última presidencia de Santa Anna.
- 1855 La revolución derroca a Santa Anna; se establece un gobierno liberal radical con Alvarez.
- 1856 La Ley Lerdo.
- 1857 Constitución liberal.
- 1858--60 La llamada Guerra de los Tres Años entre los liberales bajo el mando del presidente Juárez y los conservadores termina con la victoria liberal.
- 1861 Empieza la invasión francesa con el apoyo de los conservadores mexicanos.
- 1863 El ejército francés ocupa la ciudad de México y el presidente Juárez se retira al norte de México.
- 1864 Se establece el imperio mexicano con Maximiliano de Austria como emperador.
- 1866 Napoleón III decide retirarse de México.
- 1867 El imperio mexicano se desmorona; Maximiliano es derrotado y ejecutado; Juárez es elegido presidente.
- 1871 Reelección de Juárez.
- 1872 Juárez muere y es sucedido por Sebastián Lerdo de Tejada.
- 1876 Porfirio Díaz se rebela contra Lerdo y se hace presidente.
- 1877--80 Primera presidencia de Díaz.
- 1880--4 Presidencia de Manuel González, amigo de Díaz.
- 1884--1910 Segunda a séptima presidencia de Díaz (el "porfiriato").
- 1910 Madero inicia la revolución contra Díaz.
- 1911 Díaz renuncia; Madero es elegido presidente.
- 1913 Madero renuncia bajo presión del ejército y es asesinado; el general Huerta ocupa la presidencia; revueltas en todo México contra Huerta.

- 1914 Huerta renuncia y abandona el país, que está dividido entre varias facciones revolucionarias.
- 1915 Carranza derrota a sus rivales, Villa y Zapata, y es reconocido por los Estados Unidos.
- 1917 El congreso aprueba la nueva constitución; Carranza es elegido presidente.
- 1920 Obregón derroca a Carranza.
- 1920—4 Presidencia de Obregón.
- 1924—8 Presidencia de Calles.
- 1928 Obregón es reelecto pero poco después es asesinado.
- 1929—1935 Calles, Jefe Máximo de la Revolución (el “Maximato”).
- 1934—1940 Presidencia de Cárdenas.
- 1935—7 Radical reforma agraria
- 1938 Expropiación de las compañías petroleras extranjeras.
- 1939 Campaña presidencial: Cárdenas selecciona a Avila Camacho como sucesor.
- 1940 Avila Camacho toma posesión de la presidencia.
- 1942 México declara la guerra a las potencias del Eje.
- 1946—52 Presidencia de Miguel Alemán. Industrialización.
- 1958 Crisis económica y descontento popular. Ex-secretario del trabajo, A. López Mateos, presidente para el periodo de 1958-64.
- 1964—70 Presidencia de Gustavo Díaz Ordaz.
- 1968 Revuelta estudiantil suprimida por el ejército.
- 1970 Fallecimiento del General Cárdenas.
- 1970—76 Presidencia de L. Echeverría. Descontento social y político. Reformas sociales se reanudan.
- 1976 Devaluación del peso provoca una aguda crisis.
- 1976 J. López Portillo, elegido presidente para el periodo de 1976—1982.
- 1979 Riqueza petrolera, factor en la gradual recuperación económica.



NOTAS

CAPITULO I

NACIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA 1805—1821

- 1 M. P. Costeloe, *Church Wealth in Mexico* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1967) pp. 110-115; R. Flores Caballero, *Counterrevolution: The Role of the Spaniards in the Independence of México 1804-38* (Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press, 1974) pp. 14-46; B. R. Hamnett, "The Appropriation of Mexican Church Wealth by the Spanish Bourbon Government: The Consolidation de Vales Reales 1805-1809", *Journal of Latin American Studies*, I/Part 2 (1969) pp. 85-113; y Asunción Lavín, "The Execution of the Law of Consolidation in New Spain", *Hispanic-American Historical Review*, 53/Número 1 (1973) pp. 28-49.
- 2 N. M. Farriss, Crown and Clergy in Colonial Mexico 1750-1821, *The Crisis of Ecclesiastical Privilege*, Historical Studies XXI (Londres: London University Press, 1968) pp. 243-244.
- 3 R. A. Humphreys, "Isolation from Spain", reimpreso en *The Origins of the Latin American Revolution 1808-1826*, publicado por R. A. Humphreys y John Lynch (Nueva York: Knopf, 1965).
- 4 H. M. Hamill, Jr., *The Hidalgo Revolt* (Gainesville, Florida: University of Florida Press, 1966) p. 54; y J. Rodríguez Frausto, *Hidalgo no era Guajaratense* (México: Historia, León, 1953) p. 111-115.
- 5 Lucas Alamán, *Historia de México* (México: Editorial Jus, 1942) pp. 330-332.
- 6 David A. Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1971).
- 7 Hamill, *Hidaglo Revolt*, p. 113.
- 8 Jan Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) p. 10.
- 9 Para Puebla, ver: R. Liehr, *Stadtrat und Städtische Oberschicht von Puebla am Ende der Kolonialzeit* (Wiesbaden: Franz Steiner, 1974) pp. 178-188.

- 10 Hamill, *Hidalgo Revolt*, p. 156.
- 11 *Ibid.*, p. 154.
- 12 *Ibid.*, p. 179; Alamán, *Historia de México*, I, p. 45.
- 13 Hamill, *Hidalgo Revolt*, p. 136.
- 14 J. H. Parry, *The Audiencia of New Galicia in the 16th Century: A Study in Colonial Government* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1948) pp. 55-83.
- 15 R. M. Serrera, *Guadalajara ganadera, Estudio regional novohispano, 1760-1805*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1977 pp. 341-6.
- 16 Alamán, *Historia de México*, I, p. 419.
- 17 J. Bazant, *Cinco haciendas mexicanas: tres siglos de vida rural en San Luis Potosí* (México: El Colegio de México, 1975) p. 101.
- 18 Wilbert H. Timmons, *Morelos: Priest, Soldier, Statesman of Mexico* (El Paso, Texas: Texas Western College Press, 1963) pp. 2-29.
- 19 Farriss, *Crown and Clergy*, pp. 194-199, pp. 254-265 (Apéndice).
- 20 Alamán, *Historia de México*, III, pp. 528-529.
- 21 N. L. Benson, ed., *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822: Eight Essays* (Austin, Texas: Institute of Latin American Studies, University of Texas, 1966) p. 8.
- 22 Farriss, *Crown and Clergy*, pp. 248-249.
- 23 *Ibid.*, pp. 251.
- 24 *Ibid.*, pp. 248-249.
- 25 W. S. Robertson, *Iturbide of Mexico* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1952) p. 97.
- 26 El llamado Plan de Iguala se encuentra reproducido en: Alamán, *Historia de México*, V, pp. 888-894.
- 27 Robertson, *Iturbide*, pp. 67-69.
- 28 *Ibid.*, p. 76.
- 29 El texto completo se encuentra reproducido en: Alamán, *Historia de México* V, pp. 907-910.
- 30 *Ibid.*, pp. 261-263.

CAPITULO II
LOS AÑOS DIFICILES
1821-1855

- 1 Lucas Alamán, *Historia de México*, V (México: Editorial Jus, 1942) pp. 315-319.
- 2 *Ibid.*, pp. 439-440, 909.
- 3 W. S. Robertson, *Iturbide of Mexico* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1952) pp. 157-159.
- 4 N. L. Benson, *La diputación provincial y el federalismo mexicano* (México: El Colegio de México, 1955) p. 85.
- 5 Robertson, *Iturbide*, p. 165.
- 6 *Ibid.*, pp. 174-175.
- 7 *Ibid.*, p. 180.
- 8 Jan Bazant, *Desamortización de los bienes de la iglesia: aspectos sociales y económicos de la revolución liberal 1856-1875* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1971) pp. 15-16.
- 9 Jan Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) pp. 14-15.
- 10 Robertson, *Iturbide*, p. 159.
- 11 Publicado en Londres en 1825.
- 12 J. Poinsett, *Notes on Mexico* (Londres: John Miller) pp. 89-92.
- 13 *Ibid.*, p. 279.
- 14 Robertson, *Iturbide*, pp. 222-238.
- 15 Mediante el Manifiesto de la Casa Mata; N. L. Benson, *La Diputación*, pp. 90-91.
- 16 Robertson, *Iturbide*, pp. 252-253.
- 17 Alamán, *Historia*, I, pp. 404-408.
- 18 E. Turlington, *Mexico and Her Foreign Creditors* (Nueva York: Columbia University Press, 1930); Bazant, *Deuda*.
- 19 J. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, Segunda Edición (México: Fondo de Cultura Económica, 1950) pp. 138-139; publicado en inglés como *The Political Evolution of Mexican People* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1972) p. 73.

- 20 R. W. Randall, *Real del Monte, a British Mining Venture in Mexico* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1972) p. 73.
- 21 H. G. Ward, *Mexico in 1827* (Londres: H. Colburn, 1828) pp. 64-69.
- 22 Ward, *Ibid.*, I, pp. 452.
- 23 La mejor descripción de este periodo se encuentra en: M. P. Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975).
- 24 C. A. Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora 1821-1853* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1968) p. 23.
- 25 Bazant, *Alienation*, pp. 19-22.
- 26 Secretaría de Hacienda de México, *Memoria de Hacienda de 1870* (México: Secretaría de Hacienda, 1870) p. 97; Dublán y Lozano, *Colección de Leyes*, II (México: Editorial Oficial) pp. 110-111.
- 27 Robert A. Potash, *El Banco de Avío de México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959).
- 28 En Yucatán se estableció una fábrica algodonera completamente sin subsidios, por un hombre de empresa local. Howard F. Cline, "The Aurora Yucateca and the Spirit of Enterprise in Yucatán, 1821-1847", *Hispanic American Historical Review*, XXVII (1947) pp. 30-60; reimpresso en: Lewis Hanke, ed., *History of Latin American Civilization, Sources and Interpretation: The Modern Age*, II (Londres: Methuen, 1969) pp. 132-140.
- 29 Mora, *Obras Sueltas*, Segunda Edición (México: Porrúa, 1963) pp. 169; Hale, *Mexican Liberalism*, pp. 24, 72, 296.
- 30 Se argumentó que el rechazo de la iglesia a recompensarlo con una canonía lo había conducido al liberalismo
- 31 W. H. Callcott, *Santa Anna, The Story of an Enigma who once was Mexico* (Hamden, Connecticut: Archon Books, 1964) p. 4; O. L. Jones Jr., *Santa Anna* (Nueva York: Twayne Publishers, 1968) pp. 21-22.
- 32 Callcott, *Ibid.*, pp. 33-38; Jones, *Ibid.*, p. 31.
- 33 Jones, *Ibid.*, pp. 89-95.
- 34 Bazant, *Alienation*, p. 25.
- 35 Hale, *Mexican Liberalism*, p. 139.
- 36 Callcott, *San Anna*, pp. 100-102.
- 37 J. Bravo Ugarte, *Historia de México*, III, Parte 2 (México: Editorial Jus, 1959) pp. 12, 282-284.

- 38 Callcott, *Santa Anna*, pp. 108-109 (citando a Clarence R. Wharton, *El Presidente, A sketch of the Life of General Santa Anna* (Austin, Texas: Gammel's Book Store, 1924) p. 64.
- 39 Ann Fears Crawford, ed., *The Eagle. The Autobiography of Santa Anna* (Austin, Texas: The Pemberton Press, 1967) pp. 15, 48.
- 40 Hale, *Mexican Liberalism*, pp. 290-291.
- 41 Zavala, *Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica* (París: Impreso por Decourchart, 1834) pp. 32, 67, 141 y 367.
- 42 Hale, *Mexican Liberalism*, p. 203.
- 43 Alamán, *Historia*; Mora, *México y sus revoluciones*, 3 vols. (París: Librería Liberia de Rosa, 1836) y Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, 2 vols. (París: Dupont y G. Languioniz, 1831).
- 44 Para lo tendencioso de la *Historia* de Alamán, ver: N. L. Benson, ed., *México and the Spanish Cortes* (Austin, Texas: Institute of Latin American Studies, University of Texas, 1966) p. 209.
- 45 Bravo Ugarte, *Historia de México*, III, Parte 2, p. 154.
- 46 Robertson, *Iturbide*, p. 219.
- 47 *Ibid.*, p. 119.
- 48 Como lo reportó el cónsul norteamericano Callcott, *Santa Anna*, p. 126.
- 49 Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1950) p. 157 (Traducido y citado en: Ramón Eduardo Ruiz, ed., *The Mexican War: Was it Manifest Destiny?* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1964) pp. 110-116).
- 50 El grado de la independencia se describe en: John L. Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, 2 vols. (New Brunswick: Rutgers University Press, 1949) y *Incidents of Travel in Yucatán* (Norman: Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1962).
- 51 La atmósfera social de esos años fue descrita por la esposa escocesa del primer ministro español en México en: *Life in México. The Letters of Fanny Calderón de la Barca* (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1970).
- 52 Reproducido en: C. Alan Hutchinson, "Valentín Gómez Farías and the Movement for the Return of General Santa Anna to Mexico in 1846", *Essays in Mexican History*, editado por Thomas E. Cotner (Austin, Texas: Institute of Latin American Studies, University of Texas, 1958) pp. 169-191.
- 53 Jones, *Santa Anna*, p. 108.
- 54 Bazant, *Alienation*, pp. 30-31.
- 55 Hutchinson, "Valentín Gómez Farías", pp. 169-191.

- 56 Justo Sierra, *Evolución política*, p. 184 (Traducido por R. E. Ruiz, *The Mexican War*).
- 57 M. González Navarro, *Raza y Tierra* (México: El Colegio de México, 1970) pp. 43-89, 169.
- 58 Ver también: N. Reed, *The Caste War of Yucatán* (Stanford, California: Stanford University Press, 1964) pp. 30-34, 48, 56, 88, 102-104.
- 59 Uno de tales levantamientos se describe en: Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (México: El Colegio de México, 1975) pp. 69-70.
- 60 Hale, *Mexican Liberalism*, pp. 239-240.
- 61 Calcott, *Santa Anna*, pp. 291-294; Jones, *Santa Anna*, pp. 125-129.
- 62 Los intentos posteriores de Santa Anna para recobrar importancia fallaron; hombre olvidado, recibió permiso de regresar en 1874 y murió en la ciudad de México dos años después.

CAPITULO III

LA REVOLUCION LIBERAL 1855-1876

- 1 C. A. Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora 1821-1853* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1968) pp. 13-15.
- 2 José C. Valadés, *Melchor Ocampo Reformador de México*, Segunda Edición (México: Cámara de diputados, 1972) p. 27.
- 3 Ocampo, *Obras completas*, II (México: F. Vázquez, 1901) p. 291.
- 4 *Ibid.*, I, p. 229.
- 5 *Ibid.*, I, pp. 12-15, 110-118 y 229.
- 6 *Ibid.*, II, p. 271.
- 7 Lucas Alamán, *Obras*, XII (México: Editorial Jus, 1947) p. 471.
- 8 Ocampo, *Obras*, II, p. 263.
- 9 *Ibid.*, I y III; Valadés, *Ocampo*, p. 201.
- 10 Ocampo, *Obras*, I.
- 11 La ley de 1857 que rebaja los derechos parroquiales permaneció en el papel.

- 12 Malcolm D. McLean, *Vida y obra de Guillermo Prieto* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).
- 13 Secretaría de Hacienda y Crédito Público, *Miguel Lerdo de Tejada 1812-1861* (México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1961).
- 14 Frank Averill Knapp, Jr., *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada 1823-1889* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1951) pp. 1-3.
- 15 Secretaría de Hacienda, *Miguel Lerdo*, p. 12.
- 16 Knapp, *Sebastian Lerdo*, p. 48.
- 17 Secretaría de Hacienda, *Miguel Lerdo*, pp. 15-24.
- 18 J. Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, Segunda Edición (México: Fondo de Cultura Económica, 1950) p. 201.
- 19 Bazant, *Alienation of Church Wealth* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1971) y Walter Scholes, *Mexican Politics during the Juárez regime 1855-1872*, segunda edición (Columbia, Missouri: University of Missouri Press, 1969), pp. 7-8.
- 20 Bazant, *Alienation*, p. 114.
- 21 Bravo Ugarte, *Historia de México*, II (México: Editorial Jus, 1944) p. 232.
- 22 Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (México: El Colegio de México, 1975) pp. 97-100.
- 23 F. Chevalier, "Survivances seigneuriales et présages de la révolution agraire dans le nord du México", *Revue Historique*, CCXXII (julio-septiembre de 1959) p. 11.
- 24 T. G. Powell, "Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la Reforma", *Historia Mexicana*, XXI (abril-junio de 1972), p. 656; y Donald J. Fraser, "La política de desamortización en las comunidades indígenas, 1856-1872", *Historia Mexicana*, XXI/4 (abril-junio de 1972), p. 631.
- 25 Bazant, "The Division of some Mexican Haciendas during the Liberal Revolution, 1856-1862", *Journal of Latin American Studies*, III/1 (mayo de 1971), pp. 25-37.
- 26 Murió en 1863 en el campo de batalla, después de que Juárez había aceptado su oferta de luchar contra la invasión francesa.
- 27 Bazant, "División of Haciendas", p. 136.
- 28 Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, segunda edición, (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1948) pp. 155-163.
- 29 Bazant, "Division of Haciendas", pp. 167-173.
- 30 *Ibid.*, pp. 176-254.

- 31 *Ibid.*, pp. 36-37.
- 32 Scholes, *Mexican Politics*, pp. 68-72.
- 33 Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) pp. 75-77, 88.
- 34 Bazant, *Alienation*, pp. 229-237.
- 35 *Ibid.*, p. 235.
- 36 *Ibid.*, pp. 256-274.
- 37 Bazant, *Deuda*, pp. 91-96.
- 38 J. A. Dabbs, *The French Army in Mexico 1861-1867, A Study in Military Government* (La Haya: Mouton, 1963) pp. 252-254.
- 39 Dabbs, "The Indian Policy of the Second Empire", *Essays in Mexican History*, editado por T. E. Cotner (Austin, Texas: Institute of Latin American Studies, 1958) pp. 114-119.
- 40 *Ibid.*, p. 19.
- 41 F. Chevalier, "Conservateurs et libéraux au Mexique", *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano* (México: Instituto Francés de América Latina, 1965) p. 15.
- 42 Ugarte, *Historia de México*, III, p. 345.
- 43 Scholes, *Mexican Politics*, pp. 109-110.
- 44 *Memoria de Hacienda, México, 1870*, pp. 919-926.
- 45 Scholes, *Mexican Politics*, pp. 113-116 y 134.
- 46 Ivie E. Cadenhead, Jr., *Benito Juárez* (Nueva York: Twayne Publishers, 1973) p. 117.
- 47 Ugarte, *Historia de México*, III, p. 345.
- 48 Scholes, *Mexican Politics*, p. 138.
- 49 *Ibid.*, pp. 150, 160, 163-166.
- 50 Ugarte, *Historia de México*, III, p. 359.
- 51 T. G. Powell, "Los problemas agrarios durante la Reforma", *Historia Mexicana*, XXI, No. 4 (abril-junio de 1972), p. 671.
- 52 Murió allí en 1889.

CAPITULO IV

LA ERA DE PORFIRIO DIAZ 1876--1910

- 1 J. F. Iturribarría, *Porfirio Díaz ante la historia* (México: Unión Gráfica, 1967) pp. 1-16.
- 2 R. de Zayas Enríquez, *Porfirio Díaz, la evolución de su vida* (Chicago: D. Appleton, 1908) fotografía enfrente de la p. 178.
- 3 Carleton Beals, *Porfirio Díaz, Dictator of Mexico* (Westport, Greenwood Press: 1971) fotografía enfrente de la p. 178.
- 4 *Ibid.*, p. 174.
- 5 Frank Averill Knapp, Jr., *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada 1823-1889* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1951) p. 157.
- 6 Iturribarría, *Porfirio Díaz*, pp. 17-50.
- 7 Harry Bernstein, *Matías Romero 1837-1898* (México: Fondo de Cultura Económica, 1873).
- 8 Knapp, *Sebastián Lerdo*, p. 136.
- 9 Entrevista con James Creelman reproducida en: Lewis Hanke, ed., *History of Latin American Civilization: Sources and Interpretations: II* (Londres: Methuen, 1969) pp. 256-266.
- 10 E. Gruening, *Mexico and its Heritage* (Nueva York: D. Appleton-Century, 1940) p. 57.
- 11 Iturribarría, "La política de conciliación del general Díaz y el arzobispo Gillow", *Historia Mexicana*, XIV/1 (1964) pp. 81-101.
- 12 Luis González, "La era de Juárez", *La economía mexicana en la época de Juárez* (México: Secretaría de Industria, 1972) pp. 13-56.
- 13 F. Bulnes, *The Whole Truth about Mexico* (Nueva York: M. Bulnes Book Company, 1916) pp. 89-90.
- 14 Ugarte, *Historia de México* III, p. 393.
- 15 *Ibid.*, p. 394.
- 16 P. J. Vanderwood, "Los rurales: producto de una necesidad social", *Historia Mexicana*, XXII/1 (1972) pp. 34-51.
- 17 En su libro: *El porvenir de las naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos* (México: Imprenta de M. Nava, 1899).

- 18 Charles A. Hale, "Scientific Politics and the Continuity of Liberalism in México, 1867-1910", en J. Z. Vázquez, *Dos revoluciones: México y los Estados Unidos*, México: Jus, 1976, pp. 139-152.
- 19 E. Turlington, *Mexico and Her Foreign Creditors* (Nueva York: Columbia University Press, 1930) pp. 209-219; Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) p. 123.
- 20 Turlington, *Mexico*, p. 246.
- 21 Turlington, *Ibid.*, p. 345.
- 22 México cambió el patrón plata en 1905; el nuevo peso oro estaba valorado en medio dólar de los Estados Unidos.
- 23 F. Rosenzweig, "Moneda y Bancos", *Historia Moderna de México, El Porfiriato, La Vida Económica*, dirigida por D. Cosío Villegas (México: Editorial Hermes, 1965) pp. 789-886.
- 24 Los bancos hipotecarios eran comparativamente insignificantes.
- 25 D. Joslin, *A Century of Banking in Latin America* (Londres: Oxford University Press, 1963) pp. 209-211; L. N. D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", *Historia Moderna de México, El Porfiriato, La vida económica*, dirigida por D. Cosío Villegas, Parte 2, pp. 1053-1063.
- 26 F. R. Calderón, "Los ferrocarriles", *Historia Moderna de México, El Porfiriato*, Parte 1 dirigida por D. Cosío Villegas, pp. 516, 539-540, 566, 625.
- 27 *The Mexican Year Book 1908* (Londres: Mexican Yearbook Publishing Company, 1908) pp. 333, 347.
- 28 *Memoria de Hacienda 1870* (México: Secretaría de Hacienda, 1870) p. 744; R. Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1963) pp. 35-40.
- 29 Bazant, *Deuda*, pp. 157-164.
- 30 J. H. Coatsworth, "The Impact of Railroads on the Economic Development of Mexico, 1877-1910", tesis de doctorado, University of Wisconsin, 1972, pp. 107-115, 130, 154, 207-208.
- 31 D. Keremitsis, *La Industria Textil Mexicana en el Siglo XIX* (México: Sep-Setentas, 1973) pp. 160, 190.
- 32 R. W. Randall, *Real del Monte, a British Mining Venture in Mexico* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1972) pp. 73, 210-212.
- 33 M. D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry 1890-1950* (Nueva York: New York State University, 1964) pp. 42-44, 51, 75.
- 34 El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato, Fuerza de Trabajo y Actividad Económica por Sectores* (México: El Colegio de México) pp. 136-140.

- 35 Bernstein, *Mexican Mining*, p. 75; D'Olwer, "Las inversiones", p. 1154 proporciona cifras similares.
- 36 M. Rippey, "The Mexican Oil Industry", *Essays in Mexican History*, editado por T. E. Cotner (Austin, Texas: University of Texas Press, 1958) pp. 248-267.
- 37 D'Olwer, "Las inversiones", p. 1154; Desmond Young, *Member for Mexico, A Biography of Weetman Pearson, First Viscount Cowdray* (Londres: Cassell, 1966) pp. 58-191.
- 38 Vernon, *Dilemma*, p. 47.
- 39 D'Olwer, "Las inversiones", p. 1119; F. Rosenzweig, "La industria", *Historia Moderna de México, El Porfiriato*, dirigida por D. Cosío Villegas, Parte 1, p. 102.
- 41 D'Olwer, "Las inversiones", pp. 1150-1155; Vernon, *Dilemma*, pp. 42-43.
- 42 En pesos de 1900; éstas y todas las cifras siguientes están tomadas de: *Estadísticas económicas del Porfiriato, Fuerza de Trabajo y Actividad Económica por Sectores* (México: El Colegio de México, sin fecha). Para la producción agrícola hay una serie continua de cifras de 1892 a 1907. Sin embargo, la información para 1877 no parece muy confiable.
- 43 Una experiencia de este tipo está descrita en: H. H. Harper, *A journey in South-eastern Mexico* (Boston: De Vinne Press, 1910).
- 44 *Secretaría de Economía, Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910* (México: Secretaría de Economía, 1956) p. 8.
- 45 El Colegio de México, *Estadísticas Económicas del Porfiriato, Comercio Exterior* (México: El Colegio de México, 1960).
- 46 Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (México: El Colegio de México, 1975) describe ambos tipos de hacendados.
- 47 Bernstein, *Mexican Mining*, pp. 58-86.
- 48 El Colegio de México, *Estadísticas económicas, Fuerza de Trabajo*, pp. 47, 140.
- 49 Keremitsis, *Industria*, p. 219.
- 50 Secretaría de Economía, *Estadísticas sociales*, p. 106.
- 51 V. N. Bett, *Central Banking in Mexico: Monetary Policies and Financial Crises 1864-1940* (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1957) p. 11; Vernon, *Dilemma*, p. 55; J. D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution 1900-1913* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1968) pp. 3-40, 62, 63; Rosenzweig, "La industria", p. 323.
- 52 S. R. Ross, *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy* Nueva York: Columbia University Press, 1955) pp. 3-4, 11-12.

- 53 J. E. Sterret y J. S. Davis, *The Fiscal and Economic Condition of Mexico* (Nueva York: International Committee of Bankers on Mexico, 1928) p. 30.
- 54 Bulnes, *The Whole Truth about Mexico*, pp. 116-117; Cockcroft, *Intellectual Precursors*, pp. 44-46.
- 55 Ross, *Francisco I. Madero*, p. 12.
- 56 Las conclusiones del libro se reproducen en: M. León Portilla, ed., *Historia Documental de México*, II (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964) pp. 423-425; Ross, *Francisco I. Madero*, pp. 4-12, 57-64.
- 57 El Plan de San Luis Potosí se resume en: J. W. Wilkie y A. L. Michaels, ed., *Revolution in Mexico: Years of Upheaval, 1910-1940* (Nueva York: Knopf, 1969) p. 37.
- 58 Ross, *Francisco I. Madero*, p. 121.

CAPITULO V

LA GUERRA CIVIL 1910-1920

- 1 J. Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution* (Middlesex, Inglaterra: Penguin Books, 1972) p. 137.
- 2 Este y otros casos semejantes fueron enumerados por: J. K. Turner, *Barbarous Mexico* (Austin, University of Texas Press, 1969).
- 3 Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (México: El Colegio de México, 1975) describe a un hacendado que invirtió en obras de irrigación y que maneja-ba sus haciendas como una empresa comercial.
- 4 F. Katz, "Labor conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review*, 54/1 (febrero de 1974) pp. 45-46.
- 5 Fueron anuladas por Santa Anna sólo en 1853 para ser restablecidas por el Congreso en 1856.
- 6 Tales casos fueron descritos antes de 1910 por novelistas como Mariano Azuela y poetas como Manuel José Othón.
- 7 En 1898 el senador José López Portillo describió un pleito entre dos ha-cendados vecinos por un cerro árido en su novela *La parcela*.
- 8 J. Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata* (México: Editorial Etnos, 1943) pp. 84, 101-105, 192.

- 9 M. González Navarro, *Raza y tierra* (México: El Colegio de México, 1970) p. 226.
- 10 P. Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village* (Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 1970) pp. 26ss., 112-113.
- 11 O. Lewis, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied* (Urbana, Illinois: University of Illinois Press, 1951) pp. 51, 93, 230.
- 12 Ross, *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy* (Nueva York: Columbia University Press, 1955) pp. 12-13.
- 13 Womack, *Zapata*, p. 137.
- 14 E. Lieuwen, *Mexican Militarism, The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army 1910-1940* (Albuquerque, New Mexico: University of New Mexico Press, 1968) pp. 8-12; Ross, *Francisco I. Madero*, pp. 170-216.
- 15 Bulnes, *The Whole Truth About Mexico* (Nueva York: M. Bulnes Book Company, 1916) p. 174.
- 16 J. Bravo Ugarte, *Historia de México*, p. 434.
- 17 Ross, *Francisco I. Madero*, p. 219.
- 18 M. C. Meyer, *Pascual Orozco and the Mexican Revolution 1910-1915* (Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press, 1967) pp. 15-17.
- 19 *Ibid.*, pp. 64, 83-88.
- 20 Ross, *Francisco I. Madero*, p. 225.
- 21 Reimpreso en: F. Bulnes, *The Whole Truth About Mexico*, pp. 30, 166.
- 22 Ross, *Francisco I. Madero*, pp. 241-245.
- 23 Su discurso, en el que reconocía los méritos del libro de Molina así como el proyecto de ley, se encuentra reimpreso en: Luis Cabrera, *El pensamiento de Luis Cabrera* (México: Talleres Gráficos de la Nación, 1960) pp. 179-210.
- 24 Ross, *Francisco I. Madero*, p. 249.
- 25 *Ibid.*, p. 223.
- 26 Bulnes, *The Whole Truth*, p. 175.
- 27 Muchos parientes de Díaz tenían otros puestos; Cabrera justificaba así el nepotismo de Madero en: Cabrera, *El pensamiento*, pp. 161-178.
- 28 M. C. Meyer, *Huerta, A Political Portrait* (Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press, 1972) pp. 2, 14, 45-63.
- 29 S. G. Inman, *Intervention in Mexico* (Nueva York: George H. Doran

1919), p. 82; Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution, The Constitutionalist Years* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1972) p. 383.

- 30 Cumberland, *Ibid.*, pp. 15-16, 23-28.
- 31 El Plan de Guadalupe está reimpresso en: M. González Ramírez, ed., *Planes políticos y otros documentos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1954) pp. 137-140.
- 32 E. Beltrán, "Fantasía y realidad de Pancho Villa", *Historia Mexicana*, XVI/1 (1966) p. 72.
- 33 H. Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI editores, 1977, pp. 180-3, 222-4.
- 34 Cockcroft, *Intellectual Precursors*, p. 38; Lieuwen, *Mexican Militarism*, p. 21.
- 35 Bulnes, *The Whole Truth*, p. 140.
- 36 J. Rutherford, *Mexican Society during the Revolution, A Literary Approach* (Oxford: Clarendon Press, 1971) pp. 89, 96-99.
- 37 Publicada en inglés como: M. Azuela, *The Underdogs* (Nueva York: New American Library, 1962).
- 38 Rutherford, *Mexican Society*, p. 71.
- 39 *Ibid.*, p. 198.
- 40 Azuela, *Los de abajo*, México, 1941, p. 90.
- 41 Meyer, *Huerta*, pp. 165-166.
- 42 Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) pp. 175-180.
- 43 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 290-292. El ministro de relaciones exteriores de Carranza era el joven abogado Isidro Fabela, sus representantes en los Estados Unidos eran dos hermanos Urquidí de una vieja familia prominente de hacendados, políticos e intelectuales liberales de Chihuahua.
- 44 R. E. Quirk, *An Affair of Honor, Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz* (Lexington, Kentucky: University of Kentucky Press, 1962) pp. 2-3, 70, 164-165.
- 45 Cockcroft, "El maestro de primaria en la Revolución", *Historia Mexicana*, XVI/4 (abril-junio de 1967) pp. 565-587.
- 46 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 231-240.
- 47 R. E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915: the Convention of Aguascalientes* (Bloomington, Indiana: University of Indiana Press 1960).

- 48 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 252-262; J. Meyer, "Los obreros en la Revolución Mexicana: Los Batallones Rojos", *Historia Mexicana*, XXI/1 (1971) pp. 1-37.
- 49 Los románticos de la Casa, como el ex-dirigente del Partido Liberal Díaz Soto y Jahn, sobreviviente de la Comuna de París, prefirieron unirse a Zapata. Ver: Womack, p. 271.
- 50 Lieuwen, *Mexican Militarism*, p. 34.
- 51 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 234-238.
- 52 *Ibid.*, p. 324.
- 53 *Ibid.*, pp. 340-351.
- 54 E. V. Niemeyer Jr., *Revolution at Queretaro* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1974) pp. 210-224.
- 55 E. Turlington, *Mexico and Her Foreign Creditors* (Nueva York: Columbia University Press, 1930) p. 268; Kemmerer, *Inflation and Revolution* (Londres: Oxford University Press, 1940) pp. 7-8.
- 56 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 396-397; F. Katz, *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution* (Berlín: Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1964) p. 473.
- 57 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 363-370.
- 58 Lieuwen, *Mexican Militarism*, p. 58; Cumberland, *Mexican Revolution*, p. 323.
- 59 Cumberland, *Mexican Revolution*, pp. 374, 382-385, 388.
- 60 R. Atkin, *Revolution, Mexico 1910-1920* (Londres: Macmillan, 1969) pp. 310-317. El manifiesto se reproduce en: Vasconcelos, José, editor, *La caída de Carranza*, México, 1920, p. 19.
- 61 Womack, *Zapata*, pp. 487-490.

CAPITULO VI

REFORMAS SOCIALES 1920 — 1940

- 1 M. González Ramírez, ed., *Planes políticos y otros documentos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1954) pp. 262-263; E. Lieuwen, *Mexican Militarism, The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army 1910-1940* (Albuquerque, New Mexico: University of New Mexico, 1968) p. 12.

- 2 M. González Navarro, *Población y sociedad en México 1900-1970*, I (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1974) pp. 34-36.
- 3 N. Bassols Batalla, *El pensamiento de Alvaro Obregón* (México: Nuestro Tiempo, 1967) p. 13.
- 4 Gruening, *Mexico and its Heritage* (Nueva York: D. Appleton-Century, 1940) p. 135 da las cifras correctas; Womack, *Zapata and the Mexican Revolution* (Middlesex, Inglaterra: Penguin Books, 1972) pp. 508-512 (Epílogo); H. W. Tobler, "Alvaro Obregón und die Anfänge der mexikanischen Agrarreform, Agrarpolitik und Agrarkonflikt 1921-1924", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, VIII (1971) p. 361.
- 5 Bazant, *Historia de la deuda exterior de México* (México: El Colegio de México, 1968) pp. 184-194.
- 6 John F. Dulles, *Yesterday in Mexico: A Chronicle of the Revolution 1919-1936* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1967) p. 171.
- 7 *Ibid.*, p. 184.
- 8 *Ibid.*, p. 191.
- 9 Lieuwen, *Mexican Militarism*, pp. 67-68.
- 10 Una traducción de una versión abreviada de los cuatro volúmenes de su autobiografía fue publicada como: J. Vasconcelos, *A Mexican Ulysses* (Bloomington, Indiana: University of Indiana Press, 1963).
- 11 E. N. Simpson, *The Ejido, Mexico's Way Out* (Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1937) p. 659; D. L. Raby, "Los principios de la educación rural en México", *Historia Mexicana*, XXII/4 (abril-junio de 1973) p. 553.
- 12 Vasconcelos, *Obras Completas*, I (México: Libreros Mexicanos, 1958) p. 1328; D. L. Raby, "Los maestros rurales y los conflictos sociales en México", *Historia Mexicana*, XVIII/2 (octubre-diciembre 1968) p. 190.
- 13 Ramón F. Ruiz, *México. The Challenge of Poverty and Illiteracy* (San Marino, California: The Huntington Library, 1963) p. 40.
- 14 J. C. Orozco, *An Autobiography* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1962) p. 51.
- 15 J. H. Haddox, *Vasconcelos of Mexico, Philosopher and Prophet* (Austin, Texas: University of Texas Press, 1967) pp. 53-63.
- 16 Escrito cuando el racismo estaba en boga. Vasconcelos, *Obras*, I, p. 301.
- 17 Simpson, *The Ejido*, p. 282; J. A. Britton, "Moisés Sáenz, Nacionalista mexicano", *Historia Mexicana*, XXII/1 (julio-septiembre 1972) p. 77.
- 18 Simpson, *The Ejido*, pp. 587, 659; Secretaría de Economía, *Anuario Estadístico* (México: Secretaría de Economía, 1939) p. 42.

- 19 Bazant, *Deuda*, pp. 194-198.
- 20 Ver capítulo IV.
- 21 Dulles, *Yesterday*, pp. 99, 287.
- 22 Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1963) p. 83.
- 23 En su novela *La región más transparente*, Carlos Fuentes describe a un hacendado que vendió su hacienda a norteamericanos al principio de la revolución y compró grandes extensiones de tierra barata cerca de la ciudad de México. La novela se publicó en inglés como *Where the Air is Clear* (Nueva York: Ivan Obolensky, 1960).
- 24 Lieuwen, *Mexican Militarism*, p. 85.
- 25 Dulles, *Yesterday*, pp. 273, 276, 293.
- 26 Gruening, *Mexico*, p. 341.
- 27 J. A. Meyer, "La Cristiada", *Extremos de México* (México: El Colegio de México, 1971) pp. 225-240.
- 28 Dulles, *Yesterday*, p. 333.
- 29 E. Turlington, *Mexico and Her Foreign Creditors* (Nueva York: Columbia University Press, 1930) p. 312; Bazant, *Deuda*, p. 198.
- 30 Dulles, *Yesterday*, p. 371.
- 31 *Ibid.*, p. 381.
- 32 *Ibid.*, p. 386; M. León Portilla, ed., *Historia documental de México, II* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964) p. 492.
- 33 Dulles, *Yesterday*, p. 410; R. K. Furtak, *Revolutionspartei und politische Stabilität in Mexico* (Hamburg: Übersee-Verlag, 1969) pp. 15-22.
- 34 Dulles, *Yesterday*, pp. 429-434.
- 35 R. E. Scott, *Mexican Government in Transition*, Revised Edition (Urbana, Illinois: University of Illinois Press, 1971) pp. 122-123.
- 36 Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, tercera edición (México: Botas, 1954) pp. 155-157.
- 37 Dulles, *Yesterday*, p. 582.
- 38 Su hermana estaba casada con Plutarco Elías Calles, hijo. Ver: Dulles, *Yesterday*, p. 34.
- 39 *Ibid.*, p. 463.
- 40 Publicado como: *Breve historia de México* (México: Botas, 1936).

- 41 Dulles, *Yesterday*, p. 521.
- 42 Furtak, *Revolutionspartei*, p. 20.
- 43 Simpson, *The Ejido*, p. 113.
- 44 Secretaría de Economía, *Anuario Estadístico*, p. 191.
- 45 Simpson, *The Ejido*, pp. 120, 123.
- 46 *Ibid.*, pp. 440-442; Dulles, *Yesterday*, p. 551.
- 47 Las cifras se encuentran en C. W. Reynolds, *The Mexican Economy, Twentieth Century Structure and Growth* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1970) pp. 392-400; Simpson, *The Ejido*, p. 682; y *Anuario Estadístico*, p. 1939.
- 48 Entrevista con Silva Herzog en: Wilkie, *México visto en el Siglo XX* (México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969) pp. 677-678.
- 49 Dulles, *Yesterday*, pp. 567-577; L. Cárdenas, *Obras, Apuntes 1913-1940* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1972) pp. 218-233. pp. 218-223.
- 50 M. Osorio M., *El Partido de la Revolución Mexicana* (México: Impresora del Centro, 1970) pp. 384-397; Simpson, *The Ejido*, p. 454.
- 51 El plan fue publicado en inglés en: G. Bosques, *The National Revolutionary Party of Mexico and the Six-Year Plan* (México: Partido Nacional Revolucionario, 1937) pp. 129-212; la referencia a Calles como *Jefe nato* fue omitida en la traducción.
- 52 Bosques, *Revolutionary Party*, p. 132.
- 53 La ley fue reimpressa en su totalidad en: Simpson, *The Ejido*, pp. 759-808.
- 54 V. M. Bett, *Central Banking in Mexico* (Ann Arbor, Michigan: University of Michigan, 1957) pp. 66-68, 86-88, 114.
- 55 Cárdenas, *Apuntes*, I, pp. 5-41.
- 56 A. de Maria y Campos, *Mújica, Crónica Biográfica* (México: Ediciones Populares, 1939) pp. 208-211; Cárdenas, *Apuntes*, II (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973) p. 558.
- 57 La persecución del clero bajo su gobierno se describe en: Graham Greene, *The Lawless Roads* (Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books, 1971); y Graham Greene, *The Power and the Glory* (Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books, 1972).
- 58 Cárdenas, *Apuntes*, I, II, p. 306.
- 59 Hay una frecuente discrepancia en las estadísticas oficiales; las cifras en este caso están tomadas de: N. L. Whetton, *Rural Mexico* (Chicago: University of Chicago Press, 1947) Tabla 19.

- 60 Dulles, *Yesterday*, p. 637.
- 61 Dulles, *Yesterday*, pp. 641-645.
- 62 Lieuwen, *Mexican Militarism*, p. 118.
- 63 Vasconcelos, *Qué es la revolución* (México: Botas, 1937).
- 64 Dulles, *Yesterday*, pp. 650-658 ("The Expedition to Tabasco").
- 65 R. E. Scott, *Mexican Government*, pp. 128-129.
- 66 En 1938 el partido oficial fue rebautizado Partido de la Revolución Mexicana y dividido en tres sectores de igual importancia: los campesinos, obreros y "trabajadores" intelectuales. Ver Furtak: *Revolutionspartei*, pp. 22-24.
- 67 Cárdenas, *Apuntes, I*, p. 631.
- 68 *Ibid.*, p. 357.
- 69 La novela fue publicada en 1940.
- 70 Por ejemplo, la hacienda de Jajalpa entre la Ciudad de México y Toluca se redujo de 1,000 a alrededor de 150 hectáreas de terreno. Ver: R. S. Platt, *Latin American Countrysides and United Regions* (Nueva York: McGraw-Hill, 1942) pp. 46-49; y con respecto al estado de San Luis Potosí, ver: Bazant, *Cinco haciendas mexicanas* (México: El Colegio de México, 1975) pp. 181-188.
- 71 La construcción se terminó en 1950.
- 72 El número de billetes se triplicó de 1934 a 1936. Ver: Bett, *Central Banking*, p. 114.
- 73 Cárdenas, *Apuntes, I*, p. 385.
- 74 *Ibid.*, p. 411; algunos años después Aarón Sáenz construyó otro ingenio de su propiedad no lejos de allí.
- 75 *Ibid.*, p. 362.
- 76 Dulles, *Yesterday*, p. 632.
- 77 Para un resumen del problema petrolero, ver: H. Cline, *The United States and Mexico*, edición revisada (Nueva York: Atheneum, 1971) pp. 229-260.
- 78 Lieuwen *Mexican Militarism*, p. 116.
- 79 J. W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, segunda edición (Berkeley, California: University of California Press, 1970) p. 184.

- 80 A. L. Michaels, "The Crisis of Cardenismo", *Journal of Latin American Studies*, 2/1, (Mayo de 1970), pp. 51-79.
- 81 Como lo describe Azuela en su novela *Nueva Burguesía*, publicada en 1941.

PERIODO DE 1805--1910.

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, 5 vols., México, 1942.
- Arrangoiz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, México, 1974.
- Bazant, Jan, *Historia de la deuda exterior de México (1823-1846)*, México, 1968
- Bazant, Jan, *Los bienes de la iglesia en México (1856-1875)*, México, 1977, 2a. ed.
- Benson, Nettie Lee, *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, México, 1955.
- Cadenhead, Ivie E. Jr., *Benito Juárez y su época*, México, 1975.
- Cosío Villegas, Daniel, editor, *Historia moderna de México*, 9 vols. México, 1955-1972.
- Costeloe, Michael P., *La primera república federal de México (1824-1835)*, México, 1975.
- Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Alvarez*, México, 1972.
- Fuentes Mares, José, *Santa Anna: Aurora y ocaso de un comediante*, México, 1956.
- González Navarro, Moisés, *Anatomía del poder en México (1848-1853)*, México, 1977.
- González, Luis, Vázquez, Josefina Zoraida, Díaz Lilia, Martínez, José Luis, *Historia General de México*, Tomo III, México, 1976.
- Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, 1972.
- Hamnett, Brian R., *Revolución y Contrarrevolución en México y el Perú (Liberalismo, realaza y separatismo 1800-1824)*, México, 1978.
- Iturribarría, Jorge Fernando, *Porfirio Díaz ante la historia*, México, 1970.

- Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, Mexico, 1950.
- O'Gorman, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, 1966.
- Potash, Robert A., *El Banco de Avío de México*, México, 1959.
- Scholes, Walter V., *Política mexicana durante el régimen de Juárez*, México, 1972.
- Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, 1950.
- Staples, Anne, *La iglesia en la primera república federal mexicana*, México, 1976.
- Tena Ramírez, F., ed., *Leyes fundamentales de México 1808-1973*, México, 1973.
- Torre, Ernesto de la, et. al., eds., *Historia documental de México*, 2 vols., México, 1964.
- Valadés, José C., *El porfirismo: Historia de un régimen*, 3 vols., México, 1941-47.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*, 2a. ed., México, 1975.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Un recorrido por la historia de México*, México, 1975.
- Vazquez, Josefina Zoraida, *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*, México, 1960.
- Zavala, Lorenzo de, *Umbral de la independencia*, México, 1949.
- Zavala, Lorenzo de, *Albores de la República*, México, 1949.
- Zavala, Lorenzo de, *Venganza de la Colonia*, México, 1950.
- (Estas tres últimas obras son idénticas al *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico desde 1808 hasta 1830*, 2 vols., París, 1831-32, del mismo autor).

PERIODO 1910—1940

- Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución mexicana*, México, 1977.
- Azuela, Mariano, *Avanzada*, México, 1940.
- Azuela, Mariano, *Nueva burguesía*, México, 1941.
- Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento de Alvaro Obregón*, México, 1967.
- Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, 3 vols., México, 1977.
- Beteta, Ramón, *Camino a Tlaxcalantango*, México, 1961.
- Blanco, José J., *Se llamaba Vasconcelos*, México, 1977.
- Cabrera, Luis, *El pensamiento de Luis Cabrera*, México, 1960.

- Cárdenas, Lázaro, *Obras, I, Apuntes I, 1913-1940*, México, 1972.
- Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, México, 1975.
- Dulles, John W. F., *Ayer en México; una crónica de la revolución 1919-1936*, México, 1977.
- Fabela, Isidro, ed., *Documentos históricos de la revolución mexicana*, 27 vols., México, 1960-1973.
- González Ramírez, Manuel, *La revolución social en México*, 3 vols., México, 1960-1966.
- González Ramírez, Manuel, ed., *Planes políticos y otros documentos*, México, 1954.
- Lozoya, Jorge A., *El ejército mexicano 1911-1945*, México, 1970.
- Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., México, 1934-52.
- Meyer, Jean, *La cristiada*, 3 vols., México, 1973-74.
- Meyer, Lorenzo, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, México, 1968.
- Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, 1965.
- Portes Gil, Emilio, *Quince años de política mexicana*, 3a. ed., México, 1954.
- Ross, Stanley R., *Francisco I. Madero, apóstol de la democracia mexicana*, 2a. ed., México, 1977.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución mexicana*, 2 vols., México, 1962.
- Ulloa, Berta, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)*, 2a. ed., México, 1976.
- Ulloa, Berta, et al., *Historia general de México*, Tomo IV, México, 1976.
- Vasconcelos, José, *Obras completas*, 4 vols., México 1957-61.
- Womack, John, *Zapata y la revolución mexicana*, México, 1969.

- Bailey, David C., *Viva Cristo Rey: The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*, Austin, 1974.
- Benson, Nettie Lee, ed., *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822; Eight Essays*, Austin, 1966.
- Bett, V. N., *Central Banking in Mexico: Monetary Policies and Financial Crises 1864-1940*, Ann Arbor, 1957.
- Brading, David A., *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810*, Cambridge, 1971.
- Brushwood, John S., *Mexico In its Novel*, Austin, 1966.
- Cadenhead, Ivie I., Jr., *Jesús González Ortega and Mexican National Politics.*, Texas Christian University, 1972.
- Calcott, W. H., *Santa Anna, The Story of an Enigma who once was Mexico*, Hamden, 1964.
- Cline, Howard, *The United States and México*, rev. ed., New York, 1971.
- Cockcroft, J. D., *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution 1900-1913*, Austin, 1968.
- Costeloe, Michael P., *Church Wealth in Mexico*, Cambridge, 1967.
- Cotner, Thomas E., ed., *Essays in Mexican History*, Austin, 1958.
- Cumberland, Charles C., *Mexican Revolution. The Constitutionalist Years*, Austin, 1972.
- Cumberland, Charles C., *The Meaning of the Mexican Revolution*, Lexington, 1967.
- Dabbs, J. A., *The French Army in Mexico 1861-1867, A Study in Military Government*, The Hague, 1963.
- Dulles, John F., *Yesterday in Mexico: A Chronicle of the Revolution 1919-1936*, Austin, 1967.
- Farriss, Nancy M., *Crown and Clergy in Colonial Mexico 1750-1821*, London, 1968.
- Friedrich, P., *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Englewood Cliffs, 1970.
- Greene, Graham, *The Lawless Roads*, Harmondsworth, 1971.
- Haddox, J. H., *Vasconcelos of Mexico, Philosopher and Prophet*, Austin, 1967.
- Hamill, Hugh M., Jr., *The Hidalgo Revolt*, Gainesville, 1966.
- Hanke, Lewis, ed., *History of Latin American Civilization, Sources and Interpretations, Volume II, The Modern Age*, London, 1969.

- Haslip, Joan, *The Crown of Mexico. Maximilian and his Empress Carlota*, New York, 1971.
- Humphreys, R. A. and Lynch, John, eds., *The Origins of the Latin American Revolution 1808-1826*, New York, 1965.
- Iturbide, Agustín de, *Memoirs of Agustín de Iturbide*, Washington, D. C., 1971.
- Jones O. L., Jr., *Santa Anna*, New York, 1968.
- Knapp, Frank A., Jr., *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada 1823-1889*, Austin, 1951.
- Ladd, Doris M., *The Mexican Nobility at Independence 1780-1826*, Austin, 1976.
- Lewis, Oscar, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*, Urbana, 1951.
- Lieuwen, E., *Mexican Militarism, The Political Rise and Fall of the Revolutionary Army 1910-1940*, Albuquerque, 1968.
- Meyer, Michael C., *Pascual Orozco and the Mexican Revolution 1910-1915*, Lincoln, 1972.
- Meyer, Michael C., *Huerta, A Political Portrait*, Lincoln, 1972.
- Niemeyer, E. V., Jr., *Revolution at Querétaro*, Austin, 1974.
- Orozco, José Clemente, *An Autobiography*, Austin, 1962.
- Quirk, Robert E., *An Affair of Honor, Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, Lexington, 1962.
- Quirk, Robert E., *The Mexican Revolution, 1914-1915: the Convention of Aguascalientes*, Bloomington, 1960.
- Quirk, Robert E., *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*, Bloomington, 1973.
- Randall, R. W., *Real del Monte, a British Mining Venture in Mexico*, Austin, 1972.
- Poinsett, Joel R., *Notes on Mexico Made in the Autumn of 1822*, New York, 1969.
- Reed, Nelson, *The Caste War of Yucatán*, Stanford, 1964.
- Reynolds, Clark W., *The Mexican Economy, Twentieth-Century Growth and Structure*, New Haven, 1970.
- Robertson, W. S., *Iturbide of Mexico*, Durham, 1952.
- Rodríguez, Jaime E., *The Emergence of Spanish America —Vicente Roca fuerte and Spanish Americanism 1808-1832*, Berkeley, 1975.
- Ruiz, Ramón F., *Mexico: The Challenge of Poverty and Illiteracy*, San Marino, 1963.
- Rutherford, J., *Mexican Society during the Revolution, A Literary Approach*, Oxford, 1971.
- Santa Anna, Antonio López de, *The Eagle. The Autobiography of Santa Anna*, ed. by Ann Fears Crawford, Austin, 1967.

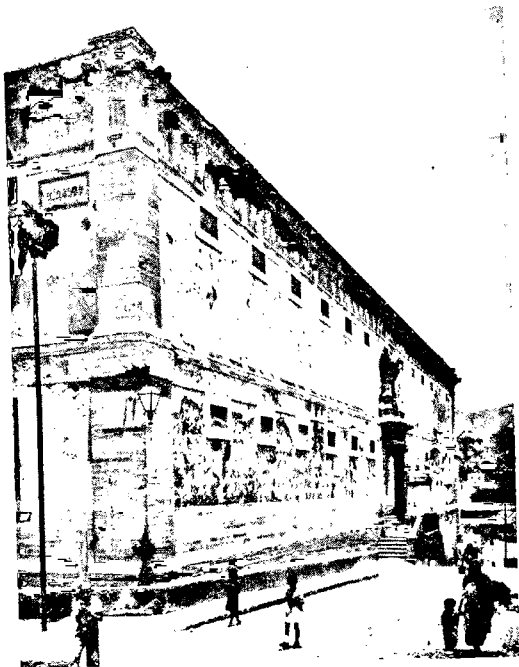
- Scott, Robert E., *Mexican Government in Transition*, rev. ed., Urbana, 1971.
- Simpson, Eyler N., *The Ejido, México's Way Out*, Chapel Hill, 1937.
- Stephens, John L., *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, New Brunswick, 1949.
- Stephens, John L., *Incidents of Travel in Yucatán*, Norman, 1962.
- Timmons, Wilbert H., *Morelos: Priest, Soldier, Statesman of Mexico*, El Paso, 1963.
- Turner, John K., *Barbarous Mexico*, Austin, 1969.
- Vernon, Raymond, *The Dilemma of Mexico's Development*, Cambridge, 1963.
- Ward, H. G., *Mexico in 1827*, London, 1828.
- Whetten, N. L., *Rural Mexico*, Chicago, 1947.
- Wilkie, James W., *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*, 2nd. ed., Berkeley, 1970.
- Wilkie, James W., and Michaels, A. L., eds., *Revolution in Mexico: Years of Upheaval 1910-1940*, New York, 1969.
- Young, Desmond, *Member for Mexico, A Biography of Weetman Pearson, First Viscount Cowdray*, London, 1966.



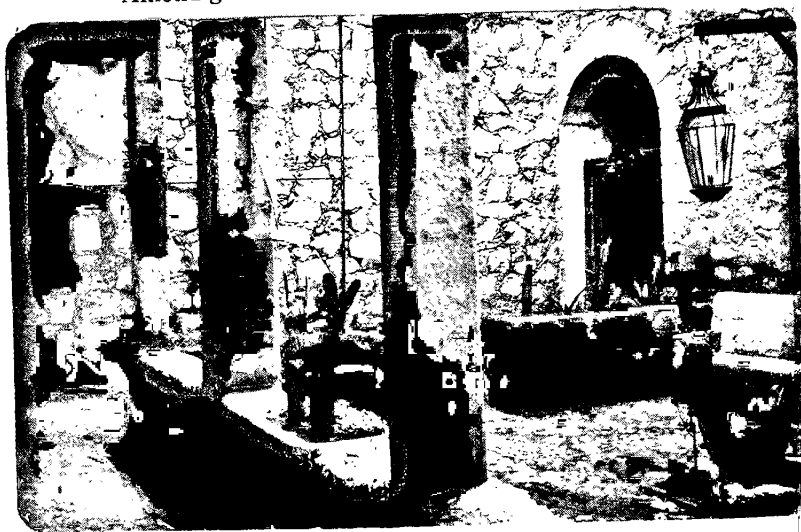
Casa de Allende



Iglesia de Atotonilco



Alhóndiga donde fue exhibida la cabeza de Hidalgo



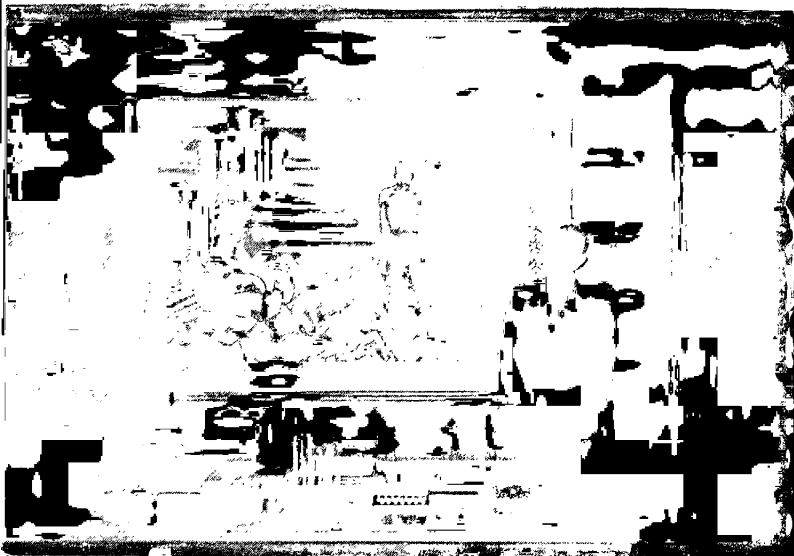
Casa de Morelos



Lucas Alamán hacia 1826



EL GENERAL PORFIRIO DÍAZ EN 1867.



Cárdenas en 1969 (detrás, el retrato de Gandhi por Orozco)



Calles, Obregón y Rafael Nieto hacia 1923

INDICE

<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i>	9
I. El Nacimiento de la Independencia Mexicana, 1805-1821	13
II. Los Años Dificiles, 1821-1855	35
III. La Revolución Liberal, 1855-1876	61
IV. La Era de Porfirio Díaz, 1876-1910	90
V. La Guerra Civil, 1910-1920	114
VI. Las Reformas Sociales, 1920-1940	141
<i>Cuadros estadísticos</i>	169
<i>Cronología</i>	177
<i>Notas</i>	181
<i>Bibliografía</i>	201

DIÁLOGO ABIERTO

1. **La pasión por el discurso –cartas a los estudiantes de comunicación**
Daniel Prieto Castillo
2. **La querella de Martín Luis Guzmán**
Fernando Curiel
3. **Las siete lámparas de la arquitectura**
John Ruskin
4. **Retórica y manipulación masiva**
Daniel Prieto Castillo
5. **Punto y línea sobre el plano**
Wassily Wassilievich Kandinsky
6. **El origen de la vida**
Alexander Ivanovich Oparin
7. **Diseño y comunicación**
Daniel Prieto Castillo
8. **De lo espiritual en el arte**
Wassily Wassilievich Kandinsky
9. **¿Qué es una constitución?**
Ferdinand Lassalle
10. **La fiesta del lenguaje**
Daniel Prieto Castillo
11. **La enciclopedia secreta**
Francisco Guzmán Burgos
12. **El sutra de la serpiente –Antigua poesía budista**
Carmen Dragonetti
13. **Rizoma**
Gilles Deleuze, Félix Guattari
14. **El suicidio**
Emile Durkheim
15. **La poesía del Quebec**
Antonio Urello
16. **Introducción a la literatura fantástica**
Tzvetan Todorov
17. **La división del trabajo social**
Emile Durkheim
18. **Democracia posible –El diseño político de Max Weber**
Griselda Gutiérrez
19. **Las actividades básicas de las artes plásticas**
Juan Acha

Este libro se imprimió bajo el cuidado de Ediciones Coyoacán S.A. de C.V., Hidalgo 47-2, Coyoacán, en el segundo semestre de 1995.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

DIÁLOGO ABIERTO / Últimos títulos

- 10/ **La fiesta del lenguaje.** Daniel Prieto Castillo.
- 11/ **La enciclopedia secreta.** Francisco Guzmán Burgos.
- 12/ **El sutra de la serpiente.** Carmen Dragonetti.
- 13/ **Rizoma.** G. Deleuze, F. Guattari.
- 14/ **El suicidio.** Emile Durkheim.
- 15/ **La poesía del Quebec.** Antonio Urrello.
- 16/ **Introducción a la literatura fantástica.** Tzvetan Todorov.
- 17/ **La división del trabajo social.** Emile Durkheim.
- 18/ **Democracia posible: el diseño político de Max Weber.** Griselda Gutiérrez.
- 19/ **Las actividades básicas de las artes plásticas.** Juan Acha.
- 20/ **Las formas elementales de la vida religiosa.** Emile Durkheim.
- 21/ **El miedo a la cirugía.** G. Vasconcelos Palacio, M. Vasconcelos Allende.
- 22/ **Comunicación en los valores.** Eduardo Garza Cuéllar.
- 23/ **Alegoría de la creación.** Héctor Ceballos Garibay.
- 24/ **La ética protestante.** Max Weber.
- 25/ **Telenovelas, televisión y comunicación: el caso de México.** F. Javier Torres Aguilera.
- 26/ **El juego de pelota prehispánico.** Lillian Scheffler y otros autores.
- 27/ **El político y el científico.** Max Weber.
- 28/ **El origen de la familia.** Friedrich Engels.
- 29/ **Cultura y comunicación.** Francisco Prieto.
- 30/ **Foucault y el poder.** Héctor Ceballos Garibay.
- 31/ **Literatura e ideología. El primer Mariano Azuela.** Jorge Ruffinelli.
- 32/ **La libertad.** Arthur Schopenhauer.
- 33/ **Sociología de la religión.** Max Weber.
- 34/ **Breve historia de México.** Jan Bazant.

Breve historia de México es una síntesis del periodo más complejo y apasionante de la historia de México, periodo que abarca tres cruentas y prolongadas guerras civiles y variados intentos de organizar un gobierno estable.

Esencialmente es una síntesis de la historia política, una narración de acontecimientos políticos entrelazados en un fondo económico y social, aprovechando la literatura reciente en este campo, intentando comprender en especial la motivación de los actores en el drama de su historia. Después de tantas publicaciones recientes de historia económica y social, a cuyo número el autor ha contribuido con varias monografías, puede ser provechoso restablecer el equilibrio.

Con su novedoso enfoque, esta obra se dirige no sólo al especialista sino también al público en general. Una cronología, quince cuadros estadísticos, copiosas referencias bibliográficas, y una bibliografía de obras en español y otra de obras en inglés aumentan la utilidad del libro.



AGRICULTURA / ANTROPOLOGÍA / ARQUITECTURA / ARTE /
BIOGRAFÍA / CIENCIAS / COMUNICACIÓN / DEPORTE / DOCUMENTOS /
ECOLOGÍA / ECONOMÍA / FEMINISMO / FILOSOFÍA / HISTORIA / LINGÜÍSTICA /
LITERATURA / MEDICINA / ORIENTALISMO / PEDAGOGÍA / POLÍTICA /
PSICOLOGÍA / SEXOLOGÍA / SOCIOLOGÍA / TEOLOGÍA / URBANISMO

Sanborn

BREVE HISTORIA DE MÉXICO
9609 000001875871



1875871

PRECIO PUBLICO

\$70.00



9 789706 330574